figuras y episodios de la historia de méxico

Spectator

# Los Cristeros del Volcán de Colima

Escenas de la lucha por la libertad religiosa en México

1926-1929

Tomo II

SEGUNDA EDICION

No. 104
$ 20.00

Editorial Ju

## FIGURAS Y EPISODIOS DE LA HISTORIA DE MEXICO

**Colección publicada por la Editorial Jus, S. A.**

**Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero. México 3, D. F. 26-06-16; 26-05-40**

**Por Alfonso Trueba, del 1 al 15, del 17 al 19, del 21 al 27, el 29, el 36, el 47 y el 69.**

---

| | | |
|---|---|---|
| 1.—Legítima Gloria (3a. Edición) | $ | 4.00 |
| 2.—Presidente sin mancha (2a. Edición) | ,, | 3.00 |
| 3.—Santa Anna (3a. Edición) | ,, | 3.00 |
| 4.—La Guerra de 3 años (3a. Edición) | ,, | 3.00 |
| 5.—Huichilobos (3a. Edición) | ,, | 3.00 |
| 6.—Hernán Cortés, Libertador del Indio (3a. Edición) | ,, | 3.00 |
| 7.—Zumárraga (2a. Edición) | ,, | 3.00 |
| 8.—Dos Virreyes (2a. Edición) | ,, | 4.00 |
| 9.—D. Agustín de Iturbide, Un destino trágico (3a. Edición) | ,, | 10.00 |
| 10.—Aventurero sin ventura (2a. Edición) | ,, | 4.00 |
| 11.—La Batalla de León por el Municipio Libre (2a. Edición) | ,, | 5.00 |
| 12.—La Expulsión de los Jesuitas, o el principio de la Revolución (2a. Edición) | ,, | 3.00 |
| 13.—Ensanchadores de México (2a. Edición) | ,, | 4.00 |
| 14.—La Conquista de Filipinas (2a. Edición) | ,, | 4.00 |
| 15.—Don Vasco (2a. Edición) | ,, | 3.00 |
| 16.—Felipe de Jesús, el Santo Criollo, por Eduardo Enrique Ríos (3a. Edición) | ,, | 5.00 |
| 17.—Doce Antorchas (2a. Edición) | ,, | 5.00 |
| 18.—Fray Pedro de Gante | ,, | 4.00 |
| 19.—Retablo Franciscano | ,, | 4.00 |
| 20.—Nuño de Guzmán, por Manuel Carrera Stampa | ,, | 5.00 |
| 21.—Cabalgata Heroica, Misioneros Jesuitas en el Noroeste.—I | ,, | 6.00 |
| 22.—Cabalgata Heroica, Misioneros Jesuitas en el Noroeste.—II | ,, | 5.00 |
| 23.—El Padre Kino, Misionero Itinerante y Ecuestre | ,, | 4.00 |
| 24.—Dos libertadores: Fray Julián Garcés y Fray Domingo de Betanzos | ,, | 4.00 |
| 25.—Hazaña Fabulosa: La Odisea de Alvar Núñez Cabeza de Vaca | ,, | 3.00 |
| 26.—Expediciones a la Florida | ,, | 4.00 |
| 27.—Las 7 Ciudades. Expedición de Francisco Vázquez de Coronado | ,, | 5.00 |
| 28.—La Iglesia Mexicana en el Segundo Imperio, por J. Jesús García Gutiérrez | ,, | 6.00 |
| 29.—Nuevo México | ,, | 3.00 |
| 30.—Acción Anticatólica en México, por J. Jesús García Gutiérrez | ,, | 8.00 |
| 31.—Inquisición sobre la Inquisición (3a. Edición), por Alfonso Junco | ,, | 8.00 |
| 32.—Alamán.—Primer Economista de México, por Alfonso López Aparicic | ,, | 5.00 |
| 33.—El Himno Nacional, por Manuel Pacheco Moreno, 2a. Edición | ,, | 6.00 |
| 34.—España en los destinos de México (2a. Edición), por José Elguero | ,, | 8.00 |
| 35.—Benito Juárez, Estadista Mexicano, por don Ezequiel A. Chávez (2a. Edición) | ,, | 8.00 |
| 36.—California, Tierra Perdida.—I | ,, | 6.00 |
| 37.—La Traición de Querétaro (2a. Edición), por Alfonso Junco | ,, | 12.00 |
| 38.—Hidalgo, por don Ezequiel A. Chávez | ,, | 5.00 |

SPECTATOR

# LOS CRISTEROS DEL VOLCAN DE COLIMA

Escenas de la lucha por la libertad religiosa en México

1926-1929

TOMO II

SEGUNDA EDICION




EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1961

Primera Edición (en italiano) *Fede di Popolo, Fiore di Eroi.*
Volumen en 8° Librería del "Sacro Cuore". Calle Garibaldi, N° 18, Turín, Italia. 3,000 ejemplares. 19 de marzo de 1933. Traducción al italiano del Rev. Padre Giulio Monetti, S. J. *Spectator.*

Primera Edición en lengua castellana: *Los Cristeros del Volcán de Colima.*
Volumen en 8° Editorial "Veritas". México, D. F. 3,000 ejemplares. 1° de noviembre de 1942. *Spectator.*

Segunda Edición. Octubre de 1961. 3,000 ejemplares en Librex y 100, numerados, en biblios. Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero. México 3, D. F.

# SECCIÓN QUINTA

# NIEBLA DE INVIERNO

*(Enero a abril de 1928)*

## Capítulo I

## DIAS DE PERPLEJIDAD

### *LLUVIA DE INVIERNO. NUEVOS JEFES*

EL FRÍO ERA INTENSO, y si se tenía en el cuerpo, mayor era el que se tenía en el alma. Con la muerte de Dionisio Eduardo Ochoa, los cristeros, principalmente los de la región del Volcán, se sentían huérfanos.

Al finalizar el año de 1927 y ya para iniciarse el de 1928, en tanto que el jefe Gral. Miguel Anguiano Márquez pasaba, como se ha dicho, a la distante zona del Naranjo, Cerro de Higuerillas y Sierra del Tigre, para visitar aquellos grupos, el Gral. libertador J. Jesús Degollado, con sana y cristiana intención y acatando órdenes expresas de quienes en aquella fecha estaban al frente del control militar de Jalisco, en substitución de don Antonio Ruiz y Rueda, el representante del comité especial de la Liga Nacional, que había tenido necesidad de marcharse a México, lo cual en Colima a esa fecha no se sabía, se presentó en la región del Volcán para hacerse cargo de los grupos que ahí operaban. Le acompañaba el coronel cristero Manuel C. Michel, a quien entonces se dio su ascenso a general, su estado mayor y su escolta.

Con objeto de hacerse reconocer como nuevo jefe militar de las fuerzas de Colima, de recibir la adhesión de los libertadores, de presentar al Gral. Michel, quien quedaría como jefe de las fuerzas del Volcán, y de dar nuevas disposiciones, se convocó a una reunión de jefes de los núcleos cristeros de la región, la cual tuvo lugar

a inmediaciones de la antigua hacienda de La Joya; se levantó un acta que suscribieron los jefes presentes, y quedó instalado un nuevo gobierno militar cristero. Cuando aquello quedó así concluido, el Gral. cristero don Jesús Degollado regresó a sus campamentos y el Gral. Manuel C. Michel estableció su cuartel general en la Mesa de la Yerbabuena.

En todo este movimiento no se tuvo la atención, al menos, de enviar al Gral. Anguiano Márquez siquiera un aviso. Ellos traían autorización inmediata del control militar cristero de Guadalajara y bastaba.

Una de las primeras providencias del Gral. Manuel C. Michel, fue fundir todas las fuerzas libertadoras de aquellos campamentos en un solo regimiento, de suerte que cada escuadrón quedase integrado por los libertadores de alguno de los tres grupos que el Gral. Ochoa había puesto al mando del mayor Filiberto Calvario, con otro de los que eran del coronel Salazar. Se incorporó, además, un nuevo grupo al mando del capitán Diego López, el cual constituyó un cuarto escuadrón. De esta suerte quedó formado un solo regimiento, con elementos de los dos antiguos. Como mayor de órdenes, fue puesto Víctor García y, como jefe del estado mayor del Gral. Michel, fue nombrado el coronel Andrés Salazar. Más todavía: para que al nuevo gobierno cristero —el del general Manuel C. Michel y su jefe de estado mayor, coronel Andrés Salazar— fuese más fácil controlar la situación, fueron puestos como superiores inmediatos de cada escuadrón, los capitanes del viejo grupo de Salazar y subordinados a ellos los del regimiento central del Volcán, hasta entonces considerado como el primero, o sea Andrés Navarro, Ramón Cruz y Plutarco Ramírez. Que en esta ocasión hubo penas muy íntimas entre los cristeros, que sólo el amor a Cristo Rey les hizo sobrellevar, se ve como consecuencia clarísima del nuevo orden de cosas que había sido implantado: ¡principiaba a caer sobre ellos larga e inclemente lluvia de invierno! La niebla de un invierno sombrío cubría las almas de los cristeros. Ellos, en verdad, no sabían explicarse lo que pasaba; su juramento de obediencia y subordinación a los jefes, les hacía



aceptar aquello dócilmente. Sin embargo, ellos tenían dentro de sí este problema que no explicaban; a su jefe el Gral. Anguiano Márquez ni se le había tomado en cuenta, ni se le había dado aviso de aquella disposición del Control Militar de Occidente. Se encontraban perplejos.

## *EL GRAL. ANGUIANO MARQUEZ SABE LO ACAECIDO*

Llegaba el Padre D. Enrique de Jesús Ochoa de su viaje a la lejana sierra de El Cocoyul a donde había ido a visitar al Santo Obispo de Colima Sr. Velasco que habitaba allá, en rústica y humilde morada. Era como la una de la madrugada del día 28 de diciembre cuando como vimos rendido del largo camino, entraba a la casita de don Aniceto Valle a las orillas de la hacienda de Buenavista. El general Miguel Anguiano Márquez hacía ya cuatro días que estaba allí mismo, en el caserío de la hacienda, pues de allí a Colima la comunicación era fácil y había muchas cosas pendientes con relación a pertrechos de guerra, ropa y demás.

Y propiamente en esos días —acababa apenas de suceder— habían llegado a los campamentos del Volcán el Gral. cristero don Jesús Degollado y el coronel Manuel C. Michel a quien se otorgaba el grado de general, para dejarlo de jefe del movimiento cristero de Colima. Todos los jefes cristeros de la región, convocados, cedieron ante las órdenes de Guadalajara, y suscribieron su acta de reconocimiento a la nueva jefatura. Sólo Marcos V. Torres y sus muchachos —al fin estudiantes y más duchos— se negaron a firmar, con la promesa de que lo harían en cuanto su Gral. Miguel Anguiano regresara y después de que él firmara. Y el capitán Marcos V. Torres escapó y se vino a Buenavista en donde encontró ya a su Gral. Anguiano Márquez, y le participó la noticia.

A Miguel Anguiano Márquez quemaba aquella noticia y ansiosamente esperaba que el Padre capellán del movimiento llegase para comunicársela. De esta suerte, apenas una hora más tarde, o sea como a las dos de la mañana, el Gral. Anguiano Márquez estuvo en el ranchito de don Aniceto Valle para hablar con el Padre Ochoa. Este estaría cansado y rendido del viaje, pero ese asunto era trascendental, pensó él. ¿Qué se iba a hacer? El esperaba la opinión del Padre a quien reconocía como sensato.

Miguel Anguiano Márquez estaba grandemente indignado —del diario personal del Padre capellán que se tiene a la vista al escribirse lo presente—. "Está bien, decía él, que se tenga autorización del Control de Occidente; pero ¿por qué se ha procedido con tan poca atención, sin habernos siquiera enviado un simple aviso?"

El Padre don Enrique de Jesús Ochoa trataba de calmarlo. Si era orden del superior legítimo, pues ni hablar. Sólo el mal estaba —creía el Padre y todos lo creían así— en el modo de proceder. "Mira —le decía—, tenemos obligación de evitar fricciones y dificultades con los compañeros de lucha. Y, aunque ellos sean los de la falta, por amor a la causa que se defiende, por Cristo mismo, hay que disculpar, y olvidar".

Miguel Anguiano Márquez calmó su indignación: era muchacho, al par que valiente, cristiano de verdad.

## *DIA 3 DE ENERO, EN COLIMA*

Y tras ese problema, al Padre capellán se le presenta otro: ¿Al Gral. Manuel C. Michel —nuevo jefe de las fuerzas en Colima— será grato que él siga de Padre capellán de los cristeros? ¿Querrá que continúe su misión de capellán castrense, para atender en cuanto sea posible, así como antes, los diversos grupos de libertadores?

Habría que esperar y saber lo que el Gral. Michel pensara.



Por lo cual —resolvió—, "en tanto que no haya base firme, habrá que marchar a Colima y tener paciencia".

De esta suerte, el Padre capellán, Miguel Anguiano Márquez, Marcos V. Torres y José Verduzco Bejarano, entraron a la ciudad, la noche del 3 de enero, llevando dentro la incógnita de lo que habría de hacerse.

## *DIA 4 DE ENERO*

El Padre capellán y José Verduzco Bejarano se alojaron con una familia amiga. Miguel Anguiano Márquez y Marcos V. Torres, en otra casa; pues nunca era prudente reunirse muchos en un solo lugar. Pero Marcos salió luego a su campamento para no dejar solos a sus muchachos y, en su lugar, vino Anastasio Zamora para acompañar a su jefe el Gral. Anguiano. Por la noche se reunieron todos en donde el Padre estaba alojado.

Continuó él su tarea de convencimiento: "Aunque estos señores —Degollado y Michel— hayan obrado sin atención y miramiento ninguno, sin haber dado ni siquiera aviso de lo que por orden del Control Militar de Occidente hacían; sin embargo, eso no quita, si lo hicieron por orden de la jefatura del Control, que sean autoridad legítima. Tiene que dispensarse todo y la caridad de Cristo tiene que llenar los huecos que las resquebrajaduras del amor propio o que la falta de tino han abierto. Por otra parte, ustedes juraron luchar 'hasta vencer o morir' y no pueden abandonar su actitud bélica".

Miguel objetaba diciendo:

—No abandonaré la causa; pero no hay necesidad de estar al lado del general Manuel C. Michel. Nos podemos ir a Michoacán, con el Gral. Gutiérrez (Luis Navarro Origel). El aceptará con mucho agrado nuestra colaboración; ya nos conocemos, ya nos hemos tratado, ya hemos combatido juntos muchas veces.

—No —replica el Padre capellán—, tu puesto está en el Volcán al lado del general Michel. Si tú te separas, habrá aquí dificulta-

des muy serias, más aún con Salazar, como jefe de Estado Mayor. En cambio, trabajando tú en unión de él, puedes unificar a todos bajo su mando. Yo creo que tu puesto está con él. Ustedes tienen que ir y ponerse a sus órdenes. Claro que hay que machacar el amor propio; pero se hace por Cristo.

El Gral. Miguel Anguiano Márquez y sus compañeros se persuadieron, a Dios gracias. Al día siguiente marcharían al campamento de la Mesa de la Yerbabuena para entrevistar al Gral. Michel y ponerse a sus órdenes. El Padre quedaría solo allí en Colima, en espera de lo que el Gral. Michel dijera con respecto a él.



## Capítulo II

## LA "U", SOCIEDAD SECRETA

### *LA PRIMERA SOSPECHA*

Era el día 17 de ese mismo mes de enero. Miguel Anguiano Márquez vino de los campamentos del Volcán. Vino contento y trajo carta del Gral. Michel para el Padre don Enrique de Jesús Ochoa en donde le invitaba con instancia para que volviese de nuevo a los campamentos cristeros y fuese, como en tiempos de su hermano el Gral. Dionisio Eduardo Ochoa, el capellán de las tropas libertadoras. La carta estaba redactada con atención y cariño.

Mas en ese mismo día llegaban de Guadalajara Angelita Gutiérrez, la nueva jefe del grupo de señoritas de las brigadas femeninas que operaban en aquella ciudad en favor del movimiento de Colima y otras compañeras.

Ya hacía algunas semanas que ellas habían expuesto un problema serio para que aquí en Colima, de donde ellas dependían, lo resolvieran. Era éste: "Las muchachas de las brigadas de Jalisco —decían— se han dividido en dos bandos: unas de parte del delegado del comité especial de la Liga en México y otras en favor de los jefes de Guadalajara. ¿A cuáles obedecemos? Unas y otras alegan sus razones".

—No podemos saber desde aquí —se les había dicho— quiénes tienen la razón. Ustedes trabajen y digan allá que tienen órdenes de Colima de sólo obedecer a la jefatura cristera de aquí. Cuan-

do las cosas estén dilucidadas, ustedes obedezcan a quien tenga legítimamente el mando. Entretanto, no formen parte, ni de un bando ni de otro.

Mas ahora la noticia era otra: "El joven —Antonio Ruiz y Rueda— que fungía como delegado del comité especial de la Liga Nacional de la Libertad Religiosa, había sido obligado a renunciar y regresarse a México". Y aun daban detalles de cómo se le había hecho firmar su renuncia.

Y durante la noche, en el silencio, dando vuelta a aquellos asuntos, se creyó dar, como en realidad lo era, con el fondo del problema. Más tarde, los acontecimientos comprobaron que se había acertado.

Es que, conforme se habló ya en el Cap. II, *Dios lo quiere,* de la Sección I de la Parte II de esta obra, bajo el subtítulo *Listos como balas,* no únicamente existía la Liga Defensora de la Libertad Religiosa que en todo el territorio nacional organizaba y dirigía el complicadísimo movimiento de la defensa, sino que, principalmente en el occidente, sobre todo en Michoacán y Jalisco, con algunas ramificaciones en Colima, existía una organización secreta conocida con el nombre de la "U" que al terminar el movimiento desapareció, porque la misma Santa Sede ordenó su supresión. Ambos organismos se completaban, cuando una y otra jefatura —la de la Liga y la de la "U"— eran llevadas por una misma persona o comité; pero cuando no, se producían fricciones y resquebrajaduras que todo el movimiento resentía y que los mismos luchadores lamentaban sin saberse explicar el porqué de los hechos.

¿Cómo dilucidar el asunto?

Si realmente había habido cisma en Jalisco, entonces la nueva Jefatura del control militar era espuria e ilegítima. Y si ésta, hecho el cisma, fue la que envió a Colima a los generales Degollado y Michel, entonces la jefatura militar de ellos era también ilegítima y no se les podía secundar.

Si acaso no fuese así, entonces, por el contrario, habría legitimidad en el nuevo gobierno de la jefatura cristera de Colima a



cargo de los Grales. Degollado y Michel y habría que secundarlos y obedecerlos. Era cuestión de principios, no de personalismos.

Y, para dilucidar el asunto, era necesario ir hasta México para ver a los jefes nacionales de la Liga. Sólo ellos, en cuyas manos estaba el supremo mando del movimiento bélico cristero, podrían decir qué era lo que tenía que hacerse.

## *EL RECURSO A MEXICO*

Y fue don Virginio García Cisneros —el jefe civil en Colima del movimiento libertador— el que se lanzó a la aventura de ir a la ciudad de México y buscar a los jefes nacionales de la Liga, para que ellos resolviesen el problema de Colima. La tarea era casi imposible.

Y al día siguiente, 19 de enero, en nombre de Dios, marchó el enviado. Se valdría de las muchachas nuestras de las brigadas de Guadalajara y ellas lo conectarían con la Srita. Celia Gómez, la jefe nacional de las brigadas femeninas, que residía en la capital de la República y que estaba en comunicación con los jefes nacionales. Llevaba el Sr. García Cisneros su nombramiento de jefe civil con la firma de Dionisio Eduardo Ochoa y una carta del Padre capellán Ochoa, en que hacía una exposición del problema y expresaba sus sospechas. No se pedía, como afirman las *Memorias* del Gral. Degollado, y como más tarde copió de allí Antonio Rius Facius, en su por otra parte magnífico libro *México Cristero,* que la Liga confirmase el nombramiento del Gral. Miguel Anguiano Márquez como jefe de operaciones militares cristeras de Colima. Se pedían instrucciones solamente. El problema era por los principios, no por las personas; por los principios cristianos que se habían jurado, de reconocer y obedecer a las autoridades legítimas.

## *EL DESPACHO DEL COMITE ESPECIAL*

Y el jefe civil del movimiento cristero de Colima que había sido enviado a México, logró por fin entrevistarse con los jefes del co-

mité especial de la Liga. En contestación, le fue entregado el siguiente despacho para que lo trajese a Colima:

"L. N. D. L. R. Comité Ejecutivo: Teniendo en cuenta este Comité las dotes de Ud., así como su amor a la causa de la libertad por la que luchamos, ha tenido a bien nombrarlo *Jefe Accidental de Operaciones del Estado de Colima.*

Se servirá Ud., al recibo de este nombramiento, enviarnos un estado de fuerzas, así como un parte de novedades.

Las comunicaciones de Ud., deben venir directamente a este centro, único del que recibirá y acatará órdenes.

Dios Nuestro Señor guarde a Ud. muchos años.

México, D. F., a 28 de enero de 1928.

J. Tello, F. A. Secretario (rúbrica).

Al C. Gral. Miguel Anguiano Márquez.

Colima.

De acuerdo: el jefe del Comité Especial,

Santiago Guerrero".
(rúbrica).

## *EN EL CAMPAMENTO DEL GRAL. MICHEL*

Volvamos a Colima en donde dejamos al Padre Ochoa el 17 y 18 de enero, acompañado del general Miguel Anguiano Márquez.

Ese mismo día —17— en que nacieron las primeras sospechas de lo que pasaba en el control militar de occidente, el Padre había recibido una comunicación, atenta y afectuosa, del Gral. Michel, rogándole que de nuevo volviese a los campamentos del Volcán y tomase a su cargo el ser capellán de los soldados libertadores, así como cuando vivía su hermano, el iniciador y primer jefe del movimiento cristero en Colima.

El Padre D. Enrique de Jesús Ochoa contestó al Gral. Michel con fecha del día siguiente 18 de enero, manifestándole su amor a la causa cristera y aun su sincero aprecio hacia él, pues de tiempo habían sido amigos; pero excusándose de no poder aceptar, por lo pronto, el irse con él a su campamento, porque, desgraciadamente, se tenían con respecto al Control Militar de Occidente no buenas noticias. Y el Padre le narraba lo que se sabía de cierto. Por tanto, si el control se había declarado en cisma, respecto a la jefatura suprema del movimiento libertador cristero que era la Liga, la autoridad del control era ilegítima desde ese momento, y si el nombramiento del Gral. Degollado y de él, provenían de ese control que no era autoridad legítima, no podían ser sino ilegítimos de la misma manera. Que él sentía mucho tener que manifestar esas cosas; pero que creía deber el manifestarlas. Que si no fuera por esas razones, inmediatamente emprendería el camino y con todo cariño se entregaría a su ministerio tan querido de capellán de la cruzada. Que ya se enviaba un propio a México para que entrevistase a los jefes supremos de la cruzada o sea a los señores de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Que si allá declaraban que la autoridad del Gral. Degollado y de él eran legítimas, respecto a la jefatura de Colima, inmediatamente estaría a sus órdenes; pero que si declaraban lo contrario, sintiéndolo mucho, él no podría estar con él de capellán, porque sería prestar respaldo moral a un gobierno que no era legítimo. Que esperaba la solución del centro. Que él tendría que respaldar y apoyar lo que la Liga Nacional dictaminase al efecto. (Del diario personal del P. Capellán escrito en aquellos días).

Y el día 26, de nuevo el Padre recibe carta del Gral. Michel en donde reiteraba su invitación y expresaba sus deseos de que desde luego volviese él a sus campamentos del Volcán y reanudase su ministerio sacerdotal en favor de aquellos soldados que extrañaban su ausencia. Protestaba no tener él culpa ninguna en el lío y que, si acaso como se temía, resultaba que eran ciertas las sospechas del cisma del control de occidente, él, inmediatamente que viniese la contestación de México, saldría del Estado y zona de los cristeros colimenses. (Tomado del diario del P. Ochoa escrito en aquellos días).

El Padre Ochoa, de buena fe, aceptó la proposición del Gral. Michel y confiando en lo que él aseguraba y prometía, acompaña-

do del Gral. Anguiano y de José Verduzco Bejarano, llegó a la Mesa de la Yerbabuena en la mañana del día 1o. de febrero.

## *LA REALIDAD*

Estando ya allí en el campamento de la Mesa de la Yerbabuena, el lunes 6, por la tarde, se recibió el despacho del comité especial de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa que en páginas anteriores hemos reproducido.

El Gral. Michel, aunque contrariado, prometió escribir al Gral. Degollado, su jefe inmediato, comunicando lo del despacho de la Liga y pidiendo instrucciones. El Gral. Anguiano, para que todo quedase arreglado debidamente, prometió esperar pacientemente hasta que el general don Jesús Degollado contestara. El Padre capellán, ya temiendo que en la dilación podrían surgir dificultades internas, exhortó a ambos que se guardase completa reserva del problema, hasta que la contestación del Gral. Degollado llegara; pero, contra sus exhortaciones, no hubo discreción y ya en ese día principió a haber un poco de efervescencia en la gente más allegada al Gral. Michel y al Coronel Salazar. Las relaciones principiaban a ser ya no cordiales como antes y esto iba a seguir, desgraciadamente, su línea ascendente; pues ambos bandos principiaban a ver el problema desde ángulo distinto:

El Gral. Manuel C. Michel y los señores del Control Militar de Occidente verían el modo de sostener su autoridad, en contra de las disposiciones de la jefatura nacional que era la Liga. Para ellos la organización secreta denominada "U" debía prevalecer y no era tan fácil obrar en contra, porque, como en toda organización secreta, había sus consignas que tenían que atenderse. Y los señores del control, y el Gral. Degollado, y el Gral. Michel eran de la "U". En cambio, el Gral. Miguel Anguiano Márquez y los de Colima, y con ellos su Padre capellán, que no eran de la "U", sostenían que la jefatura suprema del movimiento era la Liga y que el Control de Occidente mientras estuviese en cisma con la Liga, no era autoridad legítima; que se tenía juramento de estar con





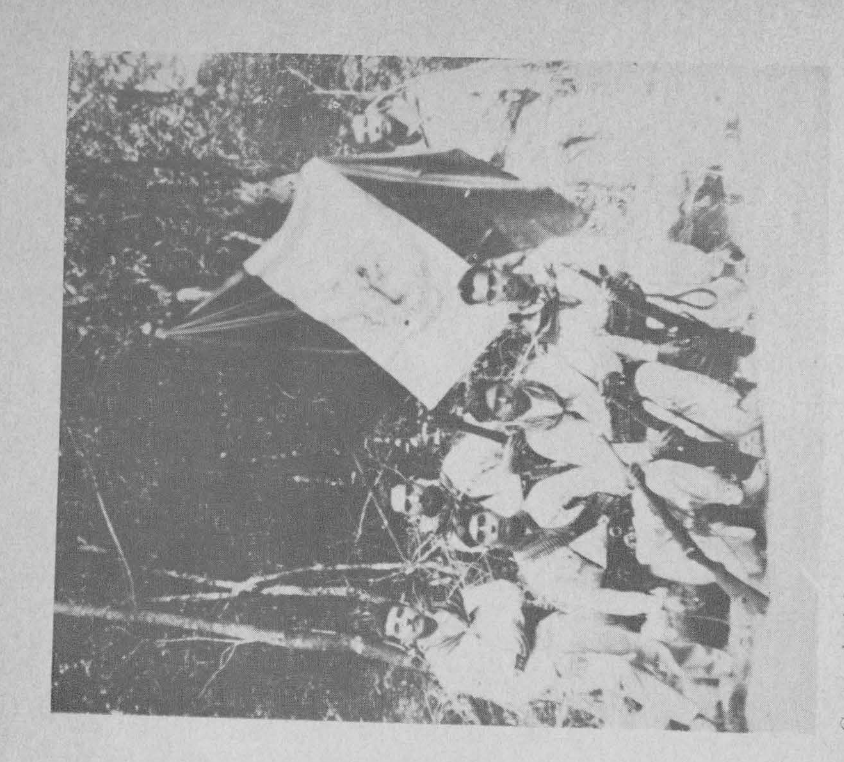
*J. Refugio Soto, muerto en combate, en julio de 1928.*



*Anastasio Zamora, fusilado el 25 de enero de 1928.*



*General Fermín Gutiérrez, al centro (Luis Navarro Origel); a su derecha, 1o., general Miguel Anguiano Márquez; 2o., coronel Angel Romo; 3o., mayor Ramón Acosta; a su izquierda, 1o., Sr. Cura Martínez; generales Guízar Morfín y Guillén.*



Grupo de jefes cristeros en el cuartel general "Santiago" a las faldas del volcán. El general Anguiano, con la bandera; su jefe de Estado Mayor coronel Verduzco Bejarano; teniente coronel Gildardo Anguiano Márquez; mayor Plutarco Ramírez; capitán José Cervantes y Padre Capellán señor Ochoa. Diciembre de 1928.



Capitán Andrés Navarro. Murió el 7 de abril de 1929.

los legítimos superiores y que no podía apoyarse ese cisma. En realidad, así era.

Conforme a lo hablado, el Gral. Manuel C. Michel escribió desde su cuartel de la Mesa de la Yerbabuena con fecha del 9 de febrero, al Gral. Jesús Degollado, adjuntándole copia del despacho de la Liga en favor del general Anguiano Márquez.

## *LA CARTA DEL GRAL. MICHEL*

La carta la llevó un antiguo mozo suyo llamado Ubaldo, que le seguía sirviendo muy fielmente en el movimiento cristero.

Esta carta no la conocieron entonces, ni el Gral. Anguiano, ni ninguno de los de su escolta, ni el mismo Padre capellán. Ellos supieron solamente que se comunicaban las novedades, que se pedían instrucciones; ni por asomo creyeron en doblez alguna.

Entre otras cosas, la carta, textualmente, se expresaba así:

> "Sr. General Jesús Degollado, J. O. M. Sur de Jalisco y Colima. Donde se encuentre. A fin de que dentro del más breve tiempo posible se despeje mi actual incertidumbre en virtud del desconocimiento que hace la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa de lo que el control de occidente confió a Ud., hacer en este Estado de Colima, haciendo los nombramientos que hizo... le envío esta nueva correspondencia y copia con el portador que lleva instrucciones de buscarlo hasta donde se encuentre y esperar las órdenes de Ud., aún en el caso de que necesite antes consultarlo a Guadalajara. Ubaldo esperará el tiempo que Ud. ordene y que traiga sus órdenes de Ud. Entretanto *yo no hago entrega de los elementos,* antes *por el contrario, procuro controlar los grupos que no estuvieron presentes.* El coronel Salazar me recomienda saludarlo y decirle que, de no quedar las cosas como están, él se separará de esta zona; que él no quiere trabajar a las órdenes de Anguiano. Sabe que lo estima su H. y Atto. S. S., el Gral. Michel". (Archivos de la L. N. D. L. R.)

## *OTRA CARTA*

El mismo día que el Gral. Manuel C. Michel se dirigía al Gral. Degollado —su jefe inmediato— escribía él mismo al Control Mi-

litar de Occidente y a otro amigo suyo que formaba parte en Guadalajara del mismo Control, el cual también era de la "U":

"Por la copia que te acompaño verás que lo ordenado por el Control de Occidente no lo reconoce la Liga, lo que, según otra copia inclusa, ya lo he puesto en conocimiento del Gral. Degollado... Formalmente te autorizo para que presentes la correspondencia alusiva y me representes como si tú fueras el del pie roto, aunque cojees un poco, para que las cosas queden en su lugar... En caso de que tenga que hacer entrega, desearía que me despacharan lejos, donde pueda respirar mejor ambiente de compañerismo". (Archivos citados).

## *EL LIO*

Generalmente, para los que pertenecían a la "U", primero y ante todo estaba la fidelidad a ella, y de la "U" eran ya, por esos días, los miembros del Control Militar de Occidente y casi todos los jefes militares de Jalisco. Se obedecía, generalmente, de una manera ciega. Consignas eran consignas que debían ejecutarse.

Y era que esa organización secreta tenía mucho que cautivaba, que seducía, que enamoraba a gran multitud de católicos fervientes, no obstante los inmensos inconvenientes que como organización secreta tenía. Pero esos inconvenientes no era fácil verlos a primera vista. De aquí que, aun varones muy distinguidos y egregios pertenecieron a ella. La red de esa "U" estaba bien tejida. Además, ellos nunca advirtieron que la Santa Sede, de muy largo tiempo atrás, había expresado su condenación a las sociedades secretas.

## *LAS SOCIEDADES SECRETAS*

Ya, desde el 1751, la Santa Sede había reprobado toda clase de sociedades secretas. El Papa Benedicto XIV, en ese año, en su Constitución Apostólica, reprobaba toda clase de sociedades secretas. Entre las razones que aduce están las siguientes:



"El secreto riguroso e impenetrable con que se oculta todo lo que se hace en estas asambleas, de modo que se les puede aplicar bien la palabra de Cecilio Natal referida por Minucio Félix: *Las cosas buenas aman siempre la publicidad, los crímenes se cubren con el secreto.* La tercera es el juramento que hacen los miembros de estas sociedades de guardar inviolablemente ese secreto".

Y lo mismo que la Santidad del Papa Benedicto XIV había expresado en su Constitución Apostólica de 1751 contra las sociedades secretas, lo continuaron diciendo en diversos tonos y de diversas maneras los Sumos Pontífices que le siguieron. De manera muy destacada el Papa Pío IX, en su Alocución Consistorial del 25 de septiembre de 1865: "¿Qué significan esos conventículos tan secretos, y ese juramento tan riguroso que se exige de los iniciados, de no descubrir nada de todo lo que concierne a esas sociedades?"

Y no trataba el Papa Pío IX únicamente de la francmasonería, trataba de toda clase de agrupaciones secretas, y así, con su autoridad, la Sagrada Penitenciaría declaró:

"Las asociaciones que profesan no tramar nada contra la Religión o el Estado y que, sin embargo, forman una sociedad oculta, confirmada con juramento, están condenadas en esas Bulas".

León XIII, más tarde, recordó las condenaciones anteriores.

De acuerdo con esta doctrina, el Santo Oficio promulgó un decreto el 18 de mayo de 1884, en el que se recordó a los católicos

"que deben abstenerse no solamente de las sectas masónicas, sino también de todas las que exigen de sus adeptos un secreto que a nadie pueden revelar o una obediencia absoluta a jefes ocultos".

De esta suerte, son ya varias las sociedades secretas, aun organizadas con buenos y nobles fines e integradas por católicos, que la Santa Sede ha condenado explícitamente.

## *LOS EXCMOS. SEÑORES OBISPOS Y LA "U"*

Mons. Leopoldo Lara y Torres, Obispo de Tacámbaro, escribía el 15 de mayo de 1928, en documento dirigido al primer vicepresidente de la Liga, Lic. D. Miguel Palomar y Vizcarra:

"Mons. Caruana (el Excmo. Sr. Delegado Apostólico para México) nos declaró oficialmente (a los Prelados de la Jerarquía Católica de México) que la Santa Sede, visto el pro y el contra, no aprobaba la institución de que Ud. me habla (la "U"). Por lo que, en mi concepto, prudentemente debe procederse a *disolverla*". (Archivos de la L. N. D. L. R.)

Y le sugería que acudiese, al efecto, al Excmo. Sr. Don Miguel de la Mora, Presidente del Comité Episcopal residente en México.

Por su parte, el Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, Mons. don Francisco Orozco y Jiménez, el 6 de diciembre del mismo año 1928, escribía lo siguiente al mismo Lic. D. Miguel Palomar y Vizcarra, primer vicepresidente de la Liga:

"En debida contestación le expreso lo siguiente: I. Ya comunico a la dirección de la "U" en el E(stado), que deje todas sus actividades, como no aceptadas por la A(utoridad) E(clesiástica) en los actuales momentos; pero que lo haga prudentemente a fin de evitar divisiones. II. Hago formal declaratoria de la ilicitud de juramentos o promesas incondicionales, mientras éstas estén bajo el control de sociedades secretas y de esta declaratoria le mando una copia.

Y la copia decía:

*"No les es lícito a los católicos de mi Diócesis obligarse bajo juramento de ninguna clase, ni promesas incondicionales de sujeción a jefes secretos: Aclarando que la mente de esta declaración no es prohibir la obediencia a asociaciones o instituciones de carácter público, siempre que lo que manden esté de acuerdo con los principios cristianos y las leyes de la moral".*



Más tarde la misma Santa Sede intervino directamente con relación al caso específico de la "U" (Unión de Católicos Mexicanos), ordenando su supresión. De esta suerte el mismo Gral. Degollado, al narrar cómo ingresó a la "U", en el principio de sus *Memorias* dice:

"Como al hacer públicas estas cosas pudiera aparecer perjuro, hago constar que en el año de 1929, no sé por qué causa, Su Santidad condenó la agrupación, y el Excmo. Señor Dr. Don Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara, comunicó las órdenes del Santo Padre y nos relevó de los compromisos contraídos".

## *EL GENERAL DEGOLLADO SE ENTERA*

Volviendo de nuevo a las montañas del sur de Jalisco y Colima: Ubaldo —el enviado del Gral. Manuel C. Michel— buscó hasta que encontró, según las instrucciones que tenía, al general cristero jefe de operaciones militares en el sur de Jalisco y Colima don Jesús Degollado.

Grande fue la sorpresa que el Gral. Degollado se llevó con las noticias que de Colima le llegaban; pero no obstante su amor tan grande a la "U", propiamente no perdió los estribos. Vio que había sido un grande error el que el Control Militar de Occidente había cometido al distanciarse del comité especial de la Liga en donde residía el mando supremo del movimiento insurgente cristero y, desde su campamento, escribió un amplio oficio exigiendo que se unificara el mando, porque en ese cisma no era posible continuar. El Gral. Degollado era enérgico y contundente:

"Ejército Nacional Libertador.—Cuartel General de la Jefatura de Operaciones Militares.—Viva Cristo Rey.—C. Jefe del Control Militar de Occidente.—Guadalajara, Jal.—Muy estimado jefe: Con motivo del nombramiento de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, en favor del Sr. General Miguel Anguiano Márquez, como jefe de operaciones en el Estado de Colima, han surgido serias dificultades. Como es natural, no puede haber dos jefes de operaciones... Para ilustrar más

a Ud. en el asunto, le manifiesto que ayer llegó a este campamento un enviado del general Michel, que dice en su comunicación que el coronel Salazar dice que, si no quedan las cosas como estaban, él se viene a Jalisco con toda su gente; resultando con esto que los de Colima no creo que se conformen. En estas condiciones no puedo seguir trabajando, y para seguir deseo lo siguiente: Que se unifique ese control a su digno cargo, con el comité de la Liga de México. Que manden órdenes escritas, tanto de ese control, como del comité, de quién queda como jefe de operaciones. Si el nombramiento viene a mi favor como jefe del sur de Jalisco y Colima, firmado por el control y el comité, yo cumpliré con lo que ordenen: pero creo que Anguiano y su compañero el Sr. Ochoa no estén conformes y no sé por qué, pues ni siquiera tengo el gusto de conocerlos. Si como ya he dicho no vienen esas órdenes firmadas por el control y el comité, yo me separo desde luego y escribiré y haré público por qué me separo, para que mañana se sepa la causa y no puedan juzgarme mal católico. Esperaré 8 días en este campamento que conoce mi representante, y si pasado ese tiempo no hay arreglo u órdenes, haré entrega de los elementos a quienes Uds. ordenen. Protesto a Ud. mi subordinación y respeto. Dios y mi Derecho. Campamento; 17 de febrero de 1928. El Gral. J. O. del sur de Jalisco y Colima. J. Degollado (Rúbrica)".

## *EL CONTROL MILITAR*

Ante la tajante actitud del general Jesús Degollado, el Control Militar de Occidente se vio precisado a ceder, no sin poner su grito en el cielo, presentándose como atropellado en su autoridad por el Comité Especial de Guerra de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.

El Presidente de la Liga, licenciado Ceniceros y Villarreal, dio la respuesta lapidaria: "No pueden quejarse del asunto de Colima, porque, ¿quién les dio facultades para nombrar al sucesor de Ochoa? Y si en vista de necesidades urgentísimas lo hicieron, ¿por qué no avisaron oportunamente para que surgiera el empate?"



## *CONTESTA EL GENERAL DEGOLLADO*

Cuando el viernes 17 de febrero el general Jesús Degollado escribía su tajante carta al Control Militar, poniéndolo en la disyuntiva, o de ponerse de acuerdo y unificarse con la Suprema Jefatura que era la Liga, o de aceptar la separación inmediata de él de las filas del Ejército Libertador, haciendo pública la razón que le asistía para que no se le juzgase desleal, contestó también en ese mismo día, al general Manuel C. Michel comunicando que ya había escrito a Guadalajara, al Control Militar de Occidente, que en cuanto recibiera contestación, él vendría personalmente a Colima.

El domingo 19, trayendo esta contestación, llegó de regreso, a los campamentos de Colima, Ubaldo, el enviado del general Michel. Había cumplido bien su comisión. La carta fue leída con avidez; pero tanto para el general Michel, como para los muchachos de Colima continuaba la incógnita sin resolverse.

## *LA VIDA RELIGIOSA EN EL CAMPO*

Entre tanto, llegó la cuaresma. El día 22 de febrero fue miércoles de ceniza. Hubo la ceremonia de la bendición e imposición de las cenizas.

No por todas aquellas dificultades había disminuido el fervor de aquel pueblo cristero. En la parte alta de la Mesa, bajo los fresnos y encinos del lugar, los soldados libertadores habían hecho una más amplia capilla, de varas y zacate, que se estrenó y bendijo el día 5 de ese mes de febrero, fiesta de San Felipe de Jesús.

De esta suerte el Padre Capellán Ochoa estableció entonces en ese campamento su residencia habitual y pudo hacer el bien, no solamente a los cristeros, sino a todos los fieles, porque normalizadas así las cosas y no habiendo más sacerdote en cincuenta kilómetros a la redonda, el campamento de la Mesa de Yerbabuena fue el objeto de nutridas y cotidianas peregrinaciones. Hubo meses en que se distribuyeron más de quinientas comuniones por se-

mana, pues afluían los fieles deseosos de recibir los Sacramentos, no sólo de los lugares circunvecinos, sino que, desafiando mil peligros de muerte, atravesando barrancos y montes para no ser sorprendidos por el enemigo, llegaban desde Comala y aun de Villa de Alvarez, población contigua a la ciudad de Colima.

Todos los días se oía la Santa Misa y, por la tarde, soldados, mujeres y niños (en aquellos días de relativa tranquilidad se habían refugiado en el campamento algunas de las familias de los libertadores), recitaban devotamente el Santo Rosario y cantaban alabanzas piadosas en el pequeño cementerio, en donde estaban los restos de Dionisio Eduardo Ochoa y compañeros.

En los viernes de Cuaresma, se hacía el ejercicio del Vía Crucis a las 3 de la tarde: todos, mujeres, niños y hombres de tropa, con su Padre Capellán señor Ochoa, caminaban descalzos, desde el paraje de Ramón Cruz, cubierto de encinos y llenos de grandes piedras, en la boca de la bajada hacia el plan de la Joya, un kilómetro atrás, hasta el pequeño cementerio del campamento, recitando una decena del Santo Rosario en cada estación y entonando himnos de penitencia en los intermedios.

Más todavía, multitud de aquellos libertadores, con sus esposas y sus hijos, ayunaban los miércoles y los viernes, no obstante lo mal alimentados y el que su vida era un ayuno constante. Aun los niños ayunaban. La abstinencia de carnes de los viernes se guardaba con religiosa exactitud, aunque casi no hubiese qué comer.

Los libertadores recibían por lo general, al menos una vez al mes, los Sacramentos y, antes de los combates, cuando no había tiempo para más, se les reunía y, después de una breve exhortación que dirigía el Sacerdote, en que se les excitaba al dolor y a la enmienda, se ponían aquellos luchadores de rodillas, hacían el acto de contrición y el Padre Capellán, con las manos extendidas, pronunciaba sobre ellos la fórmula de la absolución sacramental. ¡Aquellos cuadros eran cuadros divinos!



## *SE ESCRIBE AL CONTROL MILITAR*

El jueves 23 de ese mes de febrero —ya en cuaresma—, en el lugar que al general Anguiano M. y compañero les servía de campamento, en la parte más alta de la Mesa de la Yerbabuena, bajo los encinos cercanos al borde, desde donde se ve todo el plan de la Joya y aun parte del valle de Colima, al lado de la nueva capilla que se había estrenado al principiar ese mes, estando reunidos el mismo general Miguel Anguiano Márquez, José Verduzco Bejarano, Marcos V. Torres y Jesús Peregrina, presente el mismo Padre Capellán que los escuchaba, se comentaba el problema que estaba causando el Control Militar de Occidente, sin que aquellos muchachos guerrilleros pudieran comprender de una manera plena aquel lío. El Padre, que era el que más lo comprendía, porque, aunque no pertenecía a la famosa "U", sí sabía cómo estaba organizada y cómo se movía, guardaba reserva con relación a ese problema. Creía deber de conciencia no revelar nada de lo que los muchachos ignoraban.

El general Anguiano Márquez, muchacho bien intencionado, cristiano y culto, que apenas contaba 19 años de edad, propiamente estaba escandalizado de la indisciplina de aquellos señores del Control a quien él creía tan rectos y que no daban trazas de ser como él los había imaginado.

Ni Anguiano Márquez, ni ninguno de aquéllos sabían quienes eran los nuevos señores del Control, después de la salida de Guadalajara de Antonio Ruiz y Rueda, el Delegado de la Liga, y ni propiamente les importaba saber quiénes eran, pero sí los imaginaban, al menos como ellos estaban enseñados a ser: disciplinados con relación a órdenes superiores, más aún que había juramento de por medio, aunque tuviera que estropearse el propio "YO" y la conveniencia personal o de provincia. Es que aquellos muchachos, por una parte, eran rectos y, por otra, estaban muy jóvenes. ¡Les faltaba mundo! El mayor de todos esos muchachos que habían sido estudiantes, era Marcos Torres que tenía 27 años. Peregrina era el más suspicaz.

Como nadie había visto las cartas que el general Michel había estado escribiendo, tanto al general cristero Degollado —el jefe de Operaciones Militares en el Sur de Jalisco y Colima—, como al Control Militar, alguno tuvo la suspicacia de atribuir, tal vez a informaciones parciales y no verídicas del general Michel, el que la cosa se hubiese retardado tanto.

El Padre Capellán señor Ochoa trató de remover aquella idea, pues según él, el general Michel era hombre del todo recto.

Resultado de aquella discusión fue el acuerdo de escribir ellos, personalmente, al Control Militar de Occidente.

Y con atención se escribió el oficio, firmado por el Gral. Anguiano Márquez transcribiendo el despacho de la Liga y pidiendo que a la mayor brevedad se diese orden al general Michel de entregar ordenada y comedidamente las fuerzas. Se decía que se esperarían todavía 15 días más, a fin de que, sin que se alterase el orden, se procediese a lo que la Liga había dispuesto. Se manifestaba también que si se había esperado tanto, no era por falta de derecho, más aún que la inmensa mayoría de los luchadores eran muchachos adictos a él y le reconocían como sucesor del iniciador y jefe del Movimiento, general Dionisio Eduardo Ochoa, sino por el bien de la Causa y para que todo procediese como debe procederse entre compañeros y soldados de la Cruzada de Cristo Rey. (Del diario personal del Padre Capellán).

Este oficio lo llevaría Marcos Torres a Colima y de allí, el Jefe Civil Cristero se encargaría de que, por conducto de las muchachas de las Brigadas, llegara a manos de los señores del Control Militar de Occidente.



## Capítulo III

## MARQUITOS, CORONEL J. DE E. M.
## MAS SANGRE DE MARTIRES

Al marcharse Marquitos —así le llamaba el pueblo y así lo llamaban también los compañeros, porque era muchacho, al par que muy valiente, de carácter siempre bondadoso, amable, recto—, se llevó su despacho de Coronel Jefe de Estado Mayor del general Anguiano Márquez. Lo merecía, tanto por su lealtad, como por su valentía. Durante todo este tiempo, desde que había principiado el problema en los primeros días de enero, él no había dejado de estar dando vueltas, yendo y viniendo, casi semanalmente, para informarse del curso de los acontecimientos y, al mismo tiempo, entre ida y venida, seguía en su lucha, con su muchachos cristeros, contra el gobierno de la tiranía callista.

Entre sus hechos de guerrillero de este tiempo, estuvo el del 23 de enero en la estación del ferrocarril de Colima, en las orillas mismas de la ciudad. Los libertadores que en esta hazaña acompañaban al coronel Marquitos eran sólo catorce, de los cuales diez u once eran muchachos de quince a veinte años y los tres o cuatro restantes de menor edad aún. Los enemigos eran cuatrocientos; porque salieron a batirlo, no sólo federales, sino agraristas, gendarmes y aun algunos voluntarios simpatizadores del régimen callista. El campo de combate era el llano extenso de la estación, desprovisto de bosque y de toda trinchera. Aún más, inmediatamente fueron preparados dos aeroplanos de guerra que no dejaron casi ni un momento de arrojar bombas explosivas y hacer funcionar sus ametralladoras

sobre aquellos quince cristeros que luchaban con singular arrojo. No obstante tan desigual esfuerzo y la diferencia enorme en cuanto a elementos de combate, la lucha se prolongó por más de cinco horas. Por parte de los enemigos, hubo más de cuarenta bajas, entre muertos y heridos. Por parte de Torres, un herido, el cual, cayendo en poder de los perseguidores y oprimido por sus amenazas, olvidó su juramento de fidelidad y denunció a algunas de las personas bienhechoras de la causa insigne, cosa en verdad rarísima y excepcional entre los cristeros.

### *PODER DE DIOS EN FAVOR DE SUS CAMPEONES*

Por la tarde de ese día, decían admirados unos oficiales del ejército de Calles, en el andén de la estación ferrocarrilera: "¡Si tuviésemos cien hombres como estos muchachos!" Y comentaban con asombro el valor de aquellos macabeos. En la noche del propio día, Marquitos durmió en la ciudad de Colima, porque el parque se le había agotado e iba personalmente a conseguir más.

### *NUEVO MARTIR, J. TRINIDAD CASTRO*

Dos días después de este combate, la ciudad de Colima fue teatro glorioso del martirio de J. Trinidad Castro y Anastasio Zamora.

Ambos eran de humilde condición: J. Trinidad Castro era el único sostén de su madre.

Cuando fueron establecidas en Colima las *Vanguardias* de la A. C. J. M., allá por el 1918, J. Trinidad Castro era un chico vivaracho que hacía interesantes todas las reuniones, por el sinnúmero de preguntas que formulaba y los problemas que llevaba para su resolución, tanto históricos, como sociológicos y religiosos. De aquí que, ya joven, perteneciendo a la A. C. J. M., fuese un consciente y celoso apóstol cristiano. En el seno de su bendita Asociación fue verdaderamente brillante su labor. Trabajó en el periodismo, en el campo obrero, en el catequístico, en el político; pero más que su labor externa, le distinguía su labor interna de organización: extender y perfeccionar los grupos de Juventud Católica y, de una manera especial, los de los niños de las *Vanguardias*.



Fundada la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, él fue el Secretario Local.

Iniciada la defensa armada de los sagrados derechos de la Patria, informado de los fines del movimiento, no pudo menos que amarlo y, una madrugada, la hermosa madrugada del día 8 de septiembre, después de oír la Santa Misa que celebró ocultamente en Colima el Padre Capellán del movimiento, don Enrique de Jesús Ochoa, quien se encontraba accidentalmente ahí, en una casa particular, salió en unión de él, rumbo a los campamentos del Volcán.

### *ANASTASIO ZAMORA*

Anastasio Zamora era un joven del pueblo de San Jerónimo, Col., hijo de ancianos padres. Un modelo de honradez y buenas costumbres. Perteneció a la A. C. J. M. y a la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. Fue soldado de Cristo y salió al campo de batalla, cinco o seis meses antes que su compañero de martirio, J. Trinidad Castro. En el campo militar fue modelo de intrepidez y valor, de moralidad y disciplina; verdadero soldado de Cristo, digno de todo elogio e imitación.

### *EN COLIMA*

Cuando al finalizar el 1927 surgió el conflicto de la nueva Jefatura de Operaciones Militares del Movimiento Cristero que por orden del Control Militar de Occidente se estableció en los campamentos del Volcán, a cargo del general Manuel C. Michel, J. Trinidad Castro y Anastasio Zamora fueron de los muchachos fidelísimos que no abandonaron a su jefe general Anguiano Márquez, a cuya escolta, que hacía las veces de Estado Mayor, pertenecían como distinguidos elementos.

En el mes de enero, según fue visto en páginas anteriores, el Padre Capellán señor Ochoa se encontraba en la ciudad de Colima en espera de instrucciones del general cristero Michel, ya por esos días al frente de las Operaciones Militares del Estado de Colima. El día 17 llegaba el general Anguiano de los campamentos del Volcán, trayendo la invitación esperada; pero, al mismo tiempo, se tuvieron noticias de lo acontecido en Guadalajara entre el Control Militar y la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, cuyo representante —Antonio Ruiz y Rueda— había tenido que retirarse. Luego, consultando lo que debería hacerse, se escribió directamente a la Liga y, entre tanto llegaba respuesta, el general Anguiano Márquez y el Padre Capellán esperaban pacientemente, ocultos en la ciudad de Colima. En otra casa, ocultos también, estaban J. Trinidad Castro y Anastasio Zamora. El día 25, procedentes de los campamentos cristeros, llegaron después de haber caído la tarde, ya sin luz de día, José Verduzco Bejarano y J. Refugio Soto.

### *LA DENUNCIA*

J. Refugio Soto había sido aquel último asistente del jefe Dionisio Eduardo Ochoa, leal, sagaz, valiente como el mejor. Era originario del pueblo de San Jerónimo, Col. Venían ambos —Verduzco Bejarano y Soto— a entrevistarse con su jefe general Anguiano, saber noticias y recibir instrucciones. Al entrar a la ciudad, atravesando el barrio de La Salud, porque necesitaban llegar primero a la casa donde se ocultaban J. Trinidad Castro y Anastasio Zamora, para que ellos les noticiasen dónde se encontraban en esa noche el general y el Padre; una mujer enemiga que conocía a Soto, porque también ella era de San Jerónimo, lo reconoció al momento y siguió tras ellos —Soto y Verduzco Bejarano—, para ver dónde entraban. Cuando vio la casa y el número de ella se volvió para denunciarlos en la Jefatura callista de Operaciones.

Los soldados cristeros —Soto y Verduzco Bejarano— entraron, vieron a J. Trinidad Castro y Anastasio Zamora y, sin demorar,



después de haber sabido, de boca de ellos, dónde encontrarían al Padre Ochoa y a su Jefe, salieron de nuevo y se marcharon.

En tanto, la mujer denunciadora llegaba a la Jefatura callista de Operaciones Militares y comunicaba lo que había visto, y se mandó un piquete de soldados para la aprehensión.

Cuando los soldados callistas llegaron a la casa que se les había indicado —la marcada con el número 276 de la hoy calle Dr. Miguel Galindo— ya los cristeros denunciados, Soto y Verduzco, habían salido y sólo se encontraban J. Trinidad Castro y Anastasio Zamora.

### *EL ARRESTO*

Cuando el grupo de soldados, intempestivamente entraba, Anastasio Zamora, decidido y valiente, quiso hacer resistencia; pero Castro lo impidió, pues creyó que si resistían, se atraían más males sobre los dueños de la casa. Momentos después, en medio de la turba blasfema de soldados callistas, fueron conducidos a la Jefatura de Operaciones los dos defensores de la Libertad.

### *FORTALEZA DE LOS MARTIRES*

Ante los militares se portaron con entereza. La misma prensa gobiernista comentó su resolución y valor. En favor de ellos, ni una disculpa, ni una palabra.

Se dice que la voz de J. Trinidad Castro resonó majestuosa en los muros del antiguo Seminario, en esos días Jefatura Militar, perdonando a los verdugos y anunciando el glorioso porvenir de la Iglesia, jamás vencida. Cuando se vio un momento libre, entregado solo a la custodia de los soldados, se postró en tierra, así como 5 meses antes lo había hecho a su vez Tomás de la Mora, descolgó de su pecho un crucifijo de plata que siempre traía y oró un poco.

Anastasio Zamora, con el espíritu que siempre lo caracterizó,

de un grande e inquebrantable valor, encubierto con una muy cristiana modestia, no hizo como su compañero, con palabras candentes, demostración de los ardores que sentía en su alma, sino que su principal empeño fue disculpar a aquellos a quienes se quería complicar en su causa, a saber la señora de la casa en donde habían sido aprehendidos y José García Cisneros su hijo.

## *LA INMOLACION*

Era cerca de la media noche cuando fueron conducidos a la calzada Galván, para ser fusilados. Sirvió de paredón el antiguo muro del actual campo deportivo A. D. C., esquina con la calle Zaragoza.

Con su espíritu noble de siempre, Zamora pide que no se le cuelgue, para que la impresión que cause su muerte sea lo menos dolorosa posible para sus ancianos padres, y el grito triunfador de sus combates, el sublime *¡Viva Cristo Rey!,* escapado por último de su pecho, rasgó el silencio de la noche. Se produjo la descarga, y el joven mártir cayó bañado en su sangre. Estaba presente el Presidente Municipal de San Jerónimo, Col., para ser testigo de aquellas muertes deseadas.

Privilegios del dolor y del heroísmo cristianos: dícese que el mismo Presidente, cediendo a un impulso de veneración, se inclinó y, con todo respeto, cruzó sobre el pecho destrozado, las manos del mártir.

Después de lanzar igualmente el valiente J. Trinidad Castro el sonoro grito de *¡Viva Cristo Rey!,* recibió el martirio y, cuando la descarga le derribó al suelo, aún palpitante, se le arrastró del cuello con una soga, hasta el pie del mismo árbol en que cinco meses antes había sido ahorcado el mártir Tomás de la Mora.

La luz de un nuevo día vino, cinco o seis horas más tarde, a iluminar aquel cuadro, a hacer público aquel suplicio: J. Trinidad Castro, joven perfectamente conocido en Colima, tanto por su larga y brillante actuación religiosa, como por haber trabajado en uno de los principales comercios de la ciudad, afeado, destrozado, cubierto de tierra, ensangrentado y suspendido de las ramas de un

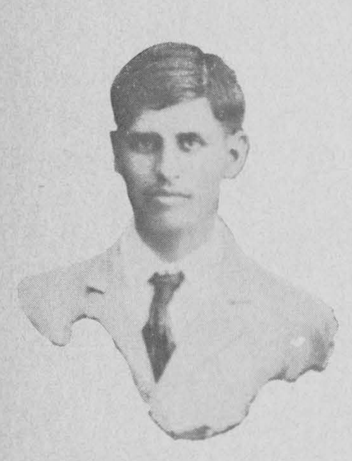




*El niño Merced Anguiano Márquez, muerto el 17 de marzo de 1928.*



*J. Trinidad Castro, fusilado el 25 de enero de 1928.*



*Cor. Marcos Torres, muerto a traición el 14 de agosto de 1928.*



*Joven mártir Manuel Hernández. Fotografía que él quiso se le tomase poco antes de partir al campamento cristero de los volcanes para dejarla como recuerdo a sus amigos.*



*Manuel Hernández y Francisquillo Santillán, momentos antes de ser fusilados. El cadáver de Benedicto Romero. 25 de julio de 1928.*



*Los cuerpos de Manuel Hernández, Francisquillo Santillán y Benedicto Romero, sobre el banquetón de la Catedral. 25 de julio de 1928.*

sabino de la calzada, y Anastasio Zamora, cubierto de sangre, con el pecho destrozado y los brazos cruzados, recargado en el paredón de su suplicio.

## *TRIUNFO POSTUMO*

Desfiló una larga caravana de fieles para venerar aquellos despojos y llevar como reliquia, ya alguna partecita de sus ropas o de sus cabellos, ya al menos algún objeto piadoso tocado a ellos.

Los cuerpos fueron entregados a sus familiares y, en la morada de éstos, siguieron siendo visitados por una muchedumbre de cristianos fervorosos. El cuerpo de Castro, de cuyas heridas no dejó de correr sangre fresca, fue sepultado la tarde de ese día 26. Zamora fue conducido al cementerio hasta el día siguiente, 27 de enero. Su cuerpo fue llevado en hombros, desde la casa de sus padres, concurriendo un gran número de personas que pugnaban por llevarle un momento.

## *DE LAS FILAS ENEMIGAS*

En los primeros días del mes de febrero, se presentaron ante el general Manuel C. Michel, en el cuartel general de la Mesa de la Yerbabuena o de Los Mártires, como la llamaban los cristeros, los gendarmes de Comala, pidiendo rendirse. Iba con ellos su jefe, Félix Hernández, que tiempo atrás había sido el que más había perseguido a los libertadores de J. Jesús Peregrina en su cuartel de El Cóbano. Llevados por la razón y subyugados por la santidad de la causa, volvían sobre sus pasos y determinábanse a luchar bajo la bandera de Cristo. En la capilla del campamento, después de purificada el alma con los sacramentos de la Confesión y Comunión, hicieron el juramento solemne que todos prestaban al ingresar en las filas libertadoras. Mas aquel acto revestía una importancia singular: era el paso de las filas del ejército de Calles en donde habían luchado, a las filas de Cristo, por Quien deseaban únicamente militar en adelante.

Después de este acto, marcharon en unión del valiente capitán cristero Félix Ramírez, a iniciar su campaña en favor de su nueva causa. El éxito fue completo. Llegaron en la noche a las cercanías del pueblo de Comala y esperaron al enemigo que debía salir al día siguiente con dirección a los campamentos del Volcán.

Empezaba apenas a aparecer la luz primera de la mañana del día 12, cuando los perseguidores se acercaron y se trabó la lucha, que fue corta, pero muy nutrida. Murieron diecisiete callistas y se les recogieron ocho máuseres, una pistola 45 escuadra y abundante parque. Por parte de los libertadores, no hubo ninguna baja.

Radiantes de júbilo y después de haber dado ya el primer testimonio de su verdadera adhesión al Movimiento Libertador, los nuevos cristeros volvieron a la Mesa de los Mártires.

## EL CUARTEL GENERAL DE LA MESA

Este fue, excepción hecha de los primeros meses de Caucentla, tal vez el tiempo en que el cuartel general estuvo en mejores condiciones; porque como los enemigos estaban ya escarmentados, las actividades libertadoras perfectamente extendidas en todo el Estado, y se tenía al coronel Marcos V. Torres casi siempre a las puertas de la misma ciudad de Colima, en el campamento de la Mesa se vivía en esos días en verdadera paz; porque el enemigo, con sus fuerzas ordinarias, no se atrevía a atacar una posición tan lejana. Se aminoraron sacrificios, los jacales de pencas de maguey fueron sustituidos por pequeñas casitas de lámina de zinc, y se formó un pequeño poblado. Además, como se ha visto, el Padre Capellán, señor Ochoa, había establecido en ese campamento su residencia habitual; todos los días se tenía la Santa Misa y la vida religiosa de aquel nuevo poblado de la Mesa de los Mártires de Cristo Rey era hermosa e intensa. Entre los actos religiosos, con nutrida asistencia y mucho fervor, estaba la Hora Santa de los jueves. Esta se hacía siempre de 11 a 12 de la noche. Los cánticos de desagravio, las alabanzas a Nuestro Señor, resonaban hermosísimas bajo aquellos encinos allá sobre la montaña. La unión con Cristo, sellada con la Santa Comunión, era el eje de la vida de aquel pueblo.

## Capítulo IV

## PROCURASE RESTABLECER EL ORDEN. EL ATAQUE AL CUARTEL GENERAL

### *VICTORIAS SOBRE VICTORIAS*

En el mes de marzo, el coronel Marcos V. Torres emprendió seria campaña contra los agraristas de la región de Tepames, Col. El día 6 atacó, en primer lugar, a los de este pueblo, en donde tenían su centro de operaciones. Aunque el combate fue recio, no logró sacarlos de sus posiciones; pero sí les hizo ocho muertos y algunos heridos, según parte oficial de él.

Descansaron un día las fuerzas libertadoras de Marcos V. Torres, y al tercero, o sea en la madrugada del día 8, un grupo como de trescientos cristeros atacó a los agraristas de Cardona, que como se recordará fueron los que hacía siete meses habían entregado al Padre don Miguel de la Mora.

Al ver los agraristas la formalidad del ataque y la superioridad de las fuerzas de los cruzados, después de corto tiroteo tuvieron que huír por entre el bosque de la barranca hasta la hacienda de la Estancia.

Entretanto los soldados del destacamento callista de Buenavista salieron a dar auxilio a sus compañeros de la ranchería de Cardona; pero no sólo llegaron tarde, sino que se les batió tan fuertemente que se les hizo retroceder en precipitada huída hasta la misma hacienda de donde habían salido. Cuando los libertadores regresaban, después de haber ido en persecución tras los callistas



de la hacienda de Buenavista, fueron atacados en Portezuelo por otras fuerzas callistas de línea, a los cuales igualmente hicieron huír.

Después de esta triple victoria, cuando en la hacienda de Corralitos descansaban las fuerzas del coronel Torres, fueron atacados de nuevo. Entonces los libertadores se batieron en retirada con objeto de hacer caer a los enemigos en una emboscada, lo cual no consiguieron.

Saldo de este día de lucha: los callistas, veinticinco muertos, aparte de algunos heridos. De los soldados cristeros, dos muertos.

### *CONTESTACION DEL CONTROL*

El sábado 10 de marzo el general Manuel C. Michel recibió al fin la tan esperada contestación del Control Militar de Occidente.

Al fin se había triunfado en lo esencial y básico.

La carta tajante del general Jesús Degollado en donde decía al Control Militar de Occidente que, o se ponían de acuerdo con la Liga o se separaba él del movimiento cristero, haciendo pública la razón por la cual abandonaba las armas, y la carta misma del general Miguel Anguiano Márquez fechada el 23 de febrero dando 15 días de plazo como ultimátum, atento, pero enérgico, al Control Militar de Occidente, obligaron a éste a ponerse en relaciones con la Jefatura Suprema del Movimiento que era la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa en la ciudad de México. Reclamaron, protestaron, diciendo que habían sido atropellados en sus derechos por la Liga con el nombramiento que ésta había extendido al general Miguel Anguiano como jefe de las fuerzas cristeras en Colima, sucesor del extinto general Dionisio Eduardo Ochoa; pero, conforme hemos visto, el mismo licenciado don Rafael Ceniceros y Villarreal, Presidente Nacional, cogió con arrestos de luchador la defensa, no sólo de los derechos de la Liga que era la Jefatura del Movimiento Nacional de resistencia, sino de la unidad de este movimiento en donde el principio de autoridad no de-

bería ser quebrantado. De todas maneras, no obstante los reclamos, la unión se había logrado de nuevo.

## *MOVIMIENTOS DE ACOMODO*

Sin embargo, en estos primeros movimientos de acomodo, sin estar debidamente informados de la situación de Colima, ni la Liga, ni el Control, no era posible que se diese una solución acertada a los problemas.

Por una parte, la Liga sostenía, como base de un entendimiento, el nombramiento que había hecho en favor del general Miguel Anguiano. Por otra parte el Control, informado falsamente de la situación de Colima, porque de las informaciones que el general Michel daba y que el general Degollado reproducía y hacía suyas, se tenía como cierto que si quedaba como jefe de Operaciones Militares Cristeras en Colima el general Anguiano Márquez, el general Michel y el coronel Andrés Salazar, con toda su gente se separarían de Colima, contando ellos como gente suya, aun a los soldados de los antiguos escuadrones de los capitanes Andrés Navarro, Plutarco Ramírez y Ramón Cruz que nunca habían sido de la gente del coronel Salazar y que si en esos días lo reconocían como jefe, era por disciplina únicamente, y haciendo caso omiso de los regimientos de Cerro Grande y el Naranjo que habían continuado reconociendo al general Anguiano Márquez, pretendía, como lo más viable, aceptar el nombramiento que la Liga había extendido en favor del Gral. Anguiano; pero sostener al mismo tiempo al Gral. Michel y que la gente se dividiese entre ambos jefes.

En el campamento, en cambio, las cosas se veían de otra manera:

"Esta división —copiamos del diario personal del Padre Capellán escrito en aquellos días— tiene, indudablemente, que agriar más la situación y va a ser ocasión de profundos disgustos y aun de choques sangrientos entre los dos bandos. Por otra parte, casi es impracticable; porque muy pocos serán los que voluntariamente quieran continuar del



lado del general Michel y coronel Salazar. De aquí que, si contra su voluntad se les obliga a estar bajo su mando se les reducirá a un estado completamente violento que traerá el fracaso; y si se les da libertad para elegir, entonces habrá el inconveniente de que la gran mayoría —setecientos u ochocientos— de esta gente de los campamentos del Volcán que es la que constituye el problema, se cargarán al grupo de Anguiano reduciéndose el otro a unos cien o poco más, lo cual dará origen a envidias y mucho más".

Estas eran las reflexiones que el Padre Capellán, señor Ochoa, y los generales Michel y Anguiano hicieron en esa ocasión.

El Padre Capellán, respetando por una parte aquella decisión que aunque desatinada, emanaba ya de una autoridad legítima y por otra parte viendo lo inconveniente de ella, no quiso ni opinar siquiera, y se retiró de los dos jefes. "Yo me retiro y ustedes dos vean cómo se reparten. No creo que deba yo terciar para opinar algo". Y se separó de ellos con visible tristeza por las consecuencias que aquello tendría.

## *EL ACUERDO DE LOS DOS JEFES*

"Después de mucho comentario —seguimos copiando del diario del Padre Capellán, señor Ochoa— viendo ellos dos de por sí lo impracticable de la solución que el Control Militar daba, se llegó al siguiente acuerdo:

El general Anguiano, en bien de la Causa, renuncia a la Jefatura de Operaciones Militares en el Estado, quedándose como jefe de Estado Mayor, si acepta la Liga. Esto con el fin de que haya unidad y se eviten las divisiones y sus funestos resultados. Además, juzgando Anguiano que todo el mal ha radicado en el Control de Occidente, quiere que se pida a la Liga que se sostenga en lo que primeramente había ella resuelto, a saber, que se dependa únicamente de ella. El general Michel aceptó ambas cosas y se escribió un amplio oficio a la Liga firmado por ellos dos, el cual habría de ser enviado a México. De estos acuerdos se guardaría completa reserva, dijeron ellos, hasta que venga la resolución del centro".

Del mismo diario:

"15 de marzo. Vinieron los generales Michel y Anguiano. Ya se remitió el oficio a México. Fue el jefe civil de Colima, el mismo que en enero había ido a entrevistar a los jefes nacionales, el que de nuevo emprendió el viaje para entregar el documento".

### *EN MEXICO, D. F.*

Y valiéndose, como en la vez anterior, de la mediación de la señorita Celia Gómez, que era la jefe nacional de las Brigadas Femeninas y estaba en comunicación con los señores del Comité Especial de Guerra de la Liga Nacional, Juan Gómez Moreno —el jefe civil de Colima— logró entrevistarlos, narrarles en breve la situación de Colima y entregar el pliego que llevaba, firmado por los generales Manuel C. Michel y Miguel Anguiano Márquez. Cuando volvió para recibir sus instrucciones, se le dijo que regresase sin pendiente; que ya se habían girado órdenes al general Degollado para que fuese a Colima y confirmase al general Anguiano Márquez en su puesto de jefe y que, si había gente actualmente al mando del general Michel que no quisiese estar subordinada a él, que viese el modo de llegar a un acuerdo y arreglar las cosas como mejor pareciese, con la conformidad de ambas partes.

### *EL ATAQUE AL CUARTEL GENERAL*

Entre tanto el enemigo preparaba un ataque formal y combinado al cuartel general de las fuerzas cristeras de Colima instalado por esos días, como se ha visto, en la Mesa de la Yerbabuena o *Mesa de los Mártires,* en las estribaciones occidentales del Volcán de Fuego, extremo norte del Estado de Colima, separada de la cuchilla de El Borbollón, que ya es Jalisco, por la barranca del *Arroyo de la Lumbre.*

Era el mediodía del 24 de ese mes de marzo, cuando las tropas enemigas, provenientes de Jalisco, haciendo lujo de fuerza, se presentaron en la zona de Zapotitlán, Jal. Las piezas de artillería funcionaban sin cesar para infundir terror. Las familias corrían a



esconderse en las cuevas de los barrancos, temerosas de ser víctimas de la crueldad y lujuria de la soldadesca que comandaba el general Manuel Avila Camacho, que era quien avanzaba.

La ruina se iba sembrando por doquiera que aquellos hombres pasaban; las casas eran incendiadas y cuanto se encontraba al paso era destruido. El 25 se estrechó el cerco: Avila Camacho logró llegar hasta San José del Carmen y, por la parte de Colima, el general Pineda, trayendo también grandes fuerzas, acampó en la hacienda de San Antonio. El coronel Salazar, que estaba entonces al frente de las fuerzas cristeras del cuartel de *La Mesa de los Mártires,* porque el general Michel se encontraba en esos días en Cerro de Villa, estribaciones, como hemos dicho, de la serranía de Cerro Grande, cerca de El Paso de Alcececa, Jal., temió el ataque, porque juzgó no poder resistirlo y, no obstante las magníficas posiciones y olvidando sobre todo el auxilio de Dios, que nunca había faltado a los cristeros cuando en él habían confiado, ordenó la evacuación y, antes de que se cerrara el círculo enemigo, salió para Cerro Grande. No quedó en el viejo cuartel sino el valiente capitán Ramón Cruz, al frente de siete o nueve soldados, para resguardar la salida de las familias que allí había y las cuales huyeron hacia las arideces del cono riscoso del Volcán. ¡También la fe y espíritu primitivos habían menguado en aquellos días!

Al tercer día, o sea el 27, los generales callistas Pineda y Avila Camacho entraban al campamento de la Mesa. Componían sus tropas más de mil hombres. El libertador Ramón Cruz, que sólo contaba con aquellos siete o nueve cristeros, no vaciló en hacer frente a tantas fuerzas; resistió por unos momentos y logró hacerles unos veinticinco muertos. De los libertadores, contando los que murieron en el tiroteo y los que fueron aprehendidos y matados aisladamente en aquellos días, sólo se registraron cuatro bajas.

### *PROFANACIONES INDIGNAS*

Al entrar al campamento evacuado, descargaron aquellos hombres su saña en la humilde capilla, centro de vida religiosa para

toda la comarca, en las cruces que encontraron a su paso y, sobre todo, en el para los cristeros tan venerado cementerio, donde despedazaron el monumento del sepulcro de Dionisio Eduardo Ochoa, y hubiesen profanado sus restos, si el general Pineda, con espíritu de cordura y haciendo prevalecer sus derechos, porque ya allí era territorio de Colima, no lo hubiese impedido.



## Capítulo V

## SE RESTABLECE EL ORDEN

### *LLEGA EL GENERAL DEGOLLADO*

Al mismo tiempo que provenientes de Sayula, Jal., avanzaban las fuerzas callistas que comandaba el general Manuel Avila Camacho y salían de Colima los fuertes contingentes al mando del general Pineda para atacar el cuartel general cristero, llegaba también, proveniente de sus campamentos, trayendo plena autorización, tanto del Comité Especial de la Liga como del Control Militar, para arreglar el asunto de Colima, el general cristero don Jesús Degollado.

Ya escuchándose el trueno del cañón por el lado del norte y contemplándose a lo lejos los incendios de las casitas de la región, pues los callistas eran como verdaderos vándalos, arribaba el general cristero Degollado, por el camino de Tolimán; pasó por Alcececa y siguió de frente hacia el campamento de la Mesa de la Yerbabuena, en donde creía él encontrar a los generales cristeros Miguel Anguiano Márquez y Manuel C. Michel; pero ninguno de ellos se encontraba allí, pues habían salido para Cerro Grande hacía algunos días.

Pero del cuartel general de la Mesa, de donde se había ordenado la evacuación por el coronel Andrés Salazar que estaba al frente del campamento, el general Degollado, con su escolta y Estado Mayor tuvo que retroceder. Poco más arriba de San José del Car-

men, ya casi cerrando el cerco los soldados federales callistas, tuvo lugar el encuentro entre él y el general Michel que, procedente de Cerro Grande, subía hacia los campamentos del Volcán. Con el general Michel iba el Padre Capellán Ochoa.

El general Degollado se mostraba un poco nervioso, con la nerviosidad natural de un momento tan difícil, pues Degollado era hombre valiente. Además, los conflictos de Colima le traían un poco molesto. Con él venían los generales cristeros Carlos Bouquet y Alberto B. Gutiérrez.

Poco antes de llegar a San José del Carmen, viniendo del Volcán hacia el Río Grande o "Armería" y Cerro Grande, el general Degollado creyó conveniente organizar alguna resistencia y aun principió a colocar gente en las bocas de las veredas que atraviesan la barranca del Huacal; pero aconsejado por los que conocían la región, desistió de ello, pues por todos lados se acercaban las tropas callistas y ordenó la retirada hacia el río; pero no ya por el camino de Mazatán, que una hora hacía habían hecho el general Michel y el Padre, pues ya por ahí subía el enemigo, sino por una vereda —única salida que quedaba para no ser copados—, ya casi bordeando la barranca de El Remate. Ya entrada la noche se pasó el río Armería y se acampó al otro lado.

### *TRATANDO EL PROBLEMA*

En esa misma noche, caminando hacia abajo, rumbo al río Armería, el general Degollado, separándose del general Michel y de los demás jefes cristeros de Colima, picó espuelas a su caballo y se acercó al Padre Capellán, señor Ochoa, para principiar a conversar sobre los asuntos que a Colima le traían.

—No únicamente ustedes —dice—, también yo lamenté el cisma de los señores del Control, respecto a la Liga. Yo inmediatamente me dirigí a ellos: "o se ponen de acuerdo los dos organismos o yo me separo y, al separarme, haré públicas mis razones". Y dio efecto, porque se unificaron y ahora vengo yo en nombre, no sólo



del Control Militar de Occidente, sino también de la Liga. Mañana le enseñaré la documentación, Dios mediante. Quiero que ustedes me digan, con toda libertad, su pensamiento respecto al gobierno de las tropas libertadoras en esta región de Colima.

El Padre le manifestó que él no tenía ningún mando en los soldados; que él no era jefe, ni siquiera intelectual, del movimiento cristero; pero que sí creía estar interiorizado de los problemas y que se los expondría con la mayor sinceridad. Que para el general Anguiano, para él y para los de Colima, el problema no era por las personas, sino por los principios; que una vez que el Control Militar se había unificado con la Liga, no había ninguna dificultad en acatar lo que se ordenase.

El general Degollado era hombre sincero y pronto él y el Padre Capellán, no obstante los prejuicios que mutuamente se tenían, se entendieron y se tuvieron mutua confianza.

El Padre le manifestó con toda sinceridad cuál era la situación y su opinión, esto es, que debía volverse a la unidad de mando en la región; que ya el general Michel y el general Anguiano estaban de acuerdo y que aun habían escrito en ese sentido a la Liga, proponiendo al general Michel como jefe único de Operaciones en el Estado y a Anguiano Márquez como jefe de Estado Mayor.

Pero el general Degollado estaba muy contrariado con el general Michel, a quien consideraba como responsable de todos los líos de Colima, por los informes falsos que había estado mandando.

—Michel queda destituido de su puesto —dice—. Mañana le mostraré sus cartas para que usted vea todo lo que ha escrito referente a Colima e insinuado en contra de ustedes.

El Padre, no obstante todo, continuó rogando por que se le perdonara. Tenía Michel sus grandes cualidades —valiente, organizador, decidido, hombre de convicciones critianas, educado, culto—, no obstante su temperamento fuerte y un tanto cuanto intransigente y altivo. Pero el Padre no fue oído.

Tampoco fue oído en lo de la unidad de mando:

—Andrés Salazar conviene que tenga su gente por separado y se le dará ascenso a general. Salazar es un hombre poco culto, brus-

co, dominador y es conveniente que tenga su gente por separado. Así habrá menos dificultades: —dijo el general Degollado.

## *EL ACUERDO*

Al día siguiente, 26 de marzo, cayendo la tarde, se tomó el camino de la cima del cerro y se llegó a La Añilera. Iban el general Degollado con los miembros de su Estado Mayor, el general Carlos Bouquet, el general Alberto B. Gutiérrez, el general Andrés Salazar, parte de sus jefes y oficiales y el Padre, don Enrique de Jesús Ochoa, Capellán de los cristeros de Colima. Faltaba solamente el general Miguel Anguiano Márquez, que andaba en una gira de revista de sus grupos cristeros del mismo Cerro Grande; pero noticiado de la llegada del general Degollado y sabiendo que quería verlo, se presentó esa tarde.

El general Anguiano se mostraba en un principio intransigente. No creía encontrar en todo aquello sino ambición y doblez. El general Degollado tuvo paciencia. Bien veía todo el cúmulo de enredos y humillaciones de que Anguiano había sido víctima y comprendía que ese su estado de ánimo era consecuencia natural.

El miércoles 28, después de la Misa, el Padre Ochoa y José Verduzco Bejarano lograron convencer al general Anguiano. Se habló con el general Degollado y todo quedó arreglado.

En esa misma mañana se celebró la reunión oficial. El general Degollado presentó la documentación que traía, tanto del Control Militar, como del Comité Especial de la Liga, en que se le mandaba viniese a Colima, confirmase al general Anguiano Márquez en su puesto de jefe y, con la gente que no quisiera estar bajo su dependencia, formase otro regimiento. Este estaría bajo el mando de Salazar, a quien se había dado su ascenso de general, hacía dos días.

Se habló del jefe de la División. El general Degollado ofreció renunciar a la Jefatura de Colima si los jefes Anguiano y Salazar lo creían conveniente. No hubo discusión, porque uno y otro ma-



nifestaron su adhesión a él y su deseo de que él siguiese siendo el jefe de la División sur de Jalisco y Colima.

Luego se dio a conocer oficialmente que el general Michel quedaba destituido.

Abordado el tema de la repartición de los diversos soldados cristeros entre los generales Anguiano Márquez y Andrés Salazar, se acordó que se otorgaba un plazo de 14 días, contados desde la fecha de esa reunión, el cual expiraría el 10 de abril, para que los soldados del Regimiento de los Volcanes decidieran libremente bajo el mando de cuál de los dos jefes —Anguiano o Salazar— gustaban seguir luchando, continuando cada quien con las armas y municiones que portase. Los escuadrones de Cerro Grande al mando del mayor Cisneros y de la zona del Naranjo, al mando del teniente coronel Gildardo Anguiano quedaban, sin discusión ninguna, al mando del general Miguel Anguiano Márquez.

Como el general Degollado tenía que regresarse, permanecería en Colima, como representante provisional de la Jefatura del sur de Jalisco y Colima, el general Alberto B. Gutiérrez.

La reunión se celebró con armonía plena y cordialidad, ya que, de antemano, el general Degollado había tenido el tino de tratar todos los puntos algún tanto escabrosos, con uno y otro de los jefes cristeros.

Asistieron el general Degollado que presidió la sesión y los generales Alberto B. Gutiérrez, Miguel Anguiano Márquez, Andrés Salazar y Carlos Bouquet. Estaban también los miembros del Estado Mayor del general Degollado, algunos oficiales y jefes del general Salazar y los miembros de la escolta de la Jefatura del general Anguiano, entre ellos José Verduzco Bejarano. Todos los jefes firmaron el acta levantada al efecto.

Hubo en ese día verdadera cordialidad y alegría entre todos. Aun el mismo general Salazar se mostraba contento.

Al día siguiente, 29 de marzo, después de Misa y del almuerzo salieron a sus respectivos campamentos de Jalisco, terminada su misión en Colima, los generales Degollado y Bouquet y los miembros de su Estado Mayor y escolta.

Todos estos datos están tomados, casi a la letra, o del diario personal escrito en esos días, del Padre Capellán, o del diario, también escrito de su mano, en aquellos tiempos del capitán cristero J. Jesús Peregrina, el cual conservan sus familiares.

Lástima que en las *Memorias* que publicó el general de división del movimiento cristero, J. Jesús Degollado, aunque en lo sustancial —nos referimos a lo relativo a Colima— haya exactitud, en sus detalles haya muchas fallas; pues esas *Memorias* por una parte, fueron escritas muchos años después, cuando ya declinaba su vida y, por otra, sus notas personales del tiempo de la lucha y su documentación se perdieron en gran parte, en aquellos años de una no interrumpida campaña con el enemigo, según él mismo dice.

Entre sus inexactitudes, está por ejemplo lo relativo a la venida del Padre Covarrubias a los campamentos cristeros de Colima.

En sus memorias, dice (pág. 124 de la edición de la Editorial Jus): "acompañado por el Padre don Emeterio Covarrubias, mi E. M. y mi escolta salí para Colima, lugar a donde íbamos por primera vez en nuestra vida". Esta venida fue a fines de diciembre de 1927, cuando por mandato del Control Militar de occidente llegaron él y el general Michel a tomar posesión de la Jefatura Cristera de Colima. Y el Padre Covarrubias no vino entonces. En cinco ocasiones vino el general Degollado a Colima: la primera fue ésa, de fines de diciembre de 1927, la segunda en los últimos días de marzo de 1928, según se ha narrado en este capítulo: la tercera, para planear el ataque a Manzanillo, mas no al campamento de la Mesa de la Yerbabuena, como en sus *Memorias* se dice, sino a Toxín, en Cerro Grande; la cuarta, cuando el ataque a Manzanillo, en 24 de mayo de 1928, y la quinta, en diciembre del mismo año y esa sí a los campamentos del Volcán en donde, en unión de su Estado Mayor, su escolta, y del padre Covarrubias, pasó Navidad. En ninguna de las veces anteriores había venido el Padre Covarrubias (el Padre Covarrubias vino, porque era condiscípulo y muy buen amigo del Padre don Enrique de Jesús Ochoa, y quería verlo. El general Degollado le ofreció traerlo).

También se dice en las *Memorias* que el general Manuel C.



Michel tenía su cuartel general en un lugar denominado Lo de Villa. Lo de Villa está aquí, casi a las goteras de Colima, y esto habría sido practicamente imposible. A Lo de Villa muchas veces entraron los cristeros, pero nunca pensaron establecer allí cuartel o campamento fijo.

### *SE DA CUMPLIMIENTO AL ACUERDO DEL 28 DE MARZO*

Aunque en la reunión de La Añilera en Cerro Grande se habían dado 14 días hábiles para que los soldados cristeros del Volcán, los del regimiento que había comandado el general Michel y el coronel Salazar, pudiesen pasar al lado del general que quisiesen como jefe, entre Anguiano Márquez y Salazar, plazo que expiraba hasta el 10 abril, sin embargo, de acuerdo estos dos jefes, se convocó a todos los soldados libertadores a Cofradía de Juluapan, Col., para la tarde del 3 de abril que era martes de la Semana Santa.

El lugar era a propósito para la reunión, estratégico por los cerros abruptos de que está rodeado y sus casi inexpugnables cañones que se forman en la serranía. Además, después de la toma del cuartel de la Mesa de la Yerbabuena, allá en Cerro Grande se habían concentrado los cruzados.

Era una tarde llena de sol. Bajo el mando del general Alberto B. Gutiérrez, representante provisional de la Jefatura de Operaciones del sur de Jalisco y Colima, se congregaron los generales Anguiano Márquez y Andrés Salazar, con los capitanes, oficiales y soldados de sus escuadrones.

Había espectación y solemnidad. El general Alberto B. Gutiérrez tomó la palabra comunicándoles la finalidad de aquel acto y se les leyó el acta de la reunión de La Añilera, del 28 del mes anterior de marzo. Luego un toque de clarín y la orden de "un paso al frente" a los que quisiesen militar bajo el mando del general Anguiano Márquez.

Y el "paso al frente" fue dado por la gran mayoría. El capitán Andrés Navarro con los que antiguamente habían sido sus soldados; el capitán Plutarco Ramírez con los suyos; el capitán Ramón Cruz con sus antiguos cristeros y, además, el capitán Félix Ramírez que había sido de la gente de Salazar desde muy al principio (nuestros lectores recordarán el incidente de la muerte de don Enrique Shonduve, allá en mayo de 1927).

### *LA REACCION TEMIDA*

"Día 4. Los males previstos inmediatamente se manifestaron. De parte del general Salazar no quedaron sino poco más de cien soldados. De parte del general Anguiano, todos los demás. El general Salazar está muy contrariado y la división ha profundizado más. Fui personalmente al campamento de Salazar para hablarle y procurar calmar su ánimo; pero no lo encontré. Hablé sólo con Dueñas, su secretario" *(del diario del Padre Capellán)*.

Y este estado de ánimo fue aumentado de día en día, casi de hora en hora.

"El día 13, viernes de la Pascua, el general Gutiérrez, acompañado del general Anguiano, fue a buscar al Padre Capellán a La Añilera en donde, de una manera provisional, estaba él residiendo, para notificarle que las cosas se habían agravado en demasía; que el general Salazar, parapetado en Cerro Chino, de ahí de Cerro Grande, en actitud hosca y rebelde, había enviado un oficio al general Gutiérrez suscrito por todos sus oficiales, exigiendo que se le devolviese el armamento de los soldados que, habiendo sido suyos, anteriormente, se habían separado de él y amenazando con recuperar sus armas a la fuerza si es que no se las devolvían por la buena y desconocerlo a él como representante de la Jefatura" *(del diario del Padre Capellán)*.

El general Gutiérrez iba alarmado. El Padre Ochoa se puso triste y pensativo:

—Hace mucho que yo temía y esperaba este resultado, dada la falta de formación cristiana de ellos —dice.



—Padre, usted necesita ir. Usted es el único que puede lograr aplacarlos —dice el general Gutiérrez.

—Sólo Dios puede reducir al orden a esta gente. Tenemos que rezar mucho. Se necesita un milagro, dado el modo de ser de estos señores. Sí, iré, y pondré yo de mi parte lo que humanamente puede ponerse. Que Dios me ilumine y ayude.

### *EN EL CERRO CHINO*

"Día 15. En Cofradía de Jaluapan. Celebrada temprano la Santa Misa que con mayor devoción ofrecí por el arreglo de las dificultades, salí de Cofradía a Cerro Chino para entrevistarme con el general Salazar. Fui completamente solo, aun sin mi asistente que quedó, por mandato mío, al pie del cerro. Pensé que sería mejor ir solo; si iba con alguno o algunos soldados de escolta, tal vez la reacción sería peor. A mí, a mí, separadamente, no era tan fácil que quisieran parapetárseme y hacerme algún mal. En junta de otros, sabe Dios qué pasaría.

Bajé de mi caballo y entré a la casita en donde se encontraba Salazar. Estaba solo; pero afuera estaban sus armados guardando su casa. Lo saludé y le dije que le llevaba a obsequiar una bonita medalla de plata de la Milagrosa.

El la aceptó y se la prendió en su camisa. Yo respiré tranquilo: 'La Virgen hará el milagro', me dije.

Luego afronté el problema. Larga fue la discusión. Le fui rebatiendo uno a uno los puntos de su oficio; mas él no transigía y continuaba aferrado a su descabellada resolución de que, o se le concedía lo que pedía, o tomaba él las armas contra los mismos compañeros.

Frustradas todas mis razones se me ocurrió una última idea, afrontando el todo por el todo:

'Lo que ustedes pretenden hacer de tomar las armas contra los propios compañeros, no sólo es malo e injusto, sino que es en contra de lo que tienen jurado, de evitar todo problema con los compañeros en la lucha. Y si ustedes no desisten de ello, yo, por mi deber de Sacerdote, me presentaré en su campamento, y hablaré a los soldados de usted haciéndoles ver que lo que pretenden es indebido y malo, y contra el juramento que, como soldados de Cristo Rey, han hecho. Y esto, aunque sea yo el primero que muera, porque alguno de los suyos me mate. Me da lo mismo morir a manos de los enemigos, que morir a manos de ustedes, cum-

pliendo con mi deber sacerdotal. Y les diré, que en todo esto que es malo, tienen deber cristiano de no obedecer a ustedes'.

Con esto principió a bajar su enojo y comenzó a ceder. Quedó en que se trataría el asunto con los oficiales que habían firmado el oficio" *(del diario del Padre Capellán).*

## *EN EL CAMPAMENTO DEL GENERAL SALAZAR*

"Día 16. Celebré Misa votiva del Espíritu Santo. Llegaron el general Salazar y sus oficiales. Salazar mismo me instó para que fuera a su campamento. Llegamos, comimos y me acosté un rato bajo unos árboles a esperar que se juntaran los oficiales y resolvieran lo que quisieran. Ya no hice hoy ninguna instancia. Creo que basta lo de ayer. Además, tal vez sea lo más prudente que no me vean muy interesado. Cuando menos lo esperaba, Salazar se me acercó a rogarme que hablara uno a uno a los oficiales en pro de que retirasen su oficio; pero temiendo yo que no hubiese sinceridad en él, me negué a ello, diciendo que creía suficiente lo que había hablado con él el día anterior; que resolvieran libremente; que deseaba saber únicamente la última resolución de ellos para obrar inmediatamente conforme a mi deber sacerdotal, según se lo había ya dicho; pues yo, costare lo que costare, aunque fuere mi vida, hablaría a los soldados e impediría sus intenciones. Continué recostado bajo aquella sombra y, con asombro, estuve viendo a Salazar que fue llamando a sus oficiales para convencerlos de que desistieran. Aquello era maravilloso. Su cara ceñuda se iba llenando cada vez más de sincera alegría y conmigo estaba afable. Se hizo la junta en la cual todos, menos Jesús Mejía y Prudenciano Mendoza, aprobaron que se retirase el oficio. Se firmó un acta en la cual se comprometían todos a evitar las discordias y a no romper la unidad. Les entregué luego su oficio que el general Gutiérrez me había confiado y que Salazar, personalmente, hizo pedazos.

Casi obscurecía cuando bajé al campamento del mayor Candelario Cisneros en Cofradía de Juluapan, bendiciendo a Dios y convencido de que aquello, ciertamente, era un verdadero milagro de la gracia".





Entretanto, el Comité Especial de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa en la ciudad de México, que había seguido con interés el asunto de Colima ordenando lo conducente, se había enterado con verdadera satisfacción de la junta de jefes habida en La Añilera el 28 de marzo anterior, e inmediatamente se dirigió al general Anguiano Márquez felicitándolo por los arreglos y alabando la prudencia con que se había procedido por parte suya. Que se siguiera procediendo así, en tanto que ellos arreglaban con el Control, que se procurase unificar el mando en Colima, así como se había manifestado y se creía conveniente. El día 10, martes de Pascua, se recibió con alegría tal oficio en los campamentos del general Anguiano.

## *EL REGRESO A LOS CAMPAMENTOS DEL VOLCAN*

Ya a esta fecha y propiamente como don del Cielo en la semana de Pascua, volvieron a sus antiguos campamentos del Volcán, separados ya de la gente del general Salazar, los escuadrones cristeros de los capitanes Andrés Navarro, Plutarco Ramírez y Ramón Cruz. También se marchó para aquella zona el capitán Félix Ramírez que se había separado del regimiento del general Salazar, formando así un cuarto escuadrón.

El sitio elegido por él fue El Borbollón, situado en las faldas mismas del Volcán, por su parte occidental, lugar de los más amenos, tal vez el más estratégico de todos y el cual habría de convertirse, en la última etapa del movimiento cristero, en el campamento libertador más lleno de celebridad y gloria, por el destrozo de las filas del general ultra callista Eulogio Ortiz, hasta entonces tenidas como invencibles.

En sustitución del mayor Calvario, que había pasado a luchar bajo el mando del coronel Marcos Torres, se encargó del regimiento de las estribaciones del Volcán, el teniente coronel José

Verduzco Bejarano. Este se marchó inmediatamente a pasar revista y ordenar lo conducente.

Como se recibe el sol después de una lluvia invernal, así recibieron los libertadores del Volcán la llegada de los últimos días del mes de abril; pues aunque con disciplina habían seguido todos trabajando, no dejó de haber sus dificultades, sus sinsabores, sus amarguras muy hondas y de abrigarse en el corazón el deseo del restablecimiento del orden primitivo.

### *LA FIESTA RELIGIOSA DE ACCION DE GRACIAS*

Una hermosa fiesta religiosa en el 25 de abril, día del Patrocinio de Señor San José, vino a colmar su alegría. En el campamento tan querido de la *Mesa de los Mártires,* diéronse cita los soldados de aquel regimiento nuevamente rehecho; allí recibieron a su Jesús Eucaristía, asistieron a la Santa Misa y escucharon las palabras de aliento y dirección que les dirigía su Padre Capellán, el mismo sacerdote don Enrique de Jesús Ochoa. En esta misma mañana fueron recibidos todos ellos como miembros de la Asociación Nacional de Vasallos de Cristo Rey; la alegría se desbordaba de los corazones, al grado de no haberse visto sino contadísimas veces aquel cuadro tan uniforme.

En este mes, el Pbro. don Adolfo Mota, párroco del pueblo de Comala, a fin de ser lo más útil posible a la causa de Dios, cambió su residencia al Cerro Grande, en donde, en contacto con los libertadores de esas zonas, trabajó muy abnegadamente por su vida cristiana. Bendijo el cielo su celo apostólico y consiguió hacer de aquellos valientes, dignos soldados de la causa que defendían.

### *NUEVAMENTE, EL CONTROL*

Ya para terminar el mes de abril el Control Militar de Occidente, siguiendo instrucciones de la Liga, escribe a Colima pidiendo que



por separado, tanto el general Anguiano como el general Salazar, digan por escrito si están conformes con los arreglos efectuados en la junta de La Añilera del 28 de marzo y expongan cuál es su pensamiento con relación a la mejor marcha del movimiento cristero en Colima.

El general Anguiano contestó afirmativamente y refería cómo las dificultades, a Dios gracias, habían cesado y se estaba marchando en plena armonía.

El general Salazar no sólo contestó eso, sino que manifestaba que

> "desengañado ya él de todo y experimentado, deseaba caminar en todo con la mayor unión con los demás compañeros de lucha y que él deseaba que el general Anguiano fuese encargado del mando de todas las fuerzas de Colima y al cual él, con gusto, se subordinaría" *(del diario del Padre Ochoa).*

### *EL GENERAL ANGUIANO, COMANDANTE GENERAL DE LAS FUERZAS LIBERTADORAS DE COLIMA*

Estos oficios anteriores fueron al Control de Guadalajara y de ahí a la Liga en la ciudad de México.

Cuando el 19 de mayo el general Jesús Degollado, con su Estado Mayor y escolta estaba en Toxín, en los preparativos de la acción de Manzanillo, extendió nombramiento, en nombre de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y del Control Militar de Occidente, al general Miguel Anguiano Márquez, de general de brigada, comandante general de las Fuerzas Libertadoras Colimenses. El general Gutiérrez era separado de su cargo provisional que había desempeñado de representante de la J. de O. del sur de Jalisco y Colima y era dado al general Salazar para que fuese su jefe de Estado Mayor. El general Salazar, al frente de su regimiento, reconocería como jefe inmediato al general Anguiano Márquez.

Además, por disposición del Comité de Guerra de la Liga Nacional de la Libertad Religiosa, el sur de Jalisco, el sur de Nayarit

y Colima formarían una sola división militar en cuya Jefatura se confirmaba al general don Jesús Degollado. Al general Manuel C. Michel, poco después, cuando quedó formalmente organizada la columna expedicionaria del general Bouquet, se le nombró, nuevamente, jefe del sector militar de Zapotitlán.



SECCIÓN SEXTA

# LA PRIMAVERA DEL MOVIMIENTO

*(1928-mayo a diciembre)*

## Capítulo I

## EL PADRE EMILIO PEREZ. LA ACCION DE MANZANILLO

### *DESPUES DEL INVIERNO*

HABÍAN PASADO los días duros de un crudo invierno, no propiamente para los cuerpos, sino sobre todo para los espíritus; pasiones y problemas de fuera que despertaron las pasiones de los de casa, esto es de Colima; dificultades y luchas internas que pusieron al borde de la ruina, la causa santa de la Cruzada de Cristo en el Estado, pero, después de la poda y de la prueba ruda, amaneció una hermosa primavera.

La sangre de los Mártires seguía enrojeciendo el solar de la Iglesia Colimense; pero la sangre de los Mártires, había dicho Tertuliano allá en los albores del Cristianismo, es semillero de cristianos.

### *NUEVA SANGRE SACERDOTAL*

La tarde del 2 de mayo corrió otra vez en Ejutla sangre sacerdotal. El mártir fue un humilde sacerdote colimense llamado Emilio Pérez. El pueblo, debido a la humildad del sacerdote Pérez y a su espíritu infantil, le apellidaba con el cariñoso nombre de Padre Peritos. Varón de Dios, hombre completamente desprendido del mundo, apacible, modesto. Su vestido, al igual que todo lo suyo revelaba grande humildad. Siempre servicial y obsequioso, trataba a sus compañeros como si viese a su jefe o superior.

Hacía tiempo que, por disposición de la Superioridad Eclesiástica de Colima, prestaba en aquel pueblo de Ejutla sus servicios. Al iniciarse la persecución, continuó allí; pero cuando se acercaba el enemigo, tenía que huír a la montaña, al igual que algunos otros sacerdotes y gran parte del pueblo.

Fue muy devoto de la Santa Cruz, cuya fiesta, año con año, se esforzaba en celebrar con sus fieles lo más devotamente posible. Casi en todos los lugares en donde él ejerció su ministerio sacerdotal, colocó en algún sitio eminente y bello, alguna Santa Cruz, a donde iba muy frecuentemente a pie con objeto de venerarla, siendo estos sus paseos favoritos.

En sus últimos días —escribe un Sacerdote testigo de ello— se había extraordinariamente enfervorizado y, por su devoción a la Sta. Cruz, se preparaba devotamente a celebrarla el día 3 de ese mes de mayo, mas Dios le preparaba para el sacrificio, haciendo a su Ministro cada vez más digno de él; preparábale en premio la cruz del Martirio, la cual sufriría, no sólo en los días muy amados de su culto, sino a la sombra de una Santa Cruz, colocada en una de las lomas que circundan el pueblo de Ejutla, Jal. (De una carta del Padre Emeterio C. Covarrubias, que durante los días de la persecución callista vivió en Ejutla, al que escribe estas líneas).

La tarde citada del 2 de mayo de ese año 1928, presentóse inesperadamente una columna militar al mando del general Juan B. Izaguirre, y el Padre Pérez, como de costumbre, quiso huír; pero en esta vez fue ya tarde; pues los perseguidores, descubriéndole en su carrera, dispararon sus armas sobre él, haciéndole caer herido.

En este estado, pudieron los soldados callistas apoderarse de él, lo acabaron de matar, le quitaron cuanto llevaba y aun lo desnudaron casi del todo, pues no le dejaron sino sus calzoncillos. Cuando se recogió el cadáver del sacerdote mártir, tenía el pecho destrozado por las balas sacrílegas; todo él lleno de sangre, yaciendo en tierra casi al pie de la Santa Cruz, bajo los rayos ardientes de aquel sol de mayo.

Así desnudo, con sólo sus calzoncillos, se le llevó al pueblo, y



así se le tendió en un banco, pues los hombres de la persecución callista no permitieron que se le vistiera, ni que se le llevara una flor o encendiese algún cirio. Hasta que los soldados de la persecución salieron del pueblo, se le vistió con sus ornamentos sacerdotales y se le dio cristiana sepultura.

Cuando algún tiempo después volvieron a Ejutla los soldados perversos del general callista Izaguirre, exhumaron los restos del sacerdote mártir Emilio Pérez, para sacarlos de allí y tirarlos en algún lugar desconocido o quemarlos, para así acabar con la devoción con que el pueblo visitaba su sepulcro. Y la admiración fue que el cuerpo estaba del todo incorrupto. Pero los soldados callistas no se inmutaron por ello ni frenaron sus instintos anticristianos; lo despojaron de sus ornamentos sacerdotales de Misa con que había sido sepultado y lo vistieron con un uniforme viejo de soldado federal y así lo tuvieron, recargado en el muro del cuartel, a un lado de la puerta de entrada, durante todo el tiempo que ellos estuvieron en Ejutla como guarnición.

Cuando ellos se retiraron, de nuevo los fieles, quitáronle aquellos andrajos sucios de soldado, lo vistieron nuevamente de sacerdote y lo sepultaron en el templo.

## *ATAQUE AL PUERTO DE MANZANILLO*

Ya hacía tiempo que el general Degollado llevaba la idea de un ataque al puerto de Manzanillo. De esta suerte, el día 10 de mayo llegó a los campamentos de Cerro Grande el general Manuel C. Michel, quien por esos días era Jefe de E. M. del general Degollado, trayendo la comisión de hablar con los generales Anguiano Márquez y Andrés Salazar, y principiar a cambiar impresiones sobre el ataque a Manzanillo. El general Degollado tenía muchas esperanzas en el éxito de ese movimiento que se comenzaba a planear. Tomarían parte, no sólo las fuerzas de Colima, sino los diversos regimientos del sur de Jalisco y aun el del mayor Anatolio Partida que operaba en la sierra de Mazamitla, Mich.

Una semana más tarde —el día 18— el mismo general Degollado, acompañado de su Estado Mayor y escolta de la Jefatura, se presentó en Toxín, lugar estratégico en el Cerro Grande, para planear, ya de inmediato, el ataque al puerto de Manzanillo (Diario del P. Capellán, Sr. Ochoa).

Concurrieron a esa junta los generales Andrés Salazar y Carlos Bouquet, el general Anguiano no asistió, porque estaba en cama con una fuerte tifoidea o paratifoidea en cerro de Villa, con alta fiebre. Lo representó su Jefe de E. M. coronel Marcos Torres; además estuvieron el general Alberto B. Gutiérrez, el coronel Rodríguez, el mayor Rafael Covarrubias, y los capitanes Bernardo López C., Efrén Quezada y Andrés Bermejillo, estos cinco últimos del E. Mayor del general Degollado.

El general en jefe manifestó su plan. El ataque habría de realizarse, precisamente el 24 de ese mes de mayo.

Al efecto, ordenó que el general Salazar con sus fuerzas y las que le cediera el general Anguiano, que en el presente caso serían los soldados del coronel Marcos Torres, atacarían Colima y Villa de Alvarez a las primeras horas de la mañana del día veinticuatro, con el objeto de no permitir que las guarniciones de esas dos plazas se movilizaran en auxilio de Manzanillo.

Al general Alberto B. Gutiérrez se le ordenó con el mismo fin, que con una escolta procediera a dinamitar y destruir el Puente Negro, que se encuentra al sur de Coquimatlán, sobre la vía del ferrocarril.

Por último, ordenó que el general Anguiano dispusiera que el mayor Candelario B. Cisneros, con las fuerzas a su mando, se incorporara a las del general Michel, que tomarían parte en el ataque a Manzanillo.

Preparado así el ataque, en lo que a las fuerzas de Colima se refiere, llegado el día señalado, a las primeras horas del amanecer, el general Carlos Bouquet, jefe en esa primera fase del combate, lanzó sus tropas sobre la plaza, muy bien defendida naturalmente y que contaba con la artillería del Cañonero *Progreso*. Estas tropas estaban integradas por el Primer Regimiento, que mandaba el



mismo Bouquet, el Regimiento del general Michel, parte del escuadrón michoacano, a las órdenes del mayor Anatolio Partida, fracción del Segundo Regimiento de Colima, al mando del mayor Candelario B. Cisneros, la misma escolta del general Degollado, al mando del mayor Rafael Covarrubias y algunas más.

Unas cuatro o cinco horas llevaban de rudísimo combate, cuando aquellos cristeros fueron auxiliados por el Quinto Regimiento al mando del general Lucas Cueva y el propio general Degollado con su E. Mayor que, haciendo derroche de valor, al igual que los primeros, fueron arrebatando, palmo a palmo, el puerto al enemigo, a pesar de la desesperada resistencia de éste y del continuo bombardeo del cañonero. Hubo un momento en que los callistas tocaron a rendición y el cañonero enfiló hacia la salida de la bahía. La plaza entera estaba en poder de los libertadores y el enemigo huía derrotado.

Y fue en estos precisos momentos cuando se presentó, sin esperarlo los soldados cristeros, un tren callista procedente de Colima, pletórico de soldados, al mando del general Heliodoro Charis, Jefe de Operaciones Militares en el Estado.

Entonces la situación de los cristeros fue en extremo terrible. Con la llegada del tren militar, quedaron divididos en dos partes y aislados los unos de los otros; más aún, un grupo considerable de soldados del general Lucas Cueva, quedaron completamente copados: los soldados callistas de Charis, que acababan de llegar, estaban a su frente; la laguna, por la derecha; el mar, por la izquierda y los callistas que habían huído y ahora retrocedían con nuevos bríos, por la espalda.

La carnicería fue horrible. En los primeros momentos de nueva y crudísima lucha perecieron muchos de los federales, pues éstos, al ir saliendo del ferrocarril, en gruesos grupos y precipitadamente, presentaban blanco con todo el cuerpo. Mas luego se adueñaron de la situación y se entabló formidable batalla que dejó las calles sembradas de cadáveres. Hubo escenas de muy alto heroísmo y de grandioso valor cristiano. El general Lucas Cueva,

copado al pie de la montaña con unos 45 soldados, luchaba con bravura de león acosado. Alrededor de la casa que le sirvió de baluarte, quedaron los callistas muertos en gran número; pues iban pereciendo sin remisión a medida que se acercaban, hasta que se puso fuego a la casa, última morada terrena de aquellos bravos cristeros, pereciendo casi todos ellos. Entre éstos estaban los hermanos José y Luis Sahagún, teniente coronel y mayor, respectivamente, el mayor José M. González y el capitán Onésimo Ortiz.

Otros varios libertadores fueron tomados prisioneros y preferían y pedían la muerte, antes de que se les considerase como rendidos. Ante aquella fuerza inesperada y superior, y cuando ya era imposible la resistencia, el general Degollado ordenó la retirada, no sin haber dado, en aquella memorable jornada, una palpable prueba de intrepidez y fe.

Saldo del combate: de los enemigos, más de trescientas bajas. De los soldados de Cristo Rey, unos cincuenta y cinco, contando muertos y dispersos; pero de entre éstas, de los soldados pertenecientes a las fuerzas colimenses, solamente hubo tres muertos, a saber el capitán José Arandas, Maximino Ceballos y otro soldado.

Cuando después del combate, examinando el general Degollado y su E. Mayor la causa de la derrota, se encontró que había sido gravemente culpable, ante todo, el general cristero Alberto Gutiérrez, que tenía el encargo de interrumpir por completo la comunicación no sólo telegráfica, sino ferrocarrilera entre Colima y Manzanillo, y que no cumplió con su deber como era debido, porque sólo se limitó a mandar dinamitar —pues ni siquiera fue personalmente— un pequeño puente que fue reparado en breve tiempo, y que tampoco el general Salazar y, por consiguiente, ni el coronel Marcos Torres, que estaba a sus órdenes en esta ocasión, cumplieron con lo que se les había ordenado, de amagar a Villa de Alvarez y Colima al amanecer, por lo que las guarniciones de estas plazas pudieron moverse a sus anchas para auxiliar a Manzanillo, Col.



Algunos proponían, con grande disgusto, que se formase consejo de guerra y se fusilase cuando menos al general Gutiérrez.

Del general Andrés Salazar y del coronel Marcos V. Torres, esto escribe Degollado en sus Memorias:

> Gravemente responsables fueron el general Salazar y el coronel Marcos Torres, que en vez de atacar al amanecer la ciudad de Colima, se presentaron allí hasta las cinco de la tarde (fue al oscurecer) cuando ya no había fuerzas que los pudieran molestar gran cosa. Yo, en parte disculpo al coronel Marcos, porque quedó subordinado a Salazar; pero Salazar sí merecía que se le hubiera formado un consejo de guerra y haberlo fusilado. Sin embargo, yo no quise hacer uso de mi autoridad para evitar mayores males, como los que pasaron en Los Altos cuando los altos Jefes mandaron fusilar al coronel Victoriano Ramírez *(El Catorce)*. Yo, en lugar del coronel Marcos Torres, aun cuando estaba subordinado a Salazar, lo hubiera desobedecido para cumplir las órdenes superiores, máxime que las fuerzas que él comandaba pertenecían a su corporación y no a la de Salazar.

Por lo que ve al coronel Marcos V. Torres, que debía estar al mando del general Salazar, desde en la noche anterior durmió con sus soldados, según instrucciones que había recibido, en Potrero Duro, cerca de Chiapa, esperando órdenes, para movilizarse; pero las órdenes no llegaron sino hasta al caer la tarde de ese día 24.

De aquí que, hasta esa hora, ya oscureciendo, se acercaron a Colima las fuerzas del regimiento de Salazar, al mando del teniente coronel Víctor García, y combatieron en San Francisco Almoloya contra los callistas. El coronel Marcos Torres, sin encontrar resistencia, entró a la ciudad por el barrio de las Siete Esquinas. Las gentes, entusiasmadas, salían por las puertas y ventanas y vitoreaban a Cristo y a los cristianos luchadores.

Capítulo II

# GRAVES ANGUSTIAS. MENSAJE AL SANTO PADRE

## *INSIDIA SUTIL*

TUVIERON EN ESTE TIEMPO una grande angustia y sobresalto los esforzados católicos que luchaban por la libertad religiosa: el temor fundado de que, haciendo fe a los perseguidores, la Jerarquía de la Iglesia en México fuese a entablar con ellos algunos arreglos para poner fin a la lucha por la libertad; pues harto conocida era la malignidad y astucia de Calles y los suyos, que fingidamente prometían derogar después las leyes, con tal de que se reanudase inmediatamente el culto público, que era lo que a ellos importaba para la pacificación del país.

Entonces, con fecha 31 de mayo, se elevó al Santo Padre un extenso Memorial suscrito por la L.N.D.L.R., los Caballeros de Colón, la A.C.J.M., Congregaciones Marianas, la Confederación de Estudiantes Católicos, la Juventud Femenina, el Círculo Sacerdotal "Cristo Rey", la Tercera Orden Franciscana y el Rosario Perpetuo, y que hizo también suyo el Ejército Libertador. El que esto escribe contempló con sus propios ojos a los jefes libertadores, allá bajo los encinos de los campamentos, poner devotos y temblorosos su firma al pie del escrito que llegaría a las manos del amadísimo Padre común de la Cristiandad, a quien vitoreaban ellos en sus combates y ante la cara del impío.



## *EL HISTORICO DOCUMENTO*

He aquí el histórico Memorial fielmente reproducido en sus puntos principales:

A su Santidad el Soberano Pontífice, Pío XI.
Roma, Vaticano,
Beatísimo Padre:

Los que suscribimos, con la representación que expresamos al final de este ocurso, humildemente besamos los pies de V. Santidad... y nos atrevemos a exponer:

I. Que vamos a tratar un asunto en extremo grave y confesamos que no dejamos de experimentar cierta turbación al resolver dirigir a V. Santidad este ocurso; pero nuestra confianza se reanima considerando que hablamos a nuestro Padre y que tenemos completa certeza de que lo que El determine es lo que nos conviene.

II. Que desde que, por determinación del V. Episcopado Nacional, confirmada por la Santa Sede, se suspendió el culto público en toda la Nación por no sujetarse a la escandalosamente tiránica "Ley Calles", han estado corriendo rumores más o menos fundados, de que ciertos individuos del Gobierno sectario y perseguidor han estado intentando entrar en pláticas con algunos de los Ilmos. Prelados, con el fin de llegar a un arreglo que substancialmente se basa en estos dos puntos: 1. Reanudación inmediata del culto público. 2. Promesa, por parte de los perseguidores, de ir derogando paulatinamente las leyes persecutorias. En estos momentos se tiene la certeza de que tales negociaciones se están llevando con particular actividad por algunos Ilmos. Prelados (los Señores Leopoldo Ruiz y Flores, Arz. de Morelia y Pascual Díaz y Barreto, Obpo. de Tabasco).

III. Que por las actividades a que nos hemos consagrado, estamos en condiciones de saber lo que en las diversas clases sociales se quiere y se siente con relación a los asuntos del conflicto religioso y en esa virtud podemos dar testimonio de ello con conocimiento de causa:

IV. Que hay en todas esas clases sociales, especialmente en las acomodadas, personas para quienes, por desgracia, el conflicto religioso y la enconada persecución no significan otra cosa que las molestias y pérdidas que con motivo de la lucha se ocasionan, y por esa causa, quisieran que cuanto antes ésta cesara de cualquier manera y se volviese a la paz, aunque esa paz fuese la que reina en los sepulcros. Esas personas no han luchado jamás por su fe ni lucharán por ella.

V. Que, a Dios gracias, no es su parecer el dominante entre los que sienten en el alma el conflicto. Aquellos que se han entregado de todo corazón a defender las libertades más sagradas, en diversos géneros de actividades, y los que aun, por motivos particulares, no han podido entregarse a la lucha, pero que han dado patentes muestras de que aman de verdad su fe y anhelan su conservación en su Patria, manifiestan, movidos por una especie de instinto sobrenatural, vigoroso, preciso, vehemente, una honda inquietud, un profundo temor, un grave desconcierto, cada vez que se habla de que se llega al fin del conflicto por medio de un arreglo provisional, como el que hemos expresado. Consideran las gravísimas consecuencias que se seguirían de él: A) Un sentimiento de desaliento, de derrota, porque es seguro que así se estimaría por todos los que han conocido del conflicto, y así lo sentirían todos los que han tomado parte en él. B)... H) La certeza fundada en una amarga y segura experiencia, de que los perseguidores no cumplirían los compromisos contraídos, así lo hicieran empeñando su palabra más sagrada de honor, porque son, aunque muy hábiles para la maldad, de una falta de cultura, sobre todo moral, verdaderamente asombrosa, y se podría asegurar que en el momento que cesara el interés que actualmente tienen para obtener la paz, desconocerían con la mayor desvergüenza sus compromisos, sin que les importase nada que ante el mundo se les dijese que no tenían honor. I) La convicción más firme que muchos abrigan de que lo que pretenden los perseguidores es deshonrar la causa que defienden los católicos, presentando el espectáculo de ver a la Iglesia sujetarse a una ley que la misma condenó, y obtener la rendición de los que en el ejercicio del sagrado derecho de legítima defensa, se han enfrentado con los tiranos y resistido con las armas en la mano,... K) La repugnancia que todos los creyentes sinceros experimentan de ver a su Clero sujetarse a pasar por las Horcas Caudinas, de una inscripción infamante en los registros municipales, obligados por una ley que tanta sangre ha costado a los católicos y por unos tiranos que la nación entera con toda justicia detesta; con la circunstancia agravante de que los sacerdotes verían limitado su número y quedarían sujetos continuamente a las impertinencias y demasías de autoridades que no saben otra cosa que pesar tiránicamente sobre todo el pueblo.

VI. Que, en cambio, podemos dar testimonio igualmente de que no obstante que las almas se han sentido desoladas por una amarga tristeza que pesa sobre los que de verdad aman su religión, que vivimos continuamente amenazados de graves peligros, que no cesan los atropellos, que la tiranía no conoce límites y cada vez encuentra algo más



que exigir, que la sangre sigue corriendo a torrentes, que se han sufrido pérdidas en el orden material considerables y es seguro que se seguirán experimentando, el pueblo creyente no quiere la paz, si se ha de obtener con pactos provisionales y deficientes, y acepta gustoso hasta la posibilidad, en verdad infundada, de que desaparezca y sea extirpada la fe católica en México, si ello se ha de lograr por los tiranos ahogando a los católicos en sangre y destruyendo la nacionalidad mexicana; tanto más que el auge que día en día va tomando nuestro movimiento armado, nos permite fundar sólidas esperanzas de que el Gobierno, al menos, quede fuertemente escarmentado y se interese en arreglar el asunto religioso y que en adelante los gobernantes eviten lastimar la conciencia nacional.

VII. Que es verdad que algunas veces se advierten signos inequívocos de desaliento, de desconcierto, de cansancio, de abandono, pero ello es un fenómeno muy natural en toda lucha prolongada y sólo reviste gravedad cuando reconoce como causa la perturbación que motiva el temor de arreglos deficientes. Los espíritus se han levantado, Santísimo Padre, con sólo saber que V. Santidad ha proferido nuevas palabras de aliento para vuestros hijos torturados, los mexicanos, y que de nuevo ha vituperado la tiranía que nos martiriza; que la Santa Sede ha hecho un llamamiento a la prensa de todo el mundo para que quede rota la criminal conjuración del silencio con que se ha envuelto por los sectarios y sus protectores del extranjero, la larga, sangrienta y formidable tragedia mexicana; que a la poderosa palabra del Padre común de los Fieles, han respondido con entusiasmo y virilmente muchos hermanos nuestros en Francia, Alemania, Polonia, Hungría, Irlanda, Italia, Austria, etc., etc., etc.

VIII...

IX. Que supuesto todo lo dicho, con todo acatamiento a Vuestra Santidad, en quien reconocemos, anegada el alma en sentimiento de honda gratitud, a nuestro Padre y nuestro Protector, tenga la dignición de recordar, en el momento supremo, este testimonio que le rendimos.

Hacemos votos al cielo por que Dios nuestro Señor conserve por largos años la vida de Vuestra Santidad, y le pedimos rendidamente nos otorgue su Apostólica Bendición.

Ciudad de México, a treinta y uno de mayo de mil novecientos veintiocho.

Como la distancia a Roma es larga y había, además, que salvar mil dificultades para poder depositar el memorial en una oficina extranjera de correos, único medio de asegurar el escrito, dada la censura de la tiranía, y en todo esto el tiempo corría y ya ante la Santa Sede, según con grandes caracteres se publicaba en los diarios principales de la Nación, se hacían algunas gestiones, firmado por las mismas personas que suscribieron el Memorial, se mandó el siguiente cablegrama que fue depositado en la oficina telegráfica de Nuevo Laredo (Tejas):

A su Santidad Pío XI. Roma, Vaticano.

Sábese fundadamente que perseguidores propalan arreglos con algunos Prelados mediante simple promesa de ir derogando paulatinamente leyes sectarias, previa reanudación del culto público. Damos testimonio de que pueblo católico escandalizaríase pacto esas bases, juzgando universalmente perseguidores tratan de sorprender benevolencia algunos Prelados, fin esclavizar definitivamente Iglesia Mexicana, pretexto cese el malestar nacional, quebrantaríase seriamente nacionalidad.

Imposible fiar de palabra hombres sin honor.

Damos testimonio de que pueblo y sociedad de sinceros católicos, inclusive combatientes, prefieren continúe situación dolorosa y lucha con todas sus consecuencias, teniendo certeza que perseverando lograríase al menos escarmiento Gobierno, base firme y todo gobierno futuro respete conciencia nacional.

Enviamos Memorial y con mayor acatamiento pedimos vuestra Santidad tenga presente nuestro testimonio.

Por *Liga Defensora,* Rafael Ceniceros y Villarreal.—Por A.C.J.M., Jorge Núñez Dávalos.—*Caballeros de Colón, Asociación Nacional de Padres de Familia,* Eduardo Limón.—*Congregaciones Marianas,* Luz Formento, Eduardo Hubard, Esquivel Alfaro.—*Estudiantes Católicos,* Luis Rivero.—*Confederación Católica del Trabajo,* García León.—*Juventud Femenina,* Juana Arguinzoniz.—*Tercera Orden Franciscana,* Victoria Keny.—*Rosario Perpetuo,* Fray Mariano Navarro.—*Círculo Sacerdotal "Cristo Rey",* Pbro. Hermilo Montero.





Que la alarma que oprimió el pecho de todo el pueblo mexicano que sentía el conflicto y luchaba por la libertad era verdad fundada, no hay duda.

En realidad, Mr. Dwight W. Morrow, el embajador nefasto de los Estados Unidos del Norte, socio de Morgan, el famoso banquero judío de Wall Street, era el que intervenía, porque "la suspensión del Culto público en México no convenía a los intereses de su país" (a los judío-masónicos de allá) y con él andaba el Padre Burke, dignatario de la National Catholic Welfare Conference, y el Arzobispo de Morelia, Mich., Mons. Leopoldo Ruiz y Flores, que, ausente de México desde que se inició el conflicto, no había palpado el cuadro de fe intensa, de sacrificio heroico, de amor a Dios y a su Patria del pueblo mexicano. Llevado únicamente de las noticias que daba la prensa que ocultaba la verdad de los hechos y mentía, no sabía el éxito cada vez más pujante de las fuerzas libertadoras en los campos de batalla, no podía palpar las grandes, fundadas esperanzas de un triunfo.

De esta suerte, el Viernes Santo de 1928, por obra de Mr. Morrow, se reunieron en el Castillo de San Juan de Ulúa, para conferenciar sobre las bases de una posible reanudación del culto, el General Plutarco Elías Calles, el Padre Burke y Mr. William F. Montavon, consejero de la N.C.W.C.

No se llegó a nada, porque Calles se mostró violento y aprovechó la reunión con aquellos personajes yanquis para desahogar sus sentimientos pueriles e insulsos en contra de la Iglesia de México,

> porque no había habido ningún obispo, sacerdote o miembro de la Iglesia que siquiera por cortesía, le hubiese puesto alguna tarjeta, telegrama o carta, cuando fue exaltado al poder, en el día de su santo, o en año nuevo. (Díaz y Barreto. Declaración a los Caballeros de Colón, 29 de julio de 1929. Copia en el archivo del autor).

¿Podía imaginarse más insulsa puerilidad? Pero el Padre Bur-

ke insistió todavía, en carta a don Plutarco de fecha 29 de marzo de ese mismo 1928. Y Calles contestó el 4 de abril. En la contestación, el Excmo. Sr. Ruiz y Flores, puerilmente, creyó ver alguna esperanza. Y se concertó una nueva entrevista con el general Calles, la cual tuvo verificativo en el Castillo de Chapultepec el 28 de mayo, día de la Ascensión. Tomaron parte en esta entrevista el mismo Arzobispo de Morelia Sr. Ruiz y Flores y el Padre Burke, que por su ideología sajona, "no entendía ni jota" de nuestro espíritu mexicano, de nuestros anhelos, de nuestros intereses, de las esencias mismas de nuestra Patria.

Todavía más, hubo un enviado especial que en nombre de Obregón fue a los Estados Unidos a conferenciar sobre lo mismo, con el Sr. Obispo don Pascual Díaz y Barreto.

De esta suerte, el Sr. Arzobispo Ruiz y Flores, lleno de ilusiones, se marchó rápidamente a Roma, para conferenciar con el Papa.

Tras de todo esto estaba, como inspirador y director, el fatídico Mr. Morrow, socio de la judería de Wall Street de Nueva York. Era la mano satánica de la judería masónica del país del Norte.

Pero antes que el Santo Padre resolviese, tuvieron que llegar a la Santa Sede el cablegrama y el Memorándum de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y demás organismos católicos de México, incluyendo al Ejército Nacional Libertador, y quiso Dios que fueran desechadas las proposiciones enemigas. De esta suerte, cuando Mons. Ruiz y Flores volvió a los Estados Unidos, declaró a la prensa "que su gestión había fracasado, pues el Papa no había admitido los arreglos propuestos".

Rechazadas las proposiciones, el callismo continuó, despechado, con más fuerza y encarnizamiento, la persecución religiosa.



Capítulo III

## EL MAYOR PEDRO RADILLO. EL HOSPITAL CRISTERO

### *BATALLA DE EL NARANJO*

Pocos días después, al iniciarse el mes de junio, principió una fuerte campaña callista en contra de los libertadores de Colima.

Las dos primeras semanas del mes se desencadenó la furia de los perseguidores en la región de Pihuamo, Jal. Los días 1, 2 y 3 fue atacado el coronel Marcos Torres, en la hacienda de El Naranjo. En este combate murió, tras su fortín, luchando como valiente, el mayor del Ejército Cristero Pedro Radillo, y fue capturado don Francisco Indart, católico español. Por parte del enemigo, hubo no menos de cincuenta bajas, entre muertos y heridos.

### *EL MAYOR PEDRO RADILLO*

Pedro Radillo era el seminarista de que ya en varios lugares de la obra se ha hablado, compañero de Marcos Torres y Rafael Borjas, y quien, en unión de ellos, había ya trabajado, en los primeros tiempos de la lucha, cooperando en favor de la causa de la libertad religiosa de México.

Era originario del pueblo de Apulco, Jalisco, hijo de una humilde familia y contaba en aquel entonces, unos 20 años de edad.

Cuando en el año de 1923 fue establecida en el Seminario la Congregación Mariana, él fue, con beneplácito de todos, el primer Prefecto de ella. Pertenecía a la A.C.J.M. y, cuando llega-

ron los tiempos más angustiosos de la persecución, él fue uno de los jóvenes más trabajadores, celosos y decididos en la lucha legal de oraciones, luto y boycot.

Ya en páginas anteriores le vimos, en los primeros meses de la defensa armada, ocupado en delicadas comisiones en favor de los libertadores y caer en manos de los perseguidores en la hacienda de Chiapa, la mañana del 8 de abril de 1927, en unión de Marcos Torres y Rafael Borjas, y escapar prodigiosamente del poder enemigo, cuando ya el pelotón encargado de su ejecución lo llevaba a la muerte. Dios permitió que desde ese momento, durante algunos meses, el temor se apoderase de su alma y su espíritu de sacrificio y lucha quedase sofocado. Víctima del miedo, estuvo por largo tiempo oculto en la ciudad de Colima.

### *ANTE LOS DESPOJOS DE UN MARTIR*

Una mañana, la del domingo 28 de agosto, cuatro meses después, llegó a sus oídos una para él triste y gloriosa noticia: Tomás de la Mora, su condiscípulo, su buen amigo, había sido ahorcado por la causa de Jesucristo. . . De rodillas, al lado del féretro de Tomás, contempló Pedro, extasiado, el pálido cadáver del mártir, sin hartarse de mirarle. Allí fue precisamente, como él lo confesaba más tarde, donde cambió su espíritu.

¡Qué dichoso era Tomás su amigo y compañero! ¡Qué felicidad el ser mártir! ¡Cuánto había perdido él no habiendo muerto por Jesucristo! ¡Oh, si pudiese aún dar la vida por Jesucristo!. . .

Ya no temió la muerte. Ante los despojos del condiscípulo muerto por Cristo, se decidió a trabajar como buen cristiano, por Dios y por la Iglesia y, pocos días después, era soldado libertador, cruzado de Cristo Rey. Su valor y sus méritos le granjearon el grado de mayor.

Al frente de los valientes muchachos del coronel Marcos V. Torres, de quienes fue 2o. jefe, no sólo se mostró en todas las casi ininterrumpidas hazañas, listo, sagaz, decidido y hombre de arrojo, sino el buen amigo, hermano compañero de todos. Siempre fue cuidadoso de las necesidades de todos sus muchachos, en todas partes procurando que ninguno de ellos quedase sin el alimento necesario, aun a costa de quedarse él sin comer nada.



El 27 de marzo, en un ataque enemigo, una bala le perforó de parte a parte el vientre; pues le entró por la región de los riñones y le salió en pleno abdomen. En consecuencia, estuvo de suma gravedad. ¿Cómo se curó? La mano de Dios, no hay otra explicación, le curó milagrosamente y así, cuando el 3 de junio atacaron los callistas aquellos campamentos, se le vio sano y restablecido cooperar a la defensa; mas al segundo día de combate murió en su puesto, rifle en mano, combatiendo contra los enemigos.

Los callistas se apoderaron de su cadáver, lo arrastraron y llevaron consigo, con el fin de identificarlo, lo cual conseguido, ellos mismos lo sepultaron.

Su muerte durante algunas horas fue ignorada por sus compañeros, hasta que, terminado el combate, fue identificado por su medalla de congregante que se le desprendió al ser arrastrado. Por la huella se dio con el cadáver, al cual se dio una más honrosa sepultura, en el cementerio del lugar.

Más tarde, pasados ya esos años de la persecución religiosa, los restos de él, así como los de los demás muchachos de la A.C.J.M. que murieron por la Causa de Cristo, fueron llevados a la Cripta de los Mártires, bajo la Santa Iglesia Catedral.

### *ACTIVIDADES DE DON FRANCISCO INDART*

Don Francisco Indart era español de nacimiento, caballero cristiano, de alma templada y ardiente. En la campaña de Cuba se había conquistado, por sus cualidades militares, el grado de teniente en el Ejército Español.

Después de las hazañas de Cuba se radicó en tierras mexicanas, en donde fue un honrado y laborioso industrial. Siempre se mostró buen católico.

Iniciada la defensa armada, él personalmente, con sigilo y pru-

dencia, estuvo cooperando sin abandonar la ciudad, ya recabando noticias, ya consiguiendo, aun entre los mismos militares callistas, parque, armas, etc., en las filas de la L.N.D.L.R.

Denunciado ante los perseguidores como persona de quien se sospechaba tener relaciones con los soldados de Cristo Rey, fue puesto en prisión el 18 de abril de ese mismo año 1928. En la cárcel cumplió cincuenta y cinco años de edad, y de allí logró fugarse dos o tres semanas más tarde y salió para la hacienda de El Naranjo, lugar entonces controlado por las fuerzas libertadoras cristeras, en donde fue capturado cuando el combate del 3 de junio y conducido a Colima para ser fusilado.

## *MUERTE DE HEROE*

Puesto ya en el lugar de la ejecución, sin abatirse en lo más mínimo, habló así:

> Sabed que la sangre que vais a derramar en estos momentos no es sangre mexicana, es sangre española; mas gustoso la derramo por la Santa Causa de Jesucristo, mi Dios y Rey, y de Santa María de Guadalupe, y por el bien de México, mi Patria chica. Quiera el Cielo aceptar mi sangre, en expiación de los pecados de esta Nación. Ojalá que mi sangre fuese la última que se derramase por la Santa Causa, que vosotros blasfemáis. Mi sangre hablará a España, mi Patria, diciéndole: ¡Oh, España, patria mía! A ti me vuelvo en mis últimos momentos; la sangre que me diste, la derramé en México, porque mis hijos que quedan huérfanos moran en él, y quise derramarla porque México tiene sed de justicia, y tú, como madre mía que eres, ayudarás para que no quede burlada, y que pronto y muy pronto queden aplastados los traidores. Tú reclamarás mi vida; mas no ante México, sino ante estos malos mexicanos, traidores a su Dios, a quien persiguen, y a su Patria, a quien deshonran.
>
> ¡Viva Cristo Rey!
>
> ¡Viva Santa María de Guadalupe!
>
> ¡Muera, ante Dios y ante los hombres, el mal Gobierno de México!

Eran, cuando murió, las 4 de la tarde del día 15 de ese mismo mes de junio.



## *FIESTA SAGRADA EN EL BORBOLLON*

Entre tanto reinaba un poco de tranquilidad en la región del Volcán, lo cual permitió que los soldados libertadores y sus jefes pudieran reunirse para celebrar en común la festividad del Corpus Christi y del Sagrado Corazón de Jesús.

El lugar escogido fue el campamento de El Borbollón, cuartel del capitán libertador Félix Ramírez. Un poco más arriba de las casitas de los soldados, bajo unos laureles, se construyó la capilla, ya no de zacate y varas como en ocasiones anteriores, sino con tableta de pino. Y bajo la nutrida arboleda de aquel bosque perfumado, de encinos, laureles, pinos y moras, se hizo una calzada para la procesión del Divinísimo Sacramento; se improvisaron algunas ermitas de rústica hermosura, con sus respectivos altarcitos cubiertos de flores de la montaña y, en medio del concierto de los pájaros silvestres, que no cesaba ni un momento del día, y rodeado de sus esforzados cruzados que oraban y cantaban con fervor, Jesús Rey fue conducido con especial amor en el Sacramento de la Eucaristía.

La noche se pasó íntegra en adoración solemne y, al día siguiente por la mañana, como sello de la festividad, fue la Comunión general.

## *LA FIESTA ANUAL DE LOS SEMINARISTAS*

En el mismo campamento de El Borbollón celebraron los seminaristas su fiesta especial con motivo del aniversario de la consagración de su Colegio al Sagrado Corazón de Jesús.

Citados todos con oportunidad, acudieron de sus diversos campamentos. Unos pertenecían al regimiento de Cerro Grande; otros a los escuadrones de la zona de El Naranjo; otros, la mayoría, eran del grupo del coronel Marcos Torres que operaba a inmediaciones de la ciudad de Colima. Todos acudieron a aquella concentración con mucha alegría; iban a pasar, reunidos, los vie-

jos compañeros de Colegio, aquellos días de fiesta religiosa al pie del divino Jefe y Supremo Capitán Cristo y a renovar su consagración a El. El reunirse, cambiar mutuamente impresiones, hablar entre sí de sus correrías bélicas, era ya satisfacción muy grande. Además, con ellos tendría que estar su antiguo maestro y ahora su capellán el Padre Ochoa.

Durante el día 26 estuvieron llegando al campamento de El Borbollón aquellos estudiantes convocados. Hoy venían con su cara tostada por el sol y la inclemencia, su calzón blanco y camisa de manta y huaraches y, además, su pistola y su rifle de Cruzados, después de haber ya participado una y muchas veces en las cruentas batallas por la libertad religiosa. Venían a cantar una vez más, con toda el alma y el fuego de sus pechos, el himno que en su seminario, en años anteriores habían entonado:

*Reina, Jesús, juramos defenderte;*
*tan sólo tuya nuestra vida es.*
*Destronado, Señor, no hemos de verte,*
*primero moriremos a tus pies.*

*Asienta tu reinado, no receles,*
*aquí en tu seminario, oh Rey de amor*
*Te juramos, Señor, el serte fieles;*
*no habrá de entre nosotros un traidor.*

Y el día 27 —su fiesta— a los pies del Rey, como hacía un año lo habían hecho en las faldas occidentales del Nevado, renovaron su consagración y juramento de fidelidad.

Día y noche, ellos y con ellos los soldados cristeros de aquel campamento, hicieron guardia a Jesús Sacramentado públicamente expuesto y a quien por la mañana habían recibido en la Santa Comunión. Sus cantares y alabanzas resonaron en la majestuosidad de la montaña.

## *EL HOSPITAL DE LOS VOLCANES*

Fue en este tiempo cuando se inauguró, en las faldas del Volcán de Fuego, el pequeño hospital de Cristo Rey. El lugar escogido



fue una loma cortada casi a pico por ambos lados que se desprende de la montaña, por el poniente, entre El Borbollón y la Mesa de la Yerbabuena. Los rancheros de la región la llaman la Cuchilla de la Laguna Verde o simplemente Cuchilla Rabona, porque no tiene la longitud de El Borbollón y La Yerbabuena, sino que se corta y viene a ser como cuchilla o cuña entre ambos lugares. Los Cristeros le llamaron Santiago, porque se inauguró, propiamente, el 25 de julio, día del Apóstol Santiago.

Un grupo de heroínas y virtuosas señoritas de las Brigadas Femeninas de Colima se encargaron de este hospital. Al frente de ellas estuvo la señorita Amalia Castell Rodríguez, que perseveró en su puesto hasta que terminó el movimiento armado.

Fueron ellas verdaderas Madres de la Caridad, por su abnegación, espíritu de sacrificio y pureza de su vida. También supieron lo que era el frío, el hambre, y los sobresaltos, y las *jupias*. Vivieron generalmente en pequeñas casitas de zacate y varas.

También de zacate y varas, con techo de tableta de pino, era el hospital. A unos pasos de la galera en donde estaban los heridos, se construyó la Capilla, hecha también de varas y bejucos y tableta, en la cual estaba habitualmente el Santísimo Sacramento. Por turno se distribuían, heridos y sanos, aunque fuese de uno en uno, para estar siempre acompañándole y alabándole día y noche, sin cesar. Los jueves, a la media noche, todos se reunían, allí, ante el Santísimo Sacramento, para hacer su Hora Santa.

## *LA FUERZA DE LA GRACIA*

Dos cosas admirables hace notar el que esto escribe, como testigo presencial: la grande paciencia y resignación con que sufrían los heridos, y el milagroso modo con que eran curados.

Siempre se les veía inmensamente sufridos en sus dolores, sin desesperar jamás. Las medicinas eran escasas, escasísimas, por la grande dificultad para adquirirlas. Anestésicos, nunca se consiguieron, por lo cual tenían que soportar toda la fuerza del dolor en las curaciones, aun las más penosas. Muchas veces veíaseles

bañados de sudor helado y sus ojos se arrasaban de lágrimas, bajo la garra de intensísimos sufrimientos, pero siempre pacientes, sin maldecir, sin desesperarse, soportando con virilidad no simplemente humana. Siempre los heridos de Cristo Rey, graves o no, recibían los Sacramentos en la primera oportunidad, y sus primeros pasos eran a la capillita de su Dios Sacramentado.

### *CURACIONES INCREIBLES*

La curación de los heridos fue una serie de milagros verdaderos. Nunca hubo, en los dos años y medio del Movimiento, un herido que muriese, al menos en toda la zona de los campamentos del Volcán; el que no moría en el combate o momentos después, se había ya salvado, con toda seguridad. El que esto escribe, con sus propios ojos vio muchos de estos casos maravillosos y podría testificar estas cosas con juramento, si se hiciere necesario.

Precisamente en esos días, fue herido en la cabeza un joven cristero, José Beltrán —cuya madre, Refugio Vizcaíno, aún vive, en la hacienda de San Antonio—: una bala le perforó el cráneo; le penetró por la región occipital y le salió por el ojo derecho. Estuvo unos diez o quince días de suma gravedad y aun loco; mas se restableció por completo y poco después volvía a las filas para continuar luchando.

Otro joven del pueblo de Tonila, llamado Anastasio, fue herido en ciudad Guzmán, Jal., en un ataque, allá por el mes de junio de 1927. Recibió el balazo cerca del hombre izquierdo y le salió en la axila derecha. La caja toráxica le quedó por tanto atravesada de lado a lado. Hubo momentos en que parecía ya estar expirando; pero rehecho un poco, sus compañeros le montaron sobre su misma bestia y, así herido y sin ninguna curación, caminó más de veinticuatro horas, pues hubo que hacerlo con demasiada lentitud, hasta llegar al pueblo de Zapotitlán, Jal. Tres o cuatro días estuvo entre la vida y la muerte y, a pesar de tener perforados los dos pulmones y de haber salido la bala expansiva haciéndole



un gran orificio en la axila derecha, por donde escapaba el aire en cada una de sus respiraciones, sanó por completo. Libertadores traspasados de lado a lado del tórax —del pecho a la espalda o viceversa— hubo más de doce y ninguno murió. El mayor Pedro Radillo recibió un balazo en el abdomen, que lo traspasó por completo, de manera que su carrillera quedó agujereada, tanto por la parte de atrás, como por la de adelante. Después de dos o tres meses, aquel libertador se encontraba totalmente restablecido y pudo volver a la brega. Otro joven cristero, Andrés Monroy, que aún vive, del escuadrón del capitán Félix Ramírez, recibió un balazo por detrás de la cabeza bajo la base del cerebro, que perforándole el paladar salió al exterior por la cara, despedazándole el pómulo derecho. Heridos en los brazos y las piernas hubo a docenas, y ninguno perdió el miembro enfermo. Hubo un joven de la ranchería de Alcaraces, de apellido Neri, que tenía una pierna casi hecha pedazos; el hueso roto y despedazado desde la rodilla al pie, al grado de habérsele extraído, poco a poco, por los quince o más orificios que se le fueron abriendo, más de veinticinco esquirlas. La última vez que el autor de estas líneas lo vio, andaba ya por su propio pie sin hacer uso de muletas. Aún vive, en la ranchería de La Estancia, Col. Así protegía Cristo Rey a sus cruzados.

Capítulo IV

# LUCHAR, SUFRIR Y MORIR POR CRISTO

## *LOS NIÑOS CRUZADOS*

EL GRUPO QUE DIRECTAMENTE comandaba el coronel libertador Marcos Torres, estaba integrado —se dijo en capítulos anteriores—, en su parte principal, por jóvenes de 16, 17 y 18 años y aun de menor edad; pues había entre ellos, verdaderos niños. Entre éstos destacaron Merced Anguiano y Nicolás Araiza, chicos guerreros a quienes no amilanaba el peligro y que serenamente y aun con alegría, sufrieron hambres, desvelos y tras cualquier piedra de la montaña que les servía de fortín se parapetaban con su rifle en la hora de los combates, luchando con destreza, agilidad y ardor como guerrilleros consumados. También ellos tenían anhelos de luchar y de dar la vida por Cristo. Merced Anguiano M. —hermanito menor del jefe Anguiano Márquez— tenía, a su muerte, acaecida el 17 de mayo de ese año 1928, 13 años de edad. Nicolás era un poco mayor, de unos 14 ó 15 años, y murió en combate el 20 de noviembre de 1927.

## *NICOLAS ARAIZA*

Murió luchando contra los soldados callistas en el arroyo de La Idea, en la carretera de Colima a San Jerónimo, Col.

Nicolás era de Comala, Col., en donde se formó cristianamen-



te en la sección de Vanguardias de la A.C.J.M. Había entonces, en el grupo de A.C.J.M. de Comala, un grupo de chicos con especiales aptitudes para el canto, con quienes su Párroco formó un pequeño orfeón. Nicolás era de los niños cantores.

Comala, su tierra, fue singularmente cristera. Entre toda la gente adicta a su Religión ardía el deseo de cooperar a la Cruzada de Cristo Rey. De ahí, lo más natural, que en el chico se despertara el deseo de incorporarse a los cristeros.

Como el jefe libertador más popular en Comala era Andrés Salazar, Nicolás se incorporó a sus filas. Era entonces el primer año de lucha. El jefe cristero Salazar marchó a Cerro Grande y puso parte de sus fuerzas bajo el mando inmediato de José Ortiz que al fin fue desleal a la causa. En las cercanías de Armería, Col., fue atacado a la mitad de junio y desbandado por completo. Nicolás Araiza fue uno de los que conocieron aquella derrota y dispersión.

El Padre Capellán, señor Ochoa, acompañando a los cristeros del Volcán que habían tenido que dejar Zapotitlán, Jal., estaba con ellos, en esos días, en La Añilera, en Cerro Grande. A ese lugar principiaron a llegar los dispersos.

El Padre se interesó, de una manera especial, por los muchachos que habían sido estudiantes o acejotaemeros, principalmente por los más chicos, los cuales, al fin, formaron un grupo que el general en jefe, Dionisio Eduardo Ochoa, puso bajo el mando de Marcos Torres. Nicolás fue de éstos. Era entonces el primer año de lucha: el 1927.

Nicolás, ya soldadito de Cristo, continuó chamaco ejemplar en su conducta; al par que muy limpio en su vida y muy piadoso, disciplinado, valiente, aguerrido.

Siempre en los actos religiosos litúrgicos, en la Santa Misa, sobre todo, cuando no había otro que le ganara la delantera, él, con mucho gusto, servía de acólito y dirigía, con buena y timbrada voz, aún de niño, los himnos litúrgicos o alabanzas populares. Era chico muy devoto.

La última vez que el que esto escribe lo vio, fue en Potrero Du-



IICC6

ro, cerca de Chiapa, el 14 de octubre de ese año 1927, en unión de su jefe inmediato, entonces capitán Marcos V. Torres y de sus compañeros. Siempre alegre, jovial, cristianito, valiente. En esa ocasión estaba ahí con los soldados cristeros de Marcos, en visita de inspección, el jefe general Dionisio Eduardo Ochoa. Un día antes, éste había recibido en Colima un donativo de $ 200.00: era una bolsa de tostones de plata. Aunque este dinero se empleaba generalmente, casi de una manera exclusiva, en la compra de parque, sin embargo, en aquella mañana, quiso Ochoa dar a los soldados aunque fuera un tostón de plata a cada uno. ¡De algo les serviría!

Como nunca o casi nunca los soldados cristeros traían dinero y siempre se vivía propiamente sin un céntimo, aquel fue un buen regalo que les causó alegría.

El 20 de ese mismo mes, atacó el jefe cristero Marcos Torres, en el camino de Colima a Tonila, un camión con soldados callistas, en el arroyo de La Idea. El combate fue reñido entre ambos grupos, integrados por un número semejante de combatientes; pues los soldados cristeros eran sólo 22.

Los guerrilleros cristeros de Torres al fin lograron triunfar, haciendo huír en desbandada a los soldados callistas. Empero, a mitad del camino, con los brazos abiertos, cayó Nicolás. Los compañeros, aun en medio del fragor del combate, lo sacaron y lo pusieron a salvo tras el lienzo de piedra del camino. Momentos después, allí expiraba.

Los rancheros vecinos lo sepultaron bajo la sombra de un arbolito de mango que ahí había.

Años más tarde, el que esto escribe fue a exhumar sus restos, para llevarlos, en unión de los otros muchachos acejotaemeros muertos por la Causa de Cristo, a la Cripta de los Mártires.

En el nudo del ceñidor, no aún deshecho del todo, estaba todavía su tostón de plata que 6 días antes de su muerte recibiera como obsequio y, en una de las vértebras de la columna, incrustada, la bala que le arrancó de esta vida para llevarle a la eterna de Cristo.



## *EL NIÑO ANGUIANO MARQUEZ*

Era nativo del pueblo de San Jerónimo, Col., hermano tanto del general Miguel Anguiano Márquez, como del teniente coronel Gildardo, del mismo apellido. Siendo él muy pequeño, sus padres se trasladaron a Colima para fijar allí su domicilio. El niño Anguiano Márquez, por tanto, tuvo a Colima como su segunda tierra. Su mamá, doña María Márquez, era mujer cristiana, piadosa y buena y supo orientar debidamente a sus hijos.

Cuando el chico J. Merced tuvo sus 10 u 11 años de edad, ingresó a las Vanguardias de la A.C.J.M., dirigidas, en ese tiempo, por J. Trinidad Castro, que fue magnífico forjador de juventudes, así como se dijo cuando de él se trató en páginas anteriores.

Cuando se inició la campaña cívica de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, J. Merced era de la banda de chicos aguerridos que en todas partes se introducían para distribuir propaganda católica.

De aquí que, cuando Miguel su hermano se marchó a la montaña para unirse al jefe Dionisio Eduardo Ochoa, iniciador en Colima del Movimiento bélico de la Cruzada de Cristo Rey, el chico J. Merced principió con tenacidad a instar para obtener permiso de marcharse también.

Y tanto instó y luchó, no sólo con su padre, don Mariano, para que se lo permitiera, sino con Miguel su hermano para que lo admitiera, que al fin, un buen día, se le concedió lo que tanto anhelaba: traer su carabina, su carrillera a la cintura y "echar bala" en los combates, a los enemigos de Dios y de su Patria, conforme él lo consideraba. Ya en ese tiempo su mamá había muerto.

El ejemplo de aquel niño Anguiano Márquez fue seguido por otros. Y eran valientes, listos, audaces, disciplinados. En los combates eran de los que con más arrojo luchaban.

No fue mucho el tiempo que anduvo de guerrillero. En el mes de marzo, el teniente coronel Gildardo Anguiano Márquez, acompañando a su jefe inmediato, el coronel Marcos Torres, hizo una

gira por el Sur del Estado, por las zonas de Ixtlahuacán, Tecomán y aun el limítrofe pueblo de Coahuayana, Mich.

No muy lejos, en una ranchería denominada Las Trancas, del Municipio de Ixtlahuacán, se encontraron las fuerzas del coronel Marcos V. Torres con los callistas, entablándose fuerte tiroteo, en el cual resultó herido el chamaco. Su hermano, el teniente coronel Gildardo, lo rescató y lo llevó, para ponerlo a salvo, a un lugar vecino denominado *Huerta de las Haciendas;* pero nuevamente, en cuanto llegaron, se repitió el ataque enemigo y los soldados cristeros del grupo tuvieron que batirse en retirada y huír. El chamaco logró ocultarse entre el boscaje y así escapó de los enemigos.

Con su espíritu inquieto de chamaco, y anhelando saber el resultado del combate, salió como pudo y subió a la cima de la loma, para desde ahí observar si el enemigo se retiraba y si acaso volvían sus compañeros. Ahí estuvo varios días sin comer y sin tener ninguna curación ni atención alguna, escondido entre las malezas. Sus compañeros, cuando lo buscaron, no lograron encontrarlo ni saber de él, y él, al fin, obligado por el hambre, con mucho trabajo bajó al quinto día a unos ranchos, en donde una mujer, al verlo herido y con sus ropas sucias y llenas de sangre, lo denunció a las fuerzas agraristas.

Y el niño J. Merced Anguiano Márquez fue golpeado brutalmente y matado. Era entonces el 17 de marzo de 1928.

## *EN HUERTA DE LAS HACIENDAS*

Finalizando el mes de julio de ese año 1928, cuando los callistas dieron por terminada la campaña de la zona de los volcanes, se dedicaron a perseguir de una manera enconada y sistemática a las fuerzas del coronel Marcos V. Torres, en gira entonces por la parte sur del Estado.

Los combates fueron pocos; pero de tal gravedad para los cristeros, que sólo la mano de Dios pudo salvarlos, siendo sus víctimas relativamente escasas.



Uno de los hechos registrados en esta campaña, fue el ataque de sorpresa que el enemigo dio, en el mismo lugar de que arriba se habló, denominado *Huerta de las Haciendas,* al coronel Marcos V. Torres y sus hombres; hora terrible en la cual los salvó únicamente una muy especial providencia de Dios.

Dos días hacía que aquellos libertadores habían tenido que combatir cerca de Coquimatlán, Col., contra las fuerzas enemigas que sin cesar los perseguían. Largos días tenían de continuas jornadas y desvelos, cuando llegaron, el 4 de agosto, al citado lugar. Aunque sabían que el enemigo iba tras ellos, nunca estimaron que estuviera tan cerca, y entraron a la huerta, para tomar una poca de fruta, descansar algunas horas y luego continuar hasta un lugar a propósito para acampar y resistir al perseguidor, en caso de nuevo encuentro.

La *Huerta de las Haciendas* está colocada al pie de unas lomas áridas, llenas de zarzas, que aprisionan el paraje sin dejarle lugar de salida, no lejos de Ixtlahuacán, Col. Una vegetación exuberante de plátanos, mangos y palmas, forman un espeso bosque donde se encontraban descansando los libertadores, con sus caballos cerca de ellos, porque deberían partir luego, cuando el enemigo, sin ser advertido y amparado por la espesa arboleda, se introdujo hasta el lugar en que se encontraban los cristeros y puso su línea de fuego a unos cuantos metros de ellos para iniciar el ataque.

La victoria de los perseguidores era un hecho y el exterminio de los cruzados humanamente era seguro; porque descuidados, rendidos por el cansancio, dormían casi en su mayoría bajo la sombra, y quedaron totalmente copados, ya que la única salida era la ocupada por los callistas; además, el paraje estaba circundado por grueso alambrado de púas, y las lomas áridas que a la espalda quedaban, único punto por donde podrían escapar, pronto serían flanqueadas por una ala del enemigo.

En estas circunstancias tan desiguales, se rompió el fuego por parte de los callistas, con una descarga uniforme. Los libertadores, sorprendidos, no pudieron organizar ninguna resistencia y su único intento fue escapar. Entre una horrible granizada de ba-

las, en medio de un inmenso desconcierto, consecuencia de la sorpresa sufrida, con los enemigos que atacaban a un tiro de piedra y dejando entre las púas de los alambres del cercado que rodeaba el lugar, pedazos de la ropa y aun de la piel y la carne, lograron salir los cruzados de Cristo; pero abandonando casi toda la caballada.

Sólo dos o tres libertadores, rompiendo a machetazos los alambres, lograron sacar sus cabalgaduras. Luego siguió la huída; la subida era empinada y no había lugar para afortinarse y resistir. Sobre la marcha y a pecho descubierto, se iba haciendo fuego contra el enemigo que avanza por el flanco y a las espaldas.

## *EL TENIENTE J. REFUGIO SOTO*

En este ataque murió el teniente libertador J. Refugio Soto. Había sido, en los últimos meses de la vida del general Dionisio Eduardo Ochoa, asistente de él, quien mucho lo quería por su singular honradez, serenidad en los peligros, lealtad y valentía. Era originario del pueblo de San Jerónimo, Col., en donde vivía su esposa; siempre en las circunstancias de mayor responsabilidad, en los pasos de mayor esfuerzo y peligro, Ochoa le llevaba consigo. Pocos meses después de la muerte de Dionisio Eduardo, el teniente J. Refugio Soto fue el jefe de la escolta de la Jefatura, en donde siguió distinguiéndose como digno soldado de Cristo.

No se supo en qué momento murió. Uno de los libertadores dijo haberlo visto subir, muy cansado, la empinada cuesta de la loma árida de *Huerta de las Haciendas* en aquellos difíciles momentos, y haberle oído repetir esta jaculatoria: *Sagrado Corazón de Jesús, ayúdame a morir bien;* pero no imaginó que estuviese ya herido.

Por parte de los callistas, hubo seis muertos y algunos heridos.



## *LOS CRISTEROS NO TEMIAN A LA MUERTE*

Pocos días después de esta acción, fue de nuevo atacada la región del Cerro del Cacao. En estos tiempos el cuartel principal de esa zona se encontraba en el "Vallecito de Cristo Rey" (Cerro de las Higuerillas), en donde estaba, desde hacía algunos meses, el ilustre general don Fermín Gutiérrez (Luis Navarro Origel), en unión de su Estado Mayor.

Era el 9 de ese mismo mes de agosto cuando se acercó el enemigo y se trabó el primer tiroteo; nueve soldados cristeros contra ciento cincuenta de Calles. Estos no avanzaron luego y determinaron esperar al día 10 para desarrollar el ataque formal.

La noche del día 9, mientras cenaban juntos el general don Fermín Gutiérrez, el Padre Marín, Capellán de aquellos grupos libertadores, el coronel don Teódulo Gutiérrez, hermano del general, y los oficiales del Estado Mayor; como el coronel dijese al general su hermano, que en el combate fuese más precavido, que no había que permanecer en la trinchera cuando ya los demás no podían resistir y tenían que retirarse, contestó el general que él no era soldado de Cristo para cuidarse, sino para pelear por El en contra del enemigo.—Más aún: Yo le he ofrecido mi vida —dice— y hace tiempo que le pido la acepte; él no ha querido recibirla; pero, a fuerza de suplicarle diariamente, me concederá la gracia de morir por El.

Esta declaración fue muy semejante a otra que pocos días antes había hecho. Subían en esa ocasión a pie y con el calor del sol, la larga cuesta que lleva al campamento de "El Vallecito". Iba el general lleno de fatiga, y un soldado que le acompañaba le dijo: Ahora vamos muy cansados, mi General ¡pero cuando en el día del triunfo vayamos en un coche, por la calle de Plateros, allá en la ciudad de México!...

—Nunca he soñado llegar al triunfo —replicó el general Gutiérrez—, mucho menos gozar de él en la ciudad de México. Lo que sí he soñado es estar en el cielo.

## *COMBATE DEL "PUERTO DE LOS ENCINOS"*

Amaneció la mañana del día 10; los soldados de Cristo Rey estaban en sus posiciones y el enemigo se preparaba para el ataque. Pronto se avistó aquél y empezó a ascender a través de la arboleda. El primer choque fue en el Puerto de los Encinos, donde unos pocos libertadores formaban una primera avanzada; éstos pronto fueron desalojados y los callistas continuaron avanzando hasta la parte superior, en donde Gutiérrez se había hecho fuerte. Estaban allí, al lado del general, entre otros, el coronel su hermano y el mayor Rafael Alvarado, y el mayor Filiberto Calvario y el capitán Bernardino González, de las fuerzas de Colima.

Cuando las fuerzas enemigas se aproximaban, el general Gutiérrez y sus compañeros se pusieron de pie e invocaron, como siempre lo hacían antes de los combates, el Santo Nombre de Dios y suplicaron la ayuda y protección del Arcángel San Miguel; se hizo el signo de la cruz y se principió a luchar.

## *MUERTE DEL GENERAL GUTIERREZ*

El combate fue crudo. El general con sus compañeros peleaban por el frente; pero el enemigo cargó por el flanco con fuerza y los libertadores fueron desalojados de sus trincheras.

Aunque el general mismo y sus compañeros vieron a tiempo oportuno que el enemigo tomaba el flanco, quisieron resistir hasta lo último, confiando en que podrían fácilmente escapar; pero cuando quisieron hacer la retirada, era ya tarde, y mientras subían la pesada cuesta, una bala atravesó el pecho del ilustre soldado de Cristo.

Al momento le sostuvieron sus compañeros por los brazos, pues sus piernas vacilaron. Cuando el coronel advirtió lo que pasaba y se encontraron las miradas de los dos hermanos, con el rostro



iluminado por inmensa dicha sobrenatural, dijo el héroe: —Mira, hermano, mira lo que Dios me ha dado —y le hacía ver la herida abierta, de la cual manaba un borbollón de sangre que él mismo recibía en sus propias manos y mostraba y contemplaba con satisfacción indecible—. Por fin me concedió el Señor —dijo transportado de celestial consuelo— la gracia de morir por El como tanto se lo había pedido.

Casi en peso, y mientras unos cristeros hacían fuego desde un alto peñón para detener un poco el avance de los callistas, fue conducido el ilustre herido hasta colocarlo detrás de una roca, en donde cayó moribundo; hizo brevemente algunas últimas recomendaciones a su hermano y le entregó algunos documentos que había que mandar a los jefes supremos de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa en México.

Momentos después, mientras él expiraba, los enemigos lograron subir hasta aquel lugar, porque no había sido posible contenerlos. Entonces todos huyeron de allí; quién se interna en la arboleda, quién tras alguna peña, porque no hubo lugar para hacer otra cosa.

Por la tarde, cuando los perseguidores se retiraron, fue recogido el venerable cadáver. En la opinión de todos sus cristeros aquel hombre era un santo: hombre sin miedo y sin tacha, fue un ciudadano ilustre, hijo, hermano, esposo y padre sin igual; gloria y honra de la Patria, noble presea del laicato católico de México. No era sólo un soldado o jefe de armas, pues había sido designado, hacía algunos meses, por la L.N.D.L.R., jefe supremo civil en el Movimiento Nacional Libertador. El Sacerdote Capellán, don Octaviano Marín, en la capilla del vecino campamento del Vallecito, entonó ante su cadáver el *Te Deum:* se trataba de la muerte de un héroe, de la victoria suprema de un cruzado de Cristo Rey.

Saldo del combate: por parte de los cristeros, la muerte del ilustre general Gutiérrez y la de un soldado raso. Por parte de los callistas, cincuenta y cinco muertos, entre ellos un coronel y tres oficiales.

## Capítulo V

## LOS CRISTEROS DEL BORBOLLON. HEROICO ESPIRITU DE SACRIFICIO

### *EL CAMPAMENTO DE EL BORBOLLON*

PARECE QUE CON ESTE COMBATE del 10 de agosto terminó la campaña enemiga en contra de las fuerzas libertadoras colimenses, que los callistas habían iniciado en la zona de El Naranjo en los primeros días de junio y habían continuado en la región de Montegrande, en el Volcán y, después, en contra de los muchachos de Marcos Torres tan duramente combatidos en el sur del Estado. Sin embargo, no habían sido atacados todos y cada uno de los campamentos libertadores, y así quedaron algunos grupos de cruzados sin ser batidos, entre ellos el del capitán J. Félix Ramírez en el cuartel de El Borbollón; pues el único intento de ataque que en esos días se tuvo en su contra, fracasó del todo; pues este campamento, como se ha dicho, estaba colocado en uno de los lugares más estratégicos: es una larga cuchilla delgada que se desprende del Volcán, colocada entre dos barrancos, cortados casi a pico, por lo cual es muy difícil que el enemigo pueda flanquearlo y, por ende, el ataque tiene que ser únicamente por el frente.

Los callistas, en uno de tantos días de esta campaña, determinaron subir al Nevado por el lado de la hacienda de El Jazmín, situada en sus faldas del norte, para luego descender por el poniente del Volcán de Fuego y atacar a los libertadores por la retaguardia, mientras que otra columna callista lo habría de hacer por el frente.



El auxilio de Dios no faltó tampoco aquí en favor de sus soldados cruzados: allá en las eminencias del Nevado, a casi cuatro mil metros de altura, cuando los callistas pasaban por un cañón árido y helado que existe casi en la cima, y que los que aquellas cumbres transitan llaman "La Calle", les cayó tan fuerte granizada, que los quebrantó sobremanera, pues los granizos eran de tamaño muy grande y su lluvia muy nutrida. Casi yertos de frío, pues esas alturas son horriblemente heladas aun sin lluvia ni granizo, continuaron los enemigos su camino en medio de densa niebla y llegaron al lugar donde, terminadas las arideces de la cima, empieza el bosque de la sierra y debían comenzar a descender. Mas por lo intrincado de la montaña, el cansancio, el fastidio y la niebla, después de tanto sufrir y caminar, erraron la vereda, tomaron otra y vinieron a bajar a un lugar muy distinto de El Borbollón, objetivo de su empresa, llegando a *La Bueyada*.

Entonces, fastidiados, disgustados después de algunos días de estar allí, continuaron hasta San José del Carmen, Jal., en donde se acuartelaron. Habían fracasado en su intento.

Pocas semanas más tarde fue cuando murió Alvaro Obregón a manos del formidable José de León Toral, y entonces fueron violentamente reconcentrados los federales de la guarnición de San José del Carmen, Jal., en la ciudad de Colima.

No queriendo los libertadores del cuartel de El Borbollón quedar sin parte en esta campaña, varias veces salieron a buscar al enemigo para combatir con él.

### *COMBATE DE NOGUERAS*

De esos combates, el principal fue en las cercanías de la hacienda de Nogueras, a trece kilómetros de la Capital de Colima, la tarde del 13 de agosto.

La refriega estuvo fuerte y peligrosa en sumo grado para los

libertadores. El lugar de combate era casi plano; los enemigos eran más de doscientos y los libertadores no pasaban de veinticinco. Se avistaron las dos partes y empezaron a sonar los clarines de las fuerzas callistas dictando órdenes. Sonó también el clarín de los libertadores que se afortinaron tras de las piedras que tuvieron a su alcance y se rompió el fuego. Con gran valentía pelearon unos y otros; pero al fin de rudo combate y debido a la superioridad del enemigo, el clarín de los cristeros tocó a retirada y abandonaron el lugar, sin ser perseguidos.

## *SOLO, EN MEDIO DE LOS ENEMIGOS*

El sol se había ocultado ya; sólo quedaba la luz amarillenta del crepúsculo. Uno de aquellos bravos libertadores del cuartel de El Borbollón, J. Trinidad Monroy, que aún vive, continuaba haciendo fuego tras unos restos de cerca de piedra que existían en aquel campo. Debido al fragor de la lucha y a que un grupo de callistas continuaban haciendo fuego contra él desde unas piedras que estaban a su frente, no advirtió que se retiraban sus compañeros y quedaba solo.

Como se cargaron más soldados callistas en su contra, mientras terminaba el tiroteo a su alrededor, y sólo en aquel lugar perduraba intenso el fuego, acabó por darse cuenta de lo que pasaba y trató de abandonar el campo cuanto antes; pero esto era en extremo difícil, porque había que atravesar una parte completamente descubierta. Sin embargo, no había otro recurso, hizo varios disparos, se levantó y corrió. . . pero, a los pocos segundos, cayó herido: una bala había hecho blanco en la parte superior de la pierna izquierda, fracturándole por completo el hueso. Los enemigos se avalanzaron sobre él, pero el herido, rodando por entre la maleza, cayó al fondo de una barranquilla de unos dos metros de profundidad, cubierta casi por las zarzas.





Pasaron instantes de inmensa angustia, en que el herido esperaba que lo encontrasen y le matasen en el acto; con sus ojos veía que le buscaban a tres pasos de donde yacía y en sus oídos repercutía el vocerío insolente de los callistas. Sólo de cuando en cuando se oía ya el correr de algún caballo y el vocerío de la soldadesca enemiga que se alejaba.

Acabó de oscurecer y Monroy, desangrándose, continuaba oculto bajo aquellos matorrales, en terreno invadido de enemigos, sin su caballo y a más de treinta y seis kilómetros de su cuartel de El Borbollón. Pero no había término medio: salir y regresar por sí solo o resignarse a morir allí abandonado.

Cuando todo hubo quedado en silencio, se arrastró bajo las malezas y salió al lugar en donde haba sido herido; era ya de noche, pero por fortuna noche clara. ¿Cómo caminar? Se arrastró un poco más hasta el pie de un arbusto, se asió de él y se puso de pie. Las facciones de su rostro se contrajeron de dolor, un sudor frío le bañó y tuvo que recostarse en la yerba, casi desmayado. Restablecido un poco, hizo una nueva tentativa, se levantó, cogió su máuser a guisa de muleta, cortó una rama e improvisó un bastón. Luego intentó andar; pero era casi imposible; la pierna herida estaba por completo suelta, oscilaba a cada movimiento y pegaba contra todas las piedras y malezas del camino, causándole muy fuertes dolores y haciéndole desangrarse más y más.

En medio de aquella angustia ideó un recurso único, doloroso, sí, pero necesario si quería salvar su vida, e inmediatamente lo puso en práctica, pues no había tiempo que perder, ya que únicamente de noche podía caminar en aquella zona enemiga. Se acercó a otro pequeño árbol, se quitó su ceñidor, hizo a sus calzones por delante un nudo para que por sí solos se sostuviesen; se fajó su carrillera como de ordinario, y luego con el ceñidor ató por el tobillo el pie del miembro herido y, asido del árbol, comenzó a estirar por sobre el hombro la pierna destrozada, la cual principió a doblarse y a subir por detrás de su cuerpo.

El hueso fracturado rechinó, la herida se abrió más, la sangre empapaba los calzones y caía en gruesas y abundantes gotas; el dolor se recrudeció y Monroy sentía desfallecer, pero... siguió estirando hasta que llegó el pie a la altura de los riñones. Entonces, dando dos vueltas a su cintura con el ceñidor, se lo ató allí. Descansó un poco recargado en el árbol y luego empezó, con su bastón improvisado en una mano y el máuser en la otra, dando muy pequeños pasos, aquella penosa marcha que duró toda la noche: ¡Dios le había de ayudar! ¡La Santísima Virgen le habría de socorrer en aquel trance! Así reflexionaba el cristero, en su corazón.

Tres o cuatro kilómetros había andado solamente, cuesta arriba, cuando empezó a clarear la luz primera del alba. Había caminado con demasiada lentitud; pero la necesidad le compelía a proseguir. Lívido, rendido de cansancio, agotado por la pérdida de sangre, la fatiga y el dolor, se internó un tanto en el bosque, para no ser descubierto por los núcleos enemigos que por ese camino transitaban diariamente.

Por entre la arboleda y casi paralelamente al camino siguió el herido su penosa peregrinación. A veces, exhausto de fuerza, descansaba un poco; pero no podía hacer más. Así iba transcurriendo aquel día de dolor, sin ninguna curación, sin ningún vendaje, con la herida abierta, la pierna atada a la cintura y en completo ayuno.

En una de las veces en que, agobiado del todo, reposaba el cristero bajo la sombra de un árbol, oyó a lo lejos ruido de caballos y murmullo de voces. Se puso de pie, preparó su máuser por si fuese algún enemigo, y cubierto tras el tronco del árbol, observó. Vio que eran dos hombres únicamente los que venían. Su corazón latió de contento: "Si son enemigos, puedo combatir contra los dos, con la ayuda de Dios, se dijo, y si gano, me hago de dos armas más y de caballo para mi viaje y, si son conocidos o amigos, alguno hará la caridad de conducirme al lugar en que pueda curarme, comer y descansar un poco". Efectivamente, la Providencia le mandaba quien le ayudase; tras tantas penas, el Señor no lo había de abandonar: uno de aquellos dos era conocido de Monroy y, dando voces el cristero en solicitud de auxilio, salió de la maleza para hacerse ver.



## ¡SALVADO!

Fue de allí conducido caritativamente a una choza oculta en la barranca, donde se le lavó y vendó la herida y pudo rehacerse un poco. Además, se mandó aviso a sus compañeros del cuartel de El Borbollón, de lo que había pasado, del estado del enfermo y del lugar en que se encontraba.

Al punto salió una comisión de los cristeros de El Borbollón para recogerlo y transportarlo al pequeño hospital de Cristo Rey; pero en eso una nueva turba de callistas invadió la zona de Suchitlán y San Antonio, donde el herido se encontraba, y fue preciso no sólo esperar, sino andar transportándolo en hombros continuamente, de aquí para allá, en el fondo de las barrancas, a fin de librarlo de las manos de los enemigos. Después de más de una semana, quienes cuidaban de él lograron sacarlo de ahí y llevarlo al hospital cristero. Caminaron casi durante toda la noche, él montado sobre una bestia, soportando intensos dolores; los compañeros, entre ellos un hermano suyo, de pie a uno y a otro lado, atendiéndolo. Ya con luz de día subían una pequeña pero agria cuesta, que hay para llegar al paraje en donde se había instalado el puesto de socorros, cuando el animal resbaló y cayó sobre el mismo cristero herido, que quedó casi por completo bajo el cuerpo de la acémila. Nueva sangre, nuevos terribles dolores y volviéronle a subir a la bestia. Momentos después llegaba ¡por fin! y pudo descansar con tranquilidad. Tenía la pierna completamente suelta y deformada, se le enderezó y se le hizo la primera curación. Un mes después, habían cerrado las heridas; dos meses

más tarde había soldado el hueso y daba el paciente los primeros pasos.

Casos semejantes se repetían con frecuencia; el Señor proporcionaba siempre la fortaleza a la medida de la prueba, y la Providencia de Dios brillaba cada vez con más fulgentes destellos. La sola enumeración de esos casos sería interminable.



## Capítulo VI

## LOS NIÑOS MARTIRES MANUEL HERNANDEZ Y FRANCISCO SANTILLAN. EL JOVEN BENEDICTO ROMERO. DOS HEROINAS

### *ASESINATO PUBLICO*

Poco menos de tres semanas antes de ese episodio —en la mañana del 25 de julio—, Colima presenció, conmovida y espantada, el fusilamiento de dos niños mártires: Manuel Hernández y Francisco Santillán, acribillados a balazos, frente al jardín de la Independencia, a espaldas de la Catedral.

Eran cerca de las 8 de la mañana (de las 9, según el horario actual), 3 ó 5 minutos antes, cuando tuvo verificativo la escena sangrienta. Los comercios y oficinas de la calle Fco. I. Madero y centro de la ciudad se abrían en esos momentos. De ahí que los empleados que se encontraban por esos lugares o iban de paso para su trabajo, se agruparon en torno y hubieron de presenciar la muerte de aquellos niños que, por su edad, no podían legalmente ser ejecutados. Aquello era, a todas luces, un verdadero asesinato público y oficial.

Los chicos —uno de cerca de 17 años y el otro de 14 ó 15— aunque intensamente pálidos y con marcadas ojeras, se mostraban serenos, perfectamente dueños de sí; más aún, en sus rostros se traslucía una interna, indecible paz y satisfacción. Había en ellos señales inequívocas de que habían sido víctimas, durante la noche

anterior, de inicua tortura; en sus cabellos enmarañados había sangre que, al correr, había dejado huellas en las sienes y en el cuello.

Los brazos de Francisco —el más chico de los dos— estaban amoratados y notablemente hinchados, como si los huesos estuviesen descoyuntados. Manuel tenía camisa de mangas largas y no se veía cómo tuviese sus brazos: debía haberlos tenido al igual que Francisco o tal vez peor; pues en la cabeza y en el cuello, Manuel era el que tenía más golpes y más sangre. Las voces que quedo circulaban, decían que eran seminaristas.

A los pies de ellos, en una camilla, estaba el cuerpo de otro muchacho, con su ropa destrozada y tinta en sangre, que perfectamente se veía que también había sido muerto a balazos.

A los lados de los jóvenes —dando al igual que ellos la espalda al muro de la Catedral y la cara directamente al sol que totalmente los bañaba en aquel día canicular— se encontraban, como haciendo guardia, las señoritas María Ortega y Candelaria Borjas que algunos de los ahí presentes, a media voz, decían que habían sido tomadas prisioneras la noche anterior. También estaban una tía de Candelaria y una prima llamada Piedad.

El rostro de estas muchachas denunciaba, al igual que el de los muchachos, el hecho de que eran en realidad prisioneras y de que habían sido duramente torturadas y maltratadas durante las largas horas de la noche que acababa de transcurrir.

Unos instantes después, el crimen estaba consumado y los cuerpos de los niños yacían, despedazados por las balas, sobre el banquetón de las espaldas de la Catedral.

El cadáver de Manuel —el mayor de ellos— yacía atravesado, con los pies casi tocando el muro del templo y la cabeza, destrozada por los balazos, sobre la cantera de la orilla de la banqueta, pero colgando un poco hacia el empedrado de la calle, por el cual corrió abundante su sangre generosa. Francisco estaba cerca del muro, con la cabeza hacia el sur, un poco encogido el cuerpo.

¿Quiénes eran esos muchachos que de espaldas a la Catedral, bañado el rostro por el sol, con mirada serena, dulce, apacible y devota, desafiaron la muerte?



¿Quién era el muerto de la camilla. . .?

Los jóvenes que allí ofrendaron su vida, eran Manuel Hernández y Francisco Santillán. El primero, muchacho seminarista; Francisquillo, el segundo, un chico que había sido acólito del templo de San José, de esta ciudad de Colima. Ninguno de ellos era soldado cristero en su sentido propio, esto es, hombre que hubiese andado, rifle en mano, peleando en los combates. El cadáver de la camilla sí era de un cristero, de un soldado verdadero, del Ejército Cristero, originario del pueblo de San Jerónimo, Col., valiente y esforzado, cuyo nombre había sido Benedicto Romero.

También había sido seminarista; pero era de mayor edad. Debía de haber contado a su muerte, unos veinte o veintiún años de edad.

### *BENEDICTO ROMERO*

Fue siempre, desde su ingreso al seminario, en octubre de 1913, juicioso y formal en todas partes. A las bromas de sus compañeros, sólo contestaba, por lo general, con alguna ligera y apacible sonrisa; su porte, humilde; su carácter, amable.

Muchacho de piedad sincera y bien sentida, no se dejaba vencer por el respeto humano.

Cuando se iniciaban las primeras rachas de la tormenta impía de la persecución religiosa, como él hubiese oído que ante todo y sobre todo se necesitaba el recurso de la oración y también de la penitencia para desagraviar al Señor por los pecados propios y por los pecados ajenos, Benedicto se dio más a su vida interior ascética. De esta suerte, muchas veces lo sorprendieron sus compañeros con una áspera jarcia a la cintura a manera de cilicio.

Fue muchacho de la A.C.J.M. y supo ser, en su seno, ferviente luchador, en el campo cívico, en pro de la libertad religiosa. Y cuando los medios estrictamente cívicos y legales tuvieron que trocarse en lucha armada, Benedicto fue decidido y valiente guerrillero, mereciendo, en el Ejército Cristero, el grado de teniente.

Excelente, entre todos los seminaristas de aquel entonces.

Dos jóvenes habían descollado especialmente en su tiempo, por su amor a Cristo, al ideal de servirlo, espíritu de sacrificio, aplicación en el estudio, afán de apostolado: *Tomás de la Mora,* que había sido muerto mártir el 27 de agosto del año anterior, 1927, once meses hacía, y *Manuel Hernández.*

Los distinguía sin embargo, su carácter: Tomás había sido alegre, festivo siempre, juguetón, bromista; Manuel, por lo contrario, era serio, callado, no amante de muchas bromas y juegos, apacible.

Manuel era originario del pueblo de Santa María, Jal. Lo trajo al Seminario de Colima en 1923, en unión de otros dos jovencitos, el Padre don Gumersindo Sedano, que a esas fechas había muerto ya, cruelmente martirizado, en Ciudad Guzmán, Jal. Cuando Manuel llegó a Colima para ser seminarista, debía haber tenido 11 años de edad.

El Padre Sedano al matricular al chico, hizo al que esto escribe, que fue su maestro, esta recomendación: "Manuel es muchachito muy bueno. Yo conozco bien su alma. Se lo recomiendo". En realidad así era. Desde muy niño le había caracterizado una devoción muy grande a la Santísima Virgen María, a quien, estando aún en su pueblo natal, bajo la dirección del Sacerdote Mártir que le llevó al Seminario, había consagrado su cuerpo y su alma con votos privados, temporales, de perfecta castidad, votos que, ya adolescente, hasta el final de su vida, renovó periódicamente sin interrupción.

Desde su ingreso al Seminario, más aún cuando la Congregación Mariana fue fundada y fue congregante, tuvo verdadera sed de santidad, hambre de vida divina bebida a torrentes en el ejercicio heroico de la virtud.

> Yo quisiera poder ser santo —expresaba en sus pláticas íntimas al que esto escribe. Si uno pudiera tener —decía en una ocasión— el privilegio de conocer a algún santo, de ser compañero de algún joven santo, entonces sí que no sería demasiado difícil ser también santo; pues con sus ejemplos y con su amistad, con un poco de esfuerzo, oyendo sus consejos e imitándole de cerca en su modo de vivir, podría llegar uno a ser lo mismo.



Y este deseo de santidad, cada vez más ardiente, con la gracia de la Comunión diaria, con el trato íntimo con Jesús Eucaristía, vino a convertirse en incendio y en esperanza, cada vez más firme. Pocos días antes de su muerte, ya en todo su apogeo la furia de la persecución religiosa, ya laureados con la gloria de una muerte sufrida por Cristo, Tomás de la Mora, Rafael Borjas y muchos de sus amigos y compañeros a quienes santamente envidiaba, él así bromeaba entre sus amigos, en la casa misma de los Borjas, hermanos del Mártir Rafael: Dentro de poco yo tengo que ser, ayúdandome Dios, algo muy grande. Felicítenme.

—¿Vas a ser Señor Obispo? —le dice alguien por ahí.

—¿Señor Obispo? No ¡Qué va! ¡Yo no ambiciono eso, ni tengo que serlo!: Dios va a hacer de mí algo mucho más grande. Ya verán, ya verán. Eso sí que lo estoy esperando y lo quiero.—Es que él preveía, con claridades de cielo, su próxima glorificación, la glorificación de su sangre derramada por Cristo, al amparo de la dulce Madre a quien tanto había amado desde muy pequeño con amores muy tiernos. Ese su próximo vuelo al cielo, arrancándose de la tierra y de sus amigos que aquí quedaban, era para él algo seguro que preveía y que preparaba. Aun en esas últimas semanas fue a retratarse para dejar a sus amigos una foto de recuerdo.

Manuel Hernández nunca fue soldado cristero: jamás anduvo con las armas en la mano. Su celo en pro del Movimiento Cristero lo ejercitó en la misma ciudad de Colima, de la cual nunca salió.

La familia que lo acogió cuando llegó al Seminario para proveer de su alimentación y de lo que necesitaba como estudiante, fue la de don Ignacio Parra y doña Lupe Silva de Parra, su esposa. Allí estuvo él como si hubiese sido hijo de familia aún después de clausuradas las clases de su Seminario, y allí, en el taller "La

Ideal", propiedad de los mismos señores, trabajaba en sus tiempos libres.

Cuando el culto público de los templos se suspendió en toda la Nación, en vista de lo inaceptable de las leyes persecutorias del Presidente de la República, general Plutarco Elías Calles y el pueblo católico, dirigido por la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, principió a luchar, primero, con los medios legales: ocursos, protestas, manifestaciones, boycot. . . etc., él fue un valioso elemento que trabajó y luchó. Y luego, cuando agotados todos los medios pacíficos, no quedaba otro recurso que las armas, Manuel Hernández fue eficaz cooperador de sus hermanos los armados, personalmente ayudando —con sagacidad y diligencia— a sacar de la ciudad, municiones, ropa, comestibles, medicinas y demás cosas de que era menester proveer al Ejército Cristero.

## *FRANCISCO SANTILLAN*

Chico de algo más de 14 años de edad, sobrinito del Padre don Victoriano del mismo apellido, que en los últimos años antes de la persecución, regenteaba el templo de San José de esta ciudad de Colima y en donde Francisquillo había sido acólito.

Tenía el chico una hermana de nombre Mercedes que era miembro distinguido del grupo de heroínas que en medio de peligros y sufrimientos mil, desafiando las iras y la vigilancia de los perseguidores, se habían echado el cargo de proveer a los cristeros de cuanto era posible conseguir para ellos: armas, parque, medicinas, etc. El nombre oficial de esta organización era el de Brigadas Femeninas, como se ha visto en páginas anteriores. A Mercedes le fue asignado, primero, el ser del grupo de las muchachas que, desde Guadalajara, trataban de atender las necesidades del movimiento cristero en Colima. Después, en unión de tres compañeras más, el integrar el personal del pequeño hospital cristero que se había instalado en las faldas occidentales del Volcán de Fuego



de Colima, según se ha narrado, de cuyo grupo era jefe la señorita Amalia Castell Rodríguez, de las Brigadas Femeninas.

Como el personal del pequeño hospital necesitaba uno o dos muchachos para que ayudasen en lo que fuese menester, se pensó en Francisquillo, el hermano de Mercedes Santillán. El chamaco respondió admirablemente y, llamado, llegó al campamento cristero en los primeros días del mes de julio de 1928. El estaba dispuesto a servir a la Causa Cristera en lo que se le asignara: sea incorporándose a la tropa para ser soldado, sea allí en el hospital. Se le asignó el servicio del pequeño hospital y se quedó con mucho gusto.

Diez o quince días después de su llegada se ofreció un viaje a la ciudad de Colima para proveerse de algunas cosas que eran necesarias para la atención de los enfermos. Se creyó conveniente que fuese Francisco quien realizara el viaje. Se acompañaría de Benedicto Romero, soldado de Cristo Rey, que tenía que ir también a dicha ciudad para recoger un poco de parque que las muchachas de las Brigadas tenían ya conseguido, unas dos o tres armas y la correspondencia.

Partieron pues los muchachos —Benedicto y Francisco— llenos de alegría. El camino lo hacían, generalmente, por La Joya, Monte Grande, para de allí bajar al Cóbano, o al Trapiche, o a la Hacienda Vieja, en donde había gentes amigas.

Se había proyectado que al regreso se trajesen a Manuel Hernández, quien desde hacía tiempo deseaba dejar la ciudad e irse al campamento cristero: prestaría también sus servicios en el pequeño hospital, ayudaría la Misa, sirviendo de acólito, al Padre Capellán de quien había sido discípulo en el Seminario y, rifle en mano, cuando hubiese la oportunidad, al grito de ¡Viva Cristo Rey!, sumaría sus esfuerzos a los de los soldados del Ejército defensor de la libertad de la Iglesia. Así soñaba, lleno de viril y cristiano entusiasmo.

Al llegar a Colima, inmediatamente, se vieron los tres amigos: Benedicto, Francisco y Manuel. El viaje de este último se preparó luego. Era el 24 de julio del año de 1928.

De la ciudad se salía siempre en automóvil hasta el Trapiche, Hacienda Vieja, o el Cóbano, de donde se continuaba a caballo o a pie, hasta el campamento de los Volcanes.

El chofer, en repetidas ocasiones, había sido un muchacho, de nombre Francisco Valdez, serio, leal hasta entonces... A él se contrató para la salida que se proyectaba para ese mismo día, a las 8 de la noche.

Pero esta vez el "amigo" ya no lo fue. El tenía ya, en aquel día, compromiso con la Jefatura Militar de las fuerzas de Calles, para entregar, en la primera ocasión que se presentase, a los cristeros que se confiasen de él. ¿Cómo ocurrió este cambio? No se supo.

Y confiando en él, se reunieron los tres muchachos que marcharían al Volcán, al caer la tarde de aquel día, 24 de julio, en el domicilio de los hermanos Borjas, hijos de don Lucio, que militaba en las filas de la Cruzada, en el grupo que comandaba, de inmediato, el coronel Marcos V. Torres, cuya casa estaba ubicada en la calle Aquiles Serdán, no lejos ya de la antigua huerta de El Crucero, para de allí partir. Además, para despedirlos, para ayudarlos, estuvieron allí Urbano Rocha Fuentes, que era ayudante de la jefatura civil cristera de Colima y el capitán cristero José Cervantes que accidentalmente se encontraba en la ciudad.

A la hora determinada, ya cerca de las ocho de la noche, se presentó el chofer; se cargó el coche con los encargos y subieron a él los tres muchachos que partirían —Manuel, Francisco y Benedicto— y, para hacer menos sospechosa la salida, también dos de las hermanas Borjas —Candelaria y Rosario— que habían sido hermanas de Rafael, el primer muchacho mártir de la A.C.J.M., del grupo de Colima. Ellas acompañarían a los muchachos hasta la Hacienda Vieja, cerca del Trapiche.

Después de santiguarse muchachos y muchachas, partió el coche, tomando hacia abajo, la calle Aquiles Serdán; luego, por la calle de La Salud y por la de Allende. Después subieron a la esquina de Las Golondrinas para recabar los informes del caso, con don



Camilo Márquez, amigo del Movimiento y encargado de la vigilancia. El les indicó que por ningún caso continuasen adelante, pues había escolta de soldados en la garita: los estaban esperando.

Al oír lo anterior, Benedicto ordenó al chofer que diese media vuelta, para salir de Colima por el camino de La Capacha; pero el chofer, pretextando que le faltaba gasolina, enderezó su camino hacia el centro de la ciudad, con la premeditada y nefasta intención de entregarlos en manos del enemigo.

De ser cierta la afirmación de quienes aseguraron y siguen asegurando que el chofer ya tenía compromisos con la Jefatura Militar callista, de entregar a los cristeros, en la primera ocasión que se presentase, entonces se puede explicar fácilmente, el porqué en aquella tarde se puso escolta de soldados en la garita, para detenerlos en su paso, con lo cual no se notaría la traición del chofer, y se explica también el que, frustrado el plan de detenerlos a su salida, el chofer haya visto que no le quedaba más recurso, para no perderse él también —ya que la denuncia estaba hecha—, que entregarlos personalmente.

Se enderezó, pues, el chofer hacia la Jefatura de Operaciones en el Estado, sita, en aquel entonces, en el edificio de las calles Guerrero y 27 de Septiembre, donde hoy es la escuela *Gregorio Torres Quintero*. Al pasar por la Jefatura, con un movimiento rápido, paró el carro bruscamente junto a la banqueta del cuartel, abriendo, al mismo tiempo que saltaba del coche, la portezuela de él, gritando: *Son cristeros, son cristeros. Agárrenlos.*

La confusión de aquel momento, a las puertas mismas de la Jefatura Militar enemiga, fue horrible.

Al saltar el chofer Valdez del coche y gritar: agárrenlos, agárrenlos, son cristeros, como Benedicto Romero principiase a disparar con su pistola, el traidor se refugió entre los soldados callistas, entrando a la Jefatura.

Benedicto Romero, Manuel, Francisco y las dos muchachas Bor-

jas corrieron, queriendo escapar, a la casa de frente al cuartel, habitada en aquellos días por la familia Fernández Velasco.

Al entrar a la casa de la familia Fernández Velasco, Benedicto —el mayor—, el único que iba armado, se parapetó en el pasillo, pretendiendo detener, aunque fuese por breves momentos, al enemigo, descargando sobre él varias veces su pistola, con el fin de dar oportunidad a Manuel, a Francisco y a las dos muchachas, de que huyeran; pero a los breves instantes, Benedicto caía herido por las balas de los soldados y, rebasada esta única defensa, entraron a la casa los esbirros y cogieron prisioneros a Manuel, Francisco y Candelaria; Rosario había logrado huír por el túnel del arroyo que pasa por los corrales de la casa Fernández. A Benedicto lo remató con su pistola el general callista Martínez.

Después de haber sido aprehendidos Manuel Hernández, Francisquillo y la señorita Candelaria Borjas, fueron los soldados, llevados por el chofer, a catear la casa de donde se había partido; pero ya no encontraron a nadie. La casa estaba sola, pues Rosario —la que había logrado huír— había llegado primero, dando el grito de alarma.

Se hicieron en aquella misma noche muchas aprehensiones, entre ellas la de María Ortega, a quien se comprobó que era de las que integraban el grupo de las Brigadas. También se aprehendió a algunos miembros de la familia Borjas y a algunos caballeros de la principal sociedad de Colima, de quienes no se tenían sino ligeras sospechas de complicidad con los cristeros. En honor de la verdad, el chofer, que podía haber hecho muchas denuncias, porque sabía bastante, no hizo otra cosa que entregar a las víctimas a las puertas de la Jefatura Militar y llevar a los soldados a la casa de la familia Borjas.

## *LENTO MARTIRIO*

Cuando Manuel Hernández, Francisco Santillán y Candelaria Borjas fueron aprehendidos, se les internó en el cuartel y principió un durísimo interrogatorio. Mas aquellos verdaderos héroes



no abrieron la boca para denunciar a nadie. Como ni con promesas ni con amenazas consiguieron nada los perseguidores, se principió el tormento, crucificándolos en los troncos de las gruesas palmas que existían en aquella casa del antiguo Seminario, en esos días convertido en cuartel.

Estando los mártires en esta forma, atados con fuertes ligaduras y con los pies casi sin tocar el suelo, continuó el interrogatorio; pero no se logró que ellos despegaran sus labios. Y comenzó a golpeárseles en el cuerpo y en la cabeza, hasta que principió a correr la sangre. Mas la fortaleza de aquellos niños mártires fue invicta.

Después de la media noche se suspendió un tanto el tormento. El general Heliodoro Charis, Jefe de Operaciones Militares en el Estado, el general Martínez, que era el que había personalmente matado a Benedicto Romero, y los principales verdugos, vencidos y cansados, desistieron y se retiraron; pero los mártires continuaron crucificados en los troncos de las palmas.

Era ya casi el amanecer del día 25. Todo estaba en silencio. Los soldados dormían. Unicamente los de guardia hacían su vela. Los prisioneros estaban en su respectivo departamento, debidamente custodiados. Los muchachos mártires continuaban suspendidos con los brazos en cruz. Una distinguida señora, doña Lupe Silva, esposa de don Ignacio Parra, que también había sido aprehendido, por el hecho de que era el dueño de la *Ideal,* en donde se comprobó que Manuel trabajaba, había tenido permiso de pasar la noche en uno de los corredores. En un momento en que ella, caminando un poco para disipar el sueño y calmar la angustia que le atormentaba, no únicamente por aquellos muchachos, sino también por su esposo, acertó a estar cerca de Manuel, éste le dijo: "Doña Lupe, tengo mucha sed. ¿No pudiera conseguirme una poquita de agua...?"

Se pidió el permiso y la gracia fue concedida.

Entonces la señora se acercó a Manuel, llevándole una poca de agua que había tomado de la pila del patio y le dio a beber en la boca, con exquisita caridad cristiana.

Un soldado, movido también de lástima, aflojó un poco las

cuerdas con que los muchachos mártires estaban atados. Después de Manuel, la señora Lupe dio de beber a Francisquillo.

## *HACIA LA META*

Por fin brilló la mañana, esplendorosa y bella. Era mañana de fiesta. Para los héroes, para los mártires, para los santos, el día de la muerte es día de fiesta, es su gran día. En aquel amanecer parecía como que el mismo cielo quisiera poner su nota de triunfo, con que se cubriese la negrura del odio de los verdugos.

Eran ya cerca de las 8 de la mañana, que corresponden a las 9 de la hora oficial actual. Los soldados desataron a Manuel y a Francisco. Estos, vacilantes, casi no podían sostenerse en pie. Los brazos estaban demasiado hinchados por el suplicio y tenían la cara y el cuello, principalmente Manuel, llenos de sangre.

—Tengo mucha sed —dijo uno de ellos—. ¿Me hicieran el favor de darme una poquita de agua?

—A mí también —dijo el otro.

Un oficial ordenó que les llevaran agua en una de las escupideras sucias de la Jefatura.

Un soldado, obedeciendo, tomó una de las escupideras inmundas llenas de salivas y colillas de cigarros; la llevó a la fuente del centro del patio, le puso agua y en medio de las risas de unos y de la frialdad impía de los otros, la acercó a la boca de los mártires, que no podían valerse de sus manos, porque tenían los huesos de los brazos desarticulados. Los niños mártires cerraron la boca y volvieron un poco la cara rehusando beber. Con un insulto soez se respondió a aquel hecho.

—Los vamos a matar —dijo uno de los jefes.

—¿Cómo quieren que los matemos? —dijo otro. . .

—¿Degollados, ahorcados o fusilados? —dijo un tercero.

—Donde ustedes quieran y como quieran —replicó Manuel.

Y se dio la orden de marcha. Ellos no sabían a dónde.



## *EL CORTEJO*

El cortejo triunfal de los mártires se dispuso de la siguiente manera: en medio del piquete de soldados callistas encargados de la ejecución, iban, además de ellos dos, las señoritas Candelaria Borjas y María Ortega, conduciendo en una camilla el cadáver de Benedicto. Se llevaban también exhibiendo, en otra camilla, las provisiones, medicinas, dos carabinas, y un poco de parque que les habían recogido. Además de Candelaria Borjas y María Ortega iban otras señoritas de las Brigadas que habían sido aprehendidas.

Así fueron conducidos hasta espaldas de la Catedral. Allí, contra el muro posterior del templo, bañado plenamente por el sol, fueron puestos en pie los niños mártires. A sus lados, estaban las señoritas de las Brigadas y, frente a ellos, a sus pies, el cadáver de Benedicto, las medicinas y provisiones, las dos carabinas y el parque que les había sido recogido.

—Aquí los vamos a matar —dijo el jefe del pelotón de soldados—. Aquí, en público, para que les dé vergüenza y para que sirva de escarmiento a los demás.

Cuando ellos vieron que allí iban a ser fusilados, con visible alegría, Manuel dice a Francisquillo:

—Mira, vamos a morir a los pies de la Virgen de Guadalupe.

—¿Cómo. . .? ¿Por qué?

—Porque estamos al pie de la ventana, en donde está, por dentro, la Virgen de Guadalupe.

Ambos levantaron la cara para mirar la ventana superior que corresponde al lugar en donde, sobre el ático del altar, está la imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe y se cruzaron algunas palabras al respecto.

El rostro de ambos se iluminó de satisfacción.

Entre tanto, la gente se agolpaba a su alrededor.

Manuel pidió permiso para hablar; pero los soldados del pelotón le negaron la gracia pedida, no obstante que por tres veces insistió.

—Quítate el sombrero, compañero —dice Manuel a Francisquillo—; dentro de unos momentos estaremos en la presencia de Dios; no debemos caer con la cabeza cubierta—, mientras con dificultad, por sus brazos demasiado golpeados, arrancaba de un jalón su sombrero de fieltro, color claro, que por la sangre seca se había pegado a una herida ancha que tenía sobre la parte izquierda del cráneo.

Al arrancarlo, principió a correr de nuevo, por la sien y el cuello, un grueso hilo de sangre.

—Yo no puedo quitármelo —replicó Francisco. Es que en verdad, no podía servirse de sus brazos, cuyos huesos, por la rudeza del tormento a que había estado sujeto la noche anterior, estaban salidos de su lugar.

—Como puedas, quítatelo, necesitamos estar descubiertos —dijo Manuel.

Y Francisco, con gran esfuerzo, se quitó el sombrero guaymeño y lo retuvo cogido; luego, con mucha dificultad, pero con muy grande devoción, se persignó reverentemente. Y con la cara levantada, serena, con ingenuidad de verdadero niño y grandeza de héroe legendario, se puso a esperar la muerte.

Manuel imitó a Francisco, persignándose también.

## *MUERTE GLORIOSA*

Cuando Manuel vio que se acercaba el momento, como en arrebato santo de un místico en éxtasis, levantó sus ojos al cielo y los clavó en la inmensidad de la altura; luego paseó su mirada por los circunstantes que aumentaban a momentos, como buscando a los amigos que allí estuviesen.

Cuando vio que llegaba el instante supremo, gritó:

—¡Viva Cristo Rey!

—¡Y Santa María de Guadalupe! —contestó Francisco.

Con la última sílaba de su grito, coincidió la descarga que los derribó al suelo.

Francisquillo murió inmediatamente.



Manuel cayó vivo, con sus grandes ojos abiertos, sin decir nada, estremeciéndose en su dolor. Por los impactos que quedaron en el muro, parece que únicamente recibió dos balazos, uno en la parte derecha del pecho y el otro en el abdomen. Fue preciso que el capitán callista Alvarez le diese hasta por tres veces el tiro de gracia, para que pudiese expirar.

De su cabeza hecha pedazos por las balas corrió la sangre en arroyo al pie de las canteras de la banqueta. En los momentos de su angustiosa muerte, Candelaria Borjas, por instinto de cristiana piedad, sin pedir permiso ninguno, se abalanzó sobre los caídos para acomodar la cabeza despedazada del Mártir que aún conservaba algo de vida. La sangre de él bañó sus manos y salpicó su vestido. Cogió el sombrero que había quedado tirado a un lado del cuerpo y lo puso sobre él.

Empeñados los verdugos en hacer ostentaciones del crimen, dejaron en ese mismo lugar los cadáveres de los niños mártires, hasta el medio día, bajo los ardientes rayos de aquel sol de julio que de lleno los bañaba.

Varias veces se tomaron fotografías de los mártires, en inspiración bendita de los mismos verdugos que perpetuó, para el pueblo creyente, aquellas imágenes queridas.

Cuando los soldados callistas recogieron los cadáveres para que fuesen sepultados, las señoritas prisioneras, que allí continuaban de pie, haciendo guardia forzada pero altamente honrosa a los despojos venerables de las víctimas, fueron de nuevo conducidas al cuartel, y entonces principió para María Ortega y Candelaria Borjas, lo más tremendo de sus sufrimientos.

## *TORTURAS MORALES Y MATERIALES*

La noche de ese día 25 fue noche de continuo martirio. Aisladamente, separada la una de la otra, se las condujo, en medio de la oscuridad de la noche, a los patios interiores; se las abofeteó, azotó, injurió y atemorizó de mil maneras, para obligarlas a con-

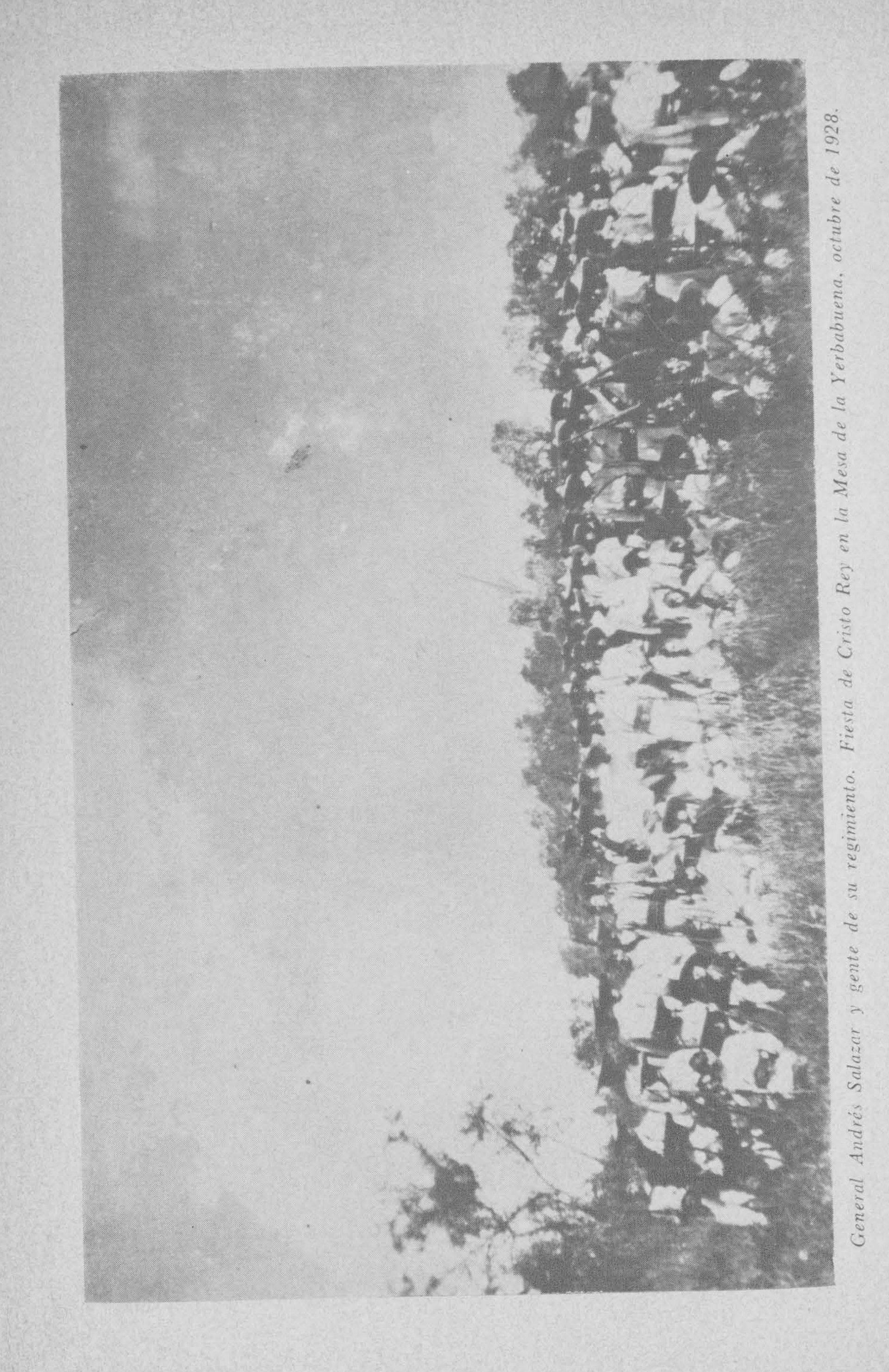
fesar lo que los dos jóvenes mártires no habían declarado y se habían llevado como secreto santo al sepulcro; mas aquellas vírgenes fueron amparadas por la Providencia de Dios y nada pudieron los perseguidores contra ellas.

Entonces se las amenazó con ahorcarlas, se puso la soga al cuello de Candelaria, y como ella prefiriese primero la muerte antes que ser infiel a la Causa de Cristo, la víctima, en medio de aquellos inhumanos carniceros, fue suspendida en el aire. Pero el intento de los enemigos no era matarla, sino darle suplicio. Se la bajó, mas ya ella estaba sin sentido. Helada y pálida y en apariencia muerta, quedó tendida en el suelo en medio de las tinieblas de esa noche espantosa. Para volverla en sí, la golpearon los soldados fuertemente con sus puños, y aun hubo necesidad de arrojarle sobre pecho y cara, agua en abundancia. Después de largo rato, se consiguió hacerla reaccionar y respirar de nuevo; pero su laringe, según dijo después el médico de la tropa, quedó muy lastimada, y no pudo hablar por mucho tiempo.

A contemplar aquel cuadro de su compañera moribunda que yacía en el suelo, entre el estiércol de los caballos, fue llevada María Ortega, a quien también dio el Señor fuerza del cielo, virtud sobrehumana para no flaquear, y no se atemorizó. Se le puso la soga al cuello y se la colgó, como se había hecho con Candelaria. Cuando volvió en sí, se encontró tirada en el suelo, rodeada de sus horribles verdugos que luchaban por hacerla vivir de nuevo para más hacerla sufrir. La tomaron dos soldados, porque ella no podía permanecer de pie, y la condujeron en peso a la caballeriza, en donde quedó, en medio de la oscuridad, tendida sobre las inmundicias.

Al día siguiente reanudaron el suplicio: se dijo a las dos que iban a ser fusiladas y se les formó el cuadro. Las víctimas fueron obligadas a ponerse en pie para recibir la descarga. El general empezó a dictar las órdenes; se movieron los cerrojos de los máuseres que quedaron en el tiro, luego se levantaron las armas...; pero la fortaleza de aquellas mujeres no fue vencida, ni quebrantada su constancia. No se abrió su boca, a pesar de la insistencia





*General Andrés Salazar y gente de su regimiento. Fiesta de Cristo Rey en la Mesa de la Yerbabuena, octubre de 1928.*



*Señor don Francisco Indart, fusilado el 3 de junio de 1928.*



*Mayor Pedro Radillo, muerto en combate en junio de 1928.*

diabólica de los verdugos, para denunciar a nadie, para revelar ningún secreto de lo que ellas, con tanta veneración, llamaban la Santa Causa.

Entonces, después de descargar sobre ellas un torrente de injurias, vencidos los callistas, las dejaron abandonadas en su prisión.

Así pasaron los días, durante algunos de los cuales estuvieron privadas de alimento, hasta que el 16 de agosto, veintidós días después, fueron desterradas a Monterrey, N. L. Con ellas fueron llevados otros prisioneros, víctimas también de la persecución religiosa: J. Jesús Guzmán, Gabriel Castell, Juan Vázquez, con un hermano, Higinio Gómez y Manuela Curiel, con su hija Rita López, Leonides Borjas, M. Guadalupe Gutiérrez y Piedad Gómez.

Capítulo VII

# MUERTE DEL CORONEL MARCOS TORRES. SU VIDA EJEMPLAR. ALGAZARA DE LOS ENEMIGOS POR SU MUERTE

## *CORAZON GENEROSO, ALMA SANTA*

Cuatro o cinco días después de los hechos que quedan relatados, el coronel libertador Marcos Torres regresaba de su gira por el sur del Estado en donde había sido tan duramente batido. Acampó, como generalmente lo hacía, a inmediaciones de la ciudad de Colima, en donde había determinado estar tan sólo dos o tres días, para pasar luego a la región del oriente y visitar los grupos de El Naranjo y Vallecito, si el Señor se lo permitía; mas Dios marcaba el fin de sus trabajos, cosa que él claramente presentía.

Centenares de veces Marcos había repetido de rodillas a su Dios: "No quiero pelear ni vivir, ni morir, sino sólo por tu Santa Iglesia y por Ti... quiero recibir la muerte... Acompaña en su agonía a este pecador... Concédeme que mi primer cántico en el cielo sea ¡Viva Cristo Rey!" Y tenía la certidumbre de que esta plegaria había sido escuchada y esperaba la muerte de un momento a otro; por esto procuraba vivir siempre preparado.

Tal vez fue éste uno de los jefes cristeros más piadosos; no sólo era de muy cristiana conducta y seguía con sus soldados las piadosas costumbres que desde el principio del movimiento se habían introducido por su iniciador y primer jefe Dionisio Eduardo



Ochoa, sino que continuó Marcos, en su vida tan variada de cristero, casi la misma norma que en su pasada vida de Colegio.

Se consideraba tan seminarista, cuando traía su rifle en la mano y su crucifijo en el pecho, como antes cuando se dedicaba al estudio. Y esto era un estímulo para no cambiar de norma.

Ya fuera a caballo en las largas marchas, ya tras de su trinchera o bajo los árboles del lugar en que acampaban, dedicaba casi siempre el tiempo necesario para la oración mental y el examen de conciencia.

## *LA INSIDIA HIPOCRITA*

Llegó la mañana del 14, vigilia de la Asunción de la Santísima Virgen. En Santa Bárbara, hacienda que está a seis o siete kilómetros de Colima, se le había prometido a Marcos una ayuda de cien o doscientos pesos para el movimiento cristero. Ese mismo día tenía intención de subir hasta el cuartel general del Volcán, para oír la Santa Misa al día siguiente, en unión de sus soldados, recibir la Sagrada Comunión y luego iniciar una gira que tenía en proyecto, hasta la sierra del Tigre y aún más allá, porque tenía en su corazón el deseo de llegar hasta El Cocoyul, un día de camino después de El Tigre, donde en aquellos días moraba el anciano Obispo de la Diócesis, el Excmo. Señor Velasco, quien el 30 de ese mismo agosto celebraría sus Bodas de Plata Episcopales. En esa gira, con el fin de ver al venerable Prelado, iría, además, el Padre Ochoa, Capellán de los cristeros de Colima.

Casi al romperse la luz primera de la mañana fue por el dinero prometido, a fin de que le quedase libre e íntegro el día para caminar. Al presentarse en la hacienda el joven coronel, se le dijo que se cumpliría la promesa; pero que hiciese el favor de volver un poco más tarde y solo, porque no querían que se dieran cuenta de aquella ayuda todos sus cristeros.

Marcos, joven valiente y sencillo, midiendo como siempre el corazón ajeno por el suyo, volvió una o dos horas más tarde.

Sus cristeros quedaron a alguna distancia y él siguió, acompa-

ñado únicamente de José Plascencia, asistente suyo, aún más joven que él.

Al llegar a aquella casa de campo, se invitó a Marcos para que pasara, y afuera quedó José, esperando.

Invitóse entonces al coronel cristero a que firmase un recibo como testimonio de que se le había entregado el dinero, y mientras lo firmaba contra una pared, aparecieron los gendarmes callistas de Villa de Alvarez y, sin darle tiempo para que se defendiese, lo acribillaron a balazos y murió inmediatamente. Otro tanto sucedía afuera con José el asistente.

### *INNOBLE TRIUNFO*

La alegría que los callistas sintieron, consumada su felonía, fue inmensa y desbordante. Los cadáveres de Marcos y José fueron llevados a la ciudad de Colima, donde los exhibieron mañana y tarde, arrojados sobre el empedrado de la calle, frente al Palacio de Gobierno, en tanto que la música de un mariachi tocaba incesantemente. Ignoraban los perseguidores que también el cielo estaría de fiesta por el triunfo de aquellos héroes cristianos; que los ángeles, con celestiales armonías imperceptibles a los humanos, rodearían aquellos cuerpos ensangrentados y en triunfal vuelo conducirían sus almas a la mansión de Dios.

### *¡POBRES HUERFANOS!*

A la muerte del coronel Marcos V. Torres, una ola helada cubrió los espíritus de sus cristeros. Algunos, faltos de fe, se rindieron; otros, sin atreverse a tanto, pero faltándoles el alma de su grupo, se remontaron a las serranías. La prueba, no obstante, no se agravó demasiado; porque el propio jefe de las fuerzas colimenses Miguel Anguiano Márquez, salió a reunir a los jóvenes huérfanos del insustituible coronel Torres, y los alentó y estuvo con ellos personalmente durante algún tiempo.



Era a la sazón lo más fuerte del temporal de las aguas; a la pena moral, volvió a unirse el sufrimiento físico producido por la lluvia, el frío, el hambre; pues también escasearon los alimentos y reapareció la crisis, aunque no fue tan tremenda como la del año anterior: "Hoy —decían todos— se sufre sólo una veinteava parte de lo de antes".

Llegó septiembre; habían cesado las tormentas y sólo restaban esas largas y menudas lluvias que no azotan, pero sí entristecen los días. Así sucedía en la región de Pihuamo, de la cual Marcos Torres haba sido el jefe desde que fue nombrado coronel. La campaña había pasado; pero el vacío del general Fermín Gutiérrez entre los libertadores michoacanos y el del coronel Marquitos entre los colimenses, hacían aún más triste la continua lluvia. En las demás regiones, la vida era normal; se perfeccionaba la organización y se mantenía vivo el entusiasmo.

### *COMBATE CERCA DEL PUEBLO DE SAN ANTONIO*

Hubo en ese mes dos combates principales. El primero, el día 11, sostenido por los cristeros de El Borbollón, al mando del capitán libertador Félix Ramírez.

Sabedor éste de que llegaría a la hacienda de San Antonio un grupo de callistas, salió a esperarlo al camino para obligarlo a presentar combate. En efecto, los soldados gobiernistas se avistaron en número como de veinticinco; los libertadores formaban un número semejante. Se lanzó el grito de combate, sonaron los clarines y empezó el estruendo de la lucha, la cual no se sostuvo sino por breve tiempo; porque llenos de temor los soldados del callismo, no trataron sino de huír, y fue tal el estrago, que de aquellos veinticinco no restaron sanos sino cinco, los cuales, llenos de espanto, condujeron después, a la hacienda a donde se dirigían, ocho heridos y doce muertos. Por parte de los cristeros, un muerto.

El día 30 fue la otra acción. La columna enemiga estaba compuesta por cincuenta soldados al mando de un capitán apellidado Castillo, la cual, yendo de camino en las cercanías de Comala, se encontró con fuerzas libertadoras al mando del capitán cristero Leocadio Llerenas, y se trabó el combate. Los soldados que comandaba Llerenas, eran setenta. El lugar de la lucha completamente desventajoso para unos y para otros. Sin embargo, ninguna de las dos partes rehuyó el encuentro y ambas pelearon con valor.

Después de tres horas de nutrido fuego, los cristeros lograron vencer por completo a las fuerzas de la tiranía, a quienes hicieron huír precipitadamente y a quienes arrebataron, como botín de guerra, siete máuseres, tres mil cartuchos, y veinte caballos ensillados. En el campo quedaron muertos el capitán Castillo, un teniente y quince soldados rasos. Por parte de los cristeros, únicamente hubo cuatro heridos.

Vino octubre, el mes en que se disipan las nubes y aparece el sol en medio de un cielo de intenso azul. Así fue en ese tiempo la vida del Movimiento Libertador. La fe y el entusiasmo parecían agrandarse y se estrecharon en lazos más íntimos los diversos grupos cristeros. Las dificultades, las incomprensiones, el mar de fondo que hubo de enero a abril, a Dios gracias, había ya desaparecido.



## Capítulo VIII

## RABIA ANTICLERICAL. EL PADRE CAPELLAN EN UNA EMBOSCADA

### *UN VIAJE DIFICIL*

En los primeros días del mes quiso el Señor, con un hecho a todas luces maravilloso, probar una vez más su especialísima providencia en favor de los suyos.

El Padre don Enrique de Jesús Ochoa, Capellán cristero en los volcanes, conducía de Cerro Grande al campamento de El Borbollón, a una tía suya, la señorita Hipólita Díaz Santana, persona ya de edad, y a su hermana Consuelo. Esta tía era la "tía Poli" de que se habló ya al iniciarse la segunda parte de esta obra, en "La alborada del Movimiento", la que había hecho el oficio de madre en favor de los hermanos Ochoa. Le acompañaban José Verduzco Bejarano, ya en esos días jefe de Estado Mayor del general Anguiano Márquez, con dos asistentes y otro soldado.

Como en el pueblo de San José del Carmen, Jal., situado en el camino que hubiesen debido seguir en circunstancias normales, había destacamento callista, hubo necesidad de hacer un gran rodeo y caminar por terrenos muy accidentados. Además, el paso del Río Grande —el Armería— se les hizo difícil, y los viajeros tuvieron que pasar la noche bajo los encinares, al pie de las faldas occidentales del Nevado, para atravesar, al amanecer del día siguiente, un muy grande barranco que, por hosco y profundo, hubiera sido casi imposible pasar de noche.

Aconteció, empero, que al caer la tarde del primer día de camino fueron identificados los viajeros por un indio agrarista, el cual hizo viaje inmediatamente al pueblo de S. José, en unión de su mujer, y los denunció ante el destacamento callista, cuyos soldados, deseosos de aprovechar aquellas ventajosas circunstancias y hacer prisionero o matar al Capellán cristero, salieron a tender una emboscada a los distinguidos viajeros. El triunfo lo tenían seguro los enemigos y el golpe sería de importancia: matar un sacerdote era para ellos grande gloria y hazaña de mérito, más aún, matar al Padre Ochoa, el Capellán de los insurrectos.

### *EN LA LOMA DE LA GALERA*

El sitio escogido fue La Galera, el lugar donde diecisiete meses hacía acamparon los cristeros de Caucentla después de la huída trágica del mes de abril.

La Galera había sido una pequeña ranchería que había existido, ya casi al pie de los volcanes, sobre la cresta de la cuchilla que, naciendo en el Río Armería, pasa por San José del Carmen y luego, dando vuelta hacia El Borbollón, sube a la alta sierra del Nevado, formando parte del llamado Cerro Prieto, cuyo nombre le viene del color verdi-negro de su bosque casi virgen de pinabetes. Entre El Borbollón y La Galera hay, a lo sumo, de dos a tres kilómetros de distancia y, al pie de La Galera, con la cresta de la loma que quiebra en aquel lugar, se forma una especie de semicircunferencia o herradura que encierra una suave hondonada. Por en medio de ésta y paralela al filo de aquella larga loma, iba la vereda por la cual tendrían que pasar los caminantes, una vez salidos del barranco. Casi toda esta planicie de la hondonada está cubierta de menuda yerba y no se encuentran sino algunos pequeños lugares aislados en que ésta crece apenas un poco más. Unicamente en las orillas, a las faldas de la cuchilla y sobre ella, hay arbustos y zarzas. Pues bien, tras esas zarzas y arbustos, parapetados y escondidos, se distribuyeron los cien soldados callistas para esperar a sus víctimas, que humanamente no tendrían posibilidad de escapar.



Como el lugar de por sí es muy peligroso y todos así lo consideraban, más aún por la proximidad del pueblo de S. José, donde había destacamento callista, al llegar allí, ofreció el coronel Verduzco al Padre Capellán, como medida prudente, el irse él con los soldados que le acompañaban, por una vereda que sube directamente a las crestas de la loma, para así tomar ellos el filo y resguardar el paso de la corta caravana a través de la hondonada.

### *EL ATAQUE INESPERADO*

Tomaron los tres la empinada vereda, y el Padre, con sus familiares, salió al paraje abierto. Habían andado un poco, cuando sonaron unos tiros en la cima, allá hacia sus espaldas. Era la contraseña del enemigo: la hora del ataque había llegado. Al punto, apareciendo en todo el derredor los soldados callistas, empezaron a hacer fuego contra las tres víctimas, que corriendo en sus caballos intentaban salir hacia adelante, porque retroceder, estando tomada la espalda, era más peligroso. Un torbellino de balas caía en derredor de ellos. Nunca en un combate, hacen fuego tantos contra un único blanco, como sucedía allí.

No acostumbradas a tales refriegas, ni la tía ni la hermana del Padre, pronto cayeron de sus caballos y éstos siguieron corriendo. En este momento una bala hirió en una pierna a la señorita Consuelo, y quedaron los perseguidos imposibilitados para continuar su fuga.

Providencialmente había al bordo de la vereda un corto listón de matas de chan y huinares, hierbas un poco más altas, de 60 o 70 centímetros de altura, y tras ellas, tendidos en el suelo, se ocultaron, por el momento, de las miradas de los enemigos.

Entretanto, el coronel Verduzco y sus acompañantes, que subían a la cuesta de la loma, por una vereda directa, empinada y boscosa, pudieron rápidamente retroceder, sin mucho peligro, por-

que la maleza los defendía, y saliendo a campo despejado, principiaron a hacer algunos tiros contra los atacantes, distrayendo así su atención; pero viendo la inmensa superioridad de los callistas, con agilidad escaparon de su vista y se internaron en el barranco, juzgando que el Padre Ochoa y sus familiares habían alcanzado a salir y se habían salvado.

### *OJOS ABIERTOS... QUE NO VEN*

Cuando terminó el tiroteo, los perseguidores principiaron a descender de la parte superior de la hondonada, en larga columna, para buscar al sacerdote y sus familiares, pues tenían la certidumbre de que se habían ocultado por ahí, tras algunas hierbas del borde de la vereda.

Eran como las diez de la mañana del 2 de octubre. Los Angeles custodios cuya fiesta se celebra en ese día, debieron hacer sombra con sus alas y ocultar a los fugitivos, porque no puede haber otra explicación. El cielo estaba espléndido en esos momentos, la luz del sol bañaba por completo a los tres perseguidos y las hierbas tras las cuales estaban, eran pocas y no formaban sino una angosta y pequeña faja, contigua a la vereda; por lo cual no podían ocultarlos sino a las miradas de los que, desde lejos y en esa dirección paralela, los buscasen; mas de ninguna manera de quien se acercase a aquel lugar.

Cuando el Padre Capellán se dio cuenta de que los enemigos bajaban a buscarlos, lo advirtió a la tía Poli y a su hermana Consuelo, quienes, con toda resignación, principiaron a prepararse para la muerte. Recibieron ellas la absolución; repitieron los tres algunas jaculatorias, entre ellas el "Viva Cristo Rey" enriquecida con indulgencia plenaria en artículo de muerte, e hicieron el ofrecimiento de su vida.

Entretanto, el vocerío de la soldadesca se aproximaba. Como último acto de la vida, hicieron sobre sí la señal de la cruz con toda reverencia. Ellas se cubrieron la cara con las manos, hundiéndola cuanto pudieron entre las hierbas del suelo, porque no creyeron tener valor para ver a los que habían de matarlas. El Padre permaneció casi sentado, apretado contra sí mismo, por no haber ya lugar para tenderse en el suelo; mas con el rostro levantado en espera de lo que habría de pasar. "De cien probabilidades —decía él— yo no creía que hubiese siquiera una de vida; así es que ni siquiera abrigábamos la menor esperanza de salvarnos. Ni siquiera, ante lo imposible, en los primeros momentos, se lo pedíamos a Nuestro Señor. Nos resignamos, plenamente".

Y a menos de un metro de distancia los soldados callistas principiaron a pasar. Y siguieron pasando, unos a caballo y otros a pie. En voz alta conversaban proyectando las iniquidades que harían con el sacerdote y sus familiares al encontrarlos y proferían injurias y maldiciones contra ellas... ¡Y quienes con tanto empeño buscaban, estaban a un paso de la vereda por donde todos pasaban, en camino llano, descubiertos y bañados con la plena luz del sol! ¿Cómo aconteció que no los hubieran visto? Más aún, en el camino estaba fresca una gran mancha de sangre, y ni ésta fue advertida por ningún soldado enemigo. Y se anduvo tras las bestias que el sacerdote y sus familiares llevaban, las cuales fueron capturadas, con sus maletines y con todo lo que traían; pero con ellos no dieron.

### *LIBERACION*

Un perro, de los que acostumbran llevar consigo los soldados expedicionarios, para que olfateen los rastros, se acercó momentos antes de que pasase la columna, olfateó la mancha de sangre de la vereda y, sin ladrar, dio con las tres víctimas del asalto enemigo, olfateó también la pierna herida de la joven, meneó la cola y se retiró en silencio. Y, a pesar de que algunos soldados casi se tropezaban con los perseguidos y casi pasaban sobre de ellos, pues hasta un pequeño garniel del Padre, en que llevaba siempre su breviario y los Santos Oleos, fue pisado por un caballo; a pesar

de que el sol caía sobre sus vestidos de color claro, ninguno de los enemigos pudo verlos. Dios lo impidió.

La relación de este milagro no solamente proviene del Capellán y familiares: todos los cristeros de El Borbollón, cuando recogieron a la herida, al Padre y a la tía, no podían menos que hacerse lenguas de admiración comentando el prodigio.

Cuando pasaban los últimos callistas, por la vereda a cuya orilla estaban el Padre y sus familiares, oyéronse unos tiros en la parte superior; luego resonó a lo lejos el bendito "Viva Cristo Rey". Eran los libertadores de El Borbollón, con el valiente capitán Félix Ramírez a la cabeza, que iban en auxilio de su Padre Capellán. Los enemigos se apresuraron a retirarse. Sin embargo, allá en San José del Carmen, Jal., por la tarde, haciendo burla del culto católico, los soldados callistas jugaron al toro con los ornamentos de Misa que el sacerdote llevaba en un maletín que cayó en manos de los soldados de Calles. Y esto no sólo por diversión y juego perverso e impío, sino para burlarse de la fe y sentimientos cristianos de aquel pueblo creyente de San José del Carmen, Jal.



## Capítulo IX

## LA FIESTA DE CRISTO REY. CONSAGRACION DEL EJERCITO LIBERTADOR AL SAGRADO CORAZON DE JESUS. UNA BATALLA ENCARNIZADA

### *COMBATE CERRADO*

En este mes de octubre no se registraron combates importantes. Todo se redujo a pequeños tiroteos y escaramuzas. Lo de más significación, en la región de los volcanes, fue un combate el mismo día 2, en el Cerro de las Trementinas. Allí pelearon fracciones de las fuerzas de los capitanes Andrés Navarro y José Cervantes, contra una gruesa columna del general callista Heliodoro Charis. La acción fue del todo adversa a los enemigos, pues murieron más de veinte soldados, entre ellos un coronel y varios oficiales. De los libertadores no hubo nada que lamentar.

En la zona del oriente, a donde después de muerto Marcos Torres, había marchado el general Anguiano con objeto de atender personalmente las necesidades de aquellos grupos, hubo que pelear durante cinco días continuos con los perseguidores, quienes tuvieron como cincuenta bajas. De parte de los libertadores no hubo ni siquiera un herido.

Al fin del mes, el último domingo, los cristeros tuvieron su gran día: la fiesta de Jesucristo Rey, en la cual se hizo la consagración solemne y oficial de la División del Sur de Jalisco al Sacratísimo Corazón de Jesús. En los tres campamentos principales: el Volcán, Cerro Grande y "Vallecito de Cristo Rey", se efectuó la solemnidad como mejor se pudo. A estos tres lugares afluyeron todos los libertadores de las respectivas regiones para jurar una vez más fidelidad a su Rey, adorarle, vitorearle y recibirle sacramentado en sus corazones.

La fiesta de los Cruzados del Volcán se efectuó en la Mesa de la Yerbabuena o "de los Mártires", como oficialmente se le llamaba, según se ha dicho, por haberse inaugurado la capilla del campamento —en ese tiempo ya destruida— el día cinco de febrero, fiesta del protomártir mexicano, San Felipe de Jesús. Allí, a pocos pasos del cementerio donde descansaban los restos de Dionisio Eduardo Ochoa y sus compañeros muertos por la causa de Cristo, se levantó una nueva ermita. Estuvieron presentes los libertadores del regimiento del general Salazar y de los tres escuadrones del Volcán, que comandaba directamente el coronel Verduzco Bejarano, en gran armonía, para tributar sus homenajes a Jesucristo Rey, quien estuvo expuesto públicamente en la Hostia Consagrada de la Santa Custodia, desde la noche de la víspera, hasta la tarde de la fiesta. Los fervorosos cánticos y no interrumpidas plegarias resonaron majestuosos muy a lo lejos, en medio de grande libertad y dicha. Con las abnegadas señoritas de las Brigadas, encargadas del hospital, y con algunos escogidos elementos cristeros, se formó un pequeño orfeón que con tiempo estuvo preparando la jefe del grupo del hospital cristero, señorita Amalia Castell, para el canto de la Misa y los ejercicios comunes. La Misa que se interpretó fue la "De Angelis" a coro, que resultó hermosamente ejecutada por los cristeros, sus familias y las señoritas de las "Brigadas" del hospital cristero. Sobre todo hubo mucho fervor y entusiasmo santo. ¡Qué vibrantes y hermosas se elevaron al Cielo, salidas de incontables pechos, las voces de aquel himno:



*¡Oh buen Jesús, cantemos hoy tu gloria,*
*Y "vivas" mil te demos con ardor.*
*A ti loor, imperio, amor, victoria.*
*¡Reina sin fin, tus leyes son amor!*

Y las de aquel otro que cantaban casi a diario los cruzados en sus campamentos:

*¡Que viva mi Cristo!*
*¡Que viva mi Rey!*
*¡Que impere doquiera*
*Triunfante su Ley!*
*¡Viva Cristo Rey!*
*¡Viva Cristo Rey!*

## NUEVO COMBATE EN COMALA

El mes de noviembre fue pródigo en pequeños combates. En la zona del oriente, invadida por los enemigos, casi a diario se registraron pequeñas escaramuzas. Siguiendo su especial sistema de guerrillas, los libertadores no descansaron, fustigando y azotando las filas callistas.

En el Estado de Colima hubo un combate muy fuerte el día 7:

En el campo cristero, se había recibido aviso de que en los primeros días del mes, saldría una recua con provisiones de boca, de Colima a San Antonio, bien escoltada por soldados callistas.

Esta era una ocasión muy buena para dar al gobierno un golpe duro y, de común acuerdo los jefes del 2o. y 6o. regimientos del Ejército Libertador, de los generales Miguel Anguiano Márquez y Andrés Salazar, respectivamente, se formó un contingente de ochenta y cinco hombres, al mando directo de los coroneles José Verduzco y Víctor García. Este contingente se apostó en terrenos de Cofradía de Suchitlán para esperar al enemigo.

Allí estuvieron en paciente espera todo el día 6, pero el enemigo no se presentó.

Calculando los cristeros que aquella espera de todo el día, podía haber llegado a conocimiento de los callistas, por algún espía de los que no faltan en ninguna parte, resolvieron retirarse a esperar al enemigo más adelante, haciendo el camino durante la noche del 6 al 7, hasta llegar al lugar denominado El Campamento, ya en las cercanías de Comala.

En este lugar, el camino sube flanqueado por dos arroyos que enmarcan un campo más o menos amplio y allá, adelante, una cerca de piedra cruza el campo.

Esta cerca tomaron los cristeros como parapeto y, al mismo tiempo, se ordenó que una parte de aquel contingente, se adelantara y, ocultándose del enemigo, lo dejara pasar.

Poco antes de las diez de la mañana, el centinela dio aviso de que se acercaba el gobierno; se corrió la voz y todo mundo se colocó en su puesto de combate.

En efecto, los callistas, soldados del 90 Regimiento, al mando del coronel Reynaldo Pérez Gallardo, en número de ciento treinta, escoltaban una buena recua cargada de mercancía. Caminaban con mucha cautela. Avanzaban un poco y se paraban y volvían a avanzar, desconfiando de tanta quietud y silencio.

Cuando los callistas, no obstante su prudencia, llegaron a una distancia de unos treinta metros, al grito de guerra de "Viva Cristo Rey", los libertadores los recibieron con descargas cerradas. Pronto reaccionó el enemigo y contestó con energía, generalizándose el combate. Unos y otros deseaban llegar al triunfo, con la circunstancia de que los gobiernistas estaban demostrando una muy buena puntería, por lo que los cristeros necesitaban hacer actos de arrojo para buscar el blanco que pudieran dar los enemigos. Había transcurrido media hora de rudo batallar, cuando el coronel Víctor García, que recorría a caballo la línea de fuego, cayó sin vida atravesado por tres balas de ametralladora.

El combate seguía reñido. La ametralladora que los callistas habían emplazado en una pequeña elevación del terreno, traquetea-

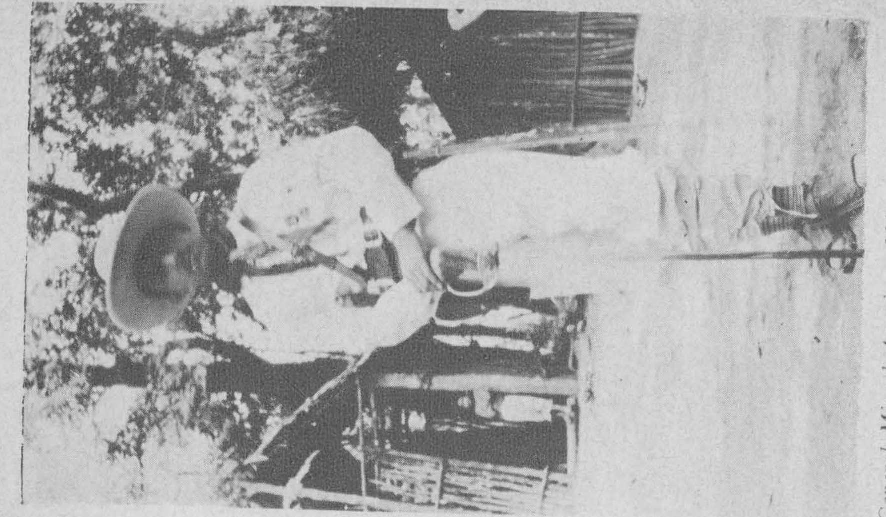






*Estribaciones del Cerro Prieto. Campamento "Los Leones". Mayo de 1929. Penúltimo refugio de los heridos en la última campaña con el general Eulogio Ortiz. El último campamento fue casi en la cima, sin chozas, bajo los árboles, en pleno temporal de aguas. Junio de 1929.*

*Personal que atendía el pequeño hospital de Cristo Rey en los volcanes.*



*General Miguel Anguiano Márquez, convaleciente en el hospital de los volcanes. Mayo de 1929.*



*El mayor Félix Ramírez, jefe del campamento cristero de El Borbollón en las faldas del Volcán.*

ba con trágica insistencia, haciendo más imponente el fragor de la lucha.

Hubo un momento en que el enemigo presionó con más energía sobre el extremo derecho de los libertadores. El capitán J. Inés Castellanos que defendía aquel punto, pidió al coronel Verduzco Bejarano que le mandara refuerzo y se pudo frenar así el empuje del enemigo; mas al ir a reforzar aquel sitio, murió el soldado cristero Secundino Rolón, que era uno de aquellos primeros libertadores de Caucentla del tiempo del primer jefe Dionisio Eduardo Ochoa.

A las dos horas de estar combatiendo se presentó en el lugar del combate el teniente coronel J. Jesús Mejía, de la gente del general Salazar, con un grupo de soldados, por el lado de la ranchería de Las Paredes y principió a atacar al enemigo por aquel flanco. Sin embargo, los callistas no cejaban; se les veía en la manera de combatir el propósito de quedarse con la victoria.

Viendo el coronel Verduzco Bejarano que las cosas iban alargándose, tomó una resolución desesperada y brincando el lienzo de piedra gritó: "¡Adelante, muchachos, quede lo que quede!" Y se arrojaron sobre el enemigo, que los esperó a pie firme, trabándose el combate casi cuerpo a cuerpo.

Y en la furia de aquella lucha, en medio del estruendo de la fusilería, era tal el humo de las armas que envolvía a los combatientes —cristeros y callistas— que arrastrándose por entre las piedras luchaban a diez y aún a cinco o seis metros de distancia, los unos de los otros, cada uno procurando ganar terreno y hacer retroceder al adversario, que había momentos en que casi no podían verse. Polvo y humo formaban una nube densa que casi los cegaba.

Mientras se desarrollaba este furioso combate de soldado a soldado, sin dar ni pedir cuartel, y el enemigo iba perdiendo terreno, un grupo de cristeros tomaron como objetivo adueñarse de la ametralladora, y unas veces corriendo y otras arrastrándose, se aproximaban a ella buscando terminar con los que la atendían. Cuando

ya creían apoderarse de ella, un soldado enemigo la lazó sacándola del peligro, como decían ellos, "a pezuña de caballo".

Entre tanto, la furia del combate no cedía, pues a pesar de que los callistas se habían visto obligados a pasar el arroyo, se habían hecho fuertes al otro lado, en un último esfuerzo por retardar la victoria cristera. Mas los libertadores, con empuje incontenible, los desalojaron de esta postrer defensa, dándose los callistas a la fuga. Desde este momento, los cristeros fueron persiguiéndolos hasta las cercanías de Comala, logrando hacer prisioneros, en esta última etapa del combate, a dos cornetas enemigos.

Terminado el combate, que duró tres horas, los cristeros recogieron como botín: veinticuatro mulas de la recua, cincuenta y seis caballos del ejército, más de cuarenta rifles con bastante parque y dos clarines. Las bajas del enemigo fueron más de ochenta entre muertos, heridos y prisioneros; pero de los libertadores murieron en este combate, el coronel Víctor García, el capitán 2o. Francisco Lizama y los soldados José Rodríguez, Luis Sánchez, Secundino Rolón, Timoteo Mejía (hermano de Jesús), José Facio, José Valencia, Avelino Rodríguez, Macario Rincón y Salvador Aranda.

### *PANICO DE LOS GOBIERNISTAS*

Entretanto en la ciudad de Colima, en donde alcanzaba a percibirse el fragor de aquel combate y a donde llegó como relámpago la noticia de la derrota de las fuerzas callistas, temiendo, sobre todo los del gobierno civil, que los cristeros avanzaran victoriosos, se cerraron todas las oficinas de Palacio; sus hombres salieron a esconderse a donde creyeron oportuno y las fuerzas de que podía disponerse —soldados y gendarmes— tomaron las providencias que creyeron convenientes. También se cerraron los bancos y comercios.



### *EL JEFE CRISTERO VICTOR GARCIA*

El coronel Víctor García que murió en este combate era un bravo luchador. Tiempo hacía que estaba bajo su cargo inmediato el regimiento de Salazar. Antes de la persecución había sido soldado de las filas de Calles, tal vez cabo, o sargento. Al iniciarse la defensa armada, desertó del ejército callista y, sin declarar sus antecedentes, se presentó en las filas católicas, en donde fue humilde soldado, sin ninguna pretensión; mas poco a poco sus méritos le fueron elevando hasta que ocupó el puesto que tenía a su muerte y el cual desempeñó muy laudablemente. La primera vez que aparece en esta historia, es el 27 de junio de 1927, cuando siendo simple soldado asiste con las seminaristas y el Padre Capellán a la adoración eucarística que tuvo lugar en la ermita improvisada al pie de las faldas del Nevado, al oriente de Zapotitlán.

### *GLORIA A LOS HEROES*

Entre los siete soldados rasos que murieron estaban libertadores muy distinguidos, como Secundino Rolón, José Facio y Luis Sánchez. Secundino era de los primeros soldados de Caucentla, uno de los once que con carabinas de caza habían resistido en la hacienda de El Fresnal el primer ataque de fuerzas callistas de línea que comandaba el general Ferreira, en 31 de enero de 1927. Luis Sánchez, joven campesino de los que integraron las filas libertadoras en el primer mes de lucha. Parece que era originario de El Naranjal. José Facio, más joven aún, era hermano del audaz Manuel Facio, de quien se hizo mención en la Sección Primera. Como él, era valiente y listo, aunque por su corta edad —debía tener unos 15 o 16 años al morir— no sobresalió como aquél. Cayó herido al rebasar el lienzo de piedra que les servía de fortín, con el fin de recoger el máuser de un soldado enemigo que ahí yacía muerto. Lograron su padre don Onofre Facio y el coronel Verduzco Bejarano recogerlo aún con vida y llevarlo un poco hacia arriba, en donde a la sombra de un árbol expiró.

## Capítulo X

## JOVENCITA MARTIR. PUREZA DEL HEROISMO. MUERTE GLORIOSA

### *ZENAIDA LLERENAS*

A fines de este mismo noviembre murió en la prisión de Colima Zenaida Llerenas, jovencita que en unión de su madre, la señora Rosalía Torres viuda de Llerenas, hermana del heroico coronel Marcos V. Torres, había sido arrestada el 7 de junio, fiesta del Corpus Christi.

En este tiempo ya no era gobernador del Estado el Lic. Solórzano Béjar, sino Laureano Cervantes, que llegó al poder por gracia y favor de su antecesor, y fue continuador de su obra de impiedades e infamias: en manos de sus esbirros, cayeron estas dos víctimas.

Cuando se las aprehendió fueron internadas en el departamento de la cárcel en que se arresta a las mujeres de vida pública; pero el Angel de Dios no dejó un momento de protegerlas.

> Es imposible —escribía la señora en una carta de la cual esto está tomado— "describir los sufrimientos de esos días. Basta decir que estábamos separadas la una de la otra y sin ningún consuelo. Los que iban a tomarnos declaración nos molestaban con muchas impertinencias. A mí me decían que ya mi hija había sido fusilada, y a ella le decían lo mismo de mí, y nosotras no sabíamos si esto sería verdad. Los dos primeros días se dio orden de que no se nos diese de comer; pero Dios, que obra en todo, puso personas caritativas que nos diesen algo".





Las celdas o bartolinas en que aquellas dos heroínas cristianas estaban encerradas, eran estrechas, oscuras y hediondas. La puerta no se abría sino para que entraran los verdugos a molestarlas.

La primera noche de la prisión se presentó el general callista Charis para tomar separadamente declaración a las dos presas. Ambas ocultaron todo y nada dijeron de lo que sabían. Zenaida fue amenazada con la muerte; más aún, con la infamia: —Tu orgullo —dice el general, lleno de cólera al ver que la jovencita cerraba los labios y nada declaraba— está en que eres señorita; peso si insistes en tu silencio, te entregaré a estos soldados en este mismo momento.

Y mientras los soldados con diabólicas risotadas, aplaudían la proposición del general, dice ella: —¿Esa es la honra de un militar? Bella honra deberá tener, si así sabe castigar. Tiene usted sus armas, prefiero que me maten.

Y el Señor salvó a su virgen; los soldados no la tocaron y el general salió de la prisión.

### *FARSA FEROZ*

En otra ocasión el general dice a la niña mártir:

—Ya maté a tu madre. ¿Por qué no dices lo que se te pregunta? ¿Qué es lo que esperas? ¿Quieres que te mate también?

—¿Por qué se tarda, general? Lléveme a donde está muerta mi madre y máteme allí también.

Entonces los soldados, para atemorizarla, le pusieron una soga al cuello y simularon que la ahorcarían.

—General —dice la mártir—, no me ahorque, saque su pistola y máteme mejor con ella.

—No, porque el parque me cuesta.

—Yo pago el cartucho que gaste en matarme. Máteme con la pistola en lugar de ahorcarme.

## *MADRE E HIJA REUNIDAS, FINALMENTE*

Después de doce días de atroz martirio en que habían sufrido separadas una de la otra, fueron presentadas al Juzgado de Distrito, en donde por vez primera se vieron madre e hija. De allí fueron de nuevo internadas en la cárcel; mas ya no separadas, sino juntas y en una misma celda.

Entre tanto acaeció la muerte del coronel Marcos V. Torres, hermano de Rosalía. Los gendarmes les llevaron la noticia riendo a carcajadas y llenos de diabólica alegría, mofáronse del dolor de madre e hija.

Así, entre tantas y tan grandes penas, fueron pasando los días. El 23 de noviembre Zenaida cayó enferma de fuerte fiebre contraída ahí mismo con tantos sufrimientos, y no fue posible combatir el mal debidamente con medicamentos, dado que se encontraba en prisión y entre verdaderos verdugos impíos.

## *LA AGONIA DEL LIRIO*

La noche de su muerte —narra la madre— tuvo un fuerte vómito y empezó a sufrir grande angustia... En la madrugada, viendo que no sentía ningún alivio... quise darle algún remedio... Lo único que tenía era un poco de linaza; pedí un cerillo, y con una escoba vieja que encontré hice un poco de lumbre, la cocí y se la di. Sin embargo, cada vez la veía más grave; entonces, no siendo posible que recibiese los Santos Sacramentos, le dije: Vamos rezando, hija, a lo cual ella accedió con gusto.

Rezamos el acto de contrición, la comunión espiritual y la consagración de los vasallos de Cristo Rey, a cuya asociación pertenecía ella desde que fue fundada en Comala, pueblo de su infancia. Le recordé la indulgencia plenaria concedida a los que, en el trance de la muerte, dijesen, con el corazón contrito, la jaculatoria: Viva Cristo Rey, la cual estuvo repitiendo varias veces con mucha devoción. No perdió el conocimiento y continuó tranquila; me dijo que no se acordaba ni sentía remordimiento de



ningún pecado grave... y manifestando tener sueño, se acomodó boca arriba, como que dormía, y, sin ninguna agonía, quedó dormida para ya no despertar más en esta vida. Eran como las tres y media de la mañana del 27 de noviembre.

Desde el amanecer no faltó mucha gente que se abría paso para entrar a verla y llevarle flores.

## *NUEVOS HECHOS DE ARMAS*

Al llegar diciembre siguió habiendo combates por todas partes. Todos los grupos libertadores hubieron de luchar, ya aquí ya allá, atacando al enemigo o siendo atacados. Por parte de los cristeros, en todos los combates del mes, no hubo sino un muerto. Por parte de los enemigos, más de ochenta; contando los heridos y dispersos subieron a doscientas las bajas hechas al callismo.

En los días de Navidad fue de nuevo a visitar las fuerzas de Colima el jefe de la División, general don Jesús Degollado, quien para la mejor marcha del movimiento, dividió toda la zona en dos sectores: uno, a cargo del general de brigada Miguel Anguiano Márquez, y el otro, a cargo del general brigadier Andrés Salazar.

Esta visita del Gral. Degollado con su escolta y Estado Mayor, duró varios días que pasó en el cuartel del general Anguiano Márquez, el cual, en ese tiempo, no estaba ya en la Mesa de la Yerbabuena, sino en Santiago o cuchilla de la Laguna Verde, en donde también estaban el hospital cristero y la capilla, en que, de una manera habitual, se guardaba el Santísimo Sacramento. Acompañaba en esta gira a la gente del general Degollado, el Padre don Emeterio C. Covarrubias, que aprovechó esta ocasión para venir y visitar a su amigo el Padre Ochoa, capellán de los cristeros del Volcán de Colima.

En esta ocasión tuvo verificativo el ataque a un tren carguero, entre las estaciones de Alzada y Tonilita, Jal., de que se habla en las efemérides, con fecha del 22 de diciembre.

## LA NOCHE DE NAVIDAD

Con solemnidad y alegría en campamento Santiago se celebró la Noche Santa de Navidad, comulgando casi la totalidad de los cristeros de todos los campamentos del Volcán que se reunieron allí, incluyendo Estado Mayor y escolta del general Degollado. El Santísimo Sacramento estuvo expuesto toda la noche. Hubo seis misas: las 3 rituales de Navidad, por cada uno de los dos sacerdotes que se encontraban en el campamento. Y hubo, como la añadidura del Evangelio, su alegre buñuelada para todos los cristeros.



SECCIÓN SÉPTIMA

# CUANDO SE PERFILABA EL TRIUNFO

(1929, enero a abril)

Capítulo I

# DON ENRIQUE GOROSTIETA. DESARROLLO DEL MOVIMIENTO. MAGNIFICA DISPOSICION DEL PUEBLO CATOLICO

## *PROGRESO CONSOLADOR DE LOS LIBERTADORES*

EN DICIEMBRE DE 1928 terminaba el segundo año de lucha. Entre sacrificios indecibles, entre derrotas y victorias, días serenos de bonanza y noches heladas de zozobra y angustia, se había ido desarrollando el movimiento libertador. Ya los cristeros no eran los jóvenes de los primeros días de lucha que con carabinas de caza, resistían al perseguidor, ni mucho menos aquellos de los días más angustiosos, en que, faltos de cartuchos, no hacían sino correr, siempre perseguidos, por el enemigo. Hoy las filas libertadoras estaban ya provistas de máuseres; campamentos había, como el de El Borbollón, en que no había ni una sola carabina; todos traían armas buenas al igual que los enemigos, y estas armas las habían ido conquistando a fuerza de heroísmo y de sangre en los mismos combates con los callistas, a quienes las habían arrebatado.

Al frente de la defensa armada, como general en jefe de la Cruzada Nacional de Cristo Rey, se encontraba en este tiempo, por nombramiento de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, el señor general don Enrique Gorostieta, a quien todos los núcleos libertadores se apresuraron a mandar el testimonio de

su reconocimiento y adhesión. Dicho general, al asumir el cargo militar, finalizando el año de 1928, lanzó a la Nación un hermoso manifiesto del cual está tomado lo siguiente:

## *PROCLAMA A LOS MEXICANOS*

Supuesto lo dicho se declara:

1. Nombrado por la genuina representación nacional, asumo el cargo de Jefe Militar del Movimiento Libertador.

2. El Movimiento Libertador, tanto en el orden civil como en el militar, queda sujeto, desde luego, a las siguientes bases:

3. Se confirma el desconocimiento que los "Libertadores" han hecho de todos los poderes usurpados, así de la Federación como de los Estados.

4. Se decreta el restablecimiento de la Constitución de 1857, *sin las Leyes de Reforma:* pero desde luego quedan incorporadas a sus preceptos, las modificaciones que exigió el plebiscito nacional en 1926, respaldando el ocurso formulado por los Ilustrísimos Prelados Mexicanos, con fecha 6 de septiembre del mismo año y las rectificaciones contenidas en el "Memorial" de los Católicos, presentado a las Cámaras el día 3 de septiembre de 1928.

5. La Constitución podrá ser reformada por el procedimiento establecido en el artículo 157 de la misma, por "plebiscito" y por "referendum", y así el pueblo mexicano tenga, por fin, una Constitución verdaderamente suya, nacida de sus anhelos y tradiciones, y que corresponda a las necesidades populares.

6. En los casos en que se haga uso del "plebiscito" o "referendum", la mujer mayor de edad tendrá obligación de votar.

7. Se tendrán como válidas cuantas disposiciones hayan sido expedidas hasta la fecha, que tengan por objeto reconocer el derecho de los hombres de trabajo para sindicalizarse, hacer valer sus derechos, defenderlos, y mejorar su condición, siempre que sean justas. La aplicación de dichas disposiciones será efectiva para aquellos en favor de quienes se expidieron y no en beneficio de favoritos.

8. En materia de dotaciones ejidales, el Gobierno Libertador establecerá comisiones que arreglen convenios entre los ejidatarios y los propietarios y adoptará procedimientos adecuados para que la indemnización que se deba pagar a éstos sea efectiva y justa. Además, se continuará, donde sea necesario y útil para el bien común, la distribución de propiedades rurales; pero en forma justa y equitativa y previa indemnización; de este modo se procurará hacer la propiedad asequible al mayor número posible de individuos.

9. Nuestras fuerzas libertadoras se constituyen en "Guardia Nacional". Nombre que asumirán oficialmente en lo sucesivo, y el lema de la "Guardia Nacional" será "Dios, Patria y Libertad".

10. El Jefe Civil del Movimiento Libertador será nombrado por el Comité Directivo de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, previa consulta del sentir de la Guardia Nacional, y, entretanto, el Jefe Militar reconocerá como Autoridad Suprema a la persona que sea nombrada de común acuerdo entre el Comité Directivo y el Jefe Militar.

11. El Jefe Militar tendrá todas las facultades que sean necesarias en los ramos de Hacienda y Guerra.

12. Este plan no podrá ser modificado, sino de común acuerdo entre el Comité Directivo de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y el Jefe Militar.

13. Una vez nombrado por el Comité Directivo de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa el Jefe Civil, el Militar conservará las facultades que le corresponden y reconocerá en aquél la Autoridad Suprema del Movimiento Libertador.

14. Al tomar la Capital de la República y restablecerse el orden en la Nación, se procederá a la reconstrucción política de la misma, conforme a los preceptos de la Constitución de 1857.

## *RADIOSOS HORIZONTES*

No se necesita comentar la importancia que encerraba este paso. La Defensa Armada exigía, para el perfeccionamiento de la unidad libertadora, la presencia de un militar que fuese el general en jefe de sus huestes, y el mundo necesitaba saber, de un modo más concreto, cuál era el programa del movimiento y la forma en que habría de realizarlo.

Por otra parte, si día a día perfeccionaban sus filas los soldados de Cristo y el entusiasmo no sólo había perseverado, sino que aumentaba siempre entre ellos, también se sostenían en su actitud los buenos católicos que en los pueblos y ciudades permanecían,

en medio de mil sufrimientos y peligros, al lado de los luchadores, unidos en un mismo santo ideal, siendo su apoyo y su ayuda. Había pequeños poblados en donde no se encontraba ni una sola persona que no fuese completamente amiga.

### *CONMOVEDORAS Y EFICACES AYUDAS*

En esos lugares se podía permanecer con toda confianza semanas enteras, en el desempeño de alguna comisión y, aunque llegasen los callistas, se tenía la seguridad de que nadie, absolutamente nadie, denunciaría al soldado de Cristo; porque hasta los niños estaban dispuestos a sufrir la muerte antes que pronunciar una palabra reveladora y así se dio muchas veces el caso de que los pequeños fueran tomados por los esbirros de la tiranía y, aun en medio de azotes, golpes e injurias, conservaran la serenidad y jamás fueran infieles, aunque supieran a ciencia cierta que a unos pasos de ellos, en alguna choza de su ranchería, se encontraban soldados cristeros. Entre estas rancherías unánimemente fieles, en las cercanías de la ciudad de Colima, pueden contarse El Parián, El Cóbano, San Joaquín y Buena Vista. Cuántas veces el mismo Padre Ochoa, por quien el Ejecutivo del Estado en tiempos de Solórzano Béjar —según lo pregonaba el comandante de la Policía don Enrique Gómez— había ofrecido la suma de $ 5,000.00 vivo, o muerto, o por su cabeza, permanecía en estas rancherías semanas enteras, celebraba la Santa Misa, confesaba, bautizaba y asistía a matrimonios. Y muchas veces, estando allí, llegaban fuerzas callistas.

Y de su cabaña-escondite sabían todos, viejos y niños; aun éstos se agrupaban en su derredor para verle y oírle, como en países de paganos los niños y los viejos creyentes hacen grupo en torno al misionero católico a quien todos aman. Y lo cuidaban y lo defendían para que no fuera a caer en manos de los enemigos. Y nunca cayó, aun mezclándose muchas veces entre ellos con sus huaraches, su calzón blanco y su sombrero de palma o zoyate, como cualquier otro ranchero.



¡Cuántas veces la vega cubierta con la sombra de sus grandes higueras del Arroyo de las Cañas, a inmediaciones de El Parián, el Cóbano y San Joaquín, a no muchos metros del camino real se improvisaba en capilla! Hay ahora todavía, entre los hombres de esas rancherías, quienes en el agua misma del arroyo recibieron el santo bautismo.

Todas las personas, en los pequeños poblados transitados ordinariamente por los soldados de Cristo, sentían como un santo deber el cooperar a la defensa, auxiliando a los libertadores. Casi nunca se necesitaba pedir: hombres y mujeres, cuando llegaban o pasaban los cristeros, salían presurosos de sus casas llevando a éstos cuanto podían para que se alimentasen. Muchas veces quedaban sin pan hasta los mismos pequeñuelos; pero gustosos cedían su alimento al cruzado de Cristo Rey, y los mismos niños, llevados de la mano por sus madres, hacían personalmente el obsequio. Quien más no tenía, salía a la puerta con su vasija de agua para dar de beber a los que tuvieran sed y muchas veces quien ni esto podía hacer, rendía el sagrado tributo de sus lágrimas y pedía para los defensores de la libertad una bendición del Cielo, y así con frecuencia, ancianas ya decrépitas, a la puerta de su casa o a la vera del camino, mientras por sus mejillas plegadas por los años, rodaban las lágrimas de sus ojos, apoyadas en su bordón o en el hombro de un nietezuelo, levantaban su diestra temblorosa y haciendo con ella señal de la Cruz, balbucían conmovidas un Dios los cuide, hijitos; que Dios los ayude y bendiga siempre.

### *EL ARMA TAUMATURGA DE LA ORACION*

Todo el pueblo católico no formaba entonces sino un solo frente, un cuerpo, una unidad admirable; todos eran soldados de Cristo y quienes no peleaban en los campos con el rifle en su mano, luchaban en sus hogares por medio de la oración.

A tan no interrumpidas plegarias de los niños, mujeres y ancianos, se debió, sin duda alguna, la constancia, la fortaleza, el valor, el nervio admirable y el éxito en las lides de los guerreros cristianos.

Siempre que a lo lejos se oía el ruido del combate, principalmente en los pequeños poblados donde los sentimientos religiosos son tan puros, se suspendían por lo general, todos los quehaceres de las familias, y mujeres y niños se ponían de rodillas y, delante de alguna imagencita, ante la cual se encendía una lámpara, levantando sus brazos o juntando sus manos con angustia, oraban todos con gran devoción, y conforme aumentaba el ruido del combate, más se encendía el sentimiento de piedad y se oraba con mayor fervor. Así participaban todos de una misma vida; las necesidades de unos eran necesidades de todos, los sentimientos de los luchadores eran comunes a todos; todos participaban del mismo ideal santo y eran vivificados por un mismo espíritu, el Espíritu de Dios.

## *LEGION DE MARTIRES*

Esta actitud generosa y jamás vista del pueblo fiel, fue la que dio ocasión a que la sangre corriese, no sólo en los campos de batalla sino en pueblos y ciudades, casi a diario; porque en sus católicos habitantes, hombres, mujeres y niños, era en donde los callistas desahogaban su furor. En la sola ciudad de Colima fueron centenares los católicos fusilados o ahorcados. La Calzada Galván o de la Piedra Liza, uno de los más hermosos paseos, era ya como las avenidas de los parques de Nerón, puesto que con suma frecuencia se encontraban ahí, si no uno o dos, sí tres, cuatro, cinco o seis católicos campesinos a quienes se ahorcaba por solas sospechas, sin ninguna formación de causa. El número de estas víctimas quedó envuelto en la oscuridad. ¿Cuántas fueron? ¿Quiénes eran? Nadie puede saberlo con precisión; sus almas están gloriosas en el Cielo y en el último día aparecerá radiante toda la legión de mártires ignotos. Entonces se sabrá su número, su nombre y lo que por Cristo sufrieron.





Las abnegadas mujeres, esforzadas vírgenes que proveían a los Cruzados de cuanto a ellas les era dable conseguir, continuaban, en medio de mil peligros y sufrimientos, su heroica tarea. Nada arredraba a estas heroínas, ni la cárcel, ni los golpes, ni la muerte misma. Sin atender, ni a la delicadeza de su sexo, ni a su edad, iban y venían, forradas completamente de parque que ocultaban bajo sus vestidos, para proveer así a los soldados de Cristo. Este parque era comprado a los mismos enemigos y luego, ocultamente, transportado al campo libertador. La carga ordinaria para cada una de aquellas valientes jóvenes, era de setecientos cincuenta cartuchos de máuser, peso excesivo para una jovencita.

Muchas veces estas niñas cayeron en manos de los enemigos, aunque no todas precisamente llevando cartuchos, pero sí por motivo siempre relacionado con la Cruzada Cristera. La prisión no les causaba desaliento y los sufrimientos de unas servían de estímulo y nuevo aguijón a las otras.

Omitiendo a aquellas de quienes ya se ha hablado por cualquiera circunstancia, he aquí enumerados los hechos heroicos y las duras pruebas de algunas otras:

## *NOBLES HEROINAS*

El 27 de agosto de 1927, el día mismo de la muerte de Tomás de la Mora y casi en unión de él, fueron llevadas a la Jefatura de Operaciones Militares las señoritas Benita Coria, Rosa Avila que era novia de Dionisio Eduardo Ochoa y Consuelo, hermana del mismo. Las tres, separadamente, estuvieron presas durante algunos días.

El 1o. de diciembre de ese mismo año fue de nuevo conducida a prisión la señorita Rosa Avila y, en unión de ella, fueron encarceladas su madre, un hermano, una hermana y una prima. Su casa fue cateada y saqueada por los callistas.

El 18 de abril de 1928 fue aprehendida por los gendarmes del

gobernador Laureano Cervantes la señorita María Camarena. En la prisión estuvo siete días. Un año más tarde, en la misma fecha, Laureano Cervantes en persona, acompañado de unos gendarmes, la aprehendió de nuevo y con tan brutales maneras, que un soldado federal que se dio cuenta del atropello quiso defenderla, echando en cara a Cervantes —el gobernador— que no era digno de un hombre tratar así a una mujer honrada, más aún en plena calle.

El 21 de agosto de 1928 fue aprehendida la señorita Marcelina Camarena, hermana de María, también por orden del gobernador Cervantes. Casi un año más tarde, el 8 de mayo, fue reaprehendida y se intentaba mandarla a las Islas Marías, pero un amparo logró arrebatarla de las manos del gobernador.

Sin embargo, ella, su hermana María y una sirvienta fueron desterradas del Estado.

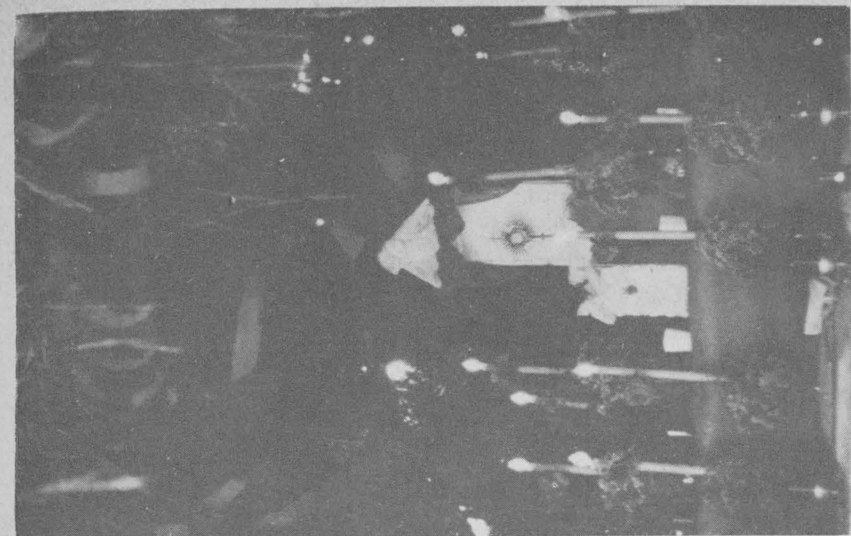
## *...Y NOBLES VICTIMAS*

El 7 de agosto de 1928, fueron presas por el general Heliodoro Charis las señoritas Dolores Maldonado e Isabel Pérez. A la primera no se le encontró como delito más que unas velas y unas imágenes de santos. A la segunda una poca de ropa que ella arreglaba para vender y ganarse así la vida y que supusieron que era ayuda para los Cristeros. Ambas fueron remitidas a la Ciudad de México, en donde fueron internadas en los sótanos de la Inspección de Policía.

La noche del 12 de diciembre del 28, en el pueblo de Comala, fueron aprehendidas la señora Andrea Cisneros y sus hijas María, Josefa, Guadalupe, Angela y Victoria Ramírez. Todas fueron internadas en la cárcel del lugar y días más tarde remitidas a la prisión de Colima.

Por la santa Causa fueron aprehendidas en ese mismo pueblo de Comala, pocos días después, y remitidas a Colima, la señora Ramona T. viuda de Hernández, mamá de la señorita Mercedes Hernández; M. Carmen Cruz de López y Margarita Martínez.

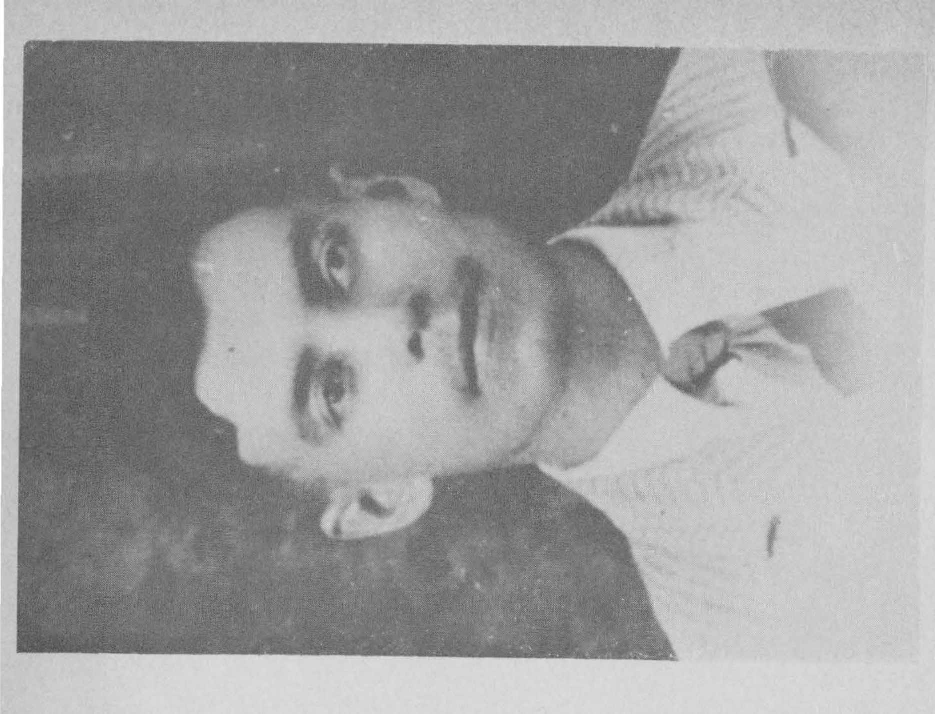




*Fiesta de Cristo Rey en el campamento de El Borbollón. Octubre de 1928.*



*Sr. Cura Emilio Pérez, asesinado el 2 de mayo de 1928.*



*Capitán Prudencio Dávila, martirizado el 28 de abril de 1929.*



*Mesa de la Yerbabuena (cuartel general). El P. don Enrique de Jesús Ochoa, al centro; general Anguiano Márquez, a su derecha; coronel Marcos V. Torres, a su izquierda. 23 de febrero de 1928.*

El 16 de ese mismo diciembre, en uno de los carros del ferrocarril, yendo de Guadalajara a Colima, fueron aprehendidas tan sólo por sospechas, pues nada se les pudo comprobar, las señoritas María de la Luz Gutiérrez y Mercedes Santillán, de las Brigadas Femeninas. Ambas fueron obligadas a descender y se les internó en la prisión de Sayula.

Aun de entre las personas de la mejor sociedad colimense, hubo víctimas de la tiranía y así, entre otras, fueron aprehendidas, arbitrariamente como después se dirá y personalmente, por el Presidente Municipal, profesor normalista Benjamín Ortiz, las señoritas Juanita Ochoa, Leonor Barreto y la profesora María Concepción Galindo.

Estas son algunas de las que tuvieron la gloria de sufrir por la Causa de Cristo, y de cuyos sufrimientos se conserva el recuerdo en la sociedad; mas el número exacto sólo Dios puede saberlo.

## Capítulo II

## NUEVOS MARTIRES

### *EL PADRE GUADALUPE MICHEL*

En estos primeros meses del año hubo tres principales mártires: el señor Cura don Guadalupe Michel, el 7 de marzo; Sor María Rosa, religiosa de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, el 3 de abril, y el joven Prudencio Dávila, que murió el 28 del mismo mes.

El Pbro. don Guadalupe Michel era Párroco del muy cristiano pueblo de Zapotitlán, población de la diócesis de Colima, que por la causa de Jesucristo fue tal vez la que más sufrió, de entre todas las poblaciones del obispado colimense. Fue saqueada e incendiada muchas veces y sus habitantes fueron obligados a trepar a las montañas para buscar asilo en las oquedades de las peñas, en donde siguieron siendo perseguidos con diabólica saña.

El señor Cura Michel, su virtuoso y ejemplar Pastor, no los abandonó un momento en medio de tal persecución. Con ellos vivió en las serranías; con ellos condividió siempre las incomodidades, el frío, la angustia, el continuo peligro, la zozobra y la persecución. A la playa de un río, al pie de la montaña que servía de asilo al Párroco, acudían presurosos, semana a semana, sus perseguidos hijos para oír de sus labios la palabra de Dios, asistir a la Santa Misa y recibir sus sabios consejos.

Aconteció en los primeros días de marzo, después de haber pasado el primer domingo del mes, que le fue preciso ir al pueblo de



Minatitlán, Col., a un asunto de su ministerio sacerdotal y de donde regresaría inmediatamente, según él proyectaba, para no dejar a sus feligreses sin Misa al domingo siguiente. Minatitlán es una pequeña población situada entre montañas, que había estado bajo el control de los cristeros desde los primeros meses del movimiento libertador y a donde casi nunca llegaban las fuerzas callistas, por lo difícil que era para ellos entrar hasta esa región. Mas sucedió que por aquellos días los soldados cristeros habían salido en una gira, y el enemigo aprovechó la oportunidad para entrar y ejercer en contra de las familias de los jefes libertadores sus acostumbradas venganzas.

### *LA SORPRESA FATAL*

Era la madrugada del día 5, el señor Cura don Guadalupe Michel dormía tranquilo en casa de la familia que lo había hospedado. Ya la víspera, cuando había llegado al pueblo, se rumoraba que estaba cerca un grupo de agraristas armados, mas se creyó que eran alarmas infundadas. Siempre acompañaban al buen Párroco, temerosos de que algo le fuese a acontecer, alguno o algunos hombres armados, para defenderlo en caso de peligro. En esta ocasión eran tres sus compañeros, a saber, Benito Nava y Epigmenio Rodríguez de Zapotitlán, Jal., y el señor J. Félix Serratos, de allí de Minatitlán, Col., compadre del Sr. Cura, en cuya casa estaba hospedado.

Entre tanto los enemigos, amparados por la oscuridad de la noche, entraron al pueblo. No faltó quien denunciase al sacerdote y, sin otro motivo que el ser sacerdote, puesto que ni siquiera sabían quién era, se acercaron a las puertas de la casa para aprehenderlo.

### *OBEDIENCIA HEROICA*

Pronto el señor Cura se dio cuenta del peligro y sus valientes acompañantes quisieron resistir. Tal vez, con la ayuda de Dios,

hubieran logrado salir de entre los enemigos, haciendo uso de sus armas, batiéndose en retirada; mas el Padre lo impidió: "Hijos, esto viene de Dios —dice—: ya El lo dispone así y quiere el sacrificio de mi sangre. No hagan resistencia".

Obedecieron, escondieron sus armas para que no cayesen en manos de los enemigos y volvieron al lado del Sr. Cura, en unión del cual fueron aprehendidos y conducidos a Manzanillo, Col.

Coincidiendo con la aprehensión del señor Cura J. Guadalupe Michel, un grupo de cristeros de Cerro Grande, al mando del mayor Candelario B. Cisneros, se encontraba de gira en el Veladero, Col., en donde supieron que fuerzas armadas enemigas habían entrado a Minatitlán, Col. Inmediatamente salieron al encuentro de ellas para atacarlas; mas cuando, a las 3 de la mañana del día 6, llegaron los cruzados al lugar que habían escogido para la pelea, ya el enemigo había pasado con sus víctimas, pues iban caminando a marchas forzadas, temerosos de que los cruzados les saliesen al encuentro y les quitasen a los prisioneros. Todavía a medio camino, los callistas no sabían quién era el sacerdote que llevaban preso. Fue en la ranchería de La Lima, Col., en donde don Gregorio Ochoa Gutiérrez, interrogado por ellos, les dijo que era un sacerdote muy respetable, a saber, el Padre don Guadalupe Michel, Párroco de Zapotitlán, Jal. Habló en favor suyo, pero nada logró.

Ya en el Puerto de Manzanillo, el sacerdote mártir J. Guadalupe Michel, con una serenidad cristiana que pasmaba a los mismos asesinos, después que hubo dado a éstos el perdón y la bendición, fue fusilado en unión de sus tres compañeros el día 7 de ese mes de marzo.

Este crimen fue llevado a cabo por las autoridades civiles del Puerto, y cuantas gestiones hicieron los cristianos habitantes del lugar para salvar la vida de los mártires, fueron inútiles. Más aún: se les impidió comunicarse con Colima para llevar la causa al Tribunal Superior. Aun el mismo general Heliodoro Charis, jefe de las Operaciones Militares callistas en el Estado, reprobó el hecho cuando tuvo noticia de él y tuvo palabras de enojo



contra las autoridades civiles que se adjudicaban, arbitrariamente, facultades que no eran de su incumbencia.

Los cadáveres fueron conducidos a Colima y exhibidos, arrojados sobre el suelo, frente al Palacio de Gobierno, en la plaza de La Libertad (!).

## *SOR MARIA ROSA*

Tenía esta mártir unos cuarenta años de edad; pertenecía a una de las familias más piadosas de Ejutla, lugar de su infancia y de su vida casi entera. A los veintidós años ingresó como religiosa al convento de Adoratrices del Santísimo Sacramento, fundado allí mismo. Desde el noviciado se empezó a distinguir por su vida santa. Sus compañeras la consideraban como la regla viviente. Fue, primero, Maestra de Novicias y en 1922 fue electa Madre Vicaria. En esto vinieron los tiempos angustiosos de la persecución de Calles y tuvo que salir de Ejutla en unión de las demás religiosas, arrojadas por las tropas del general callista Juan B. Izaguirre, el 27 de octubre del primer año de 1927.

Huyendo del perseguidor, con trajes seglares y en medio de mil angustias, se refugiaron desde entonces, muchas de aquellas esposas de Cristo, en Autlán, Jal. A ese grupo se incorporó Sor María Rosa en febrero de 1929. Mas el primero de marzo la casa de las religiosas fue asaltada a la una de la madrugada y fueron hechas prisioneras todas ellas. En medio de gruesas columnas de callistas, fueron llevadas a Sayula, Jal., y de allí, en ferrocarril, a Guadalajara.

## *TRABAJOS Y RESIGNACION*

En esta ciudad no estuvieron sino una noche, la cual pasaron en uno de los departamentos de la Jefatura de Operaciones, rodeadas de feroces soldados. Cada hora se presentaba el centinela para pasar revista de las víctimas. Sor María Rosa era siempre de las primeras en ponerse de pie, intensamente pálida y con el

rosario entre las manos. De allí fueron llevadas hasta la ciudad de México, D. F., a donde llegaron el 12 de marzo.

En estos doce días de penosa travesía, Sor Rosa no había dormido; siempre velando junto a las más jóvenes, siempre consolando a las más afligidas: "Ahora es cuando —decía al oído de las más atribuladas— debemos atesorar para el Cielo. Ofrezcamos todo a Nuestro Señor".

Inmediatamente que llegaron a México se las internó en una casa particular, donde en unión de otras religiosas y de la señorita Alcorta, dueña de la casa, estuvieron presas y del todo incomunicadas, custodiadas por guardias enemigos y en completa pobreza, sin tener muchas veces un solo bocado con qué mitigar el hambre.

### *EL "NUNC DIMITTIS"*

El día 14 Sor María Rosa cayó enferma, víctima de tantos sufrimientos. En su enfermedad brilló más su grandeza de ánimo y santidad. Muchas veces, cuando alguna de sus hermanas le hablaba de las esperanzas que tenían de salud, ella contestaba tranquilamente y con una ligera sonrisa: ¡Me voy! ¡Bendito sea Dios!

Un día, una de las religiosas del Oasis de la Cruz, con ellas prisioneras, le dice en tono de broma:

—Rosita, ¿cambiamos?

La enferma, sonriendo, levantó el índice de su mano derecha y lo movió en sentido negativo.

En medio de tantas dificultades y enemigos, quiso la Divina Providencia que no faltase a aquella virgen el Pan Santo de los mártires. Un sacerdote jesuita, burlando la vigilancia de los perseguidores, logró llevarle varias veces la Sagrada Comunión.

### *EL VUELO DE UN ANGEL*

Cuando la virgen mártir comprendió la gracia que el Señor le daba de morir por El, se alegró en extremo: Dios mío —dijo



transportada de júbilo—, os ofrezco mi vida por la paz de mi patria, por mi comunidad y por mi familia. In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.

Por fin, el 3 de abril, miércoles de Pascua, voló al Cielo su preciosa alma.

Las religiosas de la Cruz estaban edificadas con la muerte de aquella víctima y con gran devoción se acercaban a besar el cadáver. Ha muerto una santa —decían—. ¡Quién fuera ella!

### *EL CAPITAN PRUDENCIO DAVILA*

Era también originario de Ejutla, lugar de los primeros años de su vida. De allí pasó a Colima en donde fue alumno del Seminario Diocesano.

Cuando la persecución sectaria arreció, constreñido por los enemigos que le perseguían a muerte por el simple hecho de ser seminarista, y arrastrado por el ejemplo de valor de los soldados de Cristo, ingresó a las filas libertadoras, en abril del primer año de lucha.

Su vida militar la pasó generalmente en la región de Pihuamo, entre los cruzados del Vallecito de Cristo Rey, en donde tenía el grado de capitán.

Con el objeto de conseguir cartuchos y algunos otros elementos, se encontraba en la ranchería de San Joaquín, acompañado del teniente Ignacio Mendoza y de tres soldados cristeros, en uno de los últimos días del mes de abril. Una persona enemiga que logró saber de la presencia de aquellos cristeros, los denunció ante los gendarmes de Colima, y éstos salieron inmediatamente a aprehenderlos, lo cual consiguieron sin dificultad. A pie y en medio de injurias y golpes, los condujeron hasta la ciudad, donde fueron internados en el cuartel de policía.

Y allí en el cuartel sujetóseles a suplicio, a fin de que descubriesen todo cuanto sabían; y era el mismo Presidente Municipal profesor normalista Benjamín Ortiz, estando presente el gobernador del Estado Laureano Cervantes, el que ejecutaba el tormento, ayudado de los gendarmes. Les hicieron sangrar abundantemente la cabeza a golpes, que personalmente daba el profesor Ortiz a cada una de sus preguntas que no tenían contestación; les hicieron algunas heridas con cuchillo, les suspendieron del cuello con una soga, con los pies que apenas tocaban el suelo y, mientras más sufrían las víctimas, parecía más insaciable la sed de los verdugos. Con lo áspero de la reatilla de jarcia con que estaban colgados, el cuello principió a sangrar, y al capitán Prudencio Dávila soltósele fuerte hemorragia. No queriendo que muriesen luego, vendáronles las heridas y restañaron su sangre con hilachas empapadas de aguarrás para que el martirio fuese más prolongado, con la esperanza de hacerles revelar grandes cosas. Ellos se retorcían y quejaban y casi se desvanecían con el dolor que les causaba el aguarrás. Y les fueron inyectadas drogas especiales a fin de trastornar su razón para poder hacerles hablar.

Y mientras el capitán Prudencio Dávila y el teniente Ignacio Mendoza eran así atormentados, los otros tres cristeros, también allí prisioneros, estuvieron atados, casi desnudos, sangrándoles las espaldas por los azotes con que habían sido torturados.

Y como consecuencia del tormento, como en los espasmos del dolor, interrogado Prudencio Dávila acerca de dónde había vivido y quiénes habían sido sus protectores cuando seminarista, hubiese él dicho, que en el hotel "Fénix" de la señorita Leonor Barreto le habían dado sus alimentos, y que la señorita Juanita Ochoa, hermana del señor don Salvador del mismo apellido, había sido su bondadosa protectora, creyendo que ningún mal causaba con esta declaración, el mismo profesor Benjamín Ortiz, en persona, fue a llevar presas a las distinguidas damas señorita Leonor Barreto, a su tía Sofía del mismo apellido, a la señorita Juanita Ochoa,



a la señora Rosa García que vivía en el mismo hotel "Fénix", y pretendía llevarse a doña Josefina Hurtado viuda de Pons; mas no fue posible, porque estaba muy delicada de salud, enferma del corazón; pero fue llevado Teófilo Pons, el hijo, por el único motivo de que vivían allí, con la señorita Barreto.

Y aquellas distinguidas damas, de la mejor sociedad colimense, fueron también objeto de majadero interrogatorio por el mismo profesor Benjamín Ortiz, que perdió toda cortesía con ellas, como si tratase con las mujeres más vulgares, y, en presencia de ellas, se continuaba golpeando y atormentando a los mártires.

Tinto de sangre el capitán Dávila, dejando en el suelo el rastro de sus pisadas sangrientas, con la soga aún al cuello, fue llevado por el gobernador señor Laureano Cervantes en su coche al hospital, para que le contuviesen la sangre que no dejaba de chorrear y así poder continuar el cruel interrogatorio y aquel duro martirio.

Esa misma noche fueron fusilados todos ellos —el capitán, el teniente y los tres soldados rasos cristeros— en el cementerio municipal. Era el día 28 de abril.

## Capítulo III

# LAS FUERZAS LIBERTADORAS COLIMENSES

### *DESPUES DE DOS AÑOS*

Los meses de enero a abril fueron para los libertadores tiempos de triunfos, de ilusiones doradas, de esperanzas risueñas, puesto que la victoria llegó a perfilarse ante sus ojos.

El cuadro de las fuerzas cristeras colimenses en el año de 1929, era el siguiente:

Bajo el control de la Jefatura de Colima, según orden de la L. N. D. L. R. y Control Militar de Occidente, no sólo estaba el propio Estado, sino la extremidad Sur de Jalisco, comprendida entre los volcanes —el Volcán de Fuego y el Nevado— y el Estado de Michoacán, y parte de este último, en la zona al mando del coronel José González Romo, que a la muerte del general Luis Guízar Morfín, quedó al frente de la región de Coalcomán, Mich.

El coronel González Romo (Angel Castillo) era un joven de la A. C. J. M. originario del Estado de México. Desde el principio de la Defensa Armada, había dejado a su familia y su patria chica y militado al lado del egregio general don Fermín Gutiérrez (Luis Navarro Origel).

### *REVISTA MAGNIFICA*

Toda la extensa región perteneciente a la Jefatura de Colima estaba dividida en dos sectores, de los cuales el más pequeño comprendía el noroeste del Estado. Estaba limitado por el Río del Remate, Mesa del Cerero y Lo de Clemente por el norte; Chiapa y Villa de Alvarez, por el sur; Campo Seis y Campo Cuatro por el occidente y fue puesto bajo el mando inmediato del general Brigadier Andrés Salazar.



El Primer Sector ocupaba todo lo restante del Estado de Colima, y las zonas de Jalisco y Michoacán, que dependían militarmente de Colima. El jefe de este sector era el general de Brigada Miguel Anguiano Márquez, cuyo cuartel estaba establecido, según ya dijimos, en lo que los rancheros de la región llaman la cuchilla de la Laguna Verde, entre el Borbollón y la Mesa de los Mártires, conocido oficialmente, entre cristeros, con el nombre de Campamento Santiago, por haberse establecido, como se vio en páginas anteriores, el 25 de julio, fiesta del Santo Apóstol.

Las fuerzas del general Anguiano estaban divididas en cinco grupos principales: las del Volcán, a cargo del mayor J. Félix Ramírez; las de Cerro Grande, al mando inmediato del jefe de Estado Mayor, coronel José Verduzco Bejarano; las de la región de Tuxpan, al mando del mayor Filiberto Calvario; las de El Naranjo y "Vallecito", a cargo del mayor Plutarco Ramírez, y las de Coalcomán, Mich., que comandaba el coronel González Romo.

Las del Volcán y Cerro Grande formaban el Segundo Regimiento de la División Militar, y las de Tuxpan y Vallecito, el Cuarto Regimiento, y ambos la Brigada Dionisio Eduardo Ochoa, nombre oficialmente adoptado para honrar la memoria del iniciador del movimiento colimense. Los regimientos del general Andrés Salazar y coronel González Romo eran, siguiendo la enumeración hecha en la División Militar, el Sexto y el Octavo, respectivamente.

Los números nones correspondían a los otros núcleos de libertadores del Sur de Jalisco, no dependientes de la Comandancia de Colima: el Primero, el del general Bouquet; el Tercero, a cargo del general Michel; el Quinto, comandado por el general Vicente Cueva y el Séptimo y Noveno, a cargo del general Luis Ibarra

y general Lorenzo Arreola, respectivamente. Todos ellos integraban la División del Sur de Jalisco y Colima.

Estos grandes núcleos estaban subdivididos en otros más pequeños, los cuales, dado el sistema de guerrillas adoptado, tenían una cierta libertad de acción y no estaban de ordinario unidos en una sola columna.

En el Volcán, que era la zona principal, se encontraban dos escuadrones: el del capitán J. Inés Castellanos, en el cuartel de El Borbollón, y el del capitán Andrés Navarro, en la Mesa; mas Navarro murió el mes de abril y fue sustituido, con general complacencia, por el joven Jesús Alonso, soldado subalterno de aquél, valiente y leal en alto grado. En este tiempo el grupo de Ramón Cruz había desaparecido por completo, porque con su muerte, acaecida en junio de 1928, en un combate, no pudo sostenerse; sus mejores elementos pasaron a otros escuadrones y los otros entregaron sus armas y se retiraron del ejército cristero.

En Cerro Grande había igualmente dos escuadrones: el del capitán Joaquín Guerrero que había sustituído al capitán Martín Guzmán, cuando éste murió, y el de los libertadores de Minatitlán, Col., que se puso a cargo del capitán Jesús Dueñas Rolón. Gracias al esforzado cuidado de sus jefes y, sobre todo, al celo de su propio Capellán, el señor Cura don Adolfo Mota, estos grupos habían por completo evolucionado, en cuanto a piedad y moralidad, y sus cruzados, en cuanto la humana fragilidad lo permite, eran ya, a Dios gracias, dignos soldados de Cristo Rey.

En las zonas de Tuxpan, El Vallecito y El Naranjo, distinguíanse los capitanes Enrique Mendoza, Julio Velasco y Bernardino González, que estaban al mando del mayor Filiberto Calvario; y Agustín Carrillo, Gregorio Martínez y José Jiménez, bajo la dependencia del mayor Plutarco Ramírez.

El regimiento del general Salazar, cuyos campamentos estaban de nuevo en el Cóbano (Cerro Grande), lo integraban cuatro escuadrones, de los cuales eran jefes, respectivamente, los capitanes Ignacio Cruz, Diego López, Leocadio Llerenas e Ismael Sandoval.



## *VIDA RELIGIOSA*

La vida religiosa de los Cruzados se había regularizado en todos los grupos, y con ello habíase conservado el espíritu cristiano que había florecido desde el principio, y se había comunicado a aquellos núcleos que no la habían poseído en los comienzos.

Todos tenían en sus respectivos campamentos, un día cada mes, dedicado exclusivamente a oír la palabra de Dios, tributar a su Rey Eucarístico el homenaje de su adoración y recibir los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión.

Antes de salir a combate, así como se había acostumbrado siempre, se desarrollaba una hermosísima escena: como era imposible que el Padre Capellán hubiese podido oír en confesión a todos los que lo deseaban, dado el escaso tiempo de que generalmente se disponía y el gran número de soldados de Cristo que pedían el Sacramento; en un lugar de antemano señalado, se daban cita todos, y bajo el sol ardiente o semienvueltos en la penumbra del crepúsculo, devotamente y con la cabeza descubierta, escuchaban un pequeño fervorín del sacerdote, el cual los excitaba a la detestación del pecado y a una vida santa. Luego, mientras los soldados, arrodillados sobre el césped, recitaban el acto de contrición, el Ministro de Cristo, de pie y con las manos extendidas, profería las palabras de la absolución. Ya después, al regreso, en la visita periódica que tenían de su Padre Capellán, harían la confesión de sus pecados y de nuevo recibirían la absolución sacramental.

El rostro de todos se iluminaba entonces por la fe y la confianza, y sin temor ninguno, radiantes de contento y entre gritos de alegría, y vitoreando a Cristo, se alejaban del lugar y marchaban a la lucha.

## Capítulo IV

# DE VICTORIA EN VICTORIA. SE PERFILA EL TRIUNFO FINAL

### *MAS VICTORIAS*

ESTE TIEMPO, COMO YA SE ANOTÓ ARRIBA, fue de gran fortuna para los católicos luchadores, porque estuvieron siempre a la ofensiva, y adquirieron considerables elementos de guerra.

Dos veces las fuerzas del Segundo Regimiento Cristero entraron a la ciudad de Colima, y se tirotearon en sus mismas calles con los perseguidores. En la primera de ellas, el 12 de enero, fue el general Anguiano quien encabezó y dirigió la acción, siendo herido dentro de la misma ciudad, por el barrio de las Siete Esquinas. En la segunda, fue su jefe de Estado Mayor, coronel Verduzco, en los días de Carnaval, quien entró con el objeto de desorganizar en lo posible aquellas burdas alegrías, mofa inicua de los perseguidores. Hubo, además, recios combates en que el enemigo fue terriblemente escarmentado. Los principales fueron:

### *EL ENCUENTRO DE PALMILLAS*

En Palmillas, el 13 de marzo, los libertadores del Volcán, en número como de sesenta, al mando del mayor J. Félix Ramírez, atacaron a una columna del 90 Regimiento callista, que accidentalmente se encontraba en el lugar y que estaba compuesta de ochenta a cien soldados. Los callistas se afortinaron en los pilares



del templo y en cuantas piedras y defensas encontraron. Los libertadores, por los flancos, en medio de un muy nutrido tiroteo, iban estrechando cada vez más el cerco. A las dos horas de lucha, los enemigos se encontraban ya derrotados; la mayor parte de ellos había perecido, y menos de la mitad, presa de inmenso pánico, quedaba combatiendo. Entonces, viéndose perdidos y temiendo ser aniquilados, con una bandera blanca, protestaron su rendición. El fuego cesó, y cuando ya los callistas salían de sus trincheras para entregar sus armas al vencedor, sonó en lo alto de las lomas que dominan aquel lugar, el clarín de las fuerzas federales callistas que venían a dar auxilio a sus compañeros. Entonces corrieron de nuevo a sus trincheras, bajaron su bandera de paz y reanudaron el fuego.

Como el refuerzo callista que venía era considerable, y en caso de continuar peleando, tendrían los cruzados que ser batidos a dos fuegos, optó el mayor Ramírez por retirarse: lo hizo sin que los cristeros fueran perseguidos.

Saldo: por parte de los federales, más de cincuenta muertos y entre ellos varios oficiales del Ejército; por parte de los libertadores, la muerte del muy valiente capitán 2o. Antonio Avalos, del escuadrón de Jesús Alonso, del soldado Mateo Rodríguez y de otro cristero más.

### *EN LA BARRANCA DE SANTA CRUZ*

Una semana más tarde, o sea el 20 del mismo mes, los libertadores del Volcán lucharon en la barranca de Santa Cruz con una columna enemiga, al mando del general Enrique Díaz. El combate principió al amanecer y duró todo el día, sin haber habido propiamente un momento en que el tiroteo se hubiese interrumpido, porque ambos contendientes peleaban con mucho valor y resolución, sin dejarse rendir por el cansancio o vencer por el miedo.

Ambas partes estaban atrincheradas entre las piedras del barranco y, resonando entre las rocas, no formaba la fusilería sino un prolongado y único estruendo, sólo interrumpido por los gritos

de los combatientes que, dada la vecindad en que se encontraban, no dejaron de lanzarse los unos a los otros, durante todo el día.

A las maldiciones de los federales, los jóvenes libertadores no sólo contestaban con el Viva Cristo Rey, el grito excelso de sus luchas, sino que llenos de grande entusiasmo cantaban en coro:

*¡Que viva mi Cristo!*
*¡Que viva mi Rey!*
*¡Que impere doquiera*
*triunfante su Ley!*
*¡Que impere doquiera*
*triunfante su Ley!*
*¡Viva Cristo Rey!*
*¡Viva Cristo Rey!*

También cantaban algunas canciones, entre otras ésta, que uno de los mismos libertadores apropió a la Defensa Armada:

### "Luchar por mi Cristo"

*Pelear con valor*
*Qué dicha ha de ser.*
*Luchar por mi Cristo bendito,*
*Por él o morir o vencer;*
*Guerrear con tesón,*
*Mi "cuaco" montar,*
*Correr y gritar*
*Y matar mucho "guacho pelón".*

*Cantad, cantad, cantad, cantad,*
*Que al cabo mi Cristo no muere*
*Reíd, reíd, reíd, reíd,*
*Que al cabo con él nadie puede;*
*Valor, valor, valor, valor,*
*Que al cabo el Señor nos ayuda.*
*Su Mano Sacrosanta*
*Nos defiende y ayuda doquier.*

*Los valles cruzar,*
*Mi rifle portar,*





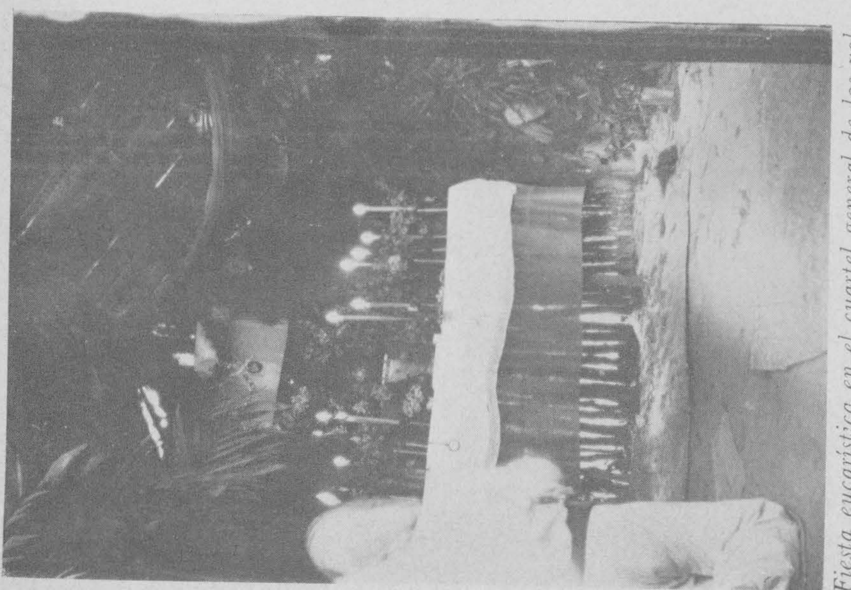

*Pergamino regalado al Papa Pío XI, con las fotos de los muchachos de la A. C. J. M. muertos por la causa de Cristo en la diócesis de Colima.*



*Cuartel General "Santiago". General Miguel Anguiano Márquez y escolta de la Jefatura. Mayo de 1929.*



*Grupo de Cristeros camino a Colima a través de la risquera en las altas faldas del Volcán de Fuego, acompañando a su Padre Capellán Ochoa. 5 de julio de 1929.*



*Fiesta eucarística en el cuartel general de los volcanes, el día de María Auxiliadora —24 de mayo de 1929—, víspera de la gran campaña.*

*Al grito sonoro de guerra,*
*Que dice "Viva Cristo Rey",*
*Gritar con pasión,*
*Volver a gritar,*
*A cada descarga*
*De mi máuser dieciocho orejón.*

*Cantad, cantad, cantad, cantad,*
*Y que brame de rabia el averno.*
*Reíd, reíd, reíd, reíd.*
*Nada puede el mismísimo infierno.*
*Valor, valor, valor, valor,*
*Que la Madre de Dios nos ayuda.*
*Muy pronto al infame,*
*Con su auxilio se habrá de vencer.*

*Mi rifle empuñar,*
*Dichoso placer,*
*Salir con valor y entusiasmo,*
*Ser soldado que cumple el deber,*
*Y luego volver*
*Al caro cuartel*
*Es cosa que llena*
*Nuestra alma de grande placer.*

*Cantad, cantad, cantad, cantad,*
*Que al cabo mi Cristo no muere.*
*Reíd, reíd, reíd, reíd,*
*Que al cabo Plutarco no puede.*
*Valor, valor, valor, valor,*
*Que nadie un momento decaiga.*
*¡Arriba las almas!*
*Que juramos vencer o morir.*

Con tal valor y entusiasmo de los cristeros, más se llenaban de rabia y coraje los enemigos; pero con todo, sus esfuerzos fueron completamente impotentes.

Al oscurecer, el general Díaz hizo un vigoroso y último esfuerzo en contra de los libertadores, mas no tuvo éxito. Entonces éstos, terminada la última embestida enemiga, salieron de sus trincheras y, amparados un poco por las primeras sombras de la no-

che, se abalanzaron sobre los federales a quienes hicieron huír hasta la hacienda de San Antonio, Col.

Saldo del día: por parte de los enemigos, no menos de once muertos y muchos heridos. Por parte de los cruzados, dos heridos. Se arrebataron, además, dos máuseres a los callistas y seiscientos cartuchos.

### *EN SUCHITLAN, COL. Y EN NOGUERAS, COL.*

Dos días después recibieron las tropas del perseguidor un nuevo descalabro:

El 21 de marzo, de común acuerdo fuerzas cristeras del general Anguiano Márquez y del general Salazar, que sumaban unos doscientos guerrilleros, al mando directo del coronel Verduzco Bejarano y del teniente coronel J. Jesús Mejía, atacaron a los soldados callistas de Suchitlán, Col., que abandonaron el poblado y huyeron a la espesura del monte, presas del pánico.

Las fuerzas cristeras se retiraron igualmente y se ocultaron en lugar estratégico. Al amanecer del día siguiente, el clarín de los libertadores tocó a reunión y los soldados callistas, creyendo que de ellos era el toque, salieron de sus escondites y tuvieron forzosamente que pelear. La lucha no fue larga, porque los enemigos pronto se dieron por vencidos y huyeron, dejando en manos de los libertadores cuatro prisioneros: un capitán y tres soldados rasos. El capitán fue pasado por las armas y los tres soldados puestos inmediatamente en libertad.

Recogieron los cristeros, como botín del combate, nueve máuseres y una pistola calibre 45. De las fuerzas libertadoras, murió el soldado Teófilo Aldaz.

Al día siguiente, 23 de marzo, la misma columna cristera del coronel Verduzco Bejarano y el teniente coronel Mejía, marchó sobre la hacienda de Nogueras, Col.; mas era tal el miedo que se había apoderado de los callistas que, cuando los centinelas anunciaron la proximidad de las fuerzas libertadoras, optaron por abandonar Nogueras y reconcentrarse en el vecino pueblo de Comala, a pocos minutos de camino.



Cuando las avanzadas cristeras, al mando del capitán Diego López, llegaron a la hacienda, la encontraron evacuada del enemigo y se posesionaron de los fortines. El clarín de los libertadores se hizo oír entonces, indicando al grueso de los cristeros que avanzaran y entraran a la finca de Nogueras.

Entre tanto, una columna de cuarenta y cinco soldados callistas, que también había escuchado el toque de "adelante", avanzó también sobre Nogueras por otro camino. Al ser éstos avistados, los guerrilleros cristeros se aprestaron al combate, escondiéndose tras los fortines y tras los lienzos de piedra del camino.

Cuando el enemigo, que confiadamente había llegado a la hacienda, se encontraba ya dentro, los cristeros abrieron el fuego, que los callistas no pudieron contestar debidamente, rindiéndose incondicionalmente, logrando así los cristeros completa victoria sobre las fuerzas de la tiranía, a quienes hicieron, en sólo veinte minutos que duró la lucha, quince muertos y veintitrés prisioneros. Llenos de pavor estos pobres asalariados del enemigo, al caer en manos de los soldados cristeros, se ponían de rodillas, lívidos por el espanto, implorando el perdón. Después de recogérseles sus armas y cartuchos y de habérseles dado unos sablazos para escarmiento, se les puso inmediatamente en libertad.

En esta ocasión, tocó a los libertadores levantar el campo, recogiendo más de cuarenta máuseres, una pistola escuadra reglamentaria y más de ocho mil cartuchos. De parte de los cruzados se lamentó la muerte de tres valientes, a saber el teniente Ignacio López, del Segundo Regimiento Libertador, el soldado José Rodríguez que murió combatiendo y el soldado Anacleto Torres, al que le explotaron las granadas de mano que traía, debido a que recibió un golpe con un pedazo de ladrillo, cuando se demolían los fortines enemigos.

A los once días de esta acción, el 3 de abril, tocó su turno a los federales de la estación de Villegas, para ser duramente escarmentados. Eran las cinco de la mañana cuando un grupo de libertadores, integrado por elementos del segundo y cuarto regimientos, al mando de los mayores Félix Ramírez, Filiberto Calvario y Plutarco Ramírez, pusieron cerco a las posiciones enemigas. Al despuntar la primera luz de la mañana empezó la lucha. Los que se presentaron ante las trincheras de los adversarios fueron los cristeros al mando de los capitanes Inés Castellanos, Enrique Mendoza y Agustín Carrillo. Los demás, que eran la parte principal, quedaron a la retaguardia para defender las espaldas de los cruzados combatientes, en caso de que los destacamentos callistas de los alrededores fuesen a dar auxilio a los atacados, como de hecho sucedió.

El combate fue rudo, porque los jefes militares del destacamento federal resistían cuanto podían, confiando en que serían oportunamente auxiliados por nuevas fuerzas federales; mas no sabían que ya había fuerzas libertadoras preparadas para recibir a los que viniesen en su socorro. A las tres horas de lucha, la resistencia se hizo desesperada. En tanto estaban ya combatiendo, en lugares de antemano escogidos, los capitanes cristeros Andrés Navarro y Miguel González, contra los destacamentos callistas de las haciendas de San Marcos y la Esperanza, a quienes no dejaron avanzar, y sí les hicieron muchas bajas; y los capitanes Julio Velasco y Gregorio Martínez, contra los callistas de Tonilita y la Higuera, que igualmente fueron rechazados.

En esto murieron los jefes del destacamento federal de la Estación ferrocarrilera de Villegas, víctimas —se afirmó con insistencia— de sus propios soldados, y éstos, al momento, izaron un trapo blanco a guisa de bandera.

De rodillas y con los brazos en cruz, implorando piedad, recibieron los callistas a los cristeros, que saltaron victoriosos sobre los fortines enemigos, y recogieron veinte máuseres, una pistola reglamentaria y cerca de dos mil cartuchos, de los federales rendidos. A todos éstos se les dio libertad una vez que entregaron sus armas y parque y cada uno se marchó por donde quiso.



Saldo del combate: de parte de las fuerzas de la tiranía, más de cincuenta muertos, entre ellos un capitán y un teniente. De parte de los libertadores, murieron Marcelino García, J. Beatriz Espinosa, Nicolás Jiménez y otro de nombre Antonio. Se tuvieron, además, dos heridos.

## *LOS ENEMIGOS SIEMPRE EN DESGRACIA*

Ocho días descansaron los infortunados callistas de Colima para recibir nuevo y rudo golpe: el teniente coronel libertador Rafael Alvarado, al frente de los escuadrones comandados por los capitanes Guerrero y Dueñas, atacó al destacamento de la Estación de Lamadrid, logrando, después de recia lucha, poner en fuga a los soldados de Calles, a quienes hizo diez muertos, entre ellos el jefe del grupo, y varios heridos, recogiéndoles, además, diez rifles, una pistola reglamentaria y más de mil cartuchos. Por parte de los cristeros, tres heridos solamente.

Al tercer día de esta refriega, pretendiendo los soldados federales lavar la mancha de la fuga anterior, atacaron el campamento libertador del Cañón de Juluapan, en donde no encontraron sino nueva y más fuerte derrota. La columna enemiga estaba integrada por elementos de los batallones 13, 40, 33, una fracción del 90 y regional. Después de dos días de recio combatir, tuvieron que retirarse sin haber logrado, ni siquiera desalojar a los libertadores de sus magníficas posiciones, a pesar de sus múltiples tentativas, y sufriendo más de cien bajas, entre muertos, heridos y dispersos. Por parte de los libertadores, no hubo ni siquiera una baja. Fueron quitados a las tropas federales, en esta ocasión, más de mil cartuchos y dieciocho máuseres.

Para colmar los destrozos hechos al callismo, el capitán federal Antonio Santos Penne, con el teniente Juan Ordóñez y veintiún soldados rasos, se rindieron en esos días ante el jefe cristero Andrés

Salazar, jefe del sexto Regimiento Libertador, haciendo entrega de cuarenta y cinco máuseres, dos pistolas reglamentarias y veintinueve mil cartuchos.

En resumen: durante cuatro meses, en estos combates y en otros de menor importancia, no anotados aquí pero que excedieron de cincuenta y cinco, las fuerzas de la tiranía fueron duramente combatidas y humilladas, y las de los libertadores reforzadas con más de ciento sesenta máuseres, muchos miles de cartuchos y con muy vivo entusiasmo. Saldo de bajas: para los soldados calles-portesgilistas, más de cuatrocientos muertos, sin contar heridos y dispersos. Entre los cristeros, dieciséis muertos.



## Capítulo V

# A LAS PUERTAS DEL TRIUNFO

### *EL ENEMIGO SIENTE LA DERROTA*

Pero la principal herida causada a la tiranía, no estaba en lo material, no en el número de sus muertos, ni en las armas a ellos arrebatadas, sino en la desmoralización y abatimiento de sus filas.

Día a día, se desertaban sus soldados y los agraristas dejaban sus pueblos y ciudades y se trasladaban a poblaciones distantes, temerosos de una victoria final.

También en Jalisco y en otras partes de la República los libertadores habían marchado de victoria en victoria y la fiera se sentía herida y vencida. El tirano Plutarco Elías Calles y sus principales colaboradores vieron con intensa claridad que los católicos no podrían ser dominados por las armas, y por más que en los círculos oficiales se propagaban continuamente falsedades y la prensa no publicaba sino mentiras, ellos y el Ejército Nacional estaban convencidos de su impotencia y derrota.

Sobre todo esto, el gobierno calles-portesgilista tenía encima el magno problema de la revolución del general Escobar que, aunque no había estallado todavía en esos días, era ya una realidad. El espíritu de descontento, de malestar, cundía por todas las esferas, aun oficiales: el Ejército Nacional abominaba del régimen callista y era palpable, ineludible, el tremendo estallar de una tempestad por largo tiempo sofocada.

Era cierto que el gobierno de Calles y Portes Gil contaba con el

apoyo de las sectas judío-masónicas de los Estados Unidos; mas esto no obstante, ninguna esperanza quedaba, ni pequeña, de poder rendir o aniquilar a los cristeros; antes bien, el Movimiento crecía cada día en pujanza, y en el complot escobarista ellos sabían inmiscuida a una gran parte del Ejército Nacional. El problema por tanto no tenía vuelta de hoja: había necesidad de solucionar en verdad el problema religioso; que el pueblo católico mexicano quedase satisfecho de verdad con un pacto seguro, y descartado este obstáculo, dedicarse ya libremente al asunto de la rebelión militar de Escobar.

Calles y Portes Gil, entonces, resolvieron ceder y principiaron a buscar la manera de llegar a un arreglo satisfactorio y firme. Ellos querían tratar directamente con la Santa Sede y no con los señores obispos mexicanos, y perfectamente sabían que, con el Sumo Pontífice el Papa Pío XI, no tendrían acceso sin el beneplácito del episcopado mexicano.

De aquí que, ante todo, el primer problema era un arreglo previo, provisional con el episcopado mexicano; lograr de él, el "visto bueno" y la introducción ante el Sumo Pontífice.

## *EN BUSCA DE UN SACERDOTE CONSEJERO*

Los problemas para el gobierno calles-portesgilista se precipitaban y era necesario precipitar también la solución.

En la casa marcada con el número 113 de las calles de Sonora, de México, D. F., que hacía las veces de templo para algunos actos religiosos que era dable celebrar en beneficio de los fieles, de una manera oculta y burlando en cuanto era posible la vigilancia persecutoria, un día se presentó un enviado de Calles queriendo hablar con el párroco Monseñor Agustín S. de la Cueva. La sirvienta, alarmadísima, fue a la Colonia de Santa María, a comunicarlo al sacerdote, a la casa que habitaba.

La entrevista se concertó. El visitante era el señor Nozzetti, joven abogado, en realidad enviado del general Calles. Llevaba un papel escrito por él, en que decía que, poniéndose de acuerdo



sobre algunos puntos, el gobierno podría llegar a un arreglo con los católicos para terminar el llamado conflicto religioso. Y, de palabra, explicó el abogado que Calles y Portes Gil preferían entenderse directamente con el Papa.

Seguido de esto, el abogado suplicó al sacerdote que escribiera algunas bases y le dio un pliego en blanco.

Monseñor de la Cueva objetó que él no tenía ninguna autoridad para ello; pero que si se empeñaba, podría escribir algo de lo que recordaba que estaba ya pedido por los católicos.

Entonces escribió lo siguiente:

> Que se conformara el gobierno con que los sacerdotes dieran nada más que su dirección, para terminar con las grandes dificultades que traía el otro registro que se pedía.
>
> Que se devolvieran todos los edificios que habían sido quitados ya a la Iglesia desde el tiempo de Carranza.
>
> Que hubiera absoluta libertad de conciencia; libertad de prensa, de asociación y de enseñanza.
>
> Que pudieran conseguir fondos en los conventos.
>
> Que pudieran volver los sacerdotes extranjeros.

Después de todo esto, Monseñor de la Cueva nuevamente advirtió que él no tenía ninguna facultad para arreglo ninguno; que era imprescindible consultar con los señores obispos.

## *INCONTENIBLE URGENCIA*

Volvió el abogado señor Nozzetti con la contestación del general Calles consistente en las anotaciones que puso el mismo Calles, de su puño y letra, al pliego en que el sacerdote había escrito las bases. En el primer párrafo en que decía que los sacerdotes no se registraran, sino que dieran simplemente su dirección y que el Gobierno se conformara con eso, Calles anotó *Sí* y en todo lo demás, de igual manera: libertad de enseñanza *Sí;* de conciencia, etc. En todo puso *Sí.* Todo aprobó hasta lo de los conventos. Sólo en donde hablaba de la libertad de prensa, agregó Calles

estas palabras: *pero que no hagan labor contra el gobierno.* Al hablar de la libertad de asociación y de los conventos volvió a escribir: *pero que no hagan labor contra el gobierno.*

Nuevamente el ilustrado sacerdote manifestó que él nada podría resolver; que se necesitaba la intervención de los señores obispos y que, dadas las circunstancias, esto no era posible que se hiciera con la urgencia que ellos deseaban.

El abogado quería que se abreviaran tiempo y trámites y proponía al sacerdote que fueran los dos a Washington en un avión, para hablar directamente con el delegado apostólico de los Estados Unidos en cuyas manos estaban también los asuntos de México. "Así —decía el abogado— se puede arreglar todo brevemente, porque urgía aprovechar la ocasión". Además, Calles iba a salir a la campaña contra Escobar.

Y volvió por tercera vez el abogado con un oficio de la Presidencia de la República que decía:

> "El Presidente de la República autoriza al señor Agustín de la Cueva y al señor Nozzetti, para tratar el arreglo de la cuestión religiosa con el Delegado de Washington".
>
> Firmado, Emilio Portes Gil, Presidente de la República Mexicana.

Aquel oficio llevaba los sellos de ordenanza de la Presidencia de la República.

No obstante todo —como era deber suyo—, Monseñor de la Cueva entrevistó al Excmo. y Rvmo. señor Núñez, del Comité Episcopal. El Excmo. señor Obispo Núñez prometió reunir a los demás Excmos. Prelados que componían el Comité para que dictaminaran sobre el asunto. Dadas las circunstancias dificilísimas de penas y peligros en que entonces se vivía, no fue cuestión de pocos días lo que el Comité Episcopal necesitó para reunirse y dictaminar.

Entre tanto, como más y más apremiaba a los hombres que estaban en el poder el arreglo de la cuestión, se decidió el abogado a echarse, personalmente, en busca de alguno de los señores obispos mexicanos para, por medio de él, recabar la necesaria apro-



bación de las negociaciones y, después de varios intentos infructuosos, logró entrevistar al Excmo. señor Castellanos, Obispo de Tulancingo.

Lo que el abogado Nozzetti, intermediario de Calles y Portes Gil, requería del V. Episcopado, era la aprobación de las negociaciones y el que se le facilitase el acceso al Romano Pontífice el Papa Pío XI.

Presentó el abogado Nozzetti al Excmo. señor Obispo Castellanos un pliego del general Calles en donde éste exponía las bases del arreglo. (Este documento original existe al presente en Roma, pues fue entregado en el año 1930 a la Secretaría de Estado de la Santa Sede. Además, de todas estas gestiones existe amplia documentación juramentada en los archivos de *Vita México*).

## *LAS PROPOSICIONES DE CALLES*

He aquí copia íntegra y textual del escrito:

> Puntos que definen el acuerdo a que podría llegar el gobierno de la República Mexicana con su Santidad el Papa, en el conflicto religioso que afecta al país en general:
>
> I.—Todos los sacerdotes, curas y clero en general deberán dar el domicilio en donde viven y el ejecutivo tomará esta actitud como el registro que con anterioridad exigía el ayuntamiento.
>
> II.—Todos los templos, Seminarios, Escuelas y en general todos aquellos edificios que fueron del uso de la Iglesia Católica y que en el año de mil novecientos diecisiete le fueron quitados por el gobierno del señor Carranza, le serán devueltos.
>
> III.—Se podrá tener libertad de conciencia en absoluto.
>
> IV.—Libertad de imprenta no atacando al gobierno constituído.
>
> V.—Libertad de enseñanza.
>
> VI.—Libertad de asociación, A y B:
>
> a). Los directores en general, de conventos y asociaciones católicas tendrán que dar parte a la Secretaría de Gobernación manifestando de cuántos religiosos se compone el convento, o bien de los socios con que cuenta la mencionada asociación; pudiendo gozar los derechos que tienen las asociaciones de beneficencia privada.

VII.—Los sacerdotes extranjeros podrán regresar a la República para el ejercicio de su cargo.

VIII.—El gobierno cree firmemente que arreglados los anteriores puntos se podrá llegar a un acuerdo final.

De la cláusula V, segundo punto llamado B) En estos conventos o sociedades religiosas no tendrá que haber política contra el gobierno en ninguna forma.

Hasta aquí, el documento del general Plutarco Elías Calles.

El anciano Obispo de Tulancingo, Excmo. señor Castellanos, prometió que a la mayor brevedad se pondrían a consideración de los demás señores Obispos las proposiciones del general Calles y que se procedería con la mayor diligencia. En efecto, entrevistó al egregio señor de la Mora, Dignísimo Obispo de San Luis Potosí, y éste convocó a los demás Excmos. Prelados. La reunión de señores Obispos, se efectuó en breve, asistiendo siete u ocho de los que residían en la capital y ciudades circunvecinas.

La impresión episcopal fue favorable. Sin embargo, se creyó conveniente puntualizar más aquellos puntos y se hicieron proposiciones para que, por medio del abogado, se llevaran a los señores Calles y Portes Gil.

Y las entrevistas entre el señor Obispo Castellanos y el enviado representante de los hombres que ocupaban el gobierno de la República se multiplicaron y, de igual manera, las reuniones de los señores Obispos hubieron de repetirse.

En una de tantas ocasiones, no fue únicamente el abogado de costumbre el que entrevistó al Prelado —dejó escrito el mismo señor Castellanos en documento juramentado (archivos L. N. D. L. R.)—, sino que lo acompañaba uno de los generales más distinguidos y representativos, quien encomiando la urgencia de un arreglo definitivo, hablaba del fracaso militar en la campaña cristera; pues los cristeros combatían —decía él— por ideales, no así los soldados del gobierno. De aquí que aquéllos se sostengan y combatan y éstos busquen la manera de mejor acomodarse, evitar el peligro y desertar y de aquí también que el problema cristero vaya creciendo día a día, en proporciones e intensidad.



Por fin, después de varias entrevistas del abogado Nozzetti y el señor Obispo Castellanos, lograron llegar a un convenio satisfactorio el V. Episcopado Mexicano y los señores Calles y Portes Gil.

## *A LAS PUERTAS DE LA VICTORIA*

A Roma marcharía en breve una comisión representativa del entonces gobierno de la Revolución Mexicana. El Comité Episcopal se encargaría de lograr ante la Santa Sede una benévola acogida y respaldaría a los enviados. Ya no era cuestión sino de días para emprender el viaje al Vaticano; cuestión de un poquito de tiempo para la celebración de un arreglo definitivo que era un verdadero triunfo para la causa de los Cristeros; pues en ese arreglo quedarían aseguradas, de un modo firme y estable con la Santa Sede, las libertades esenciales por cuya reconquista tanto el México mártir había sufrido y luchado... Finalmente se llegaba al término: la victoria se tocaba ya con las manos... Un solo peldaño más y todo estaría terminado... México, el México de Santa María de Guadalupe, el abanderado de Cristo Rey, el México de los mártires, iba a cubrirse de gloria, resolviendo por sí mismo, sin más ayuda que la ayuda de Dios, sus propios destinos.

## *LA MAS GRANDE Y TENEBROSA INSIDIA*

Y mientras esto pasaba, nuestros viejos enemigos, las sectas judío-masónicas de Norte América, intervinieron con su política nefanda. Jamás a esos hombres hubiese convenido que México, por sí solo, remediase sus problemas; menos aún que se cubriese de gloria tan singular ante la faz del mundo... Y la brillante silueta de la victoria, perfilada en el horizonte, se cubrió con las tinieblas espesas de una helada noche de viernes santo.

Capítulo VI

# LA HORA DE LAS TINIEBLAS

## *MR. DWIGHT W. MORROW*

Y SUPO EL ASTUTO EMBAJADOR norteamericano Mr. Morrow, con diplomacia diabólica, hacer desistir a Calles y Portes Gil, por una parte, para que no fuesen a concluir ante el Romano Pontífice las negociaciones que habían principiado a hacer con los Excmos. señores Obispos que residían en México, y hacer caer en el lazo, por la otra, a los Excmos. señores don Leopoldo Ruiz y Flores y don Pascual Díaz y Barreto, elementos representativos del Episcopado Mexicano, residentes en Estados Unidos, para que de nuevo intentasen llegar a un "arreglo" con el gobierno de Calles y Portes Gil, para reanudar el culto público de la nación.

Había ya la circunstancia de que en esos días el astuto y perverso Mr. Morrow había hecho llegar su influencia hasta la misma Sede Apostólica, ante el mismo Sumo Pontífice Pío XI. La astucia diabólica con que este problema se trabajó casi no puede tener igual.

Ignoraban los señores Obispos don Leopoldo Ruiz y Flores y don Pascual Díaz y Barreto, las magníficas negociaciones que en México se habían estado llevando a cabo y el proyecto de que tuvieran su feliz remate en el mismo Vaticano. Más aún, al Sumo Pontífice, a quien hacía tiempo que se estaba trabajando y se le había ocultado el verdadero estado de la cuestión mexicana, de ninguna manera había llegado la noticia del magnífico horizonte



que se presentaba, con las negociaciones que en México se habían estado realizando.

Hubo engaño, hubo negra perfidia en la intromisión de las sectas judío-masónicas yanquis, en el capital problema de México; perfidia satánica.

## *LOS AVISOS DE LA PRENSA*

El diario *Excélsior,* en su número correspondiente al 14 de mayo de ese año 1929, dio a conocer esta noticia:

> Washington, mayo 13. "El arreglo de la cuestión religiosa de México durante el verano de este año, es juzgado como muy probable en los centros diplomáticos de Washington. Se espera de un día a otro que lleguen órdenes del Vaticano, para que el Arzobispo Leopoldo Ruiz y Flores regrese a México, a fin de conferenciar con el Presidente Provisional, licenciado Emilio Portes Gil. En los mismos centros se dice que Morrow está resuelto a que las negociaciones sean llevadas a feliz conclusión y que ha empleado comedidamente la influencia del Departamento de Estado sobre el gobierno mexicano para lograr una transacción".

## *LA ANGUSTIA EN MEXICO*

Los Excmos. señores Obispos residentes en México, sobre todo los del subcomité Episcopal: Monseñor don Miguel de la Mora, Monseñor Manuel Azpeitia y Palomar y Monseñor Castellanos temblaron de angustia. Las brillantes esperanzas, las excelentes negociaciones entre ellos y el gobierno calles-portesgilista se hundían. Otra vez Morrow; otra vez el Padre Burke y los señores del National Catholic Welfare Conference, otra vez Monseñor Ruiz y Flores y Monseñor Díaz. Había sin embargo una esperanza: al llegar, les pondrían al tanto de lo que ya estaba tratado para que no se dejasen enredar.

## *LA ESPERANZA, PERDIDA*

El día 5 de junio salieron de Washington los dos Obispos mexicanos y también Mr. Morrow.

En San Luis Missouri, Mr. Morrow mandó poner su carro especial en el mismo tren en que viajaban los Prelados, los cuales fueron invitados a pasar a él. Ellos accedieron.

En San Antonio Tex., Mr. Morrow hizo desenganchar su carro para no llegar juntos en el mismo convoy a México.

En la estación de Huehuetoca, después de haber pasado Querétaro, recibieron los dos señores Obispos instrucciones de bajar en la estación de Lechería, pues se querían tomar las precauciones necesarias para que no fuesen a hablar con nadie. Los enemigos, los perversos, los malvados, sentían pánico de que Mons. Ruiz y Flores y Mons. Díaz y Barreto se fuesen a enterar de lo que ya, entre el general Calles y los señores Obispos residentes en México, se había estado tratando. Por tanto habrían de estar incomunicados del todo.

## *EN LA CASA DE DON AGUSTIN LEGORRETA*

Y fueron llevados en coche a la casa del señor don Agustín Legorreta, de Avenida Insurgentes de la ciudad de México.

"En vista de tanta excitación como sabíamos que había —confiesa Mons. Ruiz y Flores en sus *Memorias*— nos propusimos no recibir a nadie, y así fue que ni a los mismos señores Obispos quisimos recibir".

En efecto, cuando se supo de la llegada de los dos Prelados que, con autorización de la Santa Sede —decía la prensa— habían de pactar con el gobierno de Calles y Portes Gil, el Excmo. señor Obispo don Miguel de la Mora, presidente del Subcomité Episcopal, mandó decir a Mons. Ruiz y Flores que tenía grandes y urgentes cosas que comunicarle; que no fuera a pactar nada sin antes oírlo. Respuesta: Que dispensara; que no podía recibirlo.



Nuevamente, alarmado, Mons. don Miguel de la Mora repite su súplica. La misma respuesta.

Y el santo obispo Excmo. señor de la Mora, se decide a jugar el todo por el todo y personalmente se presenta en la casa del señor Legorreta.

Y el señor Ruiz y Flores, sin dejarse ver, mandó decir al egregio Prelado que solicitaba verlo: Que dispensara; pero que no podía hacerlo, porque tenía instrucciones de no hablar con nadie.

## *LAGRIMAS*

Y el Excmo. señor Obispo don Miguel de la Mora se volvió llorando, y lloró también el santo hombre de Dios, señor Obispo Castellanos. De él decía al que esto escribe un amigo íntimo de él, que había llorado como un niño.

Ya después lloraría, porque lloró de verdad, el mismo señor Arzobispo Ruiz y Flores, cuando se vio burlado, cuando vio el fracaso de aquellos "arreglos, si arreglos pueden llamarse", según él mismo escribía de su puño y letra, al señor Obispo Azpeitia y Palomar.

Lloraría también —cierto, seguro, verídico— el mismo Augusto Pontífice Pío XI cuando se vio engañado.

"Yo mismo he visto llorar al Papa cuando trata el asunto de los arreglos de México: L' ho visto piangere" —decía el Cardenal Boggiani, al Vice-Presidente de la L.N.D.L.R., Lic. don Miguel Palomar y Vizcarra, y al que esto escribe, allá en la ciudad de Roma, en el año de 1930.

No hay duda que el Papa Pío XI nos amaba con entrañable amor de padre. Ahí está su lúcida figura, su gallarda actitud en favor del pueblo que llevaba en el corazón y... si cedió, cedió porque... en aquellos momentos, eso consideró como el menor mal para su pobre México, según le fueron presentadas las cosas. Cedió por amor, no sin lágrimas en sus ojos, y concedió su Suprema Autorización Pontificia para aquellos arreglos de cuya feliz actuación respondía el hombre del Norte.

Y mientras en Estados Unidos, desde principios de mayo se fraguaba el complot contra la Iglesia en México, aquí en la Nación, como parte del programa, se hacía el último y titánico esfuerzo en contra de los soldados de Cristo en los campos de batalla, y de los católicos de espíritu más viril en las ciudades, con el fin de destrozar, si posible fuera, a los primeros, y desvirtuar a los segundos, para que la obra estuviese completa.



SECCIÓN OCTAVA

# LA PRUEBA SUPREMA

(1929, mayo a julio)

## Capítulo I

## ULTIMA TENTATIVA DE LA TIRANIA PERSEGUIDORA. A LAS ISLAS MARIAS

PERO EL SEÑOR, que estuvo con los militantes de la Cruzada de Cristo Rey, desde el principio, habría de estarlo hasta el final. Los hechos gloriosos y portentosos de los primeros días de la campaña cristera se repetirían en los postreros; aquellos macabeos, antes de dispersarse, deberían bañarse con más fulgente gloria, quebrantando el poder de las formidables columnas enemigas, y los católicos de los pueblos y ciudades deberían presenciar, a su vez, un nuevo espectáculo de dolor, altamente glorioso.

### *EN LA CARCEL DE ESCOBEDO*

Desde la Semana Santa estaban en la prisión de "Escobedo", en Guadalajara, Jal., las señoritas colimenses Adela López, M. Trinidad Preciado y M. de Jesús Vargas que habían sido aprehendidas, porque un estudiante de Colima que hacía su profesional, las denunció, para hacer méritos, dijo él, para lograr su título.

Estas tres eran de las heroínas colimenses que en medio de mil privaciones y sufrimientos, con espíritu varonil y sublime, proveían a los Cruzados de cartuchos. Habíaseles aprehendido, precisamente, en el andén de la Estación de Guadalajara, en el momento de tomar el ferrocarril que las conduciría a Colima, llevando a los libertadores correspondencia y municiones. Lo que estas heroínas de Cristo, en especial las dos últimas sufrieron en manos de los in-

fames, y los procedimientos inicuos que se emplearon para castigarlas, sólo pueden compararse a los martirios de las Santas Vírgenes que en los primeros siglos del Cristianismo sufrieron por su fe, con los nefandos procedimientos de los verdugos romanos.

¿De qué atropellos no serían víctimas estas dos vírgenes, cuando una de ellas, la señorita Preciado, fue sacada como muerta del cuartel de policía y sólo tres días más tarde recobró el conocimiento? ¿De qué no serían capaces el coronel Rafael Rubio, Inspector General de Policía, y sus acompañantes, si para volver en sí a la casi muerta doncella, recurrieron al salvajísimo procedimiento de golpearla más aún y encajar sus dientes, como perros rabiosos, en la carne de su víctima, dándole horribles mordidas? Y sin embargo, el sufrimiento no las amilanó y así, procurando serenar su rostro y sus almas, no obstante que su pan cotidiano fuese el de las lágrimas y el dolor que endulzaba el Espíritu de Dios, ellas cantaban, rezaban en público y se mostraban, como en realidad lo era, con el alma inundada por la paz divina.

Ellas mismas, nuestras prisioneras colimenses, compusieron allí mismo, en la tétrica prisión de *Escobedo,* un canto dulce que entonaban con la melodía de *El Faisán.*

Reproducimos algunas estrofas de ese canto que, cristianamente inspiradas, compusieron esas heroicas mujeres, improvisadas poetisas.

*Escobedo, tus muros no son*
*ni terribles ni fríos para nos;*
*no se extraña de madre el calor,*
*si nos trajo la causa de Dios.*

*Tranquila es la vida*
*de aquel que persigue un ideal*
*de justicia y de amor,*
*el deber cumplido da paz, y no admite*
*que anide un momento el dolor.*

*No importa dejar a los seres queridos,*
*la ausencia de todos llorar.*
*Valor, compañeras, tejamos guirnaldas,*
*pues Cristo tendrá que reinar.*



*Lejos de los nuestros, lejos del hogar*
*en prisión nos verán sonreír;*
*no es honroso al soldado llorar*
*que ha jurado vencer o morir.*

*Herid, oh tiranos, el pecho bendito*
*que guarda de Dios santa Ley.*
*El mártir cristiano muere victorioso,*
*gritando: Viva Cristo Rey.*

## *LA CUERDA DE LOS MARTIRES*

El día 8 de mayo, cerca ya de la media noche, comenzó a circular entre el gran número de católicos que por la causa de Cristo estaban en las prisiones de la ciudad de México, el aviso de que presto, después de breves instantes, serían conducidos a la colonia penal de las Islas Marías. Entre las personas que debían ser deportadas, se encontraba la Madre Sor Concepción Acevedo de la Llata.

Los movimientos que hicieron los perseguidores para disponer la salida se ejecutaron rápidamente y en medio del mayor sigilo, tanto para evitar amparos y trámites que les estorbaran sus planes —pues la pena se iba a imponer sin haber mediado juicio ni sentencia— como para que no fuesen a detener el tren en su carrera algunos de los grupos de los libertadores, y rescatasen a los presos por la fuerza.

El tren de los prisioneros partió rumbo al puerto de Manzanillo en Colima. Casi en todas las estaciones, la "cuerda" iba engrosando, con más campeones de Cristo.

En Guadalajara, Jal., entre otras personas, subieron a las señoritas Adela López, M. Trinidad Preciado y M. de Jesús Vargas de que en líneas anteriores, en este mismo capítulo, se ha hecho mención.

De Guadalajara siguió el tren su marcha, sin detenerse sino en los lugares en donde tenían que recoger más presos.

Como a las tres de la tarde llegó el convoy a Colima. Allí su-

bieron a la señora María del Carmen Cruz, de Comala, y, en la estación siguiente, Coquimatlán, a la señora Marciana Contreras, de San Jerónimo, y a las señoritas María Salomé Ortega y Marcelina Camarena. Las primeras estaban presas hacía ya algunos días, en Colima; Marcelina lo había sido unos momentos antes; la habían aprehendido en la misma ciudad de Colima a golpes y con malos tratamientos, mas la intervención del juez de Distrito logró arrancarla a tiempo de manos de los tiranos, y regresó del puerto de Manzanillo. Fue también aprehendido, en la misma estación ferrocarrilera de Coquimatlán, el joven de la A.C.J.M. Urbano Rocha Fuentes y agregado al grupo de católicos que salían al destierro.

Eran poco después de la 6 p. m., cuando con los nuevos presos partió el convoy. Todos iban en furgones de carga, apiñados como si hubiesen sido animales. Al entrar la noche, desafiando las iras de los enemigos, rezaron en coro el Santo Rosario y cantaron alabanzas religiosas.

### *COMO SUFREN LOS MARTIRES*

Debía ser como la medianoche cuando llegaron al puerto de Manzanillo, Col. Amarrados fuertemente los hombres, como si hubiesen sido peligrosos criminales, fueron conducidos separadamente de las mujeres, a prisión distinta; ambos grupos iban entre gruesas filas de soldados. Tres días permanecieron en el puerto los que iban al destierro, esperando el barco que les conduciría a su triste destino, y aquellos tres días fueron de grande edificación para los moradores del lugar, porque a todos maravillaba, no ya la resignación y paz con que soportaban la tribulación los campeones de Cristo, sino la alegría con que sufrían lo presente y esperaban lo porvenir.

Con frecuencia, principalmente por las noches, rezaban en coro el Santo Rosario y entonaban himnos religiosos que se oían a lo lejos, conmoviendo a los amigos y aun a los indiferentes, y confundiendo a los enemigos.



Las familias piadosas, abriéndose paso y desafiando el disgusto de los adversarios, les acompañaron y visitaron cuantas veces fue posible, confortándolos con palabras de aliento y socorriéndoles, no sólo con alimentos, frutas y dulces en abundancia, sino con ropa y con calzado.

El día 13 llegó al puerto el *Washington,* vapor que debía llevarlos a la Colonia Penal. A las doce del día y entre gruesas filas de soldados, fueron conducidos los reos a la embarcación. Casi todo el pueblo de Manzanillo salió a acompañarlos y despedirlos. El cuadro era de los más hermosos: hombres, mujeres y niños, cuando ya el vapor salía, agitaban en el aire sus sombreros o su pañuelo diciendo adiós a los desterrados: Adiós, benditos soldados de Cristo. Adiós, dichosos mártires, que sufrís por Cristo Rey. Adiós, adiós, que el Señor os dé fuerzas para sufrir por El, y el *Washington* partió.

A las cuatro de la tarde del día siguiente, atracó el vapor frente a la Isla *María Madre,* y los deportados comenzaron a salir en pequeñas canoas. Cuando terminó el desembarque, se formó a todos y se les condujo a la "barraca", que es una especie de galera grande y vieja, construída de madera, en muy malas condiciones, pestilente y llena de chinches y otros insectos.

Se procedió a desnudar a los hombres, se les quitaron todos los objetos piadosos que llevaban, medallas, rosarios, etc. Las mujeres, entre tanto, habían sido conducidas a otro lugar.

### *A TRABAJOS FORZADOS*

Al día siguiente se les hizo bañarse, se les rapó por completo la cabeza y empezaron los días de esclavitud. Unos fueron dedicados a llevar adobes, que pesaban alrededor de veinte kilos cada uno, y era preciso terminar la tarea señalada; otros fueron destinados al desembarco de los vapores que llegaban a la isla, lo cual era uno de los oficios más pesados, puesto que cada tercio pesaba cien o más kilos; otros, a hacer leña, o cal, o sal. Todo esto en medio de un calor asfixiante.

Muchas veces aquellos jóvenes sintiéronse desfallecer y, agotados, no pudiendo con la faena, ejecutaron mal el trabajo y cayeron bajo el peso de su carga; pero detrás estaba siempre, iracundo, el capataz, que a gritos y golpes les obligaba a levantarse y proseguir.

La comida era una miserable ración propia de esclavos, nauseabunda y repugnante.

La Madre Concepción, Salomé Ortega y otra señorita de Guadalajara, fueron tratadas con relativas consideraciones por el general Múgica, que las llevó a su casa. Las demás señoras y señoritas fueron destinadas, unas a dar de comer a los presos, otras, a ser sirvientas en las casas de los empleados. Todas sufrieron mucho y tuvieron que trabajar en labores muy rudas al mandato de duros amos.

Otro de los sufrimientos en aquellos lugares, fue la clase de habitantes de la isla, toda vez que allí son llevados únicamente los individuos más degenerados de la sociedad, los criminales y malhechores que no es posible soportar en el país. Aquello es la escoria de la Nación y para tales personas, tales capataces.

Hubo algunos de los católicos deportados que con aquellos trabajos, mala alimentación, el clima ardiente y la pésima manera de vivir, pronto cayeron enfermos y tuvieron que estar en el hospital de la isla postrados en su duro catre.

Entre lágrimas y angustias, comiendo y durmiendo mal, pasaban los días del destierro y esclavitud bajo el látigo de los faraones; pero los deportados ni se desalentaban ni abatían, sino antes bien se templaban en el dolor.



## Capítulo II

## LA TIRANIA SE ACENTUA. NUEVAS APREHENSIONES, NUEVOS DESTIERROS, NUEVOS FUSILAMIENTOS

### *ULTIMA FURIA DE LA FIERA HERIDA*

TANTO RIGOR, TANTA ARBITRARIEDAD, crueldades tantas, no atemorizaban a los demás católicos que seguían en las ciudades trabajando con grandes bríos; pero tampoco se saciaban los instintos inhumanos de los ministros de la tiranía. En Colima, al igual que en las demás parte de la Nación, continuaban las aprehensiones, los destierros y los fusilamientos.

Entre las aprehensiones de más significación en estos últimos meses, registráronse la de la señorita profesora M. Guadalupe Ramos, a quien se arrestó por habérsele encontrado, al catear su casa, un nombramiento de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa; la de la señora Indalecia Llerenas y de su hija María Vázquez, a quienes con golpes e injurias se condujo a la prisión; la del señor Gildardo Figueroa y de su esposa M. Guadalupe Torres, y la de las señoritas Juana, M. de Jesús y Marciana Preciado. Todas estas personas fueron aprehendidas en la mañana del 2 de junio, denunciadas por la cuñada de un gendarme que fue descubierta cuando conducía una canasta con parque que había vendido a los libertadores. Se les condujo, no a la prisión civil, sino al cuartel general, y allí permanecieron, al igual que la señorita profesora Juana Sánchez —arrestada el día 11— hasta el

13 del mismo mes, en que fueron trasladadas a la cárcel civil, llena entonces de católicos que habían sido traídos de Comala.

### *NOCHE INFERNAL*

Estos últimos prisioneros de uno y otro sexo, en número como de sesenta, habían sido aprehendidos la noche del día primero, sin ningún otro "delito" que tener en las filas de la Cruzada a algún miembro de su familia. Toda la noche del 1o. al 2 empleáronla los perseguidores en arrestar familias. A quien al simple llamado no abría inmediatamente la puerta de su casa, le obligaban a hacerlo con gritos y amenazas, y la puerta que no era abierta, era derribada a golpes, y aun ancianos, mujeres y niños fueron sacados de sus lechos en que dormían, para llevarlos a la prisión.

Un día permanecieron aquellos arrestados, en su pueblo de Comala, y al día siguiente, sin habérseles permitido tomar nada de alimento y a pie, fueron conducidos bajo la custodia de grueso piquete de soldados, a la cárcel de Colima.

Los hombres iban amarrados como criminales y las mujeres, a pie como aquéllos, llevaban en los brazos o de la mano, a los pequeñuelos que lloraban de espanto y se abrazaban a ellas al ver los rostros iracundos de los esbirros. Había madres que llevaban tres y más niños y aun criaturas recién nacidas.

### *AUN MAS MARTIRES*

Entre los acejotaemeros que por la Causa de Cristo dieron su vida en estos mismos días, se encuentran los jóvenes Apolonio Sánchez y Abraham Basilio Cisneros.

El primero era un distinguido alumno del Seminario Diocesano, en el cual cursaba laudablemente la Sagrada Teología. El segundo había sido también seminarista; mas por su salud deficiente habíase visto precisado a abandonar la carrera. Ambos hacía ya tiempo que se encontraban en el pueblo de Minatitlán, Col., controlado por los libertadores.



El 31 de mayo llegaron allí fuertes columnas enemigas con motivo de la última campaña, y haciendo prisioneros a cuantos encontraron complicados en la gloriosa causa del movimiento cristero, los pasaron por las armas. Entre estas víctimas estuvieron no sólo los jóvenes antes nombrados, Apolonio Sánchez y Abraham Basilio Cisneros, sino el señor Albino Cisneros que era el Comisario cristero del lugar, Bernardino Franco, Genaro Ordóñez, Francisco López y Leodegario Ruiz.

Estos 7 hombres, creyentes y piadosos, se encontraban rezando en el templo. Se les dijo que el enemigo se aproximaba y ellos continuaron orando. Cuando quisieron huír, no fue ya tiempo; cayeron bajo las balas de los enemigos, en el atrio mismo de la iglesia.

### *EL PADRE DON MARGARITO VALERA*

En junio hubo dos nuevos sacerdotes mártires: los PP. Margarito Valera y don Luis Orozco.

El primero era el sacerdote encargado de la Vicaría de Minatitlán. Celoso pastor, no abandonó a sus hijos en medio de la tribulación y, vestido de ranchero, con su sombrero grande, calzón ancho y ceñidor azul, anduvo con ellos en cerros y barrancos, llevando vida de fugitivo.

Por lo general, cuando no había peligro extraordinario, se le encontraba en Toxín, Jal., pequeño poblado de su misma vicaría, situado entre montañas; pero de allí salía con frecuencia, llamado por el deber, para atender en cuanto le era posible, a las necesidades espirituales de sus hijos. Fue tomado prisionero el día 3 del mes de junio, en ese pueblo de Toxín, Jal., por las mismas fuerzas del general José Ortiz, y fusilado en la montaña, en el camino que lleva a San Pedro, Jal.

Era originario de la ciudad de Colima y ejercía su ministerio sacerdotal en Autlán, Jal. Lo aprehendió, el 13 de junio, el general José Ortiz, con lujo de inhumanidad e impiedad, injuriándolo y maltratándolo de mil maneras. Fue conducido preso para llevarlo a Guadalajara, Jal., sin permitírsele tomar nada de alimento, sobre una mula bruta, con aparejo de carga y en medio de la soldadesca impía que hizo de él un continuo objeto de mofa.

Al día siguiente, ya cerca del obscurecer, cuando iban en lo más áspero e intrincado de la serranía, entre Juchitlán, y San José, Jal., un soldado dio con su máuser un fuerte culatazo a la bestia en que iba el sacerdote; el animal empezó a reparar y lo arrojó al momento al suelo. Al caer el mártir, dio con la frente contra una piedra, hízose una grande herida y se desmayó por la fuerza del golpe. Cuando hubo vuelto en sí, bañado con la sangre que abundante le manaba, fue obligado a continuar a pie el camino; pero debido a la hemorragia que lo iba debilitando, muy pronto empezó a languidecer y agotarse y, no obstante los gritos e injurias de los soldados que le compelían a andar, no podía hacerlo, sino poco a poco y con gran trabajo, por lo cual, impacientes los criminales verdugos, le dieron un balazo y le arrojaron por una pendiente para que acabase de morir. Agonizante el sacerdote se detuvo entre las piedras y arbustos del precipicio, y entonces descendieron algunos otros infames, le despedazaron la cara con una piedra para arrancarle unos dientes que tenía con rellenos de oro, y uno de ellos desenvainó su bayoneta y se la hundió en el pecho.



Capítulo III

# PRELIMINARES DE UNA GRAN CAMPAÑA. ASTUCIA DE UN PERSEGUIDOR. EL BOMBARDEO

## *EL GENERAL ORTIZ A COLIMA*

Vayamos ahora a la última formidable campaña que contra los cruzados de Cristo desarrollaron los enemigos, no sólo con el designio de vencerlos y derrotarlos, sino de aniquilarlos por completo, antes de que, en virtud del "modus vivendi", que ya se principiaba a concertar en esos días, se viesen obligados a darles, aunque fuesen momentáneas y aparentes garantías, que serían ocasión de que muchos se salvasen.

Eran los primeros días del mes de mayo. La campaña en contra del general Escobar, que por motivos políticos se había sublevado en el norte de la República, terminaba y, concluída, pensóse emplear en contra de los libertadores colimenses, una de las más fuertes columnas que allá habían operado, al frente de la cual se colocó al general Eulogio Ortiz, uno de los militares que por su impiedad propia de energúmeno, que le llevó alguna vez a decir que su dios era el demonio, figuró destacadamente entre los servidores de Plutarco Elías Calles.

A mediados del mes de mayo llegaron a Colima, en largos trenes militares, las tropas callistas de dicho general Ortiz, haciendo lujo de su gran poderío bélico, pretendiendo infundir, no solamente pánico, sino la seguridad de que acabarían por completo con

todos los insurrectos cristeros, despoblando de libertadores las montañas y los valles y barrancos de toda la región de Colima.

De esta suerte, en espectacular desfile, recorrieron, de la estación, al centro de la ciudad, pasando por la calle principal, los 5,000 soldados de la tiranía calles-portesgilista que acababan de llegar, con todo su armamento bélico: fusilería, cañones, ametralladoras y una excelente, magnífica caballada traída del norte; de gran alzada, fuerte, de color rojo retinto casi toda. El desfile por la ciudad de este aparatoso contingente militar, jamás visto en Colima, duró desde las primeras horas de la mañana, hasta después del medio día.

Al campo de aviación llegaron por el aire los aviones de guerra dotados de ametralladoras y de maquinaria especial para arrojar grandes bombas.

Los católicos vecinos temblaban de terror, al contemplar tanto aparato. Muchos derramaban lágrimas: ¿Qué irán a hacer los nuestros? —era la pregunta angustiosa de la mayoría, al contemplar tantos soldados, tan bien armados, tantas piezas de artillería y los temibles aviones de guerra.

—Esto servirá para probarles Dios a los enemigos, que contra sus soldados nada podrán, aunque salga el infierno a combatir —contestaban algunos llenos de fe. Así debía ser, y así fue:

*Cantad, cantad, cantad, cantad,*
*Que al cabo mi Cristo no muere.*
*Reíd, reíd, reíd, reíd,*
*Que al cabo contra El nadie puede.*
*Valor, valor, valor, valor,*
*Que al cabo el Señor nos ayuda.*

## *ALTANERIA Y SOBERBIA*

Altivo, soberbio, altanero como ninguno, Eulogio Ortiz llegó a Colima y con todos se mostró así. El creía que a la primera acción suya haría lo que nadie había logrado en Colima, ni siquiera el propio Secretario de Guerra y Marina general Joaquín Amaro y así lo decía con toda desfachatez y soberbia. "Haría retemblar los montes y de los cristeros no quedaría ni uno".



Y por conducto del Presidente Municipal citó a Palacio de Gobierno a todos los hacendados, ganaderos, comerciantes e industriales de Colima.

Con garbo de tirano y arrogancia de déspota, se presentó Eulogio Ortiz ante aquel conjunto ciudadano representativo de Colima. Y con lenguaje de cuartel y gritos, culpó a los allí presentes del problema militar de Colima; pues si los cristeros se habían multiplicado, eran ellos los responsables, porque de ellos se sostenían aquéllos. Que él, en su campaña —dijo—, acabaría hasta con los cerros; que se ponía 24 horas de plazo para terminar con todos los insurrectos, y que si éstos después se reproducían y aparecían de nuevo, vendría y acabaría, ya no con los rebeldes del cerro, sino con los hacendados, comerciantes e industriales de Colima. Y, para más ostentación, puso avisos que se fijaron en las esquinas de la ciudad.

## *LA INSIDIA BIEN URDIDA*

La primera providencia del astuto general Ortiz fue mandar a los campamentos de los soldados de Cristo Rey, al sacerdote J. Andrés Lara, jesuita, que traía preso desde el norte, con el fin de que éste les propusiera la rendición y los inclinase a ella, haciéndoles conocer la terrible persecución que les esperaba.

Mandado por el general Eulogio Ortiz se presentó el aludido sacerdote al atardecer del 24, en el campamento cristero de La Palmita en Cerro Grande, que era el más cercano de la ciudad.

La primera impresión que causó, fue de alegría. Corrieron todos hacia él, besaron con reverencia su mano y se agruparon a su derredor. Era la víspera del domingo de la Santísima Trinidad, y los cristeros y sus familias se regocijaron porque iban a tener Misa al día siguiente; pero aquella impresión cambió luego, porque el sacerdote, sin más rodeos, después de decirles que era pri-

sionero, les dijo que iba enviado por el general Ortiz para proponerles la amnistía y recibir su resolución.

### *¿SACERDOTE O ESPIA?*

Narróles lo formidable del poder enemigo, los elementos de combate de que disponía el general Eulogio Ortiz y cómo no sería posible resistirle. Los libertadores, campesinos casi en su totalidad, sin encontrarse con ellos en aquellos días ni el coronel Verduzco Bejarano, ni el teniente coronel Alvarado, porque habían ido al Volcán a conferenciar con el jefe, empezaron a desconfiar; no creyeron que fuese sacerdote, sino explorador enemigo o, a lo menos, algunos de los sacerdotes cismáticos del Patriarca Pérez.

Lo veían de arriba abajo, con mirada escudriñadora, y todo les parecía confirmar sus sospechas: su sombrero tejano, su pantalón de montar, su calzado, el caballo con la marca del enemigo, etc. Y mientras él procuraba describirles la clase y cantidad de soldados que estaban dispuestos para la campaña y les hablaba de los cañones, ametralladoras, aviones y demás elementos de guerra de que disponía el enemigo, los cristeros con frialdad contestaban: "Con todo eso, usted verá cómo no nos hacen nada, porque Dios nos ayuda".

Llegó pronto el momento en que aquellos soldados cristeros no pudieron guardar en su corazón la grave sospecha que había germinado y creado raíces, e interrumpieron las palabras del sacerdote diciéndole con rústica y varonil franqueza:

—Usted no es sacerdote, por más que lo diga, sino un explorador enemigo que vino a darse cuenta de nuestras posiciones.

—Soy religioso, sacerdote jesuita, a quien el general Eulogio Ortiz trajo prisionero. Mandado por él he venido con ustedes.

—Si fuese sacerdote, no viniera a decirnos que nos rindiésemos a los enemigos.

—No vengo a decirles que se rindan, sino a poner en conocimiento de ustedes la fuerza de los enemigos y cómo, para evitar



el derramamiento de sangre, el general Ortiz les propone que se rindan; pero ustedes sabrán lo que hacen.

—Usted es explorador enemigo, nada más, y tenemos que fusilarlo. A un sacerdote prisionero, los enemigos no lo hubiesen dejado venir solo a los campos nuestros, y esto es claro, por más que usted no quiera.

### *EL ARRESTO*

Y mientras salía un enviado al Volcán, pidiendo instrucciones a la jefatura para no ir a obrar indebidamente, lo hicieron prisionero, lo llevaron a dormir entre una veintena de soldados, y ya no hubo razón que valiera para hacerles creer que en realidad era sacerdote.

### *EL PADRE PUESTO EN LIBERTAD*

A los dos días, como el enviado tardaba por haberse iniciado ya la campaña y mediar ochenta o cien kilómetros de distancia entre lugar y lugar, el prisionero fue mandado al campamento del general Andrés Salazar, en el mismo Cerro Grande. Compareció ante dicho jefe, quien lo remitió al señor Cura Mota, capellán de aquellas regiones, para que dictaminase si era o no sacerdote, puesto que en caso de no serlo, habían determinado fusilarlo, porque no podría ser otra cosa que un enviado del enemigo.

El señor Cura Mota reconoció que era verdad lo que el prisionero decía de sí mismo, y así lo testificó a los superiores militares.

Entre tanto la campaña había empezado, y el pobre sacerdote tuvo que volverse a pie, pues ya por las circunstancias no era posible hacerlo de otra manera.

Sufrió mucho, es verdad. En su libro *Prisionero de Callistas y Cristeros* él relata sus sufrimientos, aunque en algunas cosas falta a la verdad, como por ejemplo cuando dice que los cristeros que lo llevaban prisionero le picaban con las puntas de las bayonetas para que se levantase cuando caía (pág. 81 de su libro). ¿Cuáles

bayonetas? ¿Cómo le picaban con la punta de las bayonetas, si ni bayonetas traían los cristeros? Nadie traía bayonetas. Que lo trataron duramente, sí es verdad; pero vestido como hombre de la tropa, con sombrero tejano como los callistas y caballo del ejército ¿cómo era posible que simplemente por su dicho creyeran que era sacerdote? ¿Que se mofaban de él, porque aseguraba que era sacerdote? Claro, ya que todo en él indicaba que era un espía, un enemigo que aparentaba ser sacerdote para mejor cumplir su pérfida misión, más aún, cuando él cándidamente les contó que un día antes, en un aeroplano de guerra del gobierno había volado sobre todos los campos cristeros, tanto del Volcán como de Cerro Grande.

No lo fusilaron en la primera tarde, porque tanto decía él que era sacerdote que temieron que en realidad fuera y por eso se detuvieron y no lo ejecutaron. Pero sí lo aprehendieron y así debió ser. Por el temor de que en realidad fuese sacerdote, para no obrar a la ligera, primero enviaron un propio al Volcán, al general Anguiano Márquez, pidiendo instrucciones y luego, después, el general Salazar tuvo la atinada idea de remitirlo a donde estaba el señor Cura Adolfo Mota, para que él diese su opinión de si era o no sacerdote. Cuando el señor Cura Mota dijo "que él creía que sí era sacerdote", por las dudas, lo dejaron ir. Ya en eso había principiado la campaña y tuvo que caminar por caminos desconocidos, bajo el ruido ensordecedor de la metralla, hasta que logró llegar a las cercanías de Coquimatlán y, después de muchas aventuras, a Comala, Col., en donde lo esperaba —dice él en su libro— *su general Ortiz,* y de allí, a Colima.

## *EL PANEGIRICO QUE EL HIZO*

No obstante lo que el Padre Lara sufrió en los campamentos cristeros de Cerro Grande, he aquí lo que él escribe en su citado libro:



### *VALIENTES*

La manera de combatir era la siguiente: parapetados detrás de las peñas, esperaban tranquilos al enemigo hasta tenerlo a tiro seguro. Los *guachos* al contrario: ya desde que empezaban a subir el cerro atronaban el aire con sus descargas nutridas y con su gritería infernal. Así que el primer encuentro era desgarrador para los callistas. Sus vanguardias se revolvían en su sangre con la de sus caballos; pero como superaban mucho en número a los cristeros, lograban ocupar el puesto de los suyos que iban quedando fuera de combate. Y así seguía éste hasta que los cristeros veían que los *guachos* empezaban a sitiarlos. Salíanse entonces aquéllos a fuerza de carrera hasta encontrar otra de sus trincheras naturales, y allí se volvía a repetir la escena anterior, hasta que agotados de cansancio, de hambre o de sed, raras veces de parque, dejaban el campo al gobierno.

### *CRISTIANOS DE VERDAD*

La vida que llevaban los cristeros en el Cerro Grande, prescindiendo del tratamiento que me dieron, era por demás edificante. Embebidos de un grande espíritu de fe, confiaban seguros en la ayuda de Cristo Rey por quien peleaban y exponían su vida. Todos los días, cuando les permitía algo de reposo la *guachada,* rezaban el rosario hombres y mujeres, con fervor tal, que yo no podía menos que edificarme. Siempre alegres, se reían de los aeroplanos y de sus temidas bombas. Casi todos eran muchachotes robustos, colorados; algunos de ricas familias de Guadalajara y Colima y de otras partes. Allí traté a un simpático muchacho de sólo catorce años, armado de su carabinita 44, muy valiente, de quien decían que se había batido cuerpo a cuerpo con un temible callista, hasta dejarlo muerto en pelea. Cuanto a su moralidad, nunca oí conversación ni menos vi acciones indecorosas; y eso que para nada tenían que cuidarse de mí, porque nadie, excepto mi amigo el capitán, me tenía por sacerdote. Las mujeres que andaban allí eran de las familias de los mismos cristeros. Todas andaban con su rosario en la mano y con la oración en la boca. Andaban también allí ancianos impotentes de portar armas. Muchas familias no pudiendo seguir viviendo en sus ranchos o poblados por los atropellos del gobierno y de los agraristas, buscaban asilo bajo las armas de los cristeros.

En tanto que el general Ortiz hacía en Colima los últimos preparativos para la campaña, organizaba sus exploraciones, reconocía las posiciones enemigas por medio de las informaciones de los que las conocían y del examen que mañana y tarde se hacía desde los aeroplanos, y mandaba al campamento libertador más próximo al jesuita prisionero de que ya se habló, como valioso medio para que algunos cruzados se rindiesen y se dividiese así el campo católico, se celebraba en el cuartel general cristero del Volcán una ferviente fiesta religiosa el día 24, festividad de María Auxiliadora de los Cristianos.

Hubo concentración de los soldados cristeros de los campamentos vecinos, no de todos, pues ya propiamente se tenía enemigo al frente. Ya allá, en Cerro Grande, cuyo cielo estaba surcado por los aviones militares del callismo, desde hacía dos días —el día 22—, caían las bombas enemigas que, de no haber sido por la especial Providencia Divina, hubiesen hecho muy grandes estragos. El ruido de las detonaciones perfectamente se oía, con claridad y fuerza, en los campamentos del Volcán. Sobre el mismo cuartel general voló ese día un avión de reconocimiento.

No obstante todo, con gran fervor se tuvo, por la mañana, la Misa de Función cuyo coro, así como en la fiesta de Cristo Rey, en el octubre anterior, fue ejecutado por los mismos cristeros y sus familias.

Bajo la dirección de don Virginio García Cisneros, que ya en esos días se encontraba en los campamentos del Volcán, porque descubierta su actuación de jefe civil en Colima, había tenido imprescindible necesidad de dejar la ciudad, y con la colaboración de la señorita Amalia Castell, la jefe del hospitalito de Cristo Rey en los volcanes, se preparó de nuevo y ejecutó la *Misa de Angelis* en gregoriano.

La Misa la celebró el Padre capellán señor Ochoa. Habló, en su panegírico, de la Virgen María, Defensora y Auxilio de los



cristianos y cómo, bajo su protección, nada puede temer la Iglesia y nada podemos temer sus hijos.

El Santísimo Sacramento, en la pequeña y hermosa Custodia, estuvo expuesto durante todo el día, recibiendo la adoración y homenaje de sus luchadores. Por la tarde, rosario solemne con bendición de Su Divina Majestad.

## *EL BOMBARDEO*

El tremendo bombardeo que desde el día 22 había principiado en los campamentos de Cerro Grande, se extendió a los del Volcán, al día siguiente de la fiesta de María Auxiliadora, o sea el 25.

Aquello era formidable; había bombas que hacían unos hoyancos de unos dos metros y medio de diámetro por unos dos de profundidad, haciendo retemblar y estremecer la montaña.

Hubo días en que hasta cinco veces volaron sobre los campamentos libertadores los pájaros de acero, repitiendo en cada vuelo el bombardeo, como si hubiesen querido no dejar piedra sobre piedra.

Los cristeros de El Borbollón, jóvenes casi en su totalidad —muchachos de 15 a 22 años casi todos—, se burlaban alegremente de los aeroplanos, de las balas de sus ametralladoras, y de las terribles bombas explosivas. Generalmente, cuando se avistaban a lo lejos como pequeños pájaros grises y principiaba a percibirse su peculiar trepidación, los cruzados de Cristo, en lugar de esconderse en el bosque, corrían a esperarlos a campo descubierto. Así, decían ellos, se podía ver la bomba al desprenderse y había modo de escapar de ella.

De esta manera llegó a constituir aquello una verdadera diversión; porque mientras el enemigo con saña infernal procuraba aniquilarlos, ellos, corriendo sin cesar de aquí para allá, para escapar de las balas, correspondían con gritos y se burlaban de su furia.

Dios los cuidó, pues no hubo, entre todas las fuerzas colimenses,

sino dos heridos solamente en toda la campaña, no obstante que en muchas ocasiones, estando el enemigo al frente, tuvieron que resistir impávidos en sus puestos, sin moverse de su lugar y al descubierto. En cambio, con frecuencia, los aviadores se equivocaban y descargaban su furor sobre sus mismos compañeros.



## Capítulo IV

## EL DESENVOLVIMIENTO DE LA CAMPAÑA ENEMIGA. CONFUSION DE LOS PERSEGUIDORES. NUEVOS SUFRIMIENTOS DE LOS CRISTEROS

### *LA GRAN CAMPAÑA*

El día 28 de mayo principió en toda forma la campaña. Los cinco mil soldados de Eulogio Ortiz, en combinación con fuerzas de Jalisco al mando de José Ortiz, otro general de la tiranía de que ya se ha hablado, atacaron los campamentos del general Andrés Salazar en Cerro Grande. No fue posible impedir el avance de los impíos; pero se peleó con valentía, principalmente en Campo Cuatro, el día 29.

Bajo el mando inmediato del capitán cristero Leocadio Llerenas se hizo frente al furibundo ataque de las fuerzas enemigas, las cuales, en este encuentro, sufrieron más de ciento cincuenta bajas. Desalojados los cruzados de estas primeras posiciones, se parapetaron, algo más arriba del cerro, sobre un alto corte de la antigua vía del ferrocarril, en donde continuó encarnizada lucha. A rifle y con bombas de mano, hicieron los soldados cristeros, a las mismas filas enemigas de Eulogio Ortiz, nuevo y tremendo destrozo. Los nuestros, por visible y maravillosa protección divina, del todo ilesos, sin tener ni un herido.

El mismo día 29, en Rosa Morada, del mismo Cerro Grande, el teniente coronel Jesús Mejía hizo frente al arrollador empuje de las fuerzas de la persecución, que con ingente número de sol-

dados, artillería y aviones militares, trataban de exterminar a los cruzados.

Ese mismo día, en El Zapote, también de Cerro Grande, el mayor Vicente Contreras detuvo, durante corto tiempo, el ataque enemigo del general Eulogio Ortiz.

Al tercer día, o sea el 30, siendo materialmente imposible a los soldados cristeros de la zona oriental de Cerro Grande detener el arrollador empuje de las ingentes columnas enemigas —las venidas del norte al mando de Eulogio Ortiz, las de Jalisco y Colima—, por disposición del jefe de Estado Mayor del general Salazar, general Alberto B. Gutiérrez, evacuaron sus cuarteles, marchando rumbo al Municipio de Coquimatlán, Col., distribuídos en pequeños grupos para mejor defenderse, siguiendo el sistema de guerrillas.

Saldo total de los dos días de combate, en los diversos campamentos de Cerro Grande: de las fuerzas libertadoras, tan duramente combatidas, no hubo sino un herido. De parte de los perseguidores, más de trescientas bajas.

Con esta victoria creyeron los callistas que con igual facilidad tomarían las posiciones del Volcán, pero no encontraron sino su ruina, desde el primer impulso que hicieron.

### *EN EL CUARTEL DE EL BORBOLLON*

Era el medio día del cuatro de junio cuando las crecidas tropas de la tiranía, movilizadas con inusitada rapidez, se presentaron frente al campamento de El Borbollón, a donde al mando del mayor Félix Ramírez se encontraban treinta y siete soldados cristeros. Cuando los perseguidores se acercaron, estaban ya bien parapetados los libertadores, esperando gustosos el momento del combate, sin arredrarles ni la tan celebrada bravura, ni el número de aquellos enemigos, ni los elementos de guerra con que contaban.

Tiempo hacía que en el campamento habían estado preparando sus fortines los libertadores, sabedores de la campaña que se acercaba. Habían talado el campo por donde el enemigo debía



atacar, a fin de que éste llegase por campo descubierto, y defendieron sus trincheras con alambrado de púas, para resguardarse de las cargas de caballería. Sobre todo, tenían mucho ánimo y plena confianza en Dios.

### *TREINTA Y SIETE CONTRA MAS DE CUATRO MIL*

Cuando el momento del combate llegó, los cruzados se ocultaron tras sus trincheras y esperaron en completo silencio. En tanto, los perseguidores avanzaban con ímpetu formidable.

Al llegar al campo desbrozado hicieron alto para ver cuál sería la manera más efectiva de atacar. Allá enfrente se veía una alambrada, y el lomillo de tierra que tras ellas estaba, claramente les decía que allí se encontraba el enemigo, no obstante que todo estaba en el mayor silencio.

La caballería fue la encargada de dar el primer asalto. Así se creyó que, al primer empuje, aquellas posiciones quedarían en poder de los callistas del general Eulogio Ortiz.

Los escuadrones encargados de atacar, se formaron en línea desplegada en donde principiaba el terreno limpio. El deseo de los jefes era saltar la alambrada y hacer inútil aquella defensa de los libertadores.

El mayor Ramírez, viendo que la caballería era la primera en atacar, ordenó que la primera descarga se hiciera sobre los caballos y la segunda sobre los jinetes.

Los soldados cristeros esperaron serenos aquella avalancha, que a carrera tendida se les venía encima, listos para disparar. Cuando los soldados callistas picaron espuela para obligar a sus caballos a brincar la alambrada y la trinchera, el mayor Félix Ramírez descargó una de sus pistolas sobre el animal que montaba el jefe, el cual pretendía salvar las trancas de la entrada, al mismo tiempo que una descarga cerrada de sus treinta y seis cristeros, al grito de ¡Viva Cristo Rey! hacía rodar a los demás caballos que ni siquiera llegaron a tocar los fortines. La segunda descarga fue sobre los soldados, que sólo atendían a librarse de caer debajo

del animal; los que venían detrás se vieron detenidos en su intento de seguir, por los que caían delante, y los cristeros pudieron diezmar a su sabor a tan altanero y gigantesco contingente enemigo, que pronto desistió. La caballería había fracasado.

Después de este descalabro, empezaron a funcionar las ametralladoras y los cañones del callismo y, alternando con éstos, se sucedieron oleada tras oleada de infantería, pero los libertadores con sus gritos de ¡Viva Cristo Rey! y ¡Viva Santa María de Guadalupe! y aun cantando tonadillas populares, en el fragor del combate, como ésta:

*¡Que viva mi Cristo!*
*¡Que viva mi Rey!*
*¡Que impere doquiera*
*Triunfante su ley!*
*¡Viva Cristo Rey!*
*¡Viva Cristo Rey!*

pudieron nulificar todas aquellas cargas causando innumerables bajas al enemigo.

Los callistas, en cambio, como azotados por la mano de Dios, caían sin interrupción, agonizantes o muertos, y el pánico en sus filas comenzó a cundir.

El canto de los cristeros bendiciendo al Señor, contrastaba con la desesperación y la rabia de los atacantes, al palpar que eran inútiles sus gigantescos ímpetus, con sus maldiciones, aullidos y blasfemias, cuando caían heridos.

Pronto la vanguardia retrocedió, duramente escarmentada, y fue introducida una nueva columna para que atacase. Después de ésta, una tercera, y una cuarta, y una quinta y más, y durante la tarde entera se estuvieron turnando sin que pudiese resistir ninguna, principalmente al finalizar, ni siquiera media hora de lucha. Entretanto los jóvenes macabeos, al pie de su trinchera, sin turnarse, sino todos ellos con ímpetu unánime, seguían resistiendo con entereza, entre cantos y gritos no interrumpidos. Y esa tarde



los cristeros eran 37 exactos, contando entre ellos al mayor Félix Ramírez, y las fuerzas que atacaban subían de 4,000 (cuatro mil).

Los jefes callistas, al darse cuenta de que no era tan fácil desalojar a los libertadores de sus fortines, pidieron la ayuda de dos aeroplanos de guerra, que se sumaron a los ataques de infantería, pero todo resultó inútil; las bombas que arrojaban y las ráfagas de ametralladora que mandaban al campo cristero, enfilando los fortines, más parecían lluvia inofensiva que elementos de destrucción. También fracasaron.

Al anochecer, amparados por las primeras sombras, salieron los cristeros de sus fortines y recogieron veinte máuseres, varias pistolas y muchos miles de cartuchos, al grado de tener más parque al terminar el combate, que cuando se había iniciado.

Tenían ese día, sin embargo, aquellos cristeros de El Borbollón una pena: un compañero suyo agonizaba, Jesús Solís, jovencito de unos 16 años, única víctima en los campamentos del Volcán en éste y en los últimos once días que siguieron. Murió momentos después de que cesó el combate, y sus compañeros diéronle sepultura inmediatamente, cerca de la capillita de aquel campamento cristero.

Y las columnas de Ortiz, que se creían invencibles, después de sufrir centenares de bajas, tuvieron, derrotadas, que retroceder a San José del Carmen, Jal., para sepultar sus muertos que pudieron llevarse, conducir sus heridos a Colima, descansar y rehacerse un poco de la magna derrota que habían sufrido, para reanudar el ataque a la mañana siguiente.

Amaneció el día 5 y, con las primeras luces, el enemigo reanudó el combate. El mayor Félix Ramírez, viendo que la cosa iba para largo, mandó correo al general cristero Miguel Anguiano Márquez pidiendo refuerzos y alimentos, porque ellos no habían comido nada desde hacía ya 24 horas y no era posible dejar la trinchera para preparar algo qué comer.

Entre tanto, el combate seguía rudo: oleada tras oleada, los callistas seguían alternando con los aeroplanos, mas los cristeros vitoreando a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe y aun

cantando sus letrillas populares, como que se habían pegado al terreno; allí estaban, rechazando con vigor, ataque tras ataque, no dando al enemigo ni la más ligera esperanza de triunfo.

La llegada del refuerzo, que lo formaban veinte hombres, entre soldados de la escolta del general Anguiano y del escuadrón de Jesús Alonso, puestos al mando del mayor Salvador Melgoza, colmó el ardor de los libertadores de El Borbollón. Mientras éstos comían, los soldados del refuerzo recién llegado se fogueaban rechazando al enemigo.

El mayor Ramírez, una vez que sus soldados hubieron comido, y sintiéndose fuerte con los veinte muchachos de refresco y viendo que ya los atacantes no eran las gigantescas columnas de más de cuatro mil soldados del día anterior, sino mucho menos y se les veía agotados y desalentados, se sintió capaz de atacar, y cambiando los papeles, y saliendo de los fortines se arrojó con su grupo de héroes sobre el enemigo.

Cristo Rey quiso premiar el arrojo de sus leales y el enemigo huyó, dejando buen botín de guerra.

El enemigo tuvo que lamentar centenares de bajas entre muertos y heridos; entre unos y otros, oficiales y jefes de alta graduación. En cambio los cristeros sólo tuvieron a J. Jesús Solís de que ya se habló.

El enemigo había anunciado que en esta acción, que duró la tarde del día cuatro y la mañana del día cinco, tomarían parte unidades de aquellos "Dorados" que tan famosos se hicieron en tiempos de Francisco Villa. Nosotros no sabemos si esto fue cierto o no, el hecho es que así lo propalaron. Tal vez lo hicieron con el objeto de amedrentar a los cristeros; pero si fue así, no les dio ningún resultado.

Y en el campo cubierto de sangre que las fuerzas de Eulogio Ortiz abandonaban, no obstante los muertos que éstos llevaron consigo para darles sepultura, quedó gran cantidad de cadáveres que los mismos cristeros sepultaron. Sin embargo, no hubo necesidad de cavar fosas para ellos: estaban las que las bombas explosivas de los aviones habían abierto. Hubo hoyos tan profundos que pudieron contener hasta veinte cadáveres, y éstos eran de aquellos hombres grandes y robustos que eran o habían hecho el menos pasar por miembros del cuerpo "Dorados" que allí vino a parar.



## *LA NIEBLA INFAUSTA*

En la tarde de ese mismo día, viendo los cristeros que ya el enemigo se había retirado, se replegaron también para descansar un poco en sus cabañitas del campamento, se tiraron de largo a largo para dormir en sus rústicos catres formados con varas y no quedaron en pie sino los centinelas de costumbre y el mayor Ramírez que, aunque dentro de su cabaña, no se confió del todo y permaneció, ratos recostado y ratos en pie, siempre alerta.

Creyendo el mayor Félix Ramírez que ya no eran necesarios los soldados cristeros del refuerzo que había enviado el general Miguel Anguiano, que en esos días se encontraba herido, tendido en su catre de varas en el cuartel general de Santiago —a corta distancia del campamento de El Borbollón, sólo separados por la barranquilla que forma el Arroyo de la Lumbre— porque ya el enemigo había corrido, volvieron a su campamento de Santiago con un recado suyo, dando las gracias al general.

El general Anguiano no estuvo conforme con el regreso del refuerzo. No hay que hacer confianza al enemigo —dijo.

—Mi general —contestó el mayor Melgoza—, nosotros dijimos al mayor, que si gustaba que nos quedáramos; pero él dijo que no lo creía necesario, porque ya los "guachos" habían corrido y que ya no volverían pronto; que nos viniéramos y le diéramos a usted las gracias en su nombre; que después mandaría, por escrito, el parte del combate.

El general Anguiano Márquez, aunque no quedó muy conforme, contestó:

—Ahora ya está hecho. A ver qué dice Dios.

Entre tanto, la tarde declinaba y mientras el silencio reinaba en los campamentos cristeros del Volcán, una densa niebla in-

fausta los cubría, no permitiendo que a seis u ocho metros de distancia pudiesen verse personas o cosas.

Y en este ambiente de quietud aconteció lo que nadie esperaba y que ni siquiera había sido objeto de plan enemigo: las fuerzas callistas de Colima, al mando del general Heliodoro Charis, llegaban silenciosamente y se posesionaban de las trincheras cristeras del campamento de El Borbollón. Los cristeros —veinte o treinta metros adentro— muertos de cansancio en sus cabañitas, en donde descansaban, nada advirtieron, hasta que el clarín de las fuerzas callistas del general Charis les hizo saber que allí estaba el enemigo.

¿Cómo había acontecido?

Cuando el general Eulogio Ortiz tuvo en Comala, Col., las primeras noticias de que los cristeros del cuartel de El Borbollón resistían y no había sido posible vencerlos, mandó orden a Colima al general Heliodoro Charis, para que, con el contingente de soldados federales suyos, fuese de refuerzo al campamento de El Borbollón.

El general Charis, que estaba resentido con el general Eulogio Ortiz, porque éste, altanero, violento y soberbio, aún con él, se había portado majadero y duro cuando llegó con sus fuerzas a Colima, echándole en cara que a causa de su impericia y cobardía, el problema cristero no se había resuelto antes en la región, no recibió de buen grado la orden.

Obedeciendo, juntó a sus tropas y de mal talante se marchó, porque no había más que plegarse al mandato del general Ortiz; pero no se dio mucha prisa y así llegó al campamento de El Borbollón cuando ya caía la tarde del día 5, en medio de la densa niebla que cubría el campo.

Cuando llegó, encontró el campo desierto, lleno sólo de los rastros de la lucha; sangre en abundancia, apenas oreada; por todas partes, pedazos de ropa ennegrecidos por la sangre, algodones sucios, etc. El combate había terminado, era claro, ¿pero quiénes habían triunfado? Probablemente los soldados callistas de Eulogio Ortiz; pero no había seguridad. De aquí que entró, se pose-



sionó de los fortines y no avanzó por precaución; ordenó al clarín que tocase pidiendo contraseña y esto fue lo que salvó a los cristeros del campamento. (Este relato viene del mismo general Charis).

Al sonar el clarín de las fuerzas callistas del general Charis, el mayor Félix Ramírez y los dos o tres cristeros que estaban despiertos, con sorpresa tremenda advirtieron que tenían al enemigo ya dentro de su cuartel y se ordenó la defensa. Al correr a sus fortines, los vieron ya ocupados y sólo pudieron hacer algunos tiros. A gritos despertaron a los dormidos, a algunos de los cuales hubo necesidad de tumbarlos de su catre de varas para que despertaran.

Tuvieron entonces los cristeros que batirse en retirada hacia una loma inmediata, abandonando todos los caballos y las monturas, pero sin dejar ninguna de sus armas. En ese lugar, llamado La Delgada, separado de El Borbollón sólo por una barranquilla, quedaron los libertadores, frente a frente de sus adversarios; siguieron provocándolos con gritos y llamadas, pero no fueron correspondidos con un nuevo ataque.

En este tiempo, el jefe inmediato del escuadrón de El Borbollón no era ya el capitán J. Inés Castellanos, que víctima de la viruela había muerto muy cristianamente hacía un mes. En su lugar estaba el joven Eusebio González, y, además, se encontraba de ordinario en su compañía el mayor J. Félix Ramírez.

## *LA RESISTENCIA SUPREMA*

Al día siguiente, 6 de junio, tomado el campamento de El Borbollón, se encontraban los adversarios frente a Santiago, el cuartel general. Estaba éste, como ya hemos descrito, en una cuchilla corta, rodeada por la Mesa de los Mártires y El Borbollón; paraje que en apariencia puede fácilmente sitiarse, pero que no es fácil de tomarse.

Como no se encuentra agua en el campamento Santiago, o cuchilla de la Laguna Verde, como le llaman los rancheros de la región, se necesitó bajar a los barrancos, al pie de las posiciones

enemigas, y esta operación se hizo sumamente difícil, tanto más cuanto que el cerco enemigo se alargó, por uno, dos, tres y más días.

Los alimentos pronto escasearon y los desvelos continuos, unidos al hambre y al trabajo demacraron aquellos rostros varoniles. Los defensores eran la escolta del general Miguel Anguiano Márquez al mando de su hermano el teniente coronel Gildardo Anguiano, y el escuadrón del capitán J. Jesús Alonso, con él a la cabeza. El mismo jefe de la brigada, general Miguel Anguiano Márquez, estuvo dando órdenes y dirigiendo la defensa, aunque imposibilitado para luchar personalmente, porque aún no se restablecía de la herida que había recibido el 12 de enero.

Aquella penosa situación se prolongó hasta el viernes 14, día en que agrupados los enemigos en formidable ejército dieron un golpe verdaderamente irresistible, auxiliados por dos aereoplanos de guerra, ametralladoras y cañones. Una hora se sostuvo aquella desigual batalla, muriendo muchos adversarios y saliendo ilesos por completo los libertadores. En orden perfecto, éstos abandonaron sus posiciones sin que lo adivinase siquiera el enemigo, y quemando ellos mismos, a su paso, sus propios ranchitos, inclusive la histórica capillita del Cuartel General, mientras seguían los federales haciendo temblar toda la montaña, con el furioso estruendo de su ofensiva.

Los campamentos de El Borbollón, La Mesa y Santiago, en el Volcán, no fueron ya desocupados por los adversarios, al igual que El Cuatro, en Cerro Grande. Cuando estos libertadores del Cuartel General fueron desalojados de sus posiciones, permanecieron aún dos días más, en un lugar inmediato, un poco más arriba, dispuestos a continuar la resistencia; pero el enemigo no siguió avanzando. Entonces, después de haber bajado hasta donde acampaban los callistas y tenido con ellos una escaramuza, en la mañana del 16, subieron los cruzados hacia la cumbre del Volcán para bajar a la región de Tonila, Jal. y San Jerónimo, Col., en donde tuvieron otros ventajosos encuentros en que adquirieron más armas y más parque.



En resumen: la gigantesca y formidable ofensiva del general Eulogio Ortiz, se redujo, a costa de muchos centenares de bajas callistas, a hacer un muerto a los libertadores, a hacer cambiar de posición a los del cuartel de El Borbollón, sin atreverse a seguirlos combatiendo, y a facilitar que se acercase a Colima la escolta de la Jefatura al mando del jefe cristero coronel Virginio García Cisneros que estableció su cuartel en El Cedillo, a veinte kilómetros de la capital del Estado, cuando antes estaban a más de cincuenta.

## *MAS CERCA AUN QUE ANTERIORMENTE*

Hubo también otro combate de importancia el mismo 5 de junio, con las fuerzas libertadoras de La Palmita mandadas por el coronel Verduzco Bejarano, en el que igualmente perecieron muchos soldados de la tiranía.

Saldo final de la campaña contra los libertadores colimenses, tomando en cuenta cuanto hubo en el Cerro Grande, el Volcán y zona de Pihuamo: por parte de la Guardia Nacional, no obstante la inmensa desproporción en el número de combatientes y elementos de guerra, ocho muertos y cinco heridos. Por parte de las tropas de la tiranía: más de mil bajas, entre muertos y heridos.

## *SUFRIMIENTOS Y ANGUSTIAS RENOVADAS*

Hubo, sin embargo, grandes y crecidos sufrimientos, porque con motivo de la ofensiva, tuvieron que subir las familias hacia el cono del Volcán, en donde no había otra cosa para refrescar la boca abrasada, que quiote, el cual tenía que tomarse de ordinario, crudo; ni más que comer que un poco de maíz que se ponía a tostar cuando espesaba la neblina, porque había temores de que fuese descubierto el paraje a causa del humo.

Era frecuente presenciar escenas como ésta:

Un día, un chiquitín de unos tres años de edad —Guillermo

Oseguera, hijo de uno de los soldados cristeros— dice a su madre, allá en las horribles risqueras del Volcán de Fuego, donde se habían refugiado:

—Mamá, ¿todavía no hay agua?

—No, hijito.

—¿Y pan?

—No, hijo, no hay.

—¿Y frijoles?

—Tampoco, hijo.

—¿Y tortilla?

—No, hijo, todavía no tenemos nada, no hay sino sólo maíz.

—Entonces, cuando haya me das, ¿verdad?

—Sí, hijito, luego que haya te doy —dijo la señora y el chiquitín, acurrucado cerca de ella y temblando de frío, se quedó dormido. Era ya el anochecer.

## *LOS ENFERMOS DEL HOSPITALITO DE CRISTO REY*

Cuando principió el ataque al campamento de Santiago que era el Cuartel General, en donde también estaban los heridos, éstos tuvieron que tomar la delantera para ponerse a salvo.

Y había que subir, cuesta arriba, hasta el Cerro Prieto, en la serranía occidental del Nevado en donde podrían estar en relativa seguridad y encontrar algo de agua, aunque fuera en el hueco de las peñas. Ya para esos días caían fuertes tormentas en la montaña.

Provisiones de boca, casi no había: eran uno o dos kilos de arroz y un medio kilo de garbanzo. Eso era el total, para los enfermos, para las señoritas de las "Brigadas" que los atendían y para las familias de Pedro y Manuel Ramírez que habían sido el respaldo del Movimiento Cristero en la atención de los heridos. Con este grupo, iba también el Padre Ochoa, su Capellán. Pedro Ramírez es aquel mismo de los principios del Movimiento armado en cuya casa, en Tonila, Jal., estuvo alojado Dionisio Eduardo Ochoa.



Para llegar a esas alturas del Cerro Prieto en donde el frío es casi insufrible y en donde abundan, formando casi bosque, los pinabetes, con su color verdinegro, no hay vereda ninguna. Tiene que hacerse la ascensión atravesando el bosque virgen, más que caminando, reptando muchas veces bajo los zarzales densos. Así tuvieron que subir los heridos, más arrastrándose que andando, pues era imposible que fuesen de otra manera, más aún que los soldados que hubieran podido de algún modo ayudarlos se encontraban en la trinchera. Las rodillas de los cruzados de Cristo estaban sangradas al fin de la peregrinación.

Fueron aquéllos, días de hambre, sed, frío, soledad y angustia. Sólo, allá, a lo lejos, se oían los disparos de los fusiles y en torno, el zumbar de los pinos y el rugir de los leones.

A la mitad del mes, una vez que el Cuartel General de Santiago fue tomado por los callistas, el mismo general Anguiano, caminando penosamente en ratos, pues aún no sanaba de su pierna herida y tenía necesidad de muletas, y arrastrándose en los pasos difíciles, tuvo que incorporarse al grupo de los enfermos, arriba en Cerro Prieto.

## *LOS LEONES*

Al que esto escribe nadie se lo contó; él mismo fue testigo presencial de estas cosas. Los leones, sí. Abundan estas fieras en esos lugares; pero fue Dios para con sus hijos especialísimamente providente, porque a pesar de que aquellos animales habían sido, por su propia condición, terribles en tiempos anteriores, porque llegaron a devorar a hombres robustos, durante la Cristeada no atacaron ni siquiera a los niños y llegaron a familiarizarse de tal manera, que noche a noche oíanse sus rugidos y aun llegaban con frecuencia al mismo campamento para comer los desperdicios que podían encontrar, principalmente cuando se había matado alguna res.

## *EL ENVENENAMIENTO Y, SIN EMBARGO, SALVADOS*

Por estos días —el 19 de ese mes de junio— a la primera luz de la mañana, en Ladera Grande, el Capitán Jesús Alonso y sus muchachos fueron atacados por una columna de quinientos soldados callistas provista de artillería. Los cristeros resistieron durante breve y rudo combate en el que hicieron al enemigo más de veinte bajas. Los libertadores tuvieron un muerto. Cuando se vieron en la imposibilidad de seguir resistiendo, se batieron en retirada hacia el cono del Volcán.

En aquel yermo y hosco lugar se encuentran por todas partes especies de pequeños escapes sulfurosos del volcán con su pequeña columna de gases y rodeados de capas de azufre y no hay ni siquiera el quiote que un poco más abajo se puede encontrar. Sólo se dan unos arbustos que producen racimos de frutos pequeños de color rojo y de no muy mal sabor, al menos para el que tiene hambre y rendido de fatiga siente la boca seca y ardorosa. Los que transitan alguna vez estos lugares le llaman "fruta del diablo".

Los cristeros iban completamente en ayunas; habían peleado desde la madrugada y no habían tomado ni una sola gota de agua para refrescar sus labios, desde la víspera. De aquí que en aquellas horribles arideces se dispersaron en busca de las frutillas rojas... Un momento más tarde, separados unos de otros, se encontraban casi en su totalidad debatiéndose con los dolores, sufriendo convulsiones agónicas y helado sudor de muerte, y, entre los moribundos, encontrábase el mismo capitán Alonso. A tal grado llegó la gravedad, que pensando que no vivirían más, ordenó el capitán cristero a dos soldados que estaban sanos —uno de los cuales era don Onofre Facio, padre de aquel Manuel Facio, célebre muchacho del 1er. año de lucha cristera—, que recogieran las armas y cartucheras de los demás y las llevaran al jefe del Movimiento Cristero colimense, general Anguiano Márquez, dándole cuenta de lo ocurrido.



Encontrábanse en este estado aquellos cruzados de Cristo, cuando llegó la tormenta y tres de ellos, sin poder ser auxiliados por los compañeros, fueron cubiertos por una de las gruesas corrientes de agua y arena que en tiempo de lluvia bajan de la cima arrollando cuanto encuentran a su paso. Un voto a la Santísima Virgen de Talpa, hecho por el capitán cristero Jesús Alonso, jefe de aquel grupo de soldados, fue oído por Dios y ninguno de aquéllos, ya casi agonizantes, murió del envenenamiento. Los que murieron, arrollados por la tormenta, fueron Santiago Ursúa Rolón, Francisco Rodríguez Martínez y otro muchacho originario de San Marcos por sobrenombre *La Zorra.*

Al día siguiente, un tanto mejorados los enfermos y recogidos los tres cadáveres que fueron encontrados ladera abajo, entre la arena y las piedras, y sepultados en el lugar que en aquellas áridas risqueras encontraron más conveniente, bajaron los cristeros hacia la región de San Marcos, temblando de frío y debilidad, helados, arrastrando los pies y sin poder casi sostener el arma, por el natural efecto de aquellas alturas, del cansancio, la falta de agua y alimento desde hacía dos días y el envenenamiento.

Poco después, repuestos de la intoxicación, encontrábanse todos lo mismo que antes, con sobrados bríos para continuar la heroica y santa brega.

Capítulo V

# LA PRUEBA GLORIOSA. RECTITUD HEROICA DE LOS CRISTEROS. EL UNICO IDEAL DE LA CRUZADA

## *LOS ARREGLOS*

Y LLEGÓ EL TRISTEMENTE célebre 21 de junio.

En el Palacio Nacional de Gobierno, ciudad de México, D. F., se consumaron, debido a la nefasta intervención de la Casa Blanca de Washington, *los arreglos* o *Modus vivendi* que se celebraron entre los señores Obispos mexicanos don Leopoldo Ruiz y Flores y don Pascual Díaz y Barreto, a quienes el Sumo Pontífice había facultado para ello, y el gobierno masónico de Calles y Portes Gil; arreglos que grandemente habían temido, cuando se preludiaban, tanto el pueblo católico que luchaba contra la tiranía, como la casi totalidad de los señores Obispos, y que después deploraron con amargas lágrimas, no únicamente el pueblo fiel, sino el mismo señor Arzobispo Ruiz y Flores que los había concertado y aun el Augusto Romano Pontífice, Su Santidad Pío XI.

¿Qué fueron los arreglos?

El Papa Pío XI envió el día 20 un cablegrama a monseñor Ruiz y Flores, diciendo que lo autorizaba para firmar la reanudación del culto, siempre que se estipulara con el Gobierno:

1.—Amnistía general para todos los levantados en armas que quisieran rendirse.

2.—Que se devolvieran las casas curales y las episcopales.



3.—Que de alguna manera se garantizara la estabilidad de esas devoluciones. (Mons. Ruiz y Flores, *Revista Trento,* 1959).

Ya antes estaba pedido, como algo básico, el reconocimiento de la personalidad de la Iglesia. Y no hubo nada, ninguna garantía, nada firme, nada seguro; palabras, promesas vagas. Simplemente arreglos verbales que luego desconocieron los hombres del gobierno calles-portesgilista. El culto se reanudaría, pero se reanudaría conforme convenía a las sectas judío-masónicas del Norte y al régimen, masónico también, del gobierno de México. La Iglesia había caído en una negra celada.

Las campanas de los templos tocaron jubilosas, mientras Obispos y fieles, los jefes de la Liga Nacional y los luchadores, lloraban en sus hogares. ¡Cuánto lloraron ese día, entre otros, el Excmo. Señor Obispo don Miguel de la Mora, Presidente del Sub-Comité Episcopal, y el Excmo. señor Obispo Azpeitia y Palomar y el anciano egregio Prelado señor Castellanos! "Lloraron como niños".

## *INGENTES PROBLEMAS*

Ingentes problemas quedaban en pie: Prelados, clero y seglares se preguntaban si, tras las declaraciones publicadas en la prensa, habría habido algún pacto secreto para devolver, paulatina, pero seguramente, la libertad a la Iglesia; reconocer y garantizar, por medio de leyes justas, los derechos ciudadanos relativos a la educación de los hijos, a la propiedad, a la práctica de sus creencias religiosas... (Méjico Cristero —Rius Facius— 1960).

## *DECLARACIONES DEL PRESIDENTE PORTES GIL*

El Presidente Emilio Portes Gil cínicamente declaró entonces:

El gobierno, representado por mí, exigió a los delegados de la Iglesia el sometimiento incondicional a la Constitución y a las leyes vigentes,

y por ningún motivo admitió la discusión sobre tales leyes, ni mucho menos hizo confesión alguna que no estuviese determinada en la propia Constitución, admitiendo que no se reconocía personalidad ninguna a la Iglesia, ya que nuestra Carta Magna es terminante en este sentido.

Tampoco hubo, fuera de las declaraciones publicadas, nada que significara pacto secreto o compromiso alguno por parte del gobierno. Lo publicado es todo y, fuera de esto, no existió ningún otro documento de carácter confidencial o reservado (E. Portes Gil. *Quince años de política mexicana.* Editorial Botas).

Y lo medular de las declaraciones del presidente Portes Gil oficialmente publicadas el día de *los arreglos* era esto:

Que no es el ánimo de la Constitución, ni de las leyes, ni del gobierno de la República, destruir la identidad de la Iglesia Católica, ni de ninguna otra, ni intervenir en manera alguna en sus funciones espirituales. De acuerdo con la protesta que rendí cuando asumí el Gobierno Provisional de México, de cumplir y hacer cumplir la Constitución de la República y las leyes que de ellas emanen, mi propósito ha sido en todo tiempo cumplir con esa protesta y vigilar que las leyes sean aplicadas sin tendencia sectarista.

## *CONFESIONES DEL EXCMO. SR. ARZOBISPO RUIZ Y FLORES*

Al ver la realidad y pasadas la euforia e ilusiones del primer día, el señor Delegado Apostólico Ruiz y Flores confesaba:

"Los arreglos, si arreglos pueden llamarse, fueron los publicados por la prensa. Cierto es que el Presidente se comprometió, por petición del santo Padre, a dar la amnistía general, a devolver seminarios, casas episcopales y curales y garantizar la libre comunicación del Papa con los católicos" (1o. de agosto de 1929, carta al Excmo. señor Obispo don Manuel Azpeitia Palomar).

Y más tarde, el mismo señor Delegado monseñor Ruiz y Flores:

"Al ver que pasaba el tiempo y no desocupaban ningún edificio de los que tenían que devolver, insté por escrito, de viva voz y por medio de los licenciados Noriega y Herrera y Lasso. El



señor Canales les dijo alguna vez: Sin duda, el señor presidente ofreció todo esto: yo estaba presente, pero no sabía lo que ofrecía, puesto que al desocupar esos edificios y devolverlos, se echaría un enjambre de enemigos" (Portes Gil, *La Lucha entre el Poder Civil y el Clero,* México, 1934).

## *AUN CERRADO EL RECURSO*

Y ni aún quedaba el recurso a los dos Excmos. Prelados don Leopoldo Ruiz y Flores y don Pascual Díaz y Barreto de recurrir personalmente al presidente Portes Gil o al general Calles, porque éstos se negaron a tales audiencias:

"Que para lo que fuese necesario, podían recurrir al secretario de gobernación, señor Canales". (Ruiz y Flores, *Revista Trento,* abril-julio, 1959).

## *LICENCIAMIENTO DE LA GUARDIA NACIONAL*

Ya en esos días el jefe supremo de la Guardia Nacional era el general don Jesús Degollado; pues el grande, egregio general en jefe don Enrique Gorostieta había muerto, defendiéndose como un león, el domingo 2 de ese mismo mes de junio, en una sorpresa que sufrió en la hacienda El Valle, en Los Altos, Jalisco.

Ante el tremendo problema de "los arreglos" con el gobierno portesgilista, el general Degollado, de incógnito, hizo viaje rápido a la ciudad de México para celebrar acuerdo con el Comité Directivo de la L.N.D.L.R. La reunión tuvo verificativo en la casa del Presidente, Lic. don Rafael Ceniceros y Villarreal. Estaban además, el Vicepresidente Lic. don Miguel Palomar y Vizcarra, el Ing. Zepeda y otros señores del Comité.

Y se llegó al acuerdo, después de deplorar el hecho casi inaudito de *los arreglos,* de que ante hechos consumados, no era posible continuar en la lucha armada y era necesario proceder al licenciamiento del ejército cristero, la insigne *Guardia Nacional*

que se había cubierto de gloria en los campos de batalla y que tan de cerca había contemplado la victoria.

## LAS CONDICIONES QUE PIDIO EL GENERAL DEGOLLADO

Estas condiciones, aceptadas por el Presidente de la República, fueron las siguientes:

1. Garantías plenas de vidas e intereses, para que puedan regresar a sus hogares, a todos los generales, jefes, oficiales y soldados de la Guardia Nacional.
2. Garantías plenas de vidas e intereses para todos los civiles, que en cualquier forma hayan ayudado al movimiento de la defensa de la libertad religiosa.
3. Libertad absoluta de todos los presos por la cuestión religiosa, ya sean civiles o miembros de la Guardia Nacional.
4. Sobreseimiento de los juicios incoados contra los católicos, con motivo de la cuestión religiosa.
5. Repatriación de los desterrados por el mismo motivo.
6. Entrega de veinticinco pesos por rifle a los soldados de la Guardia Nacional que entreguen su arma, adjudicándoles sus caballos a los que los necesiten.
7. A los jefes y oficiales se les permitirá la portación de sus pistolas, con la licencia respectiva de portación de armas y salvoconductos, y un auxilio en metálico a juicio de los jefes de Operaciones.
8. Que se den las facilidades necesarias para que puedan desarrollarse los trabajos.
9. Que el licenciamiento de las tropas de la Guardia Nacional, sea ante los Jefes de Operaciones. (*Memorias de Degollado Guízar*. Edit. Jus, 1957).

Portes Gil no tuvo empacho en aceptar estas bases, a sabiendas de que no las cumpliría: ¡Para ello contaba con la vigencia de las leyes persecutorias y la fuerza de la anarquía sembrada en las filas católicas con la sumisión firmada por los monseñores Díaz, y Ruiz y Flores!





Y con grande entereza, aunque sangrando su alma, el general don J. Jesús Degollado se dirigió a las invencibles tropas de sus cristeros en un sentido mensaje del cual se reproducen los párrafos principales:

Su Santidad el Papa, por medio del Excelentísimo señor Delegado Apostólico, ha dispuesto, por razones que no conocemos, pero que, como católicos, acatamos, que sin derogar las leyes se reanudaran los cultos, y que el sacerdote, poniéndose en cierto modo al amparo de ellas, comenzase a ejercer su ministerio públicamente. En el acto, nuestra situación, compañeros, ha cambiado...

Debemos, compañeros, acatar reverentes los decretos ineluctables de la Providencia: cierto que no hemos completado la victoria; pero nos cabe, como cristianos, una satisfacción íntima, mucho más rica para el alma: el cumplimiento del deber y el ofrecer a la Iglesia y a Cristo el más preciado de nuestros holocaustos, el de ver rotos, ante el mundo, nuestros ideales, pero abrigando, sí, ¡vive Dios!, la convicción sobrenatural que nuestra fe mantiene y alimenta, de que al fin Cristo Rey reinará en Méjico, no a medias, sino como Soberano absoluto sobre las almas.

Como hombres, cábenos también otra satisfacción que jamás podrán arrebatarnos nuestros contrarios: La Guardia Nacional desaparece, no vencida por nuestros enemigos, sino, en realidad, abandonada por aquellos que debían recibir, los primeros, el fruto valioso de sus sacrificios y abnegaciones. ¡Ave, Cristo!, los que por Ti vamos a la humillación, al destierro, tal vez a una muerte ingloriosa, víctimas de nuestros enemigos, con el más fervoroso de nuestros amores, te saludamos y, una vez más, te aclamamos Rey de nuestra patria.

Y sin rendirse, abandonaron los cristeros la lucha bélica por respeto a la Santidad del Papa Pío XI que había dado su suprema autorización a aquellos *arreglos* y por amor a la Iglesia, a fin de no obstaculizar la labor que en el campo cívico se emprendería —según decir esperanzado del señor Delegado Apostólico— para obtener la derogación de las leyes anticatólicas y la libertad de la misma Iglesia.

Era la tarde del jueves 4 de julio cuando allá sobre la cima de Cerro Prieto, en las faldas occidentales del Volcán de Colima, en aquellos días de hambre, frío excesivo, habitación a la intemperie, bajo la sombra únicamente de los altos pinabetes en donde en aquellos días, se habían refugiado los heridos, entre ellos el general Miguel Anguiano Márquez y las personas que los atendían y con ellos su Padre Capellán señor Ochoa, se tuvieron las primeras noticias, ya ciertas e inequívocas, de *los arreglos* y de cómo ya, en otros lugares, se había procedido a licenciar a los soldados cristeros. Entre otros, el general cristero Lauro Rocha, en Jalisco, había depuesto ya su actitud bélica.

Había la circunstancia del lugar, pues se estaba propiamente en estado de sitio, ya que los antiguos cuarteles cristeros de La Mesa, El Borbollón y Santiago, que es por donde tendría que bajarse, estaban en poder de los soldados callistas de la tiranía callesportesgilista. Las noticias habían llegado por medio de un correo que se había enviado a través de la intrincada selva de Cerro Prieto, reptando, materialmente reptando, empujándose con los pies como cuando se nada, en largos trechos, bajo la espesa maraña de las zarzas, porque por ahí no había veredas, hasta llegar a las playas del cono del Volcán y, de ahí, atravesar por el medio de los volcanes para caer a la región de San Marcos, Caucentla, Montegrande, etc. Más aún, desde hacía dos días se estaba bajo una lluvia menuda, casi sin interrupción.

## *EXTREMA URGENCIA DE ARREGLO*

Y dadas las circunstancias, era urgentísimo bajar a Colima y entablar directamente pláticas con el general Heliodoro Charis, jefe militar de la plaza, quien ya debería tener órdenes al respecto.





El general Anguiano Márquez era imposible que fuera, pues con grande dificultad daba algunos pasos.

Y se ofreció el Padre Capellán.

El general Anguiano no quería aceptar. Tenía miedo, tenían miedo todos de que lo fueran a matar.

Pero alguno tendría que afrontar el problema. El Padre insistió y, a la mañana siguiente, primer viernes de julio, después de la santa Misa celebrada ahí en la montaña, se marchó a través de la selva.

## *DON ARCADIO DE LA VEGA*

En la ranchería de El Parián, ya en las cercanías de Colima, se encontró un amigo —único hombre de la región que en aquellos días de tanto infortunio y peligro quiso ayudarlo, en su empresa de presentarse en la Jefatura de Operaciones Militares de Colima: don Arcadio de la Vega—. El, en la mañana del lunes 8, fue a Colima y habló con diplomacia exquisita con el general callista Heliodoro Charis y él, finalmente, lo acompañó en la mañana del 12, cuando tuvo que presentarse en la Jefatura de Operaciones a concertar el licenciamiento de los cristeros de Colima.

Y quiso Dios que en la primera entrevista, antes de 8 ó 10 minutos, pudieran entenderse el Padre don Enrique de Jesús Ochoa que se presentaba en nombre de los cristeros y el general Charis Jefe de las Operaciones en Colima. Y se tuvieron —cosa que parece increíble—, en cuanto se conocieron y trataron un poco, confianza mutua.

## *VERDADERO HEROISMO CRISTIANO*

Y los bravos héroes, a quienes nunca doblegaron los más grandes sufrimientos ni las más crudas persecuciones, entregaron sus armas con resignación humilde, de subidos quilates de un santo

heroísmo. Y sumidos en la miseria regresaron los cristeros, los cristeros todos, a sus respectivos hogares.

Treinta meses hacía que se venía combatiendo. Cuando se inició la guerra, allá en enero de 1927, se dijo con toda verdad, que los rebeldes no llegaban a treinta, armados con armas viejas y desiguales, y que el parque no les alcanzaba para un combate de un cuarto de hora. El fracaso lo daban los enemigos como un hecho —y esto lo pregonaban a cada momento en las columnas de los periódicos de Colima—, ya que los jóvenes jefes del movimiento eran muchachos inexpertos, sin armas y sin recursos, decían ellos.

### *LA EMPRESA DE LOS MUCHACHOS*

Y estos muchachos inexpertos que nunca habían tomado quizá un arma de fuego entre sus manos, fueron atacados por la gendarmería del Estado, por agraristas, Acordadas, fuerzas de voluntarios, por tropas de la federación, al mando de los generales Ferreira, Talamantes, Beltrán, Buenrostro, Manuel Avila Camacho, Maximino Avila Camacho, Aguirre Colorado, Pineda, Rodríguez Escobar, Flores, Martínez, Charis, Pineda, hermano del primero, y todo fue en vano.

El movimiento cristero siguió en pie y cada vez más fuerte, coherente y formal. Al fin, estaban militarizadas las fuerzas, divididas en grupos conforme a la ordenanza militar, con buenas armas y suficiente parque. Más aún, la organización civil cada día se perfeccionaba en las poblaciones y rancherías, y en todos los lugares controlados o semicontrolados por las fuerzas libertadoras, había ya el respectivo gobierno civil cristero.

### *AUN EL SECRETARIO DE GUERRA*

Cuatro veces fue a Colima, para dirigir la campaña contra los cristeros el propio Secretario de Guerra, general Joaquín Amaro, con su flotilla de aeroplanos de guerra, y los muchachos *inexpertos,* sin armas, ni recursos, siguieron en pie, inquebrantables, victoriosos.



En una de las ocasiones en que Amaro fue a Colima para dirigir la campaña contra el grupo de los cruzados, encontró la ciudad con luz eléctrica, y cuando se fue lo hizo en medio de las tinieblas, porque en su honor, a orillas de la capital del Estado en que estaba el grueso de sus fuerzas, se acercaron los libertadores, y cortaron los cables que conducían la energía eléctrica, y derribaron los postes, para que tuvieran los enemigos pruebas inequívocas de que, ni habían sido derrotados, ni habían huído, presas del temor, sino de que continuaban firmes, con iguales bríos, y ello que no tenían ni armas, ni recursos, ni experiencia; pero tenían a Dios de su parte.

Estando el mismo general Amaro en Colima, atestada la ciudad de perseguidores y con un tren militar encendido día y noche en la estación del ferrocarril, quemaron los cruzados una finca del gobernador del Estado, Solórzano Béjar, en el balneario de Cuyutlán, y destruyeron los muebles de la del senador Aguayo, muebles comprados ex profeso para recibir al general Amaro.

Por último, la formidable y gigantesca columna del diabólico Eulogio Ortiz fue igualmente inútil; porque los cristeros continuaron con igual entusiasmo, casi sin habérseles hecho mal ninguno, con más parque y armas que al iniciarse la campaña y con una nueva y más palpable prueba de que Dios los asistía con especialísima Providencia.

Pero se luchaba por Cristo, se guerreaba contra los tiranos, a fin de obligarlos a suspender la persecución y dar libertad a la Iglesia; y esto según el Excmo. Delegado Apostólico monseñor Ruiz y el señor Arzobispo Díaz, que habían concertado los arreglos, estaba obtenido.

### *¿LA PAZ?...*

Y los Ilmos. Prelados volvieron a sus Sedes, los sacerdotes a sus templos, los que estaban desterrados regresaron a la patria,

casi todos los deportados a las Islas Marías volvieron al seno de la familia, y los cruzados de Cristo, cubiertos de tierra, destrozada la ropa, tuvieron que volver a sus hogares, llevando las cicatrices de las heridas abiertas en la lucha, llenos de pobreza y de miseria y sufriendo en muchas ocasiones el desprecio aun de los que los habían aclamado en los días de sus triunfos. Muchos de aquellos valientes derramaron en silencio gruesas lágrimas, anegada el alma en mortal tristeza y víctimas de graves presentimientos, lágrimas de tan honda melancolía como nunca se habían saboreado durante la heroica brega.

### *LA VUELTA DOLOROSA*

La mayoría no encontró la antigua casita, querido y santo patrimonio, porque manos impías la habían reducido a escombros y cenizas. Otros no encontraron a los miembros de su hogar; habían muerto la madre y la esposa consumidas por las penas o habían tenido éstas que emigrar... Y llegaron a sus pueblos, sin tener trabajo, sin tener dinero y entre mil incertidumbres.

¿Cumpliría el gobierno perseguidor lo pactado con los señores Arzobispos Ruiz y Díaz? ¿Las garantías que se nos ofrecen, serán sinceras y verdaderas? Si el mismo día de consumados los arreglos, el hombre de la presidencia de la República tiene el cinismo escalofriante de negar, en documento público, que hubo verdaderos arreglos y que todo se redujo a la sumisión de la Iglesia a la *Ley Calles* ¿qué será más tarde?

### *LA PERFIDIA ENEMIGA*

Ya preveían ellos, con una especie de instinto que pasma, todo lo que iba a suceder: la infidelidad de los tiranos en reconocer y cumplir sus compromisos y la matanza que de los libertadores, irían haciendo poco a poco, de una manera cobarde y ruin y sin fruto ninguno para la causa de la libertad de la Iglesia... Y como ellos lo pensaban, así fue, y así, sólo en el primer año de infortunada paz, murieron, asesinados, casi la mitad de los jefes cristeros de Colima y, los que escaparon, fue porque pudieron huír a tiempo.



Entre estas víctimas están los siguientes:

El mayor J. Félix Ramírez, jefe cristero del combate de El Borbollón, en Ciudad Guzmán, en el mes de octubre de 1930, al estar colgando en el frente de su casa unos farolillos en honor de Señor San José; el capitán Joaquín Guerrero, su asistente y un hermano, dentro de la propia casa del primero; los capitanes Enrique Mendoza y Agustín Carrillo; los subtenientes Margarito García y J. Jesús Chávez, en diversas circunstancias y lugares.

Además de ellos, se cuenta gran número de soldados que murieron a manos de los perseguidores, que impunemente cometieron sus crímenes, no ya ocultamente y en lugares apartados, sino de una manera del todo pública.

Se llegó a dar el caso de que se ahorcase al antiguo soldado de Cristo o de que se le fusilase en el propio atrio del templo o plaza principal del lugar.

### *¿TODO PERDIDO? NO; NI EL HONOR, NI LA CONCIENCIA, NI LOS MERITOS*

Los heroicos defensores de la libertad religiosa habían cumplido con su deber: En el campo de la lucha se habían cubierto, ante el mundo entero, de inmarcesible gloria, guerreando con heroicidad por su Dios y por su Patria; luego, por no crear ni siquiera aparentemente obstáculo a la acción diplomática que se decía había de desarrollarse, y por disciplina, después de haber merecido ceñir el laurel del triunfo, entregaron sus armas y aceptaron humildemente la obscuridad, la pobreza, la incertidumbre, el desprecio, la muerte sin gloria, dando así la más palpable prueba de la rectitud de sus intenciones y de la elevación de sus almas.

No era ningún fin político el que perseguían, no ambicionaban ningún interés mezquino: únicamente por Cristo luchaban y su-

frían y daban la vida. Llegaron entonces a la cúspide sus inmolaciones y la Historia de la Iglesia tendrá que dedicar una de sus más hermosas páginas para cantar glorias tan puras.

## *MAGNANIMIDAD ADMIRABLE*

Para concluir debemos consignar algo que pinta mejor lo que fueron los cristeros de Colima: el noventa por ciento de ellos estaba formado de jóvenes que no pasaban de 25 años, entusiastas y dotados de valor heroico. ¡Cuántas veces, en lugar de temblar, se les veía saltar de alegría y correr alborozados al encuentro del enemigo! Exponían sus vidas y se mezclaban entre los mismos perseguidores, a la hora del combate, para poder adquirir un arma más, porque ese era casi el único modo, a costa de muchas vidas preciosas, de dotar a la Guardia Nacional de las armas, ya muy numerosas, con que contó al final. Cuántas veces se oyó decir a nuestros jóvenes: "Qué importa que nos maten hoy, si al cabo hemos de morir un día: un día más o menos, es cosa que no significa". Un día oí decir textualmente al mayor J. Félix Ramírez: "Lo que pido a Dios, es que me dé licencia de trabajar mucho por su causa; que me cuide y conserve o que me maten, eso no: Dios sabe lo que hace conmigo aquí y en la otra vida". Exclamaciones como éstas se oían casi a diario, y, al oírlas, no era posible sino quedar en silencio, sin proferir una palabra, admirando tanto heroísmo, como cuando se está en presencia de lo sublime. ¡Con cuánta razón escribía el Discípulo de Cristo: Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y persevera en vosotros la palabra de Dios y habéis vencido al maligno!

Sí, verdaderamente fue todo de Dios: su espíritu fue quien vivificó la cruenta empresa, porque la carne no es capaz de tantos heroísmos. Esta va siempre en busca de las comodidades y placeres, no de las hambres, privaciones y desvelos; no de las pobrezas, zozobras, heridas y sangre, y sin más recompensa en este mundo que morir, tal vez muy cerca, tendido en su propia sangre y desamparado en lo humano.



## *EL IDEAL CRISTERO*

No andamos buscando —les decía casi diario Dionisio Eduardo Ochoa, el Iniciador del Movimiento en nuestro Estado de Colima— ni comodidades, ni empleos, ni dinero, ni aplausos. Trabajamos por Cristo; por El luchamos, por El daremos nuestra vida si El así lo dispone. Y este ideal sublime quedó grabado en el corazón de los libertadores. Aquí está por quien andamos trabajando, solía decir con mucha frecuencia, señalando una imagen de *Cristo Rey,* un valiente, el joven Ramón Radillo, que murió en combate el 12 de enero de 1929, en las calles de Colima y cuyo cuerpo fue objeto de escarnio de los enemigos, porque no fue posible que sus compañeros lo recogieran para darle cristiana sepultura.

Nunca recibían los libertadores, ni jefes, ni soldados, un céntimo de pago; pues siempre se vivió en pobrezas y lo que era dable conseguir, poco era para invertirlo en elementos de guerra. ¿Podrá encontrarse fácilmente un ejército así? Hubo abusos, es verdad, pero fueron cosa aislada y excepcional, al grado de que nunca contó México con un ejército tan honrado, disciplinado, heroico y abnegado, según el general en Jefe del Movimiento don Enrique Gorostieta declaraba y probaba en un documento que firmó pocos días antes de su muerte.

## *¡SALVE, COLIMA, CUNA DE HEROES!*

¡Gloria a nuestros héroes! ¡Gloria a Colima! De ninguna manera eres, podríase decir, parodiando las palabras del Profeta, el más pequeño de los Estados de nuestra Nación; pues si en extensión territorial eres un pequeño jirón, colocado en las remotas playas del Pacífico, en el número de tus bravos luchadores, de tus héroes y de tus mártires, sacerdotes y seglares, excediste en relación con el número de tus habitantes, a todos ellos.

Fuiste uno de los primeros que respondieron al clarín guerrero que invitaba a luchar por Dios y por la Patria. ¡Gloria inmensa a

todos los que han muerto por Cristo! ¡Gloria a todos aquellos bravos y esforzados campeones que en la hora de la agonía, bañados con su sangre, expiraban murmurando con ardiente fe y celestial dulzura el *Viva Cristo rey* de su combate!

Si Dios Nuestro Señor ha dado a México héroes, si El nos ha dado tantos milagros y triunfos, es que vela por nosotros.

No importan las tinieblas del presente, ni el odio de los perseguidores de la Iglesia, ni la conjuración de las sectas masónicas de la tierra en contra de la Nación de *Cristo Rey*.

Los pueblos perecen, no porque son débiles, sino porque son viles, dijo un insigne español y, "si Dios está con nosotros, ¿quién podrá vencernos?" El seguirá siendo el guía, la luz, la fortaleza de los católicos mexicanos. Vendrá el momento providencial, vendrá el milagro si es menester, y entonces fulgurará la victoria, aparecerá el sol esplendente de la cristiana libertad.

La sangre de los mártires es imposible que permanezca infecunda; es imposible que no florezca en un porvenir de luz.



# APENDICE

## Post Scriptum

## LOS ULTIMOS ACONTECIMIENTOS

### *COMO LAS HOJAS QUE EL HURACAN ARRANCA*

LENTOS TRANSCURRIERON LOS AÑOS, impregnados de desilusiones y amarguras profundas para el pueblo creyente de Colima, y mientras en otros lugares de la República se dio lugar a una honda división en el seno mismo de la sociedad creyente, cuando se vio, cuando se palpó el fracaso del pacto celebrado con el gobierno de la Revolución Mexicana; cuando se supo que el mismo soberano Pontífice lloraba lo acaecido con sus hijos de México, los católicos de Colima, en respetuoso silencio, bebiendo calladamente las lágrimas de los tristes acontecimientos, sacerdotes y fieles, unidos a su amado anciano Obispo, continuaron atados con los vínculos de la misma santa solidaridad cristiana con que estuvieron ligados durante el tiempo de la suspensión del culto. En Colima no se cantó el *Te-Deum* cuando se concertaron *los arreglos,* porque nadie creyó que aquello hubiese sido una verdadera victoria; pero tampoco hubo jamás críticas altaneras en contra de la autoridad eclesiástica: se guardó silencio y en silencio se devoró la amargura: la Iglesia de México había caído en una celada enemiga y era necesario adorar los secretos designios de Dios. "En verdad os digo —había dicho el Maestro—, que los cabellos de vuestra cabeza están contados y que uno de ellos no caerá sin el consenti-

miento de mi Padre celestial". Arriba está el Señor que juega con los designios de los hombres.

¿Y los cristeros? Dispersos continuaron los que lograron sobrevivir, cargados con el fardo de sus incertidumbres y con mucha frecuencia perseguidos. Cuando el perseguido tiene dinero, manera de vivir un tanto cuanto holgada, la persecución no significa para él sino cambio de residencia; se trasplanta a otra parte con los suyos y ahí puede, tristemente si se quiere, pero con tranquilidad y paz, comer el pan de su destierro, rumiando la amargura de su situación forzada; porque el destierro siempre es destierro y el pan en él siempre es amargo; pero cuando el perseguido es pobre de solemnidad que no tiene patrimonio ninguno, que no cuenta sino con el miserable jornal del campesino o del obrero que tan pronto se gana como se consume, entonces las dificultades que la persecución origina, entrañan más dolor que el amargo pan del destierro; porque, aunque amargo, no deja de ser pan, y muchas veces se carece aun de este pan. Yo, *Spectator,* vi a los pobres desamparados cristeros luchar con el problema de la subsistencia, buscando ya en un pueblo, ya en otro, el modo de vivir y sin lograr muchas veces encontrarlo, como las hojas que el huracán arranca, ruedan y se despedazan en el torbellino sin acomodarse fácilmente en un lugar estable.

## *LA PERSECUCION SE INTENSIFICA*

Durante la administración del gobernador Salvador Saucedo (1931 a 1935) exacerbóse de nuevo la persecución en Colima. Este gobernador, electo en verdad por la mayoría del pueblo, que lo aclamó lleno de entusiasmo y alegría cuando tomó posesión del poder, porque no se le conocían ideas anticlericales, se valió de la persecución contra la Iglesia, para que el Gobierno Federal no le fuera a la mano en su régimen que se distinguió por onerosas exacciones y desbarajuste administrativo. A 29 de noviembre de 1932, la legislatura local expidió un decreto reduciendo a 10 el número de sacerdotes que podían oficiar en el Estado: Uno por



cada 6,000 habitantes, tomando como base el último censo en que había bajado la población a 60,000. El mismo decreto autorizaba al gobernador para redactar el nuevo reglamento de cultos.

En efecto, preparadas así las cosas, el gobernador hizo el decreto, restringiendo el culto a la capital del Estado y cabeceras municipales, autorizando a su vez al congreso local para "determinar las penas" que deberían de imponerse a los funcionarios que permitieran infracciones al reglamento y estableciendo una multa de $ 50.00 hasta $ 1,000.00 a los "infractores" o el arresto correspondiente a juicio del ejecutivo del Estado.

## *NUEVOS MARTIRES. EL PADRE ADOLFO MOTA*

El señor cura don Adolfo Mota, el sacerdote abnegado que como pastor bueno, vimos en medio del peligro y de mil y mil zozobras, durante los últimos tiempos de la defensa armada de los cristeros, habitar en las estribaciones de Cerro Grande con el fin de velar por el bien espiritual de sus hijos, los feligreses de la parroquia de Comala, de la cual era en aquel entonces párroco; hoy, por disposición del Gobierno Ecco. Diocesano, se encontraba en el pueblo de Zapotitlán, Jal., en sustitución del párroco mártir don J. Guadalupe Michel, muerto el 7 de marzo del año 1928, según arriba está narrado.

Corrían los días últimos del año 1931. También en Zapotitlán, el celoso párroco hubo de ser perseguido y, meses enteros, tenía que estar escondido, ya en un rancho, ya en otro, en los barrancos pertenecientes a su nueva parroquia. Así, en iguales condiciones, amenazada su vida, siguieron corriendo los meses primeros de 1932. En el Viernes Santo de ese año, predicando en su templo parroquial de Zapotitlán, en el curso de su predicación, ante el recuerdo de Cristo crucificado y por nosotros muerto, con éstas o semejantes palabras, según lo refieren personas que lo escucharon, se dirige al Señor: "¡Oh mi Dios! ¡Mi Jesús crucificado! Si por nosotros diste la vida en una cruz ¿por qué nosotros, miserables, nos resistimos a sufrir por ti, a dar nuestra vida pobrecita por ti?

Señor Jesús, aunque no lo merezca, aquí está la vida mía, tómala cuando tú gustes y sea mi muerte expiación de mis pecados".

Y pasaron los días y los meses hasta la festividad del Corpus que celebró en su misma cabecera parroquial de Zapotitlán, Jal. En ella, predicando, hace el mismo ofrecimiento solemne de su vida. Ocho días más tarde, celebrando la octava del Santísimo Sacramento, no ya en la cabecera parroquial, sino en el pueblo de Copala, de su misma parroquia, es más explícito y elocuente en el ofrecimiento de su vida. Ya el mártir preveía su feliz triunfo y aceptaba plenamente el sacrificio: "Señor Jesús, tus enemigos no se dan tregua en perseguirte. Desde esa Hostia santa en donde resides vivo y verdadero, acepta el ofrecimiento que te hago de mi pobrecita vida, en desagravio del odio de tus enemigos y para que reines en México".

Y el sacrificio fue aceptado. La noche del 30 de mayo —no habían pasado ocho días de este último ofrecimiento solemne— se presenta intempestivamente en el curato de Zapotitlán, Jal., una escolta y lo toma prisionero sin permitir que lo acompañaran a ninguno de sus familiares o amigos. Lo montaron en una cabalgadura, y lo sacaron del pueblo.

. . . entre las rancherías de San Isidro y Alista, tres días más tarde, el día 2, apareció su cadáver en un zanjón, sollamado en algunas partes y en otras casi carbonizado, mutilado y del todo desfigurado; completamente negro por el lodo y la sangre y el fuego. Desde un montón de piedras en donde le habían dado muerte, le habían arrastrado hasta aquel lugar: el vientre lo tenía casi vacío, sin intestinos; no tenía pies, y le había sido arrancado el brazo derecho. El tronco y la cabeza, sollamados, yacían en el zanjón. Los vecinos de Copala recogieron aquellos despojos y los llevaron a sepultar a Zapotitlán. El brazo fue encontrado varios días después, también por vecinos de Copala, Jal., quienes lo llevaron y, en una urna, lo enterraron respetuosamente en la capilla de su poblado.

Poco tiempo después el nuevo Párroco de Zapotitlán bendecía



un monumento que la parroquia dedicó a la memoria del insigne sacrificado.

## *Y LUEGO... LOS SISMOS*

Al día siguiente, 3 de junio, un sismo tremendo sacudió a Colima. El cuadro era desolador: muchos techos yacían por tierra; muchos muros estaban derruídos; incontables familias carecían de hogar y la ciudad entera estaba llena de escombros. La población íntegra había abandonado sus casas y se había refugiado a la sombra de los árboles, en las huertas, en los parques y jardines públicos de la ciudad. En todas partes en donde se encontró un poco de amplitud y seguridad se improvisaron tiendas de campaña para habitar: los de recursos, instalaron cabañitas que prestaban alguna comodidad; los pobres, con nuestro petate nacional o con cualquier otra cosa que les defendiese un poco del sereno y de la lluvia, forjaron sus mal improvisadas tiendas. La vega del río presentaba un aspecto fantástico. Y en medio de aquella desolación, el pueblo entero, pobres y ricos, sin hacer caso de reglamentaciones o prohibiciones, de si parecería bien o mal al gobierno, oraba públicamente con gran fervor. De rodillas, en los jardines de la ciudad, se rezaba el Santo Rosario y se hacían actos de desagravio, con tanto mayor motivo cuanto que los templos todos, sobre todo la hermosa Catedral, habían quedado casi convertidos en ruinas. El gobierno no dijo nada por entonces.

Para aumentar el dolor y la angustia pública de ese día, descubiertos los despojos del señor cura Mota, la noticia llegó a Colima y circuló con rapidez de relámpago, haciéndose de ello comentarios tristísimos.

Los actos de desagravio se multiplicaron en las calles, en las plazas, en los jardines, en la vega del río, en los grandes patios de las casas. Se oraba, se oraba, se oraba noche y día, en voz alta y con gran fervor; mas aún seguía temblando, la tierra seguía sacudiéndose como si en verdad la tierra misma —como el pueblo

sentía— quisiese protestar por el crimen tan villanamente cometido en la persona del párroco de Zapotitlán.

## *EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD*

El templo o santuario de Nuestra Señora de la Salud es hermoso y poético por su ubicación: se esconde entre las huertas de la margen del Río de Colima, al norte de la ciudad, único en una amplia barriada compuesta casi en su totalidad por familias de la clase humilde; pobres y humildes, sí; pero piadosas. Escondido casi entre el boscaje, entre palmas y laureles, con su atrio mismo, en aquellos días lleno de frescor y de poesía, por sus flores y enredaderas, un amplio pórtico gótico da acceso al sagrado recinto del santuario en donde se venera una bellísima escultura de Ntra. Señora de la Salud (misterio de la Purificación), tan antigua, como que data de los albores mismos de la evangelización de estas tierras; tan venerada, como que ya ante ella se postraron los primeros creyentes de estos valles colimenses; tan hermosa, a pesar de su antigüedad, como gota de agua cristalina apenas caída al romper la luz de la mañana.

Año con año se celebra su función el 2 de febrero, engalanándose la iglesia y el barrio entero, cuyas calles todas quedaban en esos tiempos cubiertas por un tupido toldo de festones y faroles de papel y cuyas casas adornaban sus portadas con cortinas de flores y verdura. Por las noches del novenario que precedía a la fiesta, el barrio de "La Salud" estaba animadísimo: el toldo de festones de colores que protegía del sol durante el día, se convertía en toldo de luces, cuando los millares de farolillos de distintas formas y colores eran encendidos y Colima entero solazaba su espíritu, visitando a la Virgencita santa en su amado templo y convirtiendo noche a noche las calles de aquel poético barrio, en el lugar de sus paseos insustituibles.

En la función del 1933, ya hubo sus aires de tragedia. La noche del día de la solemnidad se rumoró que un grupo de anticleri-



cales intentaba apoderarse de la imagen, y los fieles la pusieron a salvo. Se supo que un grupo de agraristas, además, azuzados por unos políticos masones, había solicitado el templo para establecer en él las oficinas de la Comisión Agraria. El pánico se había sembrado y fue aumentando constantemente, como que cada vez se palpaba más que se volvía a los tiempos de la persecución apenas transcurridos.

En efecto, el 19 de enero de 1934, empleados de la Oficina Federal de Hacienda se presentaron al sacerdote Vicario de aquel templo, Pbro. don Tiburcio Hernández, con el objeto de clausurar la iglesia, por haberlo ordenado así la Secretaría de Hacienda, ya que un decreto del Presidente de la República lo destinaba a otros fines.

Con lágrimas en los ojos hubo el Padre Hernández de entregar las llaves del venerado templo. Los vecinos de la Vicaría, creyendo aún en la justicia de los hombres, demandaron amparo ante el Juzgado de Distrito, señalando como autoridades responsables al Presidente de la República, al Secretario de Hacienda y al Jefe de la Oficina de Colima; pero el Juez de Distrito resolvió negativamente y, entonces, viendo inútiles los medios legales, se dispusieron las mujeres de la barriada a defender su templo.

Grupos de mujeres y niños de toda la ciudad, en unión con las mujeres de aquella barriada, sentaron reales en el amplio atrio de su templo y en la calle adyacente. En el puentecito mismo que sobre el Río de Colima conduce al templo de "La Salud", estaba la primera avanzada de gente armada con piedras y palos.

El tránsito de coches fue suspendido y ningún extraño entraba al barrio sin protestar ser católico y gritar ¡Viva Cristo Rey! Más aún, al pasar frente al templo, había necesidad de hacer ostentación de fe y veneración y a los hombres en quienes se notaba mala voluntad para hacer lo que se les indicaba, la muchedumbre airada los castigaba con especial rigor. Muchos eran sentenciados a santiguarse públicamente y otros a ponerse de rodillas y se dio el caso en que, requerido fuertemente un individuo a hacer tales demostraciones, como él prorrumpiera en palabras in-

juriosas a Cristo y a su Iglesia, las mujeres, enardecidas, lo estrujasen, lo golpeasen y aun dejasen sin bigote que vilmente con las manos le arrancaron.

La situación se prolongaba y la tensión de ánimo aumentaba y se enardecía. Bravas mujeres, algunas de ellas armadas de puñal y pistola, capitaneaban la defensa de su templo. Por la noche se hacían grandes lumbradas, sobre todo en las partes semioscuras cubiertas por la sombra de los árboles, y en tanto que los niños, al amparo de familias exprofeso puestas en alguna de las casas del vecindario, pasaban tranquilamente la noche, ellas, las mujeres, acompañadas de sus esposos o hijos mayores, permanecían en su puesto.

Muchas veces las capitanas de aquella muchedumbre, enardecidas, se presentaron en aquellos días ante las autoridades militares pidiendo garantías: "porque el templo es nuestro; porque nosotras, con nuestro trabajo humilde cuidamos de su conservación y reparaciones; porque no lo hizo el gobierno ni ningún extraño; nuestros señores padres, nuestros abuelos lo hicieron y nadie tiene derecho a arrebatárnoslo contra nuestra voluntad".

Y las garantías no se dieron y los enemigos de la Religión y del pueblo tampoco querían ceder. Entonces, como en los tiempos primeros de la suspensión del culto, recurrieron los enemigos a la intriga y al fin lograron persuadir al anciano sacerdote encargado del templo a que saliera y convenciera a las multitudes de la inutilidad de aquella resistencia y de la conveniencia de dejar aquel asunto por la paz.

No hay duda que el Padre don Tiburcio Hernández era muy querido del pueblo; por él hubiera dado aquella gente aun su propia vida; pero a fuerza de amarguras y desengaños el pueblo va cogiendo experiencia y conoce la astucia de sus enemigos y hasta dónde es capaz de llegar; por eso, contra todo lo que se esperaba, el recurso resultó inútil. Subió el buen sacerdote a una pequeña mesa, enmedio de aquellas multitudes embravecidas, para hacerse ver y oír. Se le prestó un momento silencio respetuoso; pero luego principió a manifestarse la voluntad decidida y grande de no cejar,



y predominó el clamoreo de la multitud, pidiéndole que no interviniese y que los dejase obrar. Ante la inutilidad de sus esfuerzos, el sacerdote optó por retirarse y dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Un día, agraristas y gendarmes se apoderaron repentinamente del templo, y el pueblo, justamente indignado, reforzó sus contingentes y se produjo un verdadero tumulto en que hubo pedradas y garrotazos a granel, y difícilmente los atacantes se escaparon de ser linchados por las multitudes. La mesa, las sillas que habían sido llevadas al templo para la ceremonia de la toma de posesión, un retrato de Calles y otras cosas que de igual manera habían colocado, fueron sacados a la calle y se formó una pira. El templo, el amado templo, quedaba nuevamente en poder de las multitudes de católicos: los asaltantes se habían retirado llevándose buena lección.

Al fin... ¡había de suceder! las tropas federales se pusieron de parte de los usurpadores y el templo fue ocupado por los agraristas...

El recinto santo quedó solo. En fechas posteriores, el gobernador Miguel Santa Ana demolió los altares y, lleno de basura, víctima del abandono y del sectarismo, sin ocuparse en nada, ni servir para nada, el templo comenzó a destruirse. En los atrios del templo, siempre bellos y cubiertos de flores en las épocas anteriores, pacían las cabalgaduras... El curato anexo fue declarado Casa del Campesino: fue el mesón, sucio y descuidado, a donde llegaban los agraristas que venían a la ciudad.

Pocos días después de la usurpación, murió, víctima de la pena, el Rev. Padre Vicario del templo, don Tiburcio Hernández.

Muchas veces los vecinos de la barriada de "La Salud" se dirigieron al supremo gobierno de la Nación, pidiendo la revocación del decreto que les privó de su templo y haciendo ver que éste iba a su destrucción muy rápidamente, dado el abandono en que se le tenía. Se alegó que era el único que existía en tal barriada, compuesta en su totalidad por campesinos y obreros que querían su templo, porque son creyentes; que la moralidad pública pedía que

se les devolviese su templo; que fue ese despojo un verdadero atentado contra el derecho y la voluntad popular, la voluntad de un pueblo de campesinos honrados. Aun se hizo patente que los agraristas allí introducidos no fueron sino instrumento forzado de malos políticos que se sirvieron de ellos para ejecutar sus malas intenciones... En una ocasión, había ya orden federal de hacer la entrega del templo y el Jefe de la Oficina Federal de Hacienda así lo había comunicado oficialmente al cura párroco del Sagrario, a donde la Vicaría de La Salud pertenece. El párroco fue citado para hacérsele entrega y acudieron a la cita él y los vecinos... ; pero ya dos o tres políticos de segunda fila habían conseguido de México la suspensión del acuerdo y el templo no fue entregado. Posteriormente, en el 1941, el Presidente de la República general Manuel Avila Camacho en su visita a Colima, ordenó la devolución, accediendo a nueva petición.

## *LA CUESTION ESCOLAR*

El grito salvaje de Calles: "La niñez pertenece a la Revolución", tuvo su repercusión en Colima. Los diputados y senadores. fieles a las consignas del jefe máximo y de las logias masónicas, comenzaron en México a esbozar las reformas al Artículo 3o., para la implantación de la enseñanza socialista. Bassols, el nefasto Ministro de Educación, propuso desvergonzadamente la educación sexual. La mujer mexicana lanzó entonces unánime protesta. La mujer colimense unió su voz indignada y potente al clamor nacional.

Fue entonces organizado en Colima el Centro de la Liga Nacional de Padres de Familia, para oponerse a la reforma constitucional. Se organizaron numerosas y concurridas asambleas presididas por damas distinguidas y respetables que entusiasmaban a las mujeres de todas las clases sociales a defender los intereses espirituales de sus hijos. Jóvenes de la U.N.E.C. (Unión Nacional de Estudiantes Católicos) llegados de México, dieron una serie de conferencias contra la llamada educación socialista e intentaron



establecer su asociación con jóvenes de la Normal de Colima, pero los trabajos tendientes a esto fueron reprimidos por el gobierno del Estado.

En esos días, la mujer colimense dio una hermosísima nota al organizar una numerosa manifestación que recorrió las principales calles llevando cartelones alusivos, protestando contra la implantación de la enseñanza socialista. El gobernador Saucedo se negó a tener la atención siquiera de contemplar, desde el balcón de Palacio, aquella manifestación nutridísima y verdaderamente popular.

## *EL MAGISTERIO COLIMENSE*

Todavía no se aprobaba en México la reforma del Artículo 3o., cuando ya el gobernador Salvador Saucedo pretendió implantar en Colima la enseñanza socialista. Los maestros del Estado y los federales fueron convocados por sus respectivos directores: los primeros, al Palacio de Gobierno y los segundos a la Escuela Tipo. Entre otras cosas se les exigió, abierta y llanamente, declaratoria escrita, firmada de su puño, de impartir a sus educandos la enseñanza socialista y de que atacarían al credo católico como enemigo del proletariado. Gran parte de las maestras del Estado y algunos maestros, principalmente de los del Estado, se negaron a firmar y aun publicaron una protesta; pues siendo aún conforme a la Constitución la escuela laica, el gobernador de Colima les obligaba a proporcionar una enseñanza antirreligiosa. Todos los que no estuvieran de acuerdo en someterse a la disposición fueron cesados de sus cargos, teniendo que soportar días de verdadera prueba, algunos hasta de miseria; pues al mismo tiempo se decretó una verdadera campaña contra la escuela hogar, único medio de subsistencia de los heroicos maestros cesados. ¡Loor al magisterio colimense!

Digno de loa fue también el joven Juan Romero, empleado de la Tesorería del Estado, quien —según publicó la prensa— renunció a su cargo por no estar de acuerdo con la escuela socialista.

Y el artículo 3o. fue reformado en orden a la implantación de la enseñanza socialista. Y el Episcopado prohibió a los padres de familia enviar a sus hijos a las escuelas. Y el pueblo colimense estuvo a la altura de su deber. El año escolar 34-35 fue gloriosísimo para los católicos: las escuelas se vieron completamente desiertas: las que antes habían tenido 300 ó 400 alumnos, a duras penas contaban 20 ó 25, pues hasta los funcionarios oficiales tenían a sus hijos recibiendo clases particulares. Ni multas, ni prisiones, ni promesas, ni halagos pudieron quebrantar la franca voluntad de los padres de familia que preferían que sus hijos se quedaran sin saber leer y escribir, antes que entregarlos a la escuela socialista.

De Zacualpan fueron traídas amarradas dos o tres mujeres indígenas, acusadas de haber expulsado del pueblo al profesor de la escuela. En Tecomán, Col., hubo un zafarrancho por haberse indignado el pueblo contra uno de los maestros, por sus enseñanzas.

## *MAS HEROES. EL INDIO MAXIMO*

Por estos tiempos, como voz tremenda de protesta, levantada del seno del pueblo humilde, apareció en Cerro Grande un indio, decidido y valiente, de aspiraciones nobles y sentido claro, llamado Domingo Máximo. Su bandera era la libertad de enseñanza; reunió otros compañeros y se levantó en armas en contra del gobierno del Estado.

Guerrillero infatigable y astuto, se sostuvo durante varios meses, organizando y aumentando su gente, llegando a infligir seria derrota a una gruesa columna de federales que fue a la montaña en su persecución.

Al fin cayó en poder del gobierno. Atado a un árbol se le tuvo varios días sin comer ni beber y se le acribilló. El indio Domingo Máximo murió estoicamente, como buen hijo de su raza, por la causa de la libertad de enseñanza.





Ignacio y Ramón Pérez eran dos hermanos muy estimados en Villa de Alvarez, Col., jóvenes, entusiastas y cultos, a quienes las intemperancias del gobierno del Estado lanzaron a la revolución, enarbolando, así como el indio Máximo, la bandera de la libertad escolar.

En representación de la Unión de Padres de Familia de Villa de Alvarez que los constituyeron sus portavoces, se enfrentaron en dura polémica con un delegado gubernamental que pretendía envolver en sus sofismas a los padres de familia, a fin de que desistieran de su actitud y cesara el boycot contra la escuela oficial. El gobernador Saucedo los llamó para tomarles cuenta de su resistencia y "rebeldía". Ellos declararon que no eran "rebeldes" y que si resistían de esa manera al sentir oficial, no era por espíritu de oposición y rebeldía, sino por defender lo más santo que en la sociedad existe: el alma de los niños y el derecho sacrosanto de la libertad de enseñanza.

El gobernador aparentó ver las razones que se le exponían y aun tuvo para ellos dos, palabras de elogio, por su actitud viril y noble; pero pocos días después se les mandó aprehender.

Cayó la policía a su casa en horas en que providencialmente no estuvieron allí los dos hermanos y, no encontrándolos, saquearon la casa robando cuanto quisieron. Ante una situación tal, los hermanos Pérez abandonaron su hogar y se decidieron a marchar a la montaña uniéndose a las ya múltiples partidas de gente armada que proclamaban la libertad.

Su labor entre los nuevos libertadores fue noble y decidida y pronto pudo traducirse en mejor disciplina y mayor moralidad y entusiasmo de los insurrectos. ¿Cuáles fueron sus días y sus noches? ¿Cuáles sus penas y contratiempos? Difícilmente el que de estas cosas no sabe, puede imaginarse los sufrimientos que entraña una vida de guerrillero, no sólo en lo material, en el hambre y en el frío, en la vida de sobresaltos y penalidades físicas, en la carencia de techo y de sosiego, sino, sobre todo, en lo que ve a

lo espiritual: la incomprensión, el abandono y la malevolencia de quienes, por comunidad de ideales e interés superiores hubieran de ser, si no colaboradores, sí, al menos, simpatizadores sinceros. El vacío, que nunca sintieron en su total crudeza los cristeros, debió de ser para estos nuevos insurgentes, de alma también noble y levantada como los de antaño, una de sus más grandes penas.

Era el 15 de septiembre del año de 1936. Los hermanos Pérez, en unión de otros guerrilleros, se encontraban en las faldas del sur del Volcán de Fuego, a no muy larga distancia del pueblo de S. Jerónimo, cuando una partida de agraristas armados trabó con ellos un ataque repentino e inesperado. En el rincón de un barranco cayó herido Ramón, el menor de los hermanos. Ignacio, el mayor, pudo haber huído; pero el cariño, la fidelidad, la compasión por el hermano herido lo retuvieron a su lado y, momentos después, caía acribillado a balazos. Inseparables habían sido en su vida, en sus ideales, en sus luchas, e igualmente juntos caían por la causa de la libertad escolar, por el alma de los niños de su pueblo y de su Patria.

### *LAS FOBIAS DEL GOBERNADOR*

A la cuestión escolar unió el gobernador Saucedo, como hemos principiado a ver, su acción directa en contra del culto divino, y esta fobia diabólica iba en creciente.

El 16 de agosto de 1934, el congreso local expidió un nuevo decreto de cultos, reduciendo a 5 el número de sacerdotes que podían oficiar en el Estado: 1 por cada 12,000 habitantes, conforme al último censo. El gobernador, en el reglamento correspondiente, establecía que el culto sólo podría tener lugar en los templos de la capital y en las cabeceras municipales de S. Jerónimo, Tecomán y Comala. Dejaba, pues, sin culto, 5 de los municipios del Estado, entre ellos algunos de los más religiosos, como Villa de Alvarez.



### *SOLO DOS TEMPLOS EN EL ESTADO*

En el mismo mes, inopinadamente el gobernador dispuso al presidente municipal de Colima la clausura de todos los templos de la ciudad, a excepción del Sagrario y la Capilla de la Sangre de Cristo. De igual manera fueron cerrados todos los templos de los municipios. En Villa de Alvarez y, sobre todo, en Comala, el pueblo protestó en masa por la clausura de sus iglesias. El clero de todo el Estado, por orden del gobernador, se reconcentró en la capital, con la obligación de pasar revista diaria en Palacio de Gobierno. Más aún: el gobierno se apoderó, en la Catedral, el Santuario, Templo de Villa de Alvarez y San Jerónimo, de todo cuanto pudo: materiales de construcción, muebles y aun objetos del culto. Fue un verdadero saqueo vandálico.

### *UNA ENTREVISTA CON EL GOBERNADOR*

Un día de tantos, el gobernador Saucedo citó a todos los sacerdotes a su despacho. Sin excusa ninguna todos habrían de presentarse en el lugar de la cita. Los sacerdotes obedecieron. El objeto de la entrevista era el siguiente: manifestarles que de México avisaban que se había descubierto un complot en contra del general Calles, ramificado en Colima, y que en ese complot, era claro, el clero tenía que tener parte. Que se iba a emprender una seria investigación y que todo el peso de la ley habría de caer sobre el clero todo, si era culpable; que por lo pronto seguirían todos presentándose, día a día, a pasar revista. Además, que la actitud de los padres de familia al retirar a sus hijos de las escuelas, era una verdadera rebelión de la cual los sacerdotes eran los principales responsables, y que, o ponían fin a la labor sediciosa y remediaban el mal causado, laborando con el gobierno en pro de las escuelas, o habrían de sufrir las consecuencias. El clero manifestó respetuosamente su extrañeza ante la noticia del complot descubierto y protestó no tener ninguna participación en él, de ser cierto que el complot existiera y tuviere ramificación en Colima.

En efecto, todo era maquinación perversa del gobernador para llevar a cabo sus planes. Saucedo partió entonces para México, en donde siguió madurando su proyecto nefando de extirpar el catolicismo en Colima.

### *EL COLMO DE LAS FOBIAS: NI UN SACERDOTE EN EL ESTADO*

Ya en México, el gobernador Saucedo declaró, en presencia de los demás gobernadores, que él arrojaría del Estado a todos los sacerdotes y que perseguiría sin descanso el catolicismo, hasta lograr extirparlo en la entidad que él gobernaba. ¡Qué fácil!

Ante la actitud resuelta del apóstata Saucedo, los demás gobernadores —según él después lo afirmaba—, prometieron lo mismo. Muy en breve no quedaría en México rastro ninguno de fe cristiana. Y, tras la resolución, manos a la obra: en efecto, desde la capital mandó la orden al gobernador provisional, señor Salvador Govea, de que, sin miramientos ningunos, sucediera lo que sucediese, los sacerdotes todos fueran inmediatamente expulsados del Estado, haciendo caer sobre ellos la acusación de perturbadores del orden público, sediciosos y "cristeros".

La noche del 22 de octubre, todos los sacerdotes fueron citados al propio domicilio del interino, Salvador Govea. Eran las 9 de la noche; la casa de Govea estaba bien defendida con gendarmes del Estado, como si se hubiese tratado de prevenir un ataque armado o apoderarse de una chusma de guerrilleros armados que se habrían de coger por sorpresa. Cuando todos los sacerdotes estuvieron reunidos —algunos de ellos ancianos decrépitos, enfermos y extraordinariamente achacosos—, el interino Salvador Govea, agria y adustamente, manifestó que "por orden superior", todos deberían abandonar el Estado, al día siguiente a más tardar, a excepción de los señores curas don Bernardino Sevilla y don Manuel Sánchez Ahumada y del Pbro. don Francisco Rueda y Zamora, que en esa misma noche tendrían que estar fuera de los límites del Estado.





*Sr. Cura Adolfo Mota, martirizado el 30 de mayo 1932.*

*J. Jesús Z. Cruz, asesinado el 27 de diciembre de 1935.*

*Nuestra Señora de La Salud. — Venerada imagen traída de España por los Misioneros en el alborear de la vida de Colima.*



Apenas se habían retirado los señores sacerdotes del domicilio de Govea, que con impía altanería ponía en ejecución una ley a todas luces descabellada y aun inhumana, dadas las condiciones de edad, enfermedad y achaques de muchos de los sacerdotes colimenses, cuando un piquete de gendarmes aprehendió a los mismos tres sacerdotes a quienes se había dado disposición de salir en la misma noche de Colima; se les condujo de nuevo a la casa del gobernador Salvador Govea en donde el achichinque Tintos, con altanería de déspota impío, les manifestó que había sido ya dada, en contra de ellos tres, orden de fusilamiento. El P. Rueda manifestó que podría asesinárseles, sí; pero contra toda ley y derecho; puesto que ni en contra de los grandes criminales podría darse sentencia de fusilamiento ya que la pena de muerte estaba prohibida por la Constitución del Estado. Tintos manifestó entonces, que por "indulgencia" del C. Gobernador, la pena no se ejecutaría; pero que, inmediatamente, acompañados por gendarmes, tendrían que abandonar Colima.

En efecto, cuatro coches repletos de gendarmes formaron la comitiva que sacó a los tres mencionados sacerdotes hasta Tonila, Jal. Eran aproximadamente las 10 de la noche cuando se emprendió la marcha... Cuando se hubo salido de la ciudad y la comitiva pasaba frente al cementerio municipal, una voz ronca ordenó que se hiciera alto y los cuatro coches hicieron alto... Los gendarmes bajaron al punto con las armas en la mano y los sacerdotes fueron también sacados. ¿Para qué? Tendrían que ser fusilados, se les dijo, y tratóse de atemorizarlos. Es que los tiranos querían, a todo trance, una declaración, sacada a cualquiera costa, que les sirviera de base para confirmar lo que tanto ellos habían propalado: que los sacerdotes de Colima eran sediciosos y enemigos de la Revolución, contra la cual preparaban un complot. Todo en vano. En las sombras de la noche, rodeados de los jenízaros, los tres sacerdotes, amenazados de muerte, conservaron la ecuanimidad, y cuando aquella estratagema resultó vana, en medio de insultos y palabras gruesas se les hizo de nuevo subir al coche y la marcha continuó hasta Tonila, Jal.

Entre tanto en la ciudad de Colima reinaba la más grande consternación. La policía había procedido a clausurar, con lujo de fuerza, los dos únicos templos que quedaban abiertos al público: el Sagrario y la Capilla de la Sangre de Cristo, que estaba haciendo los oficios del templo parroquial de la Merced. Fue tan imprevisto el ataque y se procedió con tal lujo de atropello, que aun el Santísimo Sacramento quedó dentro. Fue preciso que un muchacho, burlando durante la noche la vigilancia de los guardias y brincando por sobre las bardas, se introdujese en los anexos del templo y de ahí al templo mismo, y sacase, por sobre las bardas también, la Sagrada Eucaristía. ¡Que Dios pague aquel arrojo cristiano!

Una hora más tarde, en medio también de gendarmes, salieron igualmente de la ciudad los sacerdotes Arreguín y Covarrubias. El primero, párroco de Tecomán y el segundo profesor de Filosofía en el Seminario Diocesano.

En aquella noche memorable, gran parte de las familias de Colima estuvo en vela: se oraba y se lloraba de consternación. Los políticos más responsables de los sucesos durmieron con sus defensas reforzadas, si es que durmieron.

Al día siguiente por tren, hacia Guadalajara, salieron casi todos los sacerdotes que restaban. Otros prefirieron viajar por automóvil hasta Tonila, Jal., en donde quedaban ya fuera de la jurisdicción de los perseguidores de Colima. Todos, aun los más ancianos y achacosos, tuvieron que salir al destierro: los canónigos Monseñor Francisco Anaya y don Alberto Ursúa, llenos de emoción al contemplar cómo la sociedad entera de Colima, sin distinción de clases acudía a la estación para despedirlos y llorando pedía la bendición última, aunaron sus lágrimas a las de los fieles a quienes públicamente bendijeron. Tanto el uno como el otro tuvieron que ser subidos en peso al carro del tren, porque ya por sus años y achaques no era posible que lo hicieran por sí mismos. El padre don Cipriano Meléndez estaba enfermo de gravedad. Además de ser un anciano débil y decrépito, acababa de sufrir una seria operación quirúrgica que lo tenía al borde del sepulcro. En



una camilla y con inhumanidad sin igual, fue puesto en el carro del express. Enfermo también y casi moribundo iba el padre don Gregorio Ramírez, otro anciano decrépito, a quien el pueblo piadoso llamaba "Ramiritos". Este murió en Sayula y el padre Meléndez, poco después, murió en Guadalajara.

También tuvo que salir el amado y anciano pastor de la diócesis, el Excmo. señor Velasco. Allá, durante los años de la suspensión del culto, fue el pastor fidelísimo que no salió del lado de sus hijos, con quienes compartió el sufrimiento y el peligro. Entonces, algo más potente que ahora, menos abatido por los años y la falta de salud, pudo entonces evitar el destierro, desapareciendo oportunamente de la vista y del alcance de los perseguidores y viviendo en las montañas vida de fugitivo. Hoy, empero, no tuvo ya en su mano este recurso y hubo de salir para Guadalajara. Su casa fue saqueada, sus muebles y sus libros eran malbaratados por gente sin conciencia y sin honor.

Colima en tanto lloraba... En orfandad y luto lloraba de verdad.

## *LA "ACCION CATOLICA", EN COLIMA*

Capítulos brillantísimos escribió en sus páginas la Acción Católica, sobre todo la benemérita U.F.C.M. en este período de dolor. La honorabilísima señora doña Luisa Padilla de Alvarez encabezó el grupo de las señoras y señoritas que desplegaron su actividad para controlar a todas las clases sociales en estos meses de terrible prueba espiritual, a la vez que allegaban recursos para los desterrados. Volviéronse a organizar las interminables caravanas de fieles a Tonila. En coches, en camiones, en humildes cabalgaduras y aun a pie, a las altas horas de la noche y en la madrugada, sobre todo los días de fiesta y viernes primeros, se salvaba la distancia para ir hasta allá. Gozando del privilegio excepcional que en derroche de ternura paternal el Papa Pío XI concedió a México, los oratorios secretos se multiplicaron en Colima, tanto en la ca-

pital como en los pueblos. La Santa Eucaristía era llevada a ellos por los fieles mismos que de Tonila u otros lugares en donde había culto regresaban. Y ahí, en aquellos hogares-templos, los fieles comulgaban por su propia mano... Providencialmente, Dios envió a Colima a un sacerdote michoacano enfermo del corazón que, no obstante su salud tan delicada, trabajó hasta agotarse. Dios le conservó casi milagrosamente la vida hasta el retorno de los sacerdotes colimenses. Algunos otros lograron penetrar furtivamente al Estado y así el señor cura don Mateo Macías volvió a su parroquia de Coquimatlán en donde ocultamente se sostuvo. Así, en medio de las lágrimas, se conservaba la fe y el culto. Colima mártir volvía a ser nuevamente digno espectáculo que Dios con sus ángeles contempló.

Tampoco faltaron en esta ocasión los jóvenes intrépidos de otros tiempos, nueva generación de valientes que en dos publicaciones defendieron los derechos del pueblo cristiano: desde el punto de vista religioso, *La Verdad;* desde el cívico, *Libertad*. Esta última triunfó en toda la línea en contra del masón Pimentel, a quien quería imponer el gobernador Saucedo.

### *LA BURLA DEL TIRANO*

El gobierno del Estado estaba vencido. La huelga escolar seguía cada día más firme y completa: lloraba el pueblo la ausencia de sus sacerdotes; pero, al mismo tiempo, defendía con inquebrantable vigor el alma de sus hijos. Las escuelas estaban vacías.

Esta situación espiritual repercutía en lo temporal: todo languidecía: la popular feria de Todos Santos que se celebra en noviembre, el comercio, la vida social. El tirano, empero, no se daba por vencido y estaba dispuesto a extorsionar más. En 23 de noviembre de 1934, como represalia perversa, lanzó el Congreso del Estado un decreto más sobre cultos:

> Art. I. En el Estado de Colima sólo podrá ejercer un solo sacerdote de cada culto religioso. Art. II. Las ceremonias religiosas de cada culto deberán efectuarse únicamente en la capital y precisamente dentro de los locales autorizados.



¡Y todos los templos estaban clausurados por orden del gobierno! Y luego la burla:

> Los sacerdotes deberán ser casados civilmente.

¡La cavernaria y sarcástica condición de Garrido Canabal en Tabasco! Y, de remate, el pasquín oficial *Vanguardia,* insultando a la sociedad en lo más sagrado que tiene que defender: su conciencia.

### *EL PRESIDENTE CARDENAS*

A principios de 1935 visitó Colima el Presidente de la República, general Cárdenas. Con esta oportunidad, el pueblo organizó una numerosísima manifestación. Una respetable comisión de señoras, en nombre de los manifestantes, entrevistó a Cárdenas, quien prometió influir (!!) por que se diera a Colima una reglamentación aceptable. Con respecto a la libertad de enseñanza, Cárdenas manifestó, entre bromas que: sólo una revolución sería capaz de obtenerla...

Y los días pasaron y la situación religiosa no cambiaba. A pesar de que se recordó al señor Presidente su promesa, el asunto durmió en Gobernación.

### *SE VA POR FIN EL TIRANO*

Un día —¡feliz día para Colima!—, Saucedo salió para México, dejando como gobernador interino al diputado por S. Jerónimo, señor Crispín Ríos. Durante esos días, con fecha 26 de junio, la legislatura local aprobó un decreto que a la letra decía en su Art. 2: "En el Estado de Colima podrán oficiar 20 sacerdotes de cada culto religioso". El pueblo se llenó de júbilo;

pero Saucedo dio contraorden telegráfica y la legislatura, no obstante que el decreto había sido publicado y fijado en las esquinas de las calles, según estilo, negó haber expedido tal decreto y aun publicó, con fecha 23 de julio, un aviso atribuyendo a maniobras de los católicos la publicación del dicho decreto impreso. Entonces, un grupo de valientes católicos publicó una protesta impresa en que se echaba en cara al congreso del Estado su cobardía y claudicación.

No habían transcurrido muchos días cuando la hora de Dios sonó al fin, y el tirano de Colima cayó del poder. ¿Cuál fue la causa? De tejas abajo, como el pueblo suele decir, el oponerse a la voluntad del P. R. M., que había decidido que fuera gobernador de Colima, para el siguiente período, el teniente coronel don Miguel G. Santa Ana.

### *REGRESAN LOS SACERDOTES*

Todavía alcanzó a allanar las dificultades para que volvieran a Colima los sacerdotes desterrados, el señor don Crispín Ríos, durante los días de su administración. Como los templos continuaban cerrados, en tanto que se llenaban los requisitos legales, el culto principió, de una manera semi-oculta, en domicilios particulares. Cuando al señor Ríos sucedió, también como gobernador provisional, el señor don José Campero, logró obtenerse la reapertura de algunos de los templos, y Colima tuvo de nuevo culto público. De igual manera, en estos mismos días, en los municipios del Estado, el culto se reanudó, con inmensa alegría del pueblo.

### *MIGUEL G. SANTA ANA, EL NUEVO GOBERNADOR*

El teniente coronel Miguel G. Santa Ana (período 1935-1939) gobernó en general con tolerancia hacia los católicos y se supo granjear el cariño del pueblo. Sin embargo, muchas cosas tuvieron que seguirse lamentando durante su administración.



El mismo expulsó al señor cura don Manuel Sánchez Ahumada, párroco de La Merced, y al señor cura don Ignacio Ramos, de la parroquia de San Jerónimo, porque —según el decir del mismo gobernador— aquellos dos sacerdotes apoyaban al pueblo en su boycot a las escuelas oficiales. De aquí que, según su sentir, ellos dos deberían ser eliminados, pues él trataba a todo trance de mejorar y levantar las escuelas. Lástima que por falta de mejor criterio puso sólo sus ojos en el mejoramiento material: aumento de escolares, de edificios dedicados a la enseñanza, etc. Pero degenerado el magisterio oficial, continuó así sin buscarse remedio a mal tan grande. Es cosa completamente pública en Colima el nivel tan bajo a donde se descendió; los ejemplos de liviandad dados a diario a los escolares, y la inmoralidad abiertamente reinante en algunos "centros de educación". ¡Cómo no habrían de oponerse los padres de familia a que sus hijos perteneciesen a tales escuelas, más aún, constando que muchos de los textos de enseñanza eran anticristianos, que muchos de los profesores eran declaradamente apóstatas de su fe y atacados algunos de la vieja fobia en contra de la Religión Católica!

No solamente los dos sacerdotes arriba enumerados fueron expulsados, sino que algunas familias del pueblo de San Jerónimo por idéntica razón, fueron desterradas.

Llevado Santa Ana de su afán de mejorar las escuelas en lo material; se apoderó de todo lo que ocupaba el antiguo colegio *La Paz,* al costado del Templo del Sagrado Corazón. Fue en días mejores el Colegio *La Paz* excelente colegio en donde se educó lo más granado de la sociedad de Colima, atendido por religiosas. Cuando las religiosas hubieron de abandonar su casa, envueltas en el torbellino que la persecución levantó y que arrolló a su paso cuanto de grande y noble, cuanto de santo encontró, el colegio, aunque en otro edificio, con otro nombre y con distinto profesorado, pudo por algunos años subsistir, y el edificio pudo salvarse, hasta que llegaron los tiempos del gobernador Santa Ana en que la ocupación total se consumó.

Dados estos antecedentes, sobre todo en los primeros tiempos

del gobierno de Santa Ana, la excitación popular continuaba en fermento y las represalias en contra de los católicos de Colima no terminaban.

### *J. JESUS Z. CRUZ*

Jesús Z. Cruz era un muchacho trabajador y honrado. Siempre alegre y lleno de entusiasmo era de los jóvenes de la *Acción Católica*. Sus compañeros, dado su espíritu organizador y abierto, su decisión y su valor civil, le llamaban con el cariñoso sobrenombre de *el General.*

El 27 de diciembre de 1935, como a las 11 de la mañana, fue aprehendido por militares disfrazados de civiles que le llevaron a la Comandancia Militar de la Zona. Cuando llegó la noche, se le condujo a la Colonia agrarista de *El Moralete,* a orillas de la ciudad. Allí se le atormentó horriblemente, se le hizo cavar su propia sepultura y, finalmente, se le fusiló. Z. Cruz obsequió, en señal de perdón, un anillo a uno de los que lo mataron. Había comulgado ese mismo día por la mañana. Era originario de Coquimatlán, Col. y acababa de cumplir 30 años.

### *EL PERIODO DE SANTA ANA. ULTIMOS ACONTECIMIENTOS*

En cambio de los males enunciados, el gobernador Santa Ana con no escasa buena voluntad y tino se prestó a ir solucionando algunos de los problemas religiosos. Expidió un decreto anulando todos los anteriores de sus predecesores en materia de cultos, y en el cual se autorizaba 15 sacerdotes para el Estado; volvió al culto público algunos de los templos que aún permanecían clausurados y facilitó la reanudación del culto en la Catedral, cuyas obras de reconstrucción fueron un símbolo de la tenacidad y entusiasmo de los católicos de Colima.

El 2 de diciembre del año 1939, la víspera del primer día de





*Hablando con el General Manuel Avila Camacho, en su visita a Colima, con el fin de obtener la devolución del templo de La Salud. El la concedió.*

la novena a la Santísima Virgen de Guadalupe, en cuyo honor la Catedral colimense está erigida, se hizo la solemne bendición de las obras hasta entonces concluídas: la gran cúpula central y el presbiterio. Lo restante del templo, aunque amarrado ya en sus partes principales para que no constituyese peligro para los fieles, aún estaba lleno de grietas. Cerca de dos mil almas concurrieron al acto, en aglomeración extraordinaria, sin dejar lugar para que nadie, a no ser los que ocupaban las bancas, se pusiese siquiera de rodillas. ¡Así era el hambre del pueblo de Colima por poseer de nuevo su hermosa Catedral! Sin embargo, del viejo Cabildo ya nadie estuvo presente. Las ilustres figuras del sacerdocio de Colima, en gran parte, habían pasado ya de esta vida. Los años de aflicción y martirio habían consumido prematuramente sus existencias terrenales. Ya no estuvo el antiguo maestro de muchas generaciones, rector del seminario de Colima durante largos años, canónigo don Jesús Carrillo: ya había muerto. Había muerto también quien, en los años de la mayor angustia, había sido el Vicario General de la Diócesis, Monseñor Francisco Anaya. Había de igual manera exhalado su alma en manos del Rey Supremo, el ilustre confesor de Cristo, forjador de toda una pléyade de mártires, hombre de ciencia y de inquebrantable fe: *Nuestro Padre,* como le llamaron muchos, el Padre don Jesús Ursúa, como le conoció y llamó el pueblo. De estas ilustres figuras *Spectator* habló en la primera parte de su libro.

Descansen en paz estos egregios sacerdotes. Descansen en paz todos los idos; sean nuestra avanzada ante el trono del Rey Eterno de los siglos; sea, sobre sus pechos gloriosos, blasón de gloria lo que en otros tiempos fuera la bandera de sus combates, el *Viva Cristo Rey* de sus ideales.

## EFEMERIDES CRISTERAS DEL MOVIMIENTO LIBERTADOR COLIMENSE

*Enero de 1927*

*Día 6.* Sonó la hora de la lucha. Salieron de la ciudad de Colima los jóvenes de la A.C.J.M. *Dionisio Eduardo Ochoa, Rafael G. Sánchez* y *Antonio C. Vargas,* para ser los primeros *soldados del Ejército Libertador Cristero* en el Estado de Colima. La región de los volcanes de Colima fue la escogida para iniciar el movimiento.

*Día 23. En Montegrande, Col.* La gendarmería del Estado, comandada por don Urbano Gómez, en funesta incursión por las faldas del *sudeste* de los volcanes, al pasar por esta ranchería tomó prisionero y fusiló, sin formalidad ninguna, a Juan Barajas, campesino católico.

*El mismo día 23. A inmediaciones de la ranchería La Arena, Col.,* se libró el primero de los combates, con éxito admirable. Por una parte, la gendarmería del Estado, cuyo grupo integraban más de sesenta hombres bien armados y montados; por otra, un grupo deficientísimo en lo humano, de novatos cristeros, integrado como por 15 hombres, algunos con carabinas de cacería y otros sin ningún arma de fuego. Se tomó prisionero al comandante de la gendarmería, señor Urbano Gómez, en unión de tres de los suyos, los cuales fueron pasados por las armas. En el campo quedaron ocho gendarmes muertos. Recogieron los soldados libertadores doce armas largas, algunas cortas y varias bestias en-

silladas. Los jefes de esta primera hazaña fueron Dionisio Eduardo Ochoa y J. Natividad Aguilar.

*Día 28. En el pueblo de Suchitlán, Col.* Un pequeño grupo de soldados libertadores cristeros, al mando de Dionisio Carbajal, entró a este pueblo e hizo prisionero al Presidente Municipal.

*Día 29. En el pueblo de San Jerónimo, Col.* Otro grupo de libertadores, al mando directo del jefe regional cristero, Dionisio Eduardo Ochoa, tomó el pueblo. Se hizo prisionero al soldado agrarista Marcelino Flores. Por parte del jefe Ochoa, sin novedad.

*Día 31. En la hacienda El Fresnal, Jal.* Se sostuvo el primero de los combates con soldados federales, quienes comandados por el general J. Jesús Ferreira, en número como de seiscientos, y provistos de ametralladoras, atacaron nuestras posiciones. Los libertadores, en número de once solamente, lograron hacer cincuenta y cinco muertos al enemigo y muchos heridos. De parte de los libertadores no hubo ni siquiera un herido. La defensa fue dirigida por el jefe libertador Dionisio Eduardo Ochoa y J. Natividad Aguilar, jefe inmediato del grupo cristero de Caucentla, Jal.

*Día 31. En la ranchería Lo de Clemente, Col.* El general callista Talamantes atacó a los libertadores de Dionisio Carbajal. Los soldados de la persecución eran como trescientos. Los cristeros libertadores, catorce. Se hicieron al enemigo más de cuarenta bajas, entre muertos, heridos y dispersos. De parte de los cruzados, murió Plutarco Arreguín —el primero de los caídos, muerto en el campo de batalla— y, además, un herido que aún vive el día de hoy: Daniel Magaña.

*Febrero de 1927*

*Primeros días del mes en Montitlán, Col.* Un campesino anciano de nombre Dionisio Ochoa, fue ahorcado por soldados del general callista Talamantes.

*Día 6. En Cerro Carrillo, Col.* El jefe cristero Norberto Cárdenas peleó contra trescientos cincuenta callistas, haciendo a éstos veinticinco muertos y muchos heridos. De parte de Cárdenas, no hubo novedad.



*Día 7. En la Puerta de la Joya, Col.* El jefe libertador Ramón Cruz, peleó contra el general callista Talamantes, a quien hizo veinticinco muertos, entre ellos varios oficiales. De parte de los libertadores, un herido.

*El mismo día 7. En la barranca de Santa Elena, Jal.* Un grupo compuesto de doce libertadores, tiroteó a la columna de doscientos cincuenta callistas que venían al mando del general Manuel Avila Camacho, a quien hizo retroceder haciéndole cinco muertos, algunos heridos y avanzándoles un rifle. De parte de los cruzados, hubo dos muertos y un herido.

*Día 8. En Zapotitlán, Jal.* Entraron a este pueblo los generales callistas Manuel Avila Camacho y J. Jesús Ferreira, encontrando a los libertadores completamente desprevenidos. De parte de los enemigos hubo dieciocho muertos. De parte de los católicos, hubo ocho heroicas víctimas.

*Día 25. En Suchitlán, Col.* Un grupo de ciento cincuenta libertadores, al mando del jefe Dionisio Eduardo Ochoa entró a este lugar defendido por los agraristas, a quienes se hicieron veinticinco muertos. Se recogieron varias armas. De parte de los católicos no hubo novedad.

*Marzo de 1927*

*Día 5. En Cerro Carrillo, Col.* El jefe libertador Norberto Cárdenas resistió el ataque de los perseguidores que, procedentes de la ciudad de Colima, salieron a combatirlo a su propio campamento. Los enemigos, después de haber sufrido muchas bajas, tuvieron que retirarse sin haber logrado desalojar a los libertadores de sus posiciones. De parte de los cristeros, no hubo novedad.

*Día 8. En la hacienda Chiapa, Col.* Un grupo de liberta-

dores, al mando de Andrés Salazar, atacó la escolta de ese lugar, la cual fue aniquilada en el combate. De los cristeros de Salazar murió Fernando Silva Cortés. El botín de guerra recogido por los libertadores fue de ocho armas.

*Día 9. En el Campo Seis, Col.* El jefe libertador J. Jesús Peregrina combatió con enemigos callistas. Después de una hora de tiroteo, tuvo que batirse en retirada, porque no le fue posible seguir resistiendo. Hubo un soldado cristero muerto. De parte de los enemigos, tres muertos y varios heridos.

*Día 11. En Tonila, Jal.* Entraron las fuerzas libertadoras a esa plaza, al mando del jefe Dionisio Eduardo Ochoa. Las fuerzas del gobierno callista, al saber la proximidad de los cristeros, evacuaron el lugar. Se recogieron diez armas largas y provisiones.

*Día 14. En el poblado de Astilleros, Col.* Los jefes libertadores Norberto Cárdenas y Ramón Cruz, al frente de sus grupos cristeros, sostuvieron fuerte combate con los callistas, a quienes hicieron sesenta y cinco muertos y numerosos heridos. De las filas cristeras, murieron J. Rosario Ochoa y J. Ventura Espinosa.

*Día 15. Gira del grupo de los libertadores de Caucentla,* al mando de su general Dionisio Eduardo Ochoa y de su jefe inmediato J. Natividad Aguilar, por la población de Tonila, Jal. y haciendas de La Esperanza y de San Marcos, Jal. Se hicieron de algunas armas.

*Día 15. En Cofradía de Juluapan, Col.* El jefe cristero J. Jesús Peregrina combatió con la acordada de esta ranchería, tomando prisionero al comisario Marcelo Vázquez, quien entregó tres máuseres y seis carabinas 30-30 con buena dotación de cartuchos cada una. Además, se recogieron caballada y monturas.

*Segunda quincena del mes. Cuartel general de Caucentla.* Con el debido permiso de su jefe Dionisio Eduardo Ochoa y con las recomendaciones que el caso ameritaba, salió Manuel Facio en gira cristera, con su grupo de ocho o diez muchachos. Manuel



Facio era el más joven de los jefes de grupo y sus muchachos eran de su edad o más jóvenes. Atacó al grupo armado de agraristas de Buen País, Jal., haciéndoles muertos y heridos, entre ellos al jefe, Ramón Verduzco, a quien él rindió en lucha personal. Recogió armas, cartuchos y remuda. Llegó a la vía del ferrocarril y, a veloz carrera sobre sus caballos, principió a combatir con la escolta del tren a la cual logró rendir con su audacia y temeridad. Rendida la escolta de soldados y recogidas sus armas, inclusive sus pistolas 45 reglamentarias y sus cartuchos, respetando el pasaje y respetando a los soldados heridos, dejó que el tren siguiese su marcha a Colima. Además de las bajas entre los soldados callistas, murió o quedó gravemente herido el maquinista del tren. Atacó por último el pueblo de Zapotiltic, Jal., al cual entró para recoger un préstamo que había pedido. Quemó la Presidencia Municipal. No tuvieron, en todas estas aventuras, ni siquiera una baja los muchachos de Facio.

*Día 17. En Montitlán y en Las Higuerillas, Col.* Los jefes libertadores Ramón Cruz, J. Natividad Aguilar, Norberto Cárdenas y José Ortiz, atacaron a los callistas, cuyas fuerzas, integradas por soldados de línea, gendarmes y agraristas, iban al mando de los generales Talamantes y Beltrán. Después de combatir todo el día, los perseguidores tuvieron que huír, dejando en el campo, más de ochenta muertos. Las fuerzas de los cristeros no tuvieron sino una sola baja, la del soldado J. Félix Gómez, a quien mató el asistente de José Espinosa Michel.

*Día 19. En El Remate, Col.* El jefe libertador José Ortiz interrumpió el servicio de energía eléctrica que abastece a la ciudad de Colima, la cual quedó en tinieblas y con la maquinaria eléctrica paralizada.

*Día 20. En Caucentla, Jal.* El jefe libertador Dionisio Eduardo Ochoa y J. Natividad Aguilar resistieron a una gruesa columna de callistas que los atacó y a quienes hicieron cuarenta bajas. Los enemigos, después de pelear inútilmente, tuvieron que retirarse, sin haber logrado hacer a los nuestros, ni siquiera una baja.

*Día 24. En Coquimatlán, Col.* El jefe cristero J. Jesús Peregrina tomó esta plaza sin encontrar resistencia; pues las fuerzas enemigas que defendían el lugar, huyeron al acercarse los libertadores. Se sacaron de la Casa Municipal dos carabinas 30-30 y una máquina de escribir. También se recogieron algunos caballos pertenecientes a la acordada de Pueblo Juárez, Col.

*Día 26. En Comala, Col.* El jefe cristero Andrés Salazar atacó esta plaza. Se hicieron a los callistas dos muertos y algunos heridos. De parte de los libertadores, no hubo novedad.

*Día 27.* Gira del jefe libertador Dionisio Eduardo Ochoa por Platanar, Jal. y lugares circunvecinos. Se recogieron algunas armas largas.

*Día 28. En la ranchería El Potrero, Jal.* El jefe libertador Diego López, con diez soldados suyos resistió el ataque de las fuerzas callistas del general Talamantes, a quienes hizo dieciocho muertos y algunos heridos. De parte de los cristeros, solamente la muerte del soldado Nicolás Rincón.

*Día 29. En Palo Manchón, Jal.* El mismo jefe libertador Diego López combatió con las mismas fuerzas callistas del general Talamantes, a quienes hizo diez muertos. De parte de los libertadores, no hubo ninguna novedad.

*Día 30. En El Espinal, Jal.* De nuevo el jefe cristero Diego López, reforzado con elementos del jefe libertador Marcelino Ramírez de quien dependía inmediatamente, peleó con las tropas federales del general Talamantes, a quienes hizo como treinta muertos, además de muchos heridos. De parte de los libertadores, hubo cuatro muertos y dos heridos.

*En este mes de marzo, en Zapotitlán, Jal.* El soldado cristero Pedro Ayala, de la gente que comandaba Francisco Cruz, fue muerto por el enemigo, en un ataque de sorpresa.



## *Abril de 1927*

*Día 1. En Cerro Carrillo, Col.* Nuevamente fueron atacados los cristeros de los campamentos de las faldas de los volcanes por las fuerzas callistas del general Talamantes. Se hicieron a los enemigos numerosas bajas cuyo número no se logró precisar. De parte de los cristeros, que se mantuvieron en sus posiciones sin abandonarlas, no hubo novedad.

*Día 1. En Pihuamo, Jal.* Una columna de poco menos de doscientos soldados cristeros, al mando del jefe Miguel Anguiano Márquez, que había sido nombrado por la Jefatura Cristera de Colima, a cargo del general Dionisio Eduardo Ochoa, jefe inmediato de las zonas oriente y sur del Estado de Colima, atacó esta plaza, de donde, después de ocho horas de tiroteo, tuvieron que retirarse sin haberla logrado tomar. De parte de los callistas, veinticinco muertos, entre ellos el Presidente Municipal. De parte de los libertadores, sin novedad.

*Día 7. En Colima, Col.* Fueron ahorcados en la Calzada Galván —hoy Calzada Independencia— a causa de ser católicos buenos y fervientes, J. Guadalupe Delgado, acejotaemero del grupo de Coquimatlán, Col., Hermenegildo Medina, José Bazán, J. Jesús Zárate y su padre Braulio Zárate. J. Guadalupe Delgado fue el primer mártir de la A.C.J.M., en el Estado de Colima.

*Día 8. En Coquimatlán, Col.* El Presidente Municipal Faustino Aguilar, que cuando la fundación de la A.C.J.M. había sido el primer Presidente del grupo local de Coquimatlán, pero que después traicionó la Causa de Cristo y se convirtió en furibundo perseguidor, fusiló a Juan Brizuela Aguilar y José Cortés Aguilar, parientes suyos.

*Día 8. En la hacienda de Chiapa, Col.* Fueron tomados prisioneros los jóvenes acejotaemeros Marcos Torres, Pedro Radillo y Rafael Borjas. Rafael fue pasado por las armas. Era distingui-

do alumno del Seminario Diocesano y miembro de la Congregación Mariana. Su sangre bendita fue la primera que el Seminario Diocesano de Colima ofreció al cielo por el triunfo de la Realeza de Cristo en México.

*Día 12. En Zapotitlán, Jal.* Culminó la obra nefasta de traición del agente callista que ostentando el falso nombre de coronel libertador Evaristo Moreno se introdujo en Zapotitlán, Jal. para destruir el grupo cristero que comandaba el jefe José Ortiz, dando de la manera más soez y alevosa, muerte a éste y a tres de sus compañeros leales: Blas Ramírez, José Grajeda y Antonio N.

*Día 14. En la región de los volcanes, desde la ranchería de Tepehuajes, hasta el Cerro de las Trementinas.* Muy fuerte combate entre los jefes libertadores Andrés Salazar, Norberto Cárdenas y Plutarco Ramírez contra las gruesas columnas del general callista Talamantes. Después de rudas horas de lucha, tuvieron que retirarse los libertadores, dejando en el campo de combate seis muertos, entre ellos Agustín Rodríguez y J. Jesús Luna. Por la parte enemiga, hubo como cien bajas, sin contar los dispersos.

*Día 22. Gira del jefe libertador Dionisio Eduardo Ochoa a la Plomosa, Jal.* Le acompañó Andrés Salazar, con su grupo de soldados cristeros.

*Día 23. En Pihuamo, Jal.* Fue nuevamente atacado este lugar por fuerzas cristeras, las cuales, después de seis horas de tiroteo, tuvieron que retirarse, pues un grueso núcleo de callistas los atacó por la retaguardia, haciendo a los soldados de Cristo Rey, dos muertos y un herido. Los restantes se dispersaron. De parte de los callistas, hubo unas veinticinco bajas, entre muertos y heridos.

*Días 26 y 27. En el cuartel general cristero de Caucentla.* Rudísimo combate contra mil doscientos callistas, al mando de los generales federales Manuel Avila Camacho y Talamantes y el coronel Buenrostro. Después de dos días de heroica resistencia, los libertadores cristeros tuvieron que abandonar sus posiciones, dejando cuatro compañeros muertos que no pudieron ni llevarse, ni siquiera sepultar. Los nombres de estos caídos eran: Carlos Zamora, Felipe Radillo Nava, Epigmenio Ramírez y Juan Bravo, llamado con el mote de *El Cajetas.*

*Día 27. En las cercanías de la ranchería Montegrande, Col.* Al mismo tiempo que se combatía en el cuartel general de Caucentla, fueron atacados los grupos libertadores de esta zona por fuerzas callistas provenientes de la ciudad de Colima. Murieron, entre los cristeros, J. Félix Torres, J. Salomé Orozco y dos soldados más.

*El mismo día 27. En la ranchería El Astillero, Municipio de Minatitlán, Col.* Destacaron los callistas fuertes tropas y lograron entrar al pueblo de Minatitlán, Col.; mas en su salida fueron derrotados por los libertadores, al mando del capitán Leocadio Llerenas. Murieron varios de los jefes callistas, entre ellos Tranquilino Corona y unos veinticinco soldados rasos. De parte de los nuestros, hubo dos muertos —J. Jesús Contreras y Juan Partida—. Se recogieron a los enemigos tres armas largas y quince caballos.

*El mismo día 27. En El Cóbano, Cerro Grande, Col.* El capitán cristero J. Jesús Peregrina y sus libertadores sostuvieron un pequeño tiroteo con los callistas, a quienes hicieron dos muertos y tres heridos. De parte de los cristeros, dos heridos.

### *Mayo de 1927*

*Día 3. En Villa de Alvarez, Col.* El jefe libertador Andrés Salazar entró a este lugar, haciendo al enemigo tres muertos y algunos heridos. De parte de Salazar, no hubo novedad.

*Día 7. En La Galera, Municipio de San José del Carmen, Jal.* Salió el jefe libertador Dionisio Eduardo Ochoa, con una columna de 100 soldados cristeros, a la zona oriental del Volcán, con el fin principal de recoger, en las cercanías de la ciudad de Colima, a su hermano el sacerdote don Enrique de Jesús Ochoa que ha-

bría de ser, con la debida autorización de la autoridad eclesiástica, el capellán castrense del Ejército Libertador Cristero de Colima.

*El mismo día 7 de mayo. En la hacienda Buena Vista, Col.* Fue recogido el Padre don Enrique de Jesús Ochoa que fue desde esos momentos el capellán de las huestes cristeras de la División de Colima y sur de Jalisco.

*Día 10. En El Galán, Jal.* Un grupo de libertadores, al mando del jefe Rafael Torres, tuvo una escaramuza con fuerzas agraristas, a quienes hizo dos muertos y dos heridos. De parte de los cristeros, fueron hechos prisioneros y fusilados Manuel García y Sabás Alcaraz.

*Día 12. En La Galera, Jal., perteneciente al municipio de San José del Carmen, Jal.* Fueron atacados los soldados del Cuartel General Cristero, quienes después de la desocupación de Caucentla, Jal., se habían refugiado con sus familias en este lugar. Estaban presentes los jefes libertadores Rafael G. Sánchez, J. Natividad Aguilar, Norberto Cárdenas y Ramón Cruz. De parte de los libertadores no hubo resistencia; pues faltos por completo de municiones y teniendo el problema muy grave de sus familias —mujeres, chiquitos y aun ancianos— que había necesidad de poner a salvo, creyeron más conveniente retirarse, internándose en la montaña.

*Día 13. En las cercanías de Villegas, Jal.* Una comisión, a cargo del jefe libertador Andrés Navarro —el segundo en el mando de las fuerzas cristeras de J. Natividad Aguilar— enviado por el jefe libertador Dionisio Eduardo Ochoa, destruyó parte de la vía férrea.

*Día 13. En las cercanías de la ranchería La Arena, Col.* Fue atacada la columna de 100 libertadores que bajo el mando directo del jefe Dionisio Eduardo Ochoa había salido del cuartel de La Galera el día 7 del presente mes, por fuerzas callistas de línea



que regresaban de su campaña de San José del Carmen. No hubo novedad de parte de los cristeros.

*El mismo día 13. En Tenaxcamilpa, Jal., en las cercanías de la vía férrea, estación Villegas, Jal.* Hacia la mitad de la noche, intentando el jefe Dionisio Eduardo Ochoa pasar con su columna de libertadores a la zona de la hacienda de El Naranjo, Jal., cayó en una emboscada. En la oscuridad de la noche y de entre la arboleda de ambos lados del camino, se arrojó sobre los libertadores un verdadero torrente de balas. Nada hubo que lamentar, gracias a la especialísima protección de Dios.

*Día 17. En El Remate, Col.* El jefe libertador Andrés Salazar atacó a los soldados del destacamento de este lugar, haciendo al enemigo tres muertos y dos heridos. De parte de Salazar, murió el soldado Pablo Ruiz, solamente.

*Día 20. En Tepames, Col.* Al mando del jefe cristero Ignacio Arceo, y en número de setenta y cinco, entraron los soldados libertadores a este lugar. Al saber los callistas la proximidad de los cristeros, huyeron, dejando algunas armas cortas, bestias y monturas, que se recogieron.

*Día 21. En la hacienda San Pedro, Jal.* El jefe libertador Manuel C. Michel, peleó con fuerzas del general callista Manuel Avila Camacho, a quienes hizo más de treinta muertos. Los libertadores, ilesos.

*Día 22. En la barranca de Santa Elena, Jal.* Las mismas fuerzas del general callista Manuel Avila Camacho que pretendían llegar a Zapotitlán, fueron detenidas en este lugar, por un pelotón de diez soldados libertadores al mando del jefe J. Natividad Aguilar. Murieron heroicamente nueve de ellos, a saber: el jefe J. Natividad Aguilar y ocho soldados de lo más granado del grupo cristero de Caucentla, Jal., que fueron: Zeferino Olivares, Esteban Torres, Felipe López, Eustaquio Torres, Secundino Quintero, Francisco Medina, Francisco Torres y Aurelio Madrid, este

último de Zapotitlán. El soldado cristero superviviente, *Esteban Rodríguez*, que aún vive el día de hoy, herido y rodando por la maleza del barranco, logró escapar. Murió también, en otro retén cristero de la misma barranca, J. Jesús Reyes. De parte de los enemigos callistas, hubo más de sesenta muertos y, a los restantes, los hizo huír el jefe libertador Antonio C. Vargas que fue en ayuda de los combatientes cristeros.

*Día 24. En Huizome, Jal.* El jefe libertador Marcelino Ramírez detuvo el avance de los soldados callistas que, procedentes de Colima, pretendían también llegar a Zapotitlán, Jal., atacando por el lado sur. Hubo más de treinta bajas para el enemigo, a quien se hizo retroceder. De parte de los libertadores cristeros, no hubo novedad.

*Día 25. En Rama Gacha, Jal.* Las mismas fuerzas callistas que el día anterior habían tenido combate con el jefe libertador Marcelino Ramírez y habían sido repelidas, tomaron el camino del pie del Nevado, en su intento aún persistente de atacar Zapotitlán; pero fueron ahí duramente escarmentadas por el jefe libertador Ramón Cruz que casi los destrozó, haciéndoles más de sesenta muertos y obligándolos con esto a tomar el camino de su cuartel de Colima. De parte de los cristeros del jefe Cruz, sin novedad, absolutamente.

*Día 25. En Copala, Jal.* Al mismo tiempo que las fuerzas callistas procedentes de Colima, combatían en las faldas occidentales del Nevado, con el jefe libertador Ramón Cruz, en la ranchería de Rama Gacha, Jal., los soldados del general callista Manuel Avila Camacho, que el día 22 habían sido detenidos en la barranco de Santa Elena, Jal., rehechos un poco, decidieron atacar de nuevo, ahora por Copala, Jal., en su intento de llegar a Zapotitlán, en donde en esos días estaba la jefatura cristera de la División de Colima y sur de Jalisco. La defensa estuvo a cargo del jefe libertador Justo Díaz quien hizo como veinticinco bajas al callismo, sin contar los heridos. Los soldados libertadores, completamente ilesos. Avila Camacho, derrotado, regresó a Sayula, Jal., frustrado su intento de tomar Zapotitlán, Jal.



*En este mes de mayo, en Cualata, Col.* Murieron, en combate con los callistas, J. Trinidad Moreno y Manuel Espinosa.

*En este mismo mes.* El jefe cristero Antonio Ramírez y su hermano Salvador del mismo apellido, fueron fusilados por el jefe Andrés Salazar, debido a una falsa denuncia hecha en contra de ellos.

### *Junio de 1927*

*Día 5. En la ranchería El Zapote, Jal. (Cerro Grande), Mun. de Zapotitlán.* El jefe cristero Diego López fue atacado por la escolta callista de San José del Carmen, Jal. Se ignora si se hicieron bajas al enemigo. Por nuestra parte, sin novedad.

*Día 8. En el mismo lugar.* Los mismos callistas repitieron el ataque al grupo de libertadores del jefe Diego López, con los mismos resultados.

*Día 10. En El Cóbano (Cerro Grande), Jal.* Fue atacado el cuartel cristero del jefe libertador J. Jesús Peregrina. Después de cinco horas de tiroteo, se retiraron los enemigos, llevándose cuatro muertos y diez heridos. De parte de los libertadores, sin novedad.

*Día 11. En el mismo lugar.* De nuevo fue atacado el cuartel cristero por los callistas, quienes tuvieron un muerto. De parte de los libertadores, sin novedad.

*Día 12. En el mismo lugar.* Nuevo tiroteo con los enemigos, quienes una vez más atacaron nuestras posiciones. Después de ocho horas de fuego graneado, se retiraron los enemigos, llevándose cinco muertos y seis heridos.

*Día 13. En el mismo lugar.* Por cuarta vez intentaron los callistas desalojar a los cristeros de su cuartel de El Cóbano. Después

de largo tiroteo se retiraron sin lograr su intento y sí llevándose dos muertos y tres heridos. De parte de las fuerzas libertadoras, no hubo novedad.

*Cuyutlán, Col. Hacia la mitad de este mes.* Entraron los soldados cristeros del jefe José Gómez, quemaron la casa del gobernador Solórzano Véjar y destruyeron el mueble de la planta baja de la casa del senador J. Dolores Aguayo, preparado para hospedar al Secretario de Guerra y Marina general Amaro, en ese día en Colima, para dirigir la campaña contra los cristeros. Murieron en esta acción ocho cristeros, entre ellos Atanasio Hernández, J. Jesús Ramírez, Elías Salazar y J. Natividad N. Además, allí mismo, en represalia de los callistas, fue aprehendido el *Chícharo* de la oficina de telégrafos, y ahorcado en un árbol de la estación del ferrocarril. Murió valiente y piadosamente vitoreando a Cristo Rey.

*Día 18. En El Cóbano (Cerro Grande), Jal.* Fue mandado el soldado libertador Marcos Torres a interrumpir el servicio de energía eléctrica que abastece a Colima, en homenaje al general Joaquín Amaro, Secretario de Guerra y Marina que se encontraba en la ciudad. Torres ejecutó su comisión.

*Día 20. En la vía ferrea.* El jefe libertador Plutarco Ramírez descarriló un tren de carga, cerca de Eriza.

*Días 23 y 24. En el Cerro del Cacao, Jal.* El primer día en Piedra Imán, fueron atacados nuestros libertadores por una columna de cuatrocientos callistas. Después de dos horas de tiroteo, se retiraron los cristeros de sus posiciones por escasez de parque, no sin haber hecho al enemigo más de treinta muertos, entre ellos dos artilleros y dos oficiales. En este combate estuvo el jefe libertador Dionisio Eduardo Ochoa. Tuvieron los cristeros un muerto, el soldado José Guerrero. Al día siguiente, o sea el 24, los libertadores tendieron una emboscada al enemigo a quien hicieron no menos de veinte muertos. De parte de los cristeros, un herido.



*Día 26. En Villa de Purificación, Jal.* Murió, mártir de Cristo, el ancianito sacerdote don Martín Díaz Covarrubias.

*Zapotlán el Grande, Jal. (Ciudad Guzmán).* En la última semana de este mes, fuerzas cristeras combinadas de los jefes Andrés Navarro, Andrés Salazar, Ramón Cruz y Justo Díaz, atacaron esta ciudad. Combatieron en primer lugar en la estación del ferrocarril, en donde los callistas se habían afortinado, ya en espera de los insurgentes cristeros, cuyo ataque conocían de antemano. Vencida esta primera resistencia, continuaron su avance hacia el centro de la población, combatiendo con los callistas que habían tomado las alturas, sobre todo el templo del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. No se tuvo conocimiento exacto del número de bajas del enemigo. De parte de los cristeros, hubo algunos heridos, uno de ellos de suma gravedad, del escuadrón de Andrés Navarro, de nombre Anastasio.

*Durante este mes,* fueron bombardeados los campamentos cristeros de Zapotitlán, Jal. y El Naranjo, Jal., sin haber logrado los enemigos hacer ni siquiera una baja en las filas libertadoras y sí resultando averiados casi todos los aviones por las balas cristeras insurgentes.

## *Julio de 1927*

*Día 10. En la región de Cerro Grande, Col.* Se dio alcance a una comisión de libertadores del cuartel cristero de El Cóbano, a quienes se hizo un muerto. De parte de los callistas, un herido.

*Día 13. En Campo Seis, Col.* Un grupo de libertadores de los del campamento del Volcán, al mando del jefe Antonio C. Vargas, quienes provisionalmente se encontraban acuartelados en El Cóbano, Col., fueron sorprendidos por la gendarmería de Comala, Col., que les formó una emboscada en la cual cayeron. Hubo cinco cristeros muertos, entre ellos el soldado Salvador Gutiérrez y cinco heridos. De parte de los callistas, no hubo novedad.

*Día 14. En la hacienda de Chiapa, Col.* Marcos Torres, el popular *Marquitos,* quien el día 6 de este mismo mes había recibido su nombramiento de jefe cristero, con su pequeño grupo de libertadores, formado casi exclusivamente por jóvenes de poca edad, muchos de ellos estudiantes, presentó su primer combate contra la gendarmería de Colima, al mando de su comandante don Enrique Gómez, quien venía reforzado por fuerzas agraristas. Se hicieron al enemigo algunas bajas y se les obligó a huír, dejando en el campo de combate, bestias, monturas y varios objetos. El jefe cristero Marcos Torres fue auxiliado en este combate por el jefe Andrés Salazar.

*Día 14. En Coquimatlán, Col.* Cristeros del jefe Peregrina tuvieron una escaramuza con los callistas, muriendo el soldado libertador Enrique Ramos.

*Día 16. En El Cóbano, Cerro Grande, Col.* Fue atacado este cuartel por el general callista Pineda, al mando de quinientos soldados de línea. Los libertadores, al mando del jefe Antonio C. Vargas y de J. Jesús Peregrina eran sólo cincuenta; todos lograron salir ilesos. Después de dos horas de combate, se retiraron los enemigos, llevándose dos muertos y tres heridos.

*Día 19. En Villa de Alvarez, Col.* Murió el soldado cristero Severo Jiménez, en el desempeño de una comisión.

*Día 20. Cerca del pueblo de Copala, Jal.* El general callista Manuel Avila Camacho, en su intento de marchar sobre Zapotitlán, Jal., fue detenido por las fuerzas libertadoras, al mando del jefe Dionisio Eduardo Ochoa. Después de ligero tiroteo los soldados callistas regresaron al pueblo de Copala, en donde permanecieron hasta la mañana del 22, día en que simularon retirarse para atacar de improviso la plaza, por el camino de Santa Elena, en donde era débil la resistencia y por donde lograron penetrar. Por parte de los cristeros no hubo ni una baja. De las filas enemigas, hubo tres muertos.

*Día 23. En Telcruz, Jal., Municipio de Zapotitlán.* Pequeño tiroteo de las fuerzas callistas de Avila Camacho con nuestros cristeros del jefe Dionisio Eduardo Ochoa. De parte de los libertadores, un soldado del jefe Andrés Navarro, levemente herido. De parte de los callistas, seis muertos.



*Día 24. En Telcruz, Jal.* Las gruesas filas de las callistas del general Avila Camacho súbitamente atacaron a los libertadores que se habían replegado a este lugar. Los cristeros, desprovistos de parque casi en lo absoluto y cogidos de improviso, fueron obligados a huír en medio de un torrente de balas enemigas. La persecución, a través de la sierra, se prolongó por varias horas. Sin embargo, no tuvieron los soldados cristeros, ni siquiera una baja. En cambio los callistas, en unos breves momentos en que desde una estrecha majada hizo un poco de resistencia el jefe Ramón Cruz, tuvieron nueve muertos.

*Día 24. En las inmediaciones de Telcruz, Jal.* Las mismas tropas del general Manuel Avila Camacho, después de haber hecho huír a los soldados cristeros, siguieron desahogando su furor en contra de las familias que se habían refugiado en las cuevas de los barrancos para defenderse de los impíos. En una de ellas fueron muertos salvajemente, a culatazos, golpes contra las piedras y balazos, los niños José de Jesús Alcántar, de 8 años de edad; Margarita Alcántar de 10 años y José Inés Alcántar, de 12 años, quienes murieron gritando "¡Viva Cristo Rey!"

*Día 27. En la región de Cerro Grande, Col.* Fueron sorprendidos seis libertadores que iban al desempeño de una comisión. Se les hicieron dos muertos y un herido.

*Durante este mes.* Los libertadores de la región de Pihuamo, Jal., encabezados por su jefe Miguel Anguiano Márquez, ayudaron al jefe libertador general Fermín Gutiérrez (Luis Navarro Origel), a poner sitio al pueblo de Coalcomán, Mich., en donde se combatió durante varios días. En esta campaña, ya para finalizarla, en el sector de Puerto del Aire, murieron el jefe cristero

Manuel Facio y los soldados Antonio Montaño y Salvador Cervantes, de la gente del jefe Anguiano Márquez.

*Agosto de 1927*

*Día 7. En la propia Ciudad de Colima.* Fue fusilado el sacerdote don Miguel de la Mora, dentro de los muros del cuartel del batallón callista (el día de hoy, Escuela Federal Tipo "República Argentina").

*Día 7. En las cercanías de Quesería, Col.* Los soldados cristeros del jefe Andrés Navarro tomaron prisionero al coronel callista Renato Miranda a quien se condujo al campamento de El Refugio. Después de un juicio de 4 días, fue pasado por las armas en la mañana del día 11.

*Día 8. En las cercanías de la hacienda La Higuera, Jal.* El jefe libertador Miguel Anguiano Márquez peleó con los agraristas armados de El Tule, Jal., a quienes hizo tres muertos y tres heridos. Se avanzó un máuser a los enemigos y se les recogieron caballos, frazadas y monturas, dispersándolos por completo. De parte del jefe Anguiano Márquez, no hubo novedad.

*Día 15. A inmediaciones de la ranchería Los Limones, Col.* Fuerte combate dirigido por el jefe libertador Antonio C. Vargas contra soldados callistas. Murieron, de parte del enemigo, varios oficiales y como ochenta soldados. De parte de los cristeros, murió el soldado Julio López y hubo, además, un herido.

*El mismo día 15. En el rancho El Espinal, Col.* Atacados por sorpresa, murieron los soldados cristeros Elías Cisneros y Ponciano Torres.

*Día 18. En la hacienda de Chiapa, Col.* Tiroteo entre los cristeros del jefe Andrés Navarro y fuerzas callistas. De parte de los enemigos, unas veinticinco bajas, entre muertos y heridos. De parte del grupo cristero del jefe Navarro, David Alonso que fue herido.



*Día 27. Colima, Col.* La muerte del joven Tomás de la Mora, quien fue ahorcado en la Calzada Galván —hoy Independencia—. Tomás era un excelente joven, alumno del Seminario Diocesano y miembro de la A. C. J. M. Murió gloriosamente, lleno de grande valor y fervor. Tenía a su cargo la jefatura civil del movimiento cristero en Colima.

*Día 30. En las cercanías de la hacienda Chiapa, Col.* Fue atacado el jefe libertador Andrés Salazar, quien se vio obligado a huír. De los cristeros, murieron los soldados Lucio Carrizales y Magdaleno Avalos. Tuvieron, además, cinco heridos, entre ellos el mismo jefe Salazar. Los enemigos, sin novedad.

*Durante este mes.* El Jefe Hermenegildo Maldonado, al frente de los cristeros de la región de Pihuamo, Jal., acompañó al Jefe libertador general Fermín Gutiérrez, hasta Tizapán el Alto, Jal., teniendo varias victorias y dando los cristeros colimenses ejemplo de valor y de unión. No tuvieron novedad.

*Septiembre de 1927*

*Día 7. En Cd. Guzmán, Jal.* Fue martirizado el sacerdote Gumersindo Sedano, del clero de Colima. Había sido Capellán del grupo cristero del capitán Telésforo Plascencia.

*Día 12. En El Remolino, Col.* Un pequeño grupo de libertadores del jefe Marcos Torres, fue sorprendido en este lugar por la gendarmería de Colima, matando al joven acejotaemero Martín Zamora, que hacía las veces de segundo del jefe Torres.

*Día 12. En Suchitlán Col.* El jefe cristero Fernando Orozco, del grupo de Salazar, atacó a los agraristas de este pueblo. Después de varias horas de recio combate, se logró desalojar a los callistas, a quienes se hicieron dieciocho muertos y muchos heridos. Entre los muertos enemigos estuvo el jefe de ellos. De parte de las fuerzas cristeras del jefe Orozco, hubo dos heridos.

*Día 15. En las cercanías de la hacienda Quesería, Col.* Ocho

libertadores del jefe cristero Plutarco Ramírez sorprendieron a los soldados federales, a quienes hicieron tres muertos, recogiéndoles los rifles y más de doscientos cartuchos.

*Día 15.* Las fuerzas libertadoras del jefe Andrés Salazar, interrumpieron el servicio de energía eléctrica que abastece a Colima.

*Día 16. En Puerta del Chivato, Col.* Fuerzas del mismo Salazar, al mando del jefe Fernando Orozco, sostuvieron fuerte combate con la gendarmería de Colima. Se hicieron al enemigo ocho muertos y nueve heridos. De parte de Orozco, se lamentó la muerte del soldado cristero Francisco Contreras.

*En este mes. En Campo Cuatro, Col.* Murieron en combate los soldados cristeros Canuto Centeno y Elías López.

*En este mismo mes.* Dionisio Eduardo Ochoa, jefe de las fuerzas cristeras colimenses, recibió orden de organizar militarmente el movimiento y dar grados militares a los distintos jefes que operaban bajo su mando.

*Octubre de 1927*

*Día 2. En Cofradía de Agosto, Col.* Fuerzas cristeras del coronel Andrés Salazar combatieron con los agraristas, a quienes hicieron once muertos y un herido. Se recogieron a los enemigos cinco máuseres y parque.

*Día 4. En San Jerónimo, Col.* El coronel libertador Miguel Anguiano Márquez entró a este lugar ocultamente al desempeño de una comisión; mas, descubierto, tuvo un ligero tiroteo con el enemigo. Murió el teniente cristero Salvador Vizcaíno, valiente joven perteneciente a la L.N.D.L.R., en la cual había ocupado el puesto de Secretario en dicho pueblo, del que era originario. De parte de los callistas, no hubo novedad.

*Día 8. En las cercanías de la hacienda La Esperanza, Jal.* El coronel cristero Miguel Anguiano Márquez peleó con fuerzas callistas, de las cuales resultaron dos muertos y otros tantos heridos. De parte de Anguiano, un herido.



*El mismo día 8. Cerca del pueblo de Alcaraces, Col.* El capitán cristero Emilio Campos atacó dos camiones de soldados callistas, de los cuales resultaron catorce muertos y otros tantos heridos. Los libertadores, completamente ilesos.

*Día 12. Cerca de la hacienda La Higuera, Jal.* Un grupo de libertadores, al mando del capitán Constantino Jorge, trabó combate con los agraristas de El Tule, Jal., a quienes hizo doce muertos y varios heridos. De parte de los cristeros, un muerto y un herido.

*Día 15. En Comala, Col.* Fuerzas del coronel cristero Andrés Salazar atacaron este lugar. Después de dos horas de tiroteo, se retiraron sacando provisiones y elementos de guerra. Se hicieron al enemigo cuatro muertos y cuatro heridos.

*Día 18. Cerca de la hacienda Chiapa, Col.* Encuentro del capitán libertador Marcos Torres con la escolta callista de la hacienda, a quien hizo un muerto y tres heridos. De parte de los cristeros, sin novedad.

*Día 19. En las cercanías de la hacienda San Antonio, Col.* Fuerzas del coronel cristero Andrés Salazar atacaron a los callistas, a quienes hicieron dos muertos y tres heridos. De parte de los soldados libertadores, no hubo qué lamentar.

*Día 20. En el arroyo La Idea, Col.* El capitán libertador Marcos Torres combatió con soldados de línea de las fuerzas callistas, a quienes hizo nueve muertos y diez heridos. De parte de los cristeros, fue muerto el valiente chamaco Nicolás Araiza, de unos 14 años de edad, que había pertenecido a las Vanguardias de la A.C.J.M. de Comala, Col.

*El mismo día 20.* El coronel libertador Miguel Anguiano Márquez, hizo una gira acompañado de cien soldados cristeros por la región de Buen País, Jal. Se recogieron bestias.

*Día 21. En el pueblo de Juluapan, Col.* Se registró un nutrido tiroteo, del cual resultaron dos muertos de las fuerzas callistas. Dirigió el combate, de parte de los cristeros, el capitán libertador Martín Guzmán, cuyos soldados quedaron ilesos.

*Día 22. En la Palmita, Col.* Se atacó por sorpresa a los libertadores, de los cuales hubo, en los primeros momentos, tres muertos: Luis Meza, un soldado de nombre Santiago, y otro más y siete heridos. Todo quedó, en los primeros instantes de lucha, en poder de los enemigos callistas: armas, monturas, remuda, etc. Mas reorganizados los libertadores, derrotaron por completo a los atacantes, quienes abandonaron en manos de los cristeros, todo lo que antes habían quitado. De parte de los atacantes callistas, veintisiete muertos y quince heridos.

*Día 25. En Ahuijullo, Jal.* Entró el coronel cristero Miguel Anguiano Márquez a este lugar. No se le hizo resistencia. Recogieron varias armas largas y remuda.

*Día 26. En la Puerta de los Sauces, Col.* Fuerzas del coronel Andrés Salazar combatieron con ciento cincuenta callistas, a quienes rechazaron, después de dos horas de tiroteo. Hubo como cincuenta bajas de los enemigos, entre muertos y heridos.

*Día 26. En San Jerónimo, Col.* El capitán libertador Plutarco Ramírez entró a este pueblo, haciendo al callismo cinco muertos y tres heridos. Los libertadores lamentaron la muerte del valiente capitán 2o. Emilio Campos. Hubo también un herido.

*Día 27. En El Pato, Col.* Fuerzas del mismo coronel Salazar, en número de ciento cincuenta, combatieron con trescientos callistas que comandaba el general Pineda. Después de tres horas de reñido combate, se retiraron los nuestros por escasez de parque, habiendo hecho unas sesenta bajas al enemigo, entre muertos y heridos. De parte de los cristeros, un herido solamente.

*Día 27. En Ejutla, Jal. Diócesis de Colima.* Fue aprehendido por la soldadesca del general callista Juan B. Izaguirre, el virtuoso y muy culto señor cura de Unión de Tula, Jal., don Rodrigo Aguilar. A la una y minutos de la madrugada del día siguiente, viernes de aquella semana última de octubre, fue llevado a la plaza del lugar, donde fue ahorcado.



## *Noviembre de 1927*

*Día 1. En San Jerónimo, Col.* Nuevamente atacaron los libertadores esta plaza, comandados por el mayor Filiberto Calvario. Iban con él los capitanes libertadores Ramón Cruz, Andrés Navarro, y Plutarco Ramírez. No hubo novedad.

*El mismo día en Comala, Col.* Fuerzas del coronel libertador Andrés Salazar entraron a este lugar defendido por fuerzas callistas de línea. El tiroteo duró dos horas, después de las cuales tuvieron que retirarse los cristeros por escasez de parque. Hubo muchos muertos y heridos de parte de los enemigos. Del coronel Salazar, fue herido el capitán 2o. Antonio Borjas. Se avanzó al enemigo un máuser con ciento cincuenta cartuchos.

*El mismo día, en Tepames, Col.* Los libertadores de la región de El Naranjo, al mando del teniente coronel Gildardo Anguiano Márquez entraron a este lugar, durando cuatro horas el tiroteo. Se hicieron a los enemigos cuatro muertos y varios heridos. De parte de Anguiano, no hubo novedad. Se avanzaron al enemigo una arma corta y varias bestias.

*Día 12. En Tenaxcamilpa, Jal.* El capitán libertador J. Félix Ramírez, con treinta soldados cristeros, atacó a veintiún agraristas, haciéndoles nueve muertos y seis heridos. Los agraristas restantes fueron dispersados.

*Día 12. En el campamento cristero de la Mesa de la Yerba Buena, Col.* Se produjo inesperadamente un tremendo siniestro al explotar las sustancias con que una comisión de muy distinguidas damas venidas de Guadalajara, había principiado a fabricar bombas explosivas de mano. Se incendiaron ellas tres, a saber: Sarita

Flores Arias, la jefe del movimiento cristero femenino de la División de Occidente; Faustina Almeida, jefe de aquella comisión, y Angelita Gutiérrez, jefe del grupo pro-Colima en la ciudad de Guadalajara, Jal. Se incendiaron también los dos jefes iniciadores del movimiento libertador en Colima, general Dionisio Eduardo Ochoa y su jefe de Estado Mayor, coronel Antonio C. Vargas. Murieron horas más tarde, con grande entereza y encendido fervor a Cristo a quien ofrendaban sus vidas.

*Día 13. En La Palmita, Col.* El general callista Pineda atacó este campamento con más de seiscientos soldados federales. Después de todo el día de combate, lograron los enemigos tomar las posiciones cristeras, a costa de más de cincuenta soldados suyos que murieron y de muchos heridos. De parte de los libertadores, no hubo novedad.

*Día 19. En la hacienda Colomos, Col.* Fueron atacados los agraristas de este lugar por ciento treinta libertadores del coronel cristero Salazar.

*Día 20. En El Zapote, Col., Municipio de San Jerónimo.* Fue sorprendido un grupo de libertadores a cargo del mayor cristero Pedro Radillo, de la gente del coronel Marcos Torres. Se le hicieron dos muertos, a saber: Terencio Rodríguez y José Ramírez y un herido. De parte de los callistas, un muerto.

*Día 21. En Suchitlán, Col.* Ciento cincuenta libertadores de las fuerzas de Salazar, atacaron este lugar defendido por agraristas. Después de seis horas de combate, se retiraron los soldados cristeros, habiendo hecho al enemigo ocho muertos y cuatro heridos. De parte de los libertadores, dos heridos.

*Día 30. En la hacienda Colomos, Col.* Doscientos cincuenta libertadores, al mando del coronel Andrés Salazar y el mayor Filiberto Calvario, atacaron a los enemigos del lugar. Después de todo el día de combate se logró tomar la finca. Fueron hechos prisioneros doce enemigos, entre los cuales estaba su jefe, mismos



que fueron fusilados. Se recogieron doce armas y una buena cantidad de parque. De parte de los libertadores sin novedad.

*En los últimos días de este mes. Cerca de Ixtlahuacán, Col.* Un grupo de libertadores del teniente coronel Gildardo Anguiano Márquez, peleó con fuerzas enemigas integradas por agraristas, haciéndoles dos muertos y un herido. Los cristeros lamentaron la muerte de Ventura Espinosa y de otro compañero.

*Diciembre de 1927*

*Día 2. En la Barranca, Jal.* Un grupo de libertadores al mando del capitán Gregorio Martínez atacó este lugar, haciendo cuatro muertos y dos heridos a las enemigos callistas. Se recogieron cuatro armas largas y una pistola 44 spl. De parte del capitán Martínez, no hubo novedad.

*Día 4. En las cercanías de la hacienda San Antonio, Col.* Un grupo de libertadores, al mando del coronel Andrés Salazar y del mayor Filiberto Calvario, atacó al general callista Pineda que traía ciento cincuenta soldados del 70 batallón. Después de cinco horas de combate, en que murieron más de cincuenta callistas, tuvieron que retirarse los cristeros por inesperado refuerzo enemigo que atacó por la retaguardia. Entre los muertos enemigos se contaron un mayor, un capitán y varios oficiales. De parte de los libertadores, murieron el soldado Francisco Delgado y otro, más cuatro heridos. Se avanzó un máuser a los enemigos.

*Día 8. En la Puerta de la Cañada, Col.* Murieron, en un ataque por sorpresa, los soldados cristeros Gabino de la Luz y J. Jesús Vázquez, a quienes los perseguidores colgaron de un árbol, junto a la "Cruz de Comala".

*Día 9. En los Rubios, Col.* El general callista Pineda atacó las posiciones de los libertadores con cuatrocientos soldados del 70 batallón. Después de resistir heroicamente durante varias horas,

tuvieron que retirarse los cruzados por escasez de parque, habiendo hecho al enemigo cuatro muertos y varios heridos.

*Día 10. En Las Palmas, Jal. Municipio de Pihuamo.* Se puso una emboscada a los callistas de Pihuamo, con diez soldados libertadores, muriendo, de las filas callistas, ocho soldados y teniendo cuatro heridos. Retrocedieron unos y otros sin levantar el campo. De parte de los cristeros, no hubo novedad.

*Días 23, 24 y 25. En Los Rubios, Col.* Nuevamente fueron atacados estos campamentos cristeros, en donde se encontraban fuerzas libertadoras del coronel Salazar y del mayor Filiberto Calvario. Al tercer día de combate lograron los cruzados poner en fuga a los enemigos, a quienes hicieron unas setenta y cinco bajas, entre muertos y heridos. Se les avanzaron, además, seis máuseres y gran cantidad de parque. De parte de los libertadores hubo solamente seis heridos, entre los cuales estuvieron los valientes capitanes Leocadio Llerenas y Francisco Cruz, de las fuerzas del coronel Salazar y Plutarco Ramírez, de las del mayor Filiberto Calvario.

*Día 24. En Coquimatlán, Col.* Fuerzas cristeras al mando del capitán Martín Guzmán entraron a este pueblo, trabándose un pequeño combate en el que murió el mismo capitán libertador Martín Guzmán.

*Enero de 1928*

*Día 1o. En Camotlán de Miraflores, Col.* Recio combate dirigido por el general libertador Manuel C. Michel. Se recogieron veintiún armas largas y dos cortas, con buena dotación de cartuchos, unas y otras. De parte del general Michel, sin novedad.

*El mismo día 1o. En San Jerónimo, Col.* Pequeño tiroteo con los callistas, dirigido por el teniente cristero Anastasio Zamora. Murieron tres agraristas y escaparon dos heridos. De parte del teniente Zamora, sin novedad. Se recogieron al enemigo dos armas largas.



*Día 14. En las cercanías de la ranchería de El Trapiche, Col.* El coronel cristero Marcos Torres peleó con el capitán callista Ochoa, a quien hizo dos muertos y dos heridos. De parte del coronel cristero Torres, murió un soldado raso de nombre Juan Hernández y se tuvo un herido.

*En Pihuamo, Jal.* Entró una comisión de libertadores a proveerse de víveres. Murieron dos callistas.

*En la hacienda El Tule, Jal.* Entraron los cruzados para atacar a los enemigos del lugar. Después de diez horas de tiroteo, tuvieron que retirarse los libertadores sin lograr sacar a los enemigos de sus posiciones; pero sí habiéndoles hecho diez muertos.

*Día 16. En la hacienda La Esperanza, Jal.* Al mando del general cristero Manuel C. Michel pelearon los libertadores de los campamentos del Volcán. Hicieron al enemigo cinco muertos y cinco heridos. De los cristeros, dos muertos. Se recogieron provisiones de boca, remuda y una arma larga.

*Día 23. En el campo de aviación de Colima, Col.* Peleó el muy valiente coronel libertador Marcos Torres, con catorce muchachos suyos, contra cuatrocientos callistas. El combate duró medio día. Los enemigos fueron protegidos y ayudados por dos aeroplanos de guerra, los cuales no cesaron de arrojar explosivos sobre los soldados cristeros haciendo funcionar, casi también sin interrupción, sus ametralladoras. De parte de los enemigos hubo más de cuarenta bajas, entre muertos y heridos. De parte del heroico grupo libertador del coronel Torres, sólo hubo un herido.

*Día 25. En Colima, Col.* Fueron pasados por las armas el mayor cristero J. Trinidad Castro y el capitán Anastasio Zamora del E. M. del general libertador Miguel Anguiano Márquez, jefe de las fuerzas cristeras colimenses, desde la muerte del jefe general Dionisio Eduardo Ochoa. Ambos mártires eran de la A. C. J. M.; estaban en Colima en el desempeño de una comisión.

*Día 27. En Platanar, Jal.* Tres soldados cristeros tirotearon la

escolta callista del ferrocarril, resultando de ésta, tres muertos y dos heridos. De parte de los libertadores, sin novedad.

*Febrero de 1928*

*Día 5. En La Joya, Col.* Encuentro de un grupo de libertadores con el general callista Quevedo, de cuyas fuerzas resultaron cuatro muertos entre ellos un mayor y varios heridos. De los libertadores, hubo tres muertos, entre ellos el soldado cristero Mariano Rodríguez. Fueron llevados a sepultar al pequeño cementerio cristero del campamento de la Mesa de la Yerbabuena.

*El mismo día 5. Entre Jala y La Madrid, Col.* Nuestros libertadores, al mando del general cristero Manuel C. Michel, volaron la góndola del tren que iba a Manzanillo, Col., pereciendo gran número de callistas de línea. De los libertadores, dos muertos, uno de ellos Juan Ibáñez. Auxiliaron a los callistas, en su defensa, dos aeroplanos de guerra.

*Día 12. En Arroyo Seco (Comala, Col.).* El capitán libertador J. Félix Ramírez puso una emboscada a los callistas a quienes hizo diecisiete muertos. Fueron recogidos a los enemigos ocho máuseres y una pistola 45 reglamentaria. De parte de los libertadores no hubo novedad.

*Día 15. En La Juana, Mich.* El mayor libertador Pedro Radillo peleó con fuerzas del general callista Domínguez, al cual se hicieron quince bajas. En ese combate murió el soldado cristero Alejandro Larios.

*Día 16. En El Chilillo, Jal.* Un grupo reducido de soldados cristeros trabó combate con las mismas fuerzas del callista general Domínguez, a quienes se hicieron ocho muertos. De parte de los cruzados, no hubo novedad.

*Día 18. En Comala, Col.* Un grupo de libertadores pertenecientes a las fuerzas del coronel Salazar, entró a este lugar, haciendo al enemigo cinco bajas.



*Marzo de 1928*

*Día 3. En las cercanías del pueblo de Tonila, Jal.* Fue atacado por el enemigo el capitán libertador Andrés Navarro, en su campamento de El Cocoyul. Los callistas fueron rechazados, haciéndoseles cinco muertos y algunos heridos.

*Día 4. En el mismo campamento cristero.* Fue de nuevo atacado el capitán libertador Andrés Navarro. De igual manera el enemigo fue rechazado, haciéndose a éste ocho muertos y dos heridos. Los libertadores, sin novedad.

*Día 5 y 6. En Los Rubios, Col.* El mayor libertador Víctor García peleó con fuerzas callistas de línea, a quienes hizo tres muertos, entre ellos un teniente coronel. De parte de los cristeros, un herido.

*Día 6. En Tepames, Col.* El coronel libertador Marcos Torres entró a este pueblo, haciendo al enemigo ocho muertos y algunos heridos. De parte de los cristeros, un soldado muerto de nombre José.

*Día 6. En la hacienda de Estapilla, Col.* Un pequeño grupo de libertadores de la escolta del general Anguiano, se encontró con una partida de agraristas, formándose, entre los dos bandos, un repentino tiroteo. De los libertadores, murió el soldado J. Cruz Valle.

*Día 7. En las cercanías de la hacienda La Higuera, Jal.* El capitán libertador Bernardino González atacó a los agraristas que guarnecían la hacienda, haciéndoles dos muertos y tres heridos. Dejaron los callistas, en el campo de combate, dos máuseres y parque. Los cristeros, sin novedad.

*Día 8. En Tecomán, Col.* El capitán libertador Joaquín Guerrero atacó a los callistas de este pueblo, haciéndoles ocho muertos y dos heridos.

*Día 8. En Cardona, Portezuelo y Corralitos, Col.* El coronel libertador Marcos Torres atacó, con trescientos libertadores, a los agraristas de la ranchería de Cardona, Col., a quienes hizo dos muertos

y rechazó el refuerzo de soldados federales, hasta la hacienda de Buenavista. En Portezuelo, peleó con fuerzas callistas de línea que rechazó igualmente. Después, en Corralitos, combatió de nuevo con fuerzas federales callistas. En los tres combates sufrieron las fuerzas callistas veinticinco bajas entre muertos y heridos. De parte del coronel Torres, murieron, en Cardona, el soldado J. Jesús Arroyo y, en Corralitos, el soldado Macario García.

*Día 8. En Colomitos, sobre el Río del Naranjo.* Soldados cristeros de la zona de El Naranjo, Jal. pelearon con fuerzas callistas. De parte de los libertadores murieron el teniente José Amezola y los soldados José Orozco y Vicente Anaya.

*Día 17. En la ranchería Las Trancas, Col.* El teniente coronel cristero Gildardo Anguiano Márquez combatió con fuerzas callistas de línea, a las que hizo siete muertos y tres heridos. De parte de su grupo murieron dos chamacos: J. Merced Anguiano Márquez, hermanito suyo, y Melitón Membrila, ambos cristeros de trece a catorce años de edad.

*Día 19. En buen País, Jal.* El teniente libertador J. Jesús Ortiz combatió con fuerzas callistas de línea. Se hicieron al enemigo tres muertos y algunos heridos, quitándoles, además, algunos caballos ensillados. De parte de los libertadores no se lamentó nada.

*Día 22. En Pihuamo, Col.* Una comisión del capitán libertador Gregorio Martínez pasó por las armas al callista Leopoldo Magaña.

*Día 24. En la ciudad de Colima, Col.* Algunos soldados cristeros de la escolta del general Anguiano Márquez y del escuadrón del capitán Joaquín Guerrero entraron hasta dos cuadras lejos del centro de la población. Murieron algunos gendarmes.

*Día 27. En la hacienda El Naranjo, Jal.* Las fuerzas cristeras del coronel Marcos Torres, fueron sorprendidas por los enemigos, resultando tres cruzados heridos, entre los cuales estuvo el mayor Pedro Radillo. De los soldados callistas, hubo más de diez bajas.

*Día 27. En la Mesa de la Yerbabuena, Col. (Cuartel General "Los Mártires").* Entraron los callistas en crecido número. El cuartel general, allí establecido, había sido evacuado por el coronel Salazar. Sólo algunos pocos soldados cristeros al mando del capitán libertador Ramón Cruz, se tirotearon con los contrarios, comandados por los generales callistas Pineda y Manuel Avila Camacho, a quienes hicieron unos veinticinco muertos. De los libertadores, murieron cuatro solamente, entre ellos el sargento Pedro Gutiérrez y los soldados Victor López y José Rodríguez.



## *Abril de 1928*

*Día 7. En las inmediaciones del pueblo de San Jerónimo, Col., en el potrero de El Pastor.* Se hizo prisionero, por los callistas de la guarnición del pueblo, al joven Apolonio Sánchez Ordorica, exseminarista a quien se asesinó y colgó de un árbol.

*Día 15. En Villa de Alvarez, Col.* Miguel Jiménez, soldado cristero que estaba en el desempeño de una comisión, fue sorprendido y muerto.

*Día 17. En las cercanías de la hacienda La Higuera, Jal.* El capitán libertador Félix Ramírez peleó con las fuerzas callistas de la hacienda, haciéndoles ocho muertos y quitándoles dos máuseres, parque y bestias ensilladas. De parte suya, sufrió la muerte el valiente soldado Everardo Chavira.

*El mismo día. En Coquimatlán. Col.* El teniente libertador Natividad Ballesteros incendió la estación del ferrocarril de este lugar; se tiroteó después con la guarnición federal que defendía el pueblo, haciéndole algunas bajas. De su parte, sin novedad.

*El mismo día 17. En Villa de Alvarez, Col.* Entró a este lugar el capitán libertador Vicente Contreras, haciendo a los enemigos un muerto y un herido. De parte de sus fuerzas, no hubo novedad.

*Día 20. En Tonila, Jal.* Entró a este lugar el capitán libertador Andrés Navarro, haciendo dos muertos a los callistas y rescatando un prisionero. Los libertadores completamente ilesos.

*El mismo día 20. En El Chanal, Col.* Cuarenta libertadores, al mando del teniente coronel Víctor García, pelearon con fuerzas callistas de línea, haciendo a éstas dos muertos y un herido. De parte de los leales, no hubo ni una baja.

*Día 22. En Puerta Pesada, Col.* El mismo coronel libertador Marcos Torres combatió con fuerzas enemigas de línea, las cuales, al abandonar el campo, dejaron un muerto, al cual se le recogieron doscientos cartuchos. De parte del coronel Torres, hubo también un muerto.

*Día 22. En la hacienda Nogueras, Col.* El capitán libertador Ignacio Cruz combatió con los callistas, a quienes hizo un muerto. De parte de los cristeros no hubo novedad.

*Mayo de 1928*

*Día 2. En Ejutla, Jal. Diócesis de Colima.* Dieron muerte los soldados federales del general callista Juan B. Izaguirre al humilde y virtuoso sacerdote colimense don Emilio Pérez, cuyo cadáver no permitieron que fuese sepultado, ni siquiera vestido; pues desnudo de sus ropas estuvo tirado ignominiosamente, hasta que habiéndose retirado los enemigos, el pueblo creyente y fiel le vistió con sus ornamentos sacerdotales y le dio sepultura. Cuando los soldados de la persecución volvieron, tiempo después, lo exhumaron y, como estuviese del todo incorrupto, después de quitarle las vestiduras litúrgicas, lo vistieron de soldado callista y así lo tuvieron, durante todo el tiempo que ellos permanecieron de guarnición, recargado en el muro del cuartel.

*Día 15. En Zapotiltic, Jal.* El capitán libertador Andrés Navarro atacó esta población, la cual no pudo tomar, perdiendo en el combate, a sus soldados Hilario Rodríguez, José González, José Dolores Rebolledo, Francisco Magaña, Martín González, Gabriel Alonzo y Everardo N. De parte de los callistas hubo once muertos.

*Día 17. En Chacalapa, Mich.* Fuerzas del coronel Marcos Torres



trabaron combate con fuerzas enemigas de línea, a quienes hicieron dos muertos y tres heridos. Por su parte, sin novedad.

*Día 2. En La Cañada de El Salto, Jal.* El capitán libertador Andrés Navarro peleó con los enemigos, a quienes hizo dos muertos y varios heridos. De parte de los cruzados, a Dios gracias, sin novedad.

*Día 24. En Manzanillo, Col.* El mayor libertador Candelario Cisneros, con las fuerzas de Cerro Grande, Col., formando parte del contingente militar cristero comandado por el general Carlos Bouquet, cooperó al ataque del puerto de Manzanillo. La acción dio principio a las primeras luces de la mañana. A pesar de la resistencia de los defensores, las columnas libertadoras quitaron, palmo a palmo, la mitad de la población, sin arredrarles el continuo bombardeo del cañonero *Progreso* que se encontraba en el puerto. A las once de la mañana se presentó el general libertador don Jesús Degollado, entonces Jefe de Operaciones de la División Militar Cristera del sur de Jalisco, Nayarit y Colima y, con él, su Estado Mayor y el valiente general Lucas Cueva al frente de su regimiento, con lo cual se acabó de tomar la plaza y los callistas tocaron a rendición. Tomado completamente el puerto, llegó de improviso un tren militar procedente de Colima. Se trabó nuevo y más encarnizado combate entre ambas partes, teniendo al fin que retirarse los libertadores. Sus pérdidas, contando las de los tres regimientos, 1o., fracción del 2o. y 5o., o sean los del general cristero Bouquet, mayor Cisneros y general Cueva, respectivamente, fueron de unas cincuenta y cinco bajas, entre muertos y heridos, contándose entre ellas, la muerte del valiente general Lucas Cueva, del teniente coronel Sahagún y la del capitán José Arandas, este último de las fuerzas de Colima. De los cristeros colimenses del mayor Cisneros murieron, además, Maximino Ceballos y otro soldado. Los callistas lamentaron más de doscientas bajas entre muertos y heridos.

*En ese mismo día 24. En la ciudad de Colima.* El coronel cristero Marcos Torres, con un escuadrón de soldados suyos, recorrió

algunas de las calles céntricas de la ciudad, sin encontrar resistencia. Al mismo tiempo, las fuerzas del general Andrés Salazar entraron por Villa de Alvarez y San Francisco, combatiendo con fuerzas enemigas de línea, a las que hicieron algunas bajas. Por su parte, un herido solamente.

*Día 26. En el cerro Los Otates, Jal.* El teniente Julio Velasco, con un grupo de cristeros, combatió a los callistas, haciéndoles cuatro bajas.

*Día 27. En El Cóbano, Col., sobre la carretera de Colima a Tonila.* El coronel libertador Marcos Torres, con un escuadrón a su cargo, combatió con fuerzas callistas que procedían de lugares opuestos, a saber, de San Jerónimo unos y de Colima los otros. Derrotadas ambas fuerzas, que se retiraron, perseguidas por los insurgentes cristeros, haciéndoles dos muertos y cuatro heridos, se trabó, momentos después, nuevo combate con la guarnición de la hacienda de Chiapa, Col., que venía en auxilio de las fuerzas callistas que acababan de ser derrotadas. También a este refuerzo enemigo se le hizo huír, causándole cinco muertos. Se les quitó remuda ensillada. De parte de los cristeros del coronel Torres, un herido.

*Día 30. En Tonilita, Jal.* El capitán libertador Agustín Carrillo quemó la estación y combatió con las escoltas federales del tren y de Pihuamo, Jal., a las que hizo treinta y cinco muertos. De su parte cinco heridos.

*Junio de 1928*

*Días 1o., 2 y 3. En la hacienda El Naranjo, Jal.* Fue atacado este cuartel cristero por fuerzas callistas de línea, a quienes se hicieron, durante los tres días de combate, como treinta bajas, sin contar los muchos heridos. Los libertadores sufrieron la muerte del muy valiente y ejemplar soldado de Cristo, mayor Pedro Radillo y la captura del teniente Francisco Indart, de nacionalidad



española, que con gran valor cristiano recibió la muerte en la ciudad de Colima, el 5 del mismo mes.

*Día 8. En la hacienda La Higuera, Jal.* El mayor libertador Félix Ramírez escarmentó a los callistas, a quienes hizo dos muertos y tres prisioneros, a los cuales dio libertad, después de recogerles las armas y el parque. De su parte, la muerte del valiente capitán Ramón Cruz.

*Día 10. En el rancho Las Cruces, Col.* El coronel libertador Marcos Torres peleó con fuerzas agraristas de Tepames, Col., a quienes hizo cuatro muertos y varios heridos. De sus soldados un herido.

*En la segunda decena del mes.* El teniente coronel Víctor García, al frente de ciento veinticinco libertadores, acompañó a los generales Bouquet y Michel a una gira a la región de Coalcomán, Mich. Se peleó en Ahuijullo, Jal., en donde los cruzados recogieron tres carabinas 30-30 y veinticinco caballos. A su regreso, en la hacienda de Buena Vista, Col., combatieron de nuevo. Murieron en esta acción, los soldados Domingo Luna y J. Jesús Rolón, de la gente del teniente coronel García, y perdieron un rifle. En ambos combates murieron muchos enemigos.

*Días 15 y 16. En la ranchería Las Parotas, Jal.* El capitán libertador Gregorio Martínez combatió con fuerzas enemigas de línea, a quienes hizo unos veinticinco muertos, entre los cuales estuvo el coronel jefe de la columna callista y cuyo cadáver fue conducido por sus soldados a Ciudad Guzmán, Jal. De parte del capitán Martínez, un herido.

*Día 17. En los ranchos de Portezuelo y El Camichín, Col.* El coronel libertador Marcos Torres peleó con los enemigos, a quienes hizo ocho muertos. De su parte, sin novedad.

*Día 20. A orillas de Villa de Alvarez, Col.* El capitán libertador Joaquín Guerrero trabó fuerte combate con los callistas, a

quienes hizo catorce muertos y varios heridos. Entre los muertos, se contó un capitán. Los cristeros tuvieron un herido.

*Día 22. En la ranchería Tepehuajes, Col.* El teniente coronel José Verduzco fue atacado por los soldados federales, a quienes se hicieron siete muertos y varios heridos. Entre los muertos se encontró el mayor jefe del destacamento callista de la hacienda La Esperanza, Jal. Los enemigos se vieron precisados a retirarse en precipitada fuga.

*Día 24. En Coquimatlán, Col.* Fuerzas del libertador mayor Candelario Cisneros entraron a este lugar. Se recogió una pistola. De su parte, nada hubo que lamentar.

*Día 27. En las cercanías de la ranchería Monte Grande, Col.* El capitán libertador Andrés Navarro combatió con los enemigos callistas, a quienes hizo cuatro muertos y algunos heridos. Los libertadores nada lamentaron.

*Día 29.* Libertadores del mayor Cisneros sorprendieron a la acordada del poblado de Armería, Col. Se recogieron tres carabinas 30-30 y tres pistolas. De parte de las fuerzas libertadoras no se sufrió ni una baja.

*Día 29. En la hacienda La Estrella, Jal.* Murieron ahorcados en este lugar, los soldados cristeros Carlos Delgado y José N., quienes por sorpresa habían sido hecho prisioneros.

*Julio de 1928*

*Día 6. En Comala, Col.* El teniente coronel Víctor García atacó esta plaza, haciendo al enemigo tres bajas. Se recogió un máuser dotado de cincuenta cartuchos. De parte de los libertadores, un herido.

*Día 7. En Lo de Clemente, Col.* Fue atacado el teniente coronel libertador Víctor García acompañado de cincuenta soldados cristeros, por una columna de ciento cincuenta callistas. Después de



recia lucha se retiraron los enemigos, habiendo sufrido veinte bajas. De parte de los libertadores, un herido.

*Día 8. Cerca de la ranchería Chantoro, Col.* Fue de nuevo atacado el teniente coronel Víctor García, quien con su grupo de soldados cristeros combatió por espacio de tres horas con el enemigo, haciendo a éste diez muertos y varios heridos. De su parte, se lamentó la muerte del teniente libertador Juan Pérez y de un soldado.

*Día 9. En la misma región.* Un grupo de veinte libertadores fue sorprendido por el enemigo, quien les avanzó tres máuseres y varias bestias.

*Día 16. Sobre la vía férrea.* Un grupo de cristeros del coronel Marcos Torres, al mando directo del mayor Filiberto Calvario, incendió el puente de Tuxpan, Jal., y tiroteó el tren, haciendo varias bajas a los soldados callistas. De su parte, nada hubo que lamentar.

*Día 16. En El Balcón, Col.* El capitán libertador Joaquín Guerrero combatió en este lugar, obligando a huír a los enemigos, a quienes hizo cinco muertos y algunos heridos. Los libertadores, sin novedad.

*Día 16. En las cercanías de Manzanillo, Col.* El capitán libertador Miguel Figueroa trabó ligero tiroteo con fuerzas agraristas, a quienes hizo dos muertos, llevándose como botín una arma larga. Se retiró sin ser perseguido.

*Día 16. En Coquimatlán, Col.* Tres soldados libertadores pertenecientes al Segundo Regimiento Cristero, fueron sorprendidos por los callistas. Murió un soldado libertador de nombre Anselmo. De los enemigos hubo un teniente herido.

*Día 19. En Río Grande, Col.* Fuerzas cristeras del general Salazar combatieron con los perseguidores, a quienes hicieron tres muertos y varios heridos. De parte de los soldados libertadores, no hubo novedad.

*Día 21. Cerca de La Joya, Col.* El teniente coronel José Verduzco trabó combate con los soldados callistas. Hubo, de parte del enemigo, veinticinco bajas, entre muertos y heridos. De parte de los cristeros del teniente coronel Verduzco, murió el soldado Florencio Rodríguez.

*Día 24. En la ciudad de Colima.* Fueron entregados por traición, a la jefatura callista de Operaciones Militares, los jóvenes, teniente Benedicto Romero, con dos compañeros: Manuel Hernández, ayudante de la jefatura civil cristera de Colima y Francisco Santillán, del hospital militar cristero del campamento de los volcanes y dos miembros de las Brigadas Femeniles. El teniente Romero murió en breve tiroteo contra los callistas, cubriendo la retirada de sus compañeros.

*Día 25. En la Ciudad de Colima, Col.* A espaldas de la Catedral y al pie de su muro, fueron pasados por las armas los jóvenes Manuel Hernández y Francisco Santillán. Ambos recibieron el martirio con gran fervor, valor y serenidad.

*Día 25. Cerca del pueblo de San Jerónimo, Col.* Fuerzas cristeras del coronel Marcos Torres y del teniente coronel José Verduzco combatieron contra los callistas que guarnecían esta plaza. Después de una hora de rudo combate se retiraron los libertadores. De parte del enemigo hubo veinticinco muertos y ocho heridos. Los cruzados sufrieron la muerte de tres valientes, entre los cuales estuvo el teniente Ramón Cano. Hubo también dos libertadores heridos y se les avanzaron ocho bestias.

*En este mes murieron en Tonila, Jal.,* sin saberse precisamente, cuando esto se escribe, la fecha exacta, los soldados cristeros Pedro Cervantes, Porfirio Medina, Ignacio Silva e Inocencio Cruz, del grupo de libertadores del capitán Andrés Navarro.



### *Agosto de 1928*

*Día 1o. En el pueblo de Ahuijullo, Jal.* Fuerzas coordinadas de los generales libertadores Miguel Anguiano Márquez y Luis Guízar Morfín (este último de las fuerzas de Michoacán), entraron a este lugar que no lograron tomar. Se hicieron al enemigo muchas bajas. De parte de las fuerzas cristeras, un muerto y un herido.

*Día 2. Cerca de Coquimatlán, Col.* Fuerzas libertadoras del coronel Marcos Torres y del teniente coronel Verduzco, comandadas por ellos mismos, trabaron fuerte combate con enemigos de línea, durante hora y media, haciéndose a los perseguidores dieciocho muertos y cinco heridos. De parte de los cristeros, hubo un herido y, en la retirada, abandonaron seis bestias.

*Día 4. En la hacienda San Antonio, Col.* El mayor Félix Ramírez, de las fuerzas libertadoras del general Miguel Anguiano Márquez, atacó a los callistas del lugar, haciéndoles un muerto y un herido. De parte de los cristeros, no hubo nada que lamentar.

*Día 4. En Huerta de las Haciendas, Col.* Se dio cuartelazo al grupo cristero comandado por el coronel Marcos Torres y el teniente coronel Verduzco, quienes se vieron precisados a batirse en retirada, dejando en poder del enemigo cincuenta bestias y tres carabinas, lamentando, además, la muerte de tres libertadores: el teniente J. Refugio Soto del Estado Mayor del general Anguiano Márquez y los soldados Marcelino Vázquez y Ladislao Cernas. Hubo, además, seis soldados cristeros heridos. Los callistas sufrieron la muerte de seis soldados.

*Día 5. En Coalata, Col.* Entró el capitán libertador Joaquín Guerrero sin encontrar resistencia. Recogió un máuser con cien cartuchos y remuda.

*Día 7. En la hacienda El Colomo, Col.* El mismo capitán libertador Guerrero entró a este lugar, en donde recogió dos máuseres, dos pistolas y buena cantidad de cartuchos.

*Día 10. En el cerro Los Camichines, Col.* Fue sorprendido un grupo de libertadores al mando del capitán Magdaleno Carrillo. Murieron tres soldados cristeros, entre ellos Dionisio Soto, de la escolta del general Anguiano Márquez. Hubo, además, un herido. De parte de los callistas, varias bajas.

*En el "Puerto de los Encinos", sobre la cuchilla del cerro de Ferrería, Jal. (Pihuamo, Diócesis de Colima).* Fuerzas libertadoras colimenses, reforzadas por la escolta del general de División don Fermín Gutiérrez, sostuvieron rudo combate con los callistas, de quienes murieron cincuenta y cinco soldados, entre ellos un coronel y tres oficiales, teniendo, además, muchos heridos. De nuestra parte murieron el muy valiente y cristiano general libertador Gutiérrez y el soldado Gregorio Montes. Este general cristero, cuyo verdadero nombre era Luis Navarro Origel, acababa de ser nombrado, por la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, Jefe Supremo Civil del Movimiento Libertador Cristero. Su muerte dejó un vacío que nunca se llenó, tanto en la jefatura civil, como en las fuerzas libertadoras michoacanas.

*Día 13. En las cercanías de la hacienda Nogueras, Col.* El mayor Félix Ramírez peleó con los soldados cristeros de su escuadrón, contra los callistas, por un espacio de dos horas, haciéndoles más de quince muertos y muchos heridos. De parte de los cristeros, hubo dos heridos. Recogieron al enemigo un caballo ensillado, un máuser y ciento setenta y cinco cartuchos.

*Día 14. En la hacienda Santa Bárbara, Col.* Fueron entregados traidoramente a la policía de Villa de Alvarez, Col. el jefe del Estado Mayor del general cristero Anguiano Márquez, coronel Marcos Torres y su asistente José Placencia, a quienes se dio muerte sin darles tiempo de sacar sus armas y defenderse. Sus cadáveres fueron llevados a Colima, en donde se les exhibió acompañados de música de mariachi, con que los enemigos festejaron el acontecimiento.

*El mismo día 14. En el campamento El Borbollón, Jal.* Entraron los callistas a este cuartel cristero del mayor Félix Ramírez, aprovechando la ausencia de éste. Cuando los perseguidores salían, después de quemar las casitas del campamento, regresaban ya algunos libertadores del combate que habían sostenido en la hacienda de Nogueras, Col., el día 13. Hubo un ligero tiroteo, del cual resultó herido uno de los cruzados.



*Día 15. En El Carrizal, Col.* Fuerzas cristeras del general Andrés Salazar, mandadas directamente por el capitán Cruz, fueron sorprendidas por los callistas, quienes hicieron a los libertadores dos muertos: Ernesto Gudiño y Juan Santana.

*Día 16.* Se presentó un soldado federal en el campamento del general Salazar, pidiendo se le diese de alta como soldado cristero. Llevó un máuser con una dotación de ciento cincuenta cartuchos. Se le admitió.

*Día 19. En Jicotán, Col.* El capitán libertador Joaquín Guerrero combatió con fuerzas agraristas, a quienes hizo dos muertos y ocho heridos, recogiéndoles, además, quince bestias ensilladas y dos máuseres. De parte del capitán libertador, murió el soldado cristero Martín Granados.

*Septiembre de 1928*

*Día 9. En Palo María, Col.* Soldados cristeros de la gente del mayor Félix Ramírez dieron muerte en un tiroteo, a dos soldados callistas, a quienes recogieron sus máuseres con su correspondiente dotación de parque.

*Día 11. En la hacienda Santa Cruz, Col.* El mayor Félix Ramírez, con su grupo de cristeros, atacó a veinticinco soldados callistas, a quienes hizo doce muertos y ocho heridos. De su parte, murió el soldado libertador Francisco Alvarez.

*Día 15.* Los capitanes cristeros Leocadio Llerenas y Francisco Lizama, de la gente del general Salazar, interrumpieron el servicio de luz eléctrica que abastece la ciudad de Colima.

*Día 17. En las cercanías de Comala, Col.* El mayor J. Jesús Mejía, del mismo Regimiento cristero del general Salazar, tuvo un ligero encuentro con el enemigo. Sin novedad.

*Día 30. En Campo Seis, Col.* El capitán Joaquín Guerrero peleó con los callistas que lo atacaron, siendo éstos rechazados, después de habérseles hecho algunas bajas. De parte de los cristeros, sin novedad.

*El mismo día 30. En La Angostura, Col. (Municipio de Comala).* El capitán libertador Leocadio Llerenas, al frente de unos setenta hombres del Regimiento del general Salazar, atacó a cincuenta soldados callistas. Después de tres horas de combate, fueron derrotados los enemigos y puestos en precipitada fuga. Se avanzaron a los callistas siete máuseres, tres mil cartuchos y veinte bestias ensilladas. En el campo quedó el jefe de la columna callista, capitán Castillo, el teniente Reyes y quince soldados más, sin contar muchos heridos que se llevaron sus compañeros. De parte de los libertadores, cuatro heridos.

*En este mes,* sin poderse precisar, cuando esto se escribe, la fecha exacta, murió en Barreras, Jal., el soldado cristero Dionisio García.

*Octubre de 1928*

*Día 2. En el cerro Las Trementinas, Col.* Fracciones de los escuadrones de los capitanes libertadores Andrés Navarro y José Cervantes, del Regimiento del coronel Verduzco, combatieron con fuerte columna del general callista Heliodoro Charis, a la que hicieron más de veinte muertos, entre ellos un coronel y varios oficiales. De parte de los insurgentes, nada hubo que lamentar.

*Día 2. En La Mariana (Municipio de San José del Carmen, Jal.).* Viniendo de camino el Padre capellán Pbro. Enrique de Jesús Ochoa, acompañado de tres libertadores y dos familiares suyos, fue atacado por una columna de cien callistas que le habían



tendido una emboscada en la cual cayó. No obstante eso, Dios lo salvó milagrosamente.

*Día 6. En Cerro Alto, Col.* El general libertador Salazar fue atacado por los callistas, de los cuales evadió el golpe, por no creerse suficientemente capaz de resistirlos. El mayor Jesús Mejía, del mismo grupo cristero, al tirotear al enemigo cubriendo la retirada, le hizo un muerto y varios heridos.

*Día 7. En Comala, Col.* El capitán libertador Leocadio Llerenas, que se encontraba en esta población en el desempeño de una comisión, se tiroteó con los enemigos, haciéndoles un muerto. Se retiró sin ser perseguido.

*Día 13. En la barranca de Atenquique, Jal.* El capitán libertador Andrés Navarro peleó con fuerzas enemigas de línea, a quienes hizo cuatro muertos y algunos heridos. De su parte, no hubo novedad.

*Día 15. En las cercanías del pueblo de San Jerónimo, Col.* El mayor Jesús Mejía y el capitán Leocadio Llerenas de los cristeros de Salazar, pelearon con los agraristas del lugar, a quienes hicieron un muerto y un herido. De su parte, sin novedad.

*El mismo día 15. En las cercanías de San José del Carmen, Jal.* El mayor Félix Ramírez, con sus fuerzas cristeras del volcán, peleó con las fuerzas enemigas que resguardaban el pueblo, a las cuales hizo dos muertos y un herido. De su parte, hubo un herido.

*Día 16. En El Saucillo, Jal.* Fue sorprendido el capitán libertador Andrés Navarro, por fuerzas callistas de línea, sufriendo la muerte de uno de sus soldados, la pérdida de un máuser y de cuatro bestias ensilladas.

*En Tonila, Jal.* Estando en esta población el subteniente libertador Inés Cázares, fue denunciado ante los enemigos, quienes trataron de aprehenderlo. Defendiéndose él, en breve tiroteo, murieron el mismo subteniente Cázares y un soldado enemigo.

*Día 17. En el Puerto de los Nogales, Jal.* El general libertador

Miguel Anguiano Márquez, en unión con el capitán Enrique Mendoza, de las mismas fuerzas a su cargo, sostuvo breve tiroteo con los callistas, que tuvieron que retirarse, sin lograr desalojar a los cruzados de sus posiciones. Más tarde, un grupo de los mismos insurgentes, se tiroteó con los enemigos en Trojitas, Jal., en donde hizo al enemigo quince muertos y otros tantos heridos. De su parte, no hubo novedad.

*Día 18. En Trojitas y Cerro del Sacasil, Jal.* El mismo general libertador Anguiano Márquez, en unión de sus capitanes Enrique Mendoza y Bernardino González, sostuvo dos tiroteos con los callistas, a quienes hizo algunas bajas. De parte de los libertadores no hubo novedad.

*Día 19. En esa misma región.* El capitán libertador Agustín Carrillo se batió con los callistas, a quienes pretendía hacer caer en una emboscada, lo cual no logró. De parte de los enemigos, hubo dos muertos y algunos heridos. Las fuerzas cristeras no tuvieron novedad.

*El mismo día 19. En La Loma de Los Colgados, Jal.* El subteniente libertador Larios peleó con los enemigos, a quienes hizo tres muertos, incendiando, además, las casas de su campamento. Los libertadores no tuvieron pérdidas.

*En la barranca del Capire, Jal.* El general libertador Anguiano Márquez con los soldados de su escolta y de la gente del capitán González, combatió con los callistas, haciéndoles tres muertos y varios heridos. Los libertadores no tuvieron pérdidas.

*El mismo día 20. En el campamento El Refugio (Ladera Grande, límite entre Colima y Jalisco en las faldas del Volcán).* El capitán Segundo Antonio Avalos fue sorprendido por fuerzas callistas que lo dispersaron y lo hicieron huír. Batiéndose en retirada sus soldados, hicieron al enemigo cuatro muertos y tres heridos. Los cristeros perdieron seis armas largas.

*En los últimos días de este mes.* Entraron los callistas, al mando del general Heliodoro Charis, a la región de Cerro Grande. No hubo ningún combate; pues a pesar de que los cristeros esperaron en sus puestos, tuvieron cuidado los callistas de evitar su encuentro.



*Noviembre de 1928*

*Día 1o. En las cercanías de Coquimatlán, Col.* El capitán libertador Joaquín Guerrero peleó contra una fracción del 90 Regimiento callista, que dispersó por completo, haciéndole dos muertos y dos heridos y quitándoles, además, un máuser con ciento cincuenta cartuchos y una pistola 45 reglamentaria.

*Día 4. En las cercanías de la ranchería Las Parotas, Jal.* Se registraron cinco encuentros con las fuerzas callistas, en los cuales sufrió el enemigo más de quince muertos y algunos heridos. De parte de los cruzados, nada se lamentó.

*Día 5. En Gallegos, El Reventón y Plan Grande, Jal.* El general libertador Anguiano Márquez, con su escolta y el pequeño escuadrón del capitán Jiménez, de las fuerzas cristeras de Colima, unidos al coronel libertador Teódulo Gutiérrez y al teniente coronel González Romo de las fuerzas de Michoacán, con algunos de sus soldados, sostuvieron nutridos tiroteos con el enemigo, a quien hicieron más de veinte muertos y muchos heridos. De parte de los libertadores, sin novedad.

*El mismo día 5. En El Tanque, cerca de Tuxpan, Jal.* El teniente Julio Velasco, al mando de un pequeño grupo de soldados cristeros, sostuvo fuerte tiroteo con los agraristas armados de la región, a quienes hizo cinco muertos y tres heridos. De nuestra parte, hubo un soldado muerto y se recogió un máuser al enemigo.

*Día 7. En el Campamento, a inmediaciones de Comala, Col., sobre el camino a San Antonio, Col.* Rudísimo combate sostenido por fuerzas cristeras integradas por fracciones de los Regimientos libertadores Segundo y Sexto, al mando directo de los coroneles

José Verduzco y Víctor García, respectivamente, contra los soldados del 90 Regimiento callista. Después de tres horas de combate, al verse derrotados los enemigos, se echaron a huír precipitadamente hasta las orillas de la población de Comala, Col. Al levantarse el campo, se encontraron cincuenta y seis soldados callistas muertos, entre ellos varios jefes y oficiales. Se les avanzaron sesenta bestias ensilladas, cerca de cincuenta máuseres, más de dos mil cartuchos y dos clarines. De parte de las fuerzas del Ejército Nacional Libertador, se lamentó la muerte del coronel Víctor García, del capitán 2o. Francisco Lizama y de los soldados Secundino Rolón y Luis Sánchez, ambos del grupo de los primeros cruzados del Volcán; José Facio, chamaco de unos 15 años de edad que militaba en unión de su padre don Onofre, José Rodríguez, Timoteo Mejía, José Valencia, Avelino Rodríguez, Macario Rincón y Salvador Aranda. Hubo, además, cinco cristeros heridos.

*Día 13. En las cercanías de la hacienda La Higuera, Jal.* El capitán libertador Bernardino González fue sorprendido por los enemigos, que le hicieron un muerto y un herido. De parte de los atacantes, un muerto.

*Día 15. En el río de El Tule, Jal.* Fue de nuevo atacado el capitán libertador Bernardino González, saliendo sin novedad.

*Día 16. En el cuartel cristero El Borbollón, Jal.* Sabedor el enemigo que en aquella ocasión estaba desguarnecido aquel campamento, se posesionó de él, sin encontrar resistencia; pues los soldados de ese cuartel andaban en una gira y los pocos que estaban al cuidado del campamento, faltos de parque y de compañeros que les ayudasen a resistir, se retiraron, evacuando el lugar.

*El mismo día 16.* Se presentaron ante la Comandancia Militar de las fuerzas cristeras de Colima, a cargo del general Anguiano Márquez, dos soldados federales, rindiendo sus armas y pidiendo se les diese de alta. Fueron admitidos.

*Día 17. En Tonila, Jal.* El capitán libertador Andrés Navarro, con dos o tres soldados que lo acompañaban, entró a este pueblo,



en donde dio muerte a un declarado y pernicioso enemigo y a un capitán callista a quien fue recogida una pistola 45 reglamentaria.

*Día 27. En la hacienda Buena Vista, Col.* El capitán libertador Agustín Carrillo, con cinco soldados cristeros sostuvo fuerte tiroteo contra trescientos soldados callistas de línea por espacio de media hora. Los cruzados se retiraron en perfecto orden sin ser perseguidos, llevándose solamente un caballo herido. Se ignora el número de las bajas que tuvo el callismo.

*Día 27. En Charandas, Jal.* El mayor Filiberto Calvario, acompañado del capitán Miguel González y diez soldados cristeros, capturaron a cuatro miembros de la defensa, a los cuales se pasó por las armas.

*Día 27. En la ciudad de Colima, Col.* La jovencita Zenaida Llerenas Torres, encarcelada desde el día 7 de junio en unión de su madre Rosalía Torres hermana del coronel libertador Marcos Torres, tanto por ser de la familia de él, como por haber sido descubiertas llevando provisiones a los cruzados, habiendo enfermado gravemente, sin que se permitiese que la viese ningún médico, murió ahí en prisión en la madrugada de este día.

*Día 28. En La Escondida, Jal.* El capitán libertador Magdaleno Carrillo, con un pequeño grupo de soldados a su mando, fue sorprendido por los callistas dejando en el campo cinco bestias ensilladas. Tuvieron los enemigos dos heridos.

### *Diciembre de 1928*

*Día 8. En Comala, Col.* Una comisión de cinco soldados libertadores del capitán Leocadio Llerenas tuvo un tiroteo en las calles de este pueblo con soldados callistas a quienes rechazó hasta la plaza del lugar, haciéndoles un muerto. Los libertadores salieron ilesos.

*Día 13. En terrenos de la hacienda San Marcos, Jal.* Un grupo de soldados cristeros que cuidaba la remonta del escuadrón li-

bertador del capitán Andrés Navarro, fue sorprendido por los enemigos, quienes se llevaron diez bestias. Fue muerto uno de los callistas y se recogió su rifle.

*Día 15. En Piedra Imán, Jal.* Breve tiroteo contra los callistas a quienes se hicieron dos muertos y tres heridos. Los libertadores se retiraron sin novedad.

*Día 15. En Tonila, Jal.* El capitán cristero Andrés Navarro, con un grupo de sus soldados incendió la plaza de toros del lugar. Se retiraron los insurgentes sin ninguna novedad.

*Día 15. En Los Fresnos, Jal.* Fueron capturados por unos soldados del capitán cristero Enrique Mendoza, tres callistas que traían correspondencia enemiga de Tepalcatepec, Mich., quienes fueron pasados por las armas.

*El mismo día 15. En Las Coloradas, Jal.* El mismo capitán libertador Enrique Mendoza sostuvo fuerte tiroteo contra los enemigos, a quienes hizo varias bajas. Los soldados cristeros, sin ninguna novedad, tuvieron que retirarse ante la crecida superioridad numérica del enemigo. Allí mismo, poco después, dos valientes del mismo escuadrón libertador, haciendo un acto de temerario arrojo, mataron a tres enemigos e hirieron a otro.

*El mismo día 15. En el puerto de La Leona, Jal.* El mayor Filiberto Calvario con una fracción del escuadrón cristero del capitán Julio Velasco, sostuvo fuerte tiroteo con los enemigos a quienes hizo muchas bajas. Los libertadores sin novedad.

*En esos mismos días. En la ranchería El Tigre, Jal.* Fue atacada la defensa que los enemigos habían establecido en ese lugar. Se les dispersó por completo y se incendiaron las casas de su campamento. El ataque fue dirigido por el coronel Orozco y el capitán Gregorio Martínez que no tuvieron novedad. Los callistas tuvieron un muerto y un herido.

*Día 16. En las cercanías de la ranchería El Gringo, Jal.* El capitán libertador Bernardino González, con cuatro soldados suyos, hizo frente al enemigo, a quien hizo tres muertos y varios heridos, no teniendo los suyos bajas que lamentar.



*El mismo día 16. En Las Parotas, Jal.* El capitán 2o. Miguel González, con una pequeña fracción de su escuadrón cristero, tiroteó a los enemigos callistas. Se ignora el número de bajas hechas al enemigo. Los libertadores no tuvieron novedad.

*En Paso de Las Mulas, Jal.* Una fracción del escuadrón libertador de Enrique Mendoza, sostuvo fuerte tiroteo por espacio de una hora con los callistas. Los cristeros, aunque no tuvieron bajas, se vieron obligados a abandonar el campo, dejando en poder del enemigo treinta caballos. Se ignora el número de bajas de los enemigos.

*Día 20. En El Espinal, Col.* El mayor Candelario Cisneros y diez soldados cristeros sostuvieron nutrido tiroteo con los callistas, a quienes hicieron dos muertos y tres heridos. Salieron ilesas las fuerzas libertadoras.

*Día 21. En El Remate, Col.* El general cristero Andrés Salazar, al frente de los cristeros de su Regimiento, atacó a los callistas de este lugar, a quienes hizo tres muertos, un herido y dos prisioneros. Se recogieron, como botín de guerra, tres rifles con su dotación de cartuchos. También se llevaron los cristeros algunas de las piezas de la planta de la luz eléctrica que abastece la ciudad de Colima, por lo cual quedó ésta en tinieblas. De parte de las fuerzas del general Salazar, un herido.

*El mismo día 21. En La Escondida, región de la hacienda de El Naranjo, Jal.* En una sorpresa del enemigo, murió el sargento Lucio Borjas, padre del joven Rafael Borjas que, como primer mártir del seminario de Colima, había ofrendado su vida el 8 de abril de 1927.

*Día 22. En la vía férrea, entre las estaciones de Alzada y Tonilita, Jal.* Una fracción de las fuerzas cristeras colimenses, del 2o. Regimiento, comandadas personalmente por el general de Di-

sión J. Jesús Degollado y general Anguiano Márquez, incendió un tren de carga procedente de Guadalajara, Jal. No hubo bajas.

*El mismo día 22. En Llano Grande, Jal.* El coronel libertador José González Romo, jefe de las fuerzas cristeras de Coalcomán, Mich. (su nombre verdadero era Angel Castillo, venido de la ciudad de México, D. F.) escarmentó a Amado Mora y sus hijos que, en unión de otros desleales, habían recibido armas y pertrechos de guerra de los enemigos, en contra de los libertadores. Se les hicieron a éstos dos bajas; se les recogieron dos carabinas, se les hizo huír hasta la ranchería La Difunta y les incendiaron sus ranchos. Habiendo salido en defensa de ellos, agraristas y federales de la hacienda Barreras, Jal., también éstos fueron rechazados, sufriendo cinco bajas. De parte de los cristeros, sin novedad.

*Día 25. En El Naranjo, Jal.* Entraron los enemigos callistas a la hacienda, de la cual salieron violentamente porque fueron rechazados. El capitán cristero Agustín Carrillo logró hacerles algunas bajas en esta ocasión.

*Día 26. En el cerro de El Naranjo, Col.* Atacó el enemigo las posiciones cristeras de El Jonuquillo y La Joya, defendidas por el capitán libertador Agustín Carrillo. Se peleó por espacio de dos horas, mas habiendo sido flanqueados los cruzados, tuvieron éstos necesidad de plegarse hacia el cerro. Los callistas, entre muertos, heridos y dispersos, sufrieron más de treinta bajas. De parte de los cristeros, no hubo nada que lamentar.

*Día 27. En la hacienda de San Antonio, Col.* El general libertador Andrés Salazar, al frente de su Regimiento y ochenta soldados cristeros del general Manuel C. Michel, atacó las posiciones enemigas de este lugar. Después de cuatro horas de combate se retiraron los libertadores, a quienes hicieron los enemigos un muerto y un herido. Hubo también algunas bajas de los callistas.



*Enero de 1929*

*Día 1o. En las cercanías de la ranchería El Tigre, Jal.* Fuerzas cristeras del capitán Gregorio Martínez pusieron una emboscada a veinticinco soldados federales. Se ignora el número de bajas hechas al enemigo. De parte de los soldados libertadores, una baja.

*Día 3. En La Escoba, Jal.* Fueron pasados por las armas tres exploradores enemigos.

*Día 8. En el Cañón de La Escondida, Jal., Municipio de Pihuamo.* Nueve soldados cristeros del teniente Jesús Moreno pusieron una emboscada a los soldados perseguidores. Los callistas, en número como de cincuenta, pasaban llevando una partida de ganado. Fueron dispersados y tuvieron muchos muertos y heridos. De parte de los soldados del teniente Moreno, sin novedad.

*Día 10. En Agua de las Grandas, Jal., sobre las faldas orientales del volcán.* Fue sorprendida una comisión de dos soldados cristeros, de los cuales murió uno y fue herido el otro. Los enemigos, sin novedad.

*El mismo día 10. En Tenamaxtla, Jal.* Fuerzas cristeras de los generales Andrés Salazar y Manuel C. Michel atacaron este lugar guarnecido por agraristas, a quienes, después de hacerles algunas bajas, dispersaron por completo. Se recogieron algunas armas largas y se incendiaron las posiciones enemigas. De parte de las fuerzas del general Salazar, un muerto.

*Día 12. En la ciudad de Colima.* Fuerzas cristeras del segundo Regimiento, al mando personal del general Miguel Anguiano Márquez, entraron a la ciudad de Colima, por el barrio de *El Venado* en donde se combatió largo rato. Los cristeros sufrieron la muerte de dos soldados, uno de los cuales fue Ramón Romero Radillo. Fue herido el propio general Anguiano Márquez, el cual duró mucho tiempo enfermo y personalmente ya no pudo pelear más. De parte del enemigo, más de diez bajas.

*Día 19. En el rancho Las Estacas, Jal.* El capitán libertador Agustín Carrillo sorprendió en la madrugada de este día al destacamento callista de este lugar, a quien sacó de sus posiciones e hizo dos muertos. Los libertadores, sin novedad.

*El mismo día 19. En el rancho Las Parotas, Jal.* El capitán cristero Gregorio Martínez tiroteó por varias horas a los agraristas de Pihuamo, Jal., a quienes hizo tres muertos y varios heridos. Los cruzados, sin novedad.

*Día 19. En el Cóbano, Col., región de Cerro Grande.* Fue atacado el cuartel cristero del general Andrés Salazar. Los libertadores rechazaron el ataque enemigo.

*Día 20. En el mismo lugar.* Se repitió el ataque de los callistas y, de igual manera, fueron rechazados.

*Día 21. En Mesa de los Machos, faldas orientales del Volcán de Colima.* El primer Regimiento de la División Militar cristera del sur de Jalisco y Colima, al mando del general Carlos Bouquet, en unión de la primera fracción del 2o. Regimiento, al mando del mayor Félix Ramírez de las fuerzas de Colima, combatieron con soldados callistas de línea procedentes de la hacienda de San Marcos, Jal., a quienes derrotaron e hicieron huír por horribles despeñaderos. Murió en el combate el capitán jefe de la columna callista, a quien se recogió su pistola 45 reglamentaria. De parte de los libertadores, un herido de la gente del general Bouquet.

*Día 22. En el camino de Pihuamo, a Barreras, Jal.* El teniente libertador Amado Larios, de las fuerzas del 4o. Regimiento de la División cristera de Colima y sur de Jalisco, sostuvo fuerte tiroteo con cincuenta enemigos, los cuales fueron rechazados y obligados a tomar otro camino.

*Día 23. En la misma región.* El mismo teniente libertador Larios, con cuatro soldados suyos, combatió cerca de una hora con cien soldados de línea, quienes no lograron sacar a los cruzados de sus posiciones. Se hicieron a los callistas cuatro muertos y algunos heridos. Los cristeros sin novedad. El mismo día, pocas horas después, los mismos cinco valientes y en el mismo lugar combatieron con otra fuerte columna enemiga. Se ignora el número de bajas hechas al enemigo. De su parte, sin novedad.



*El mismo día. En la misma región de Pihuamo, Jal.* Un soldado cristero del capitán Gregorio Martínez fue sorprendido por un grupo de veinticinco agraristas que sólo le dieron tiempo de disparar dos tiros, con los cuales quiso Dios dar ejemplar castigo a dos de los principales jefes enemigos de la región, quienes habiendo pertenecido primeramente al Movimiento Libertador Cristero, habían traicionado su causa y engrosado las filas enemigas.

*Día 26. En San Jerónimo, Col.* Fuerzas del 6o. Regimiento al mando del teniente coronel Jesús Mejía y del mayor Juan González dieron un albazo a las fuerzas agraristas del lugar, a quienes hicieron ocho muertos, recogiendo al enemigo veinte armas largas, cinco pistolas, diez caballos ensillados y dos mil cartuchos. De su parte, tres heridos.

*En el rancho El Guayabo, Jal.* Fuerzas libertadoras del coronel Teódulo Gutiérrez sorprendieron a cuarenta enemigos que, en precipitada huída, abandonaron armas y caballos.

## *Febrero de 1929*

*Día 5. En Armería y La Báscula, Col.* El coronel libertador José Verduzco, jefe del Estado Mayor del general Miguel Anguiano Márquez, con una fracción del 2o. Regimiento cristero, atacó a los agraristas de Armería, Col., haciéndoles algunas bajas. Fueron recogidas al enemigo cuatro pistolas y algunas bestias.

*Día 7. En la hacienda San Antonio, Col.* El capitán Inés Castellanos, del 2o. Regimiento cristero de la División de Colima y sur de Jalisco, con los soldados a su mando entró a este lugar. No hubo combate, porque los callistas, no obstante las provocaciones de los soldados cristeros, no hicieron resistencia.

*Día 7. En Colima, Col.* Entró a esta ciudad una comisión del capitán libertador Leocadio Llerenas con el objeto de recoger algunas armas, lo cual logró. Tuvo un ligero tiroteo con los callistas.

*Día 8. En El Remate, Col.* Fuerzas cristeras unidas de los generales Michel y Salazar tuvieron fuerte combate por espacio de dos horas con los callistas, haciéndoles nueve muertos y once heridos. De parte de los cristeros, un herido.

*Día 11. En la ciudad de Colima, Col.* El coronel libertador José Verduzco entró con la 2a. fracción del 2o. Regimiento cristero a esta ciudad, trabando fuerte tiroteo con los callistas, a quienes se hicieron cuatro o cinco muertos y algunos heridos. Intentaron los cristeros, con esta entrada a Colima, desbaratar o, al menos, estorbar en parte, los festejos del Carnaval organizados por los enemigos. Los insurgentes libertadores tuvieron dos heridos.

*El mismo día 11. En Villa de Alvarez, Col.* El capitán 2o. Antonio Avalos y el teniente Eusebio González, con un grupo de cristeros pertenecientes a los escuadrones de los capitanes Andrés Navarro e Inés Castellanos, respectivamente, entraron a esta población en donde los callistas no hicieron resistencia, guareciéndose en la torre del templo, alarmados por el combate que en la ciudad de Colima se libraba en esos momentos y dejando a los cruzados en completa libertad.

*Día 12. En la misma ciudad de Colima, Col.* El mayor Félix Ramírez del Regimiento del general Anguiano Márquez, tuvo un breve tiroteo con la guarnición callista de la estación del ferrocarril, y se avanzaron dos pistolas.

*El mismo día 12. Cerca de Juluapan, Col.* El capitán libertador Leocadio Llerenas, del Regimiento del general Salazar, tuvo un corto tiroteo con los callistas quienes abandonaron un caballo ensillado.

*Día 14. En San Jerónimo, Col.* El teniente cristero Lino Márquez, jefe de la escolta del general Anguiano Márquez, recogió de este lugar dos rifles orejones.



*El mismo día 14. En el camino de Colima a Comala, Col.* El general Andrés Salazar, con un grupo de sus cristeros, fue tiroteado por los enemigos. No obstante la superioridad numérica de los callistas, salió sin novedad de aquella escaramuza.

*Día 15. En El Cóbano, Col., región de Cerro Grande.* El capitán libertador Ignacio Cruz del Regimiento cristero del general Salazar, rechazó la agresión de los enemigos callistas que atacaron su campamento. Los cruzados sin novedad.

*Día 18. En Comala, Col.* El capitán libertador Diego López atacó este lugar, tiroteando al enemigo durante tres horas, al cabo de las cuales se retiraron. Los callistas tuvieron algunas bajas. Los cruzados sin novedad.

*Días 19 al 23. En Campo Seis y Juluapan, Col.* Combatió el general cristero Andrés Salazar con grueso número de enemigos de línea al mando del general callista Heliodoro Charis. El enemigo se retiró, inexplicablemente, después de haber tomado ya algunas buenas posiciones del cerro.

*En este mes* murieron, en la ranchería de El Zapote del municipio de San Jerónimo, en una emboscada del enemigo, los soldados cristeros J. Jesús Santana y otro de nombre Marcelino.

### *Marzo de 1929*

*Día 2. En la hacienda San Marcos, Jal.* Los soldados cristeros de los campamentos del Volcán, a cargo de su jefe inmediato el mayor Félix Ramírez, atacaron el destacamento callista de la hacienda, durando dos horas el tiroteo. Murieron cinco soldados federales.

*El mismo día 2. Hospital Cristero de "La Laguna Verde", faldas del Volcán.* Se presentó ante el general Miguel Anguiano Márquez un soldado yaqui callista, entregando tres máuseres y cuatrocientos cartuchos. Fue admitido como soldado cristero y quedó adscrito a la escolta de la jefatura.

*Del día 2 al día 7. Municipios de Manzanillo, Col. y Cihuatlán, Jal.* Gira cristera del teniente coronel Rafael Alvarado y el mayor Candelario B. Cisneros por la zona de Manzanillo y Cihuatlán, al frente de la 2a. fracción del 2o. Regimiento. El día 3 llegaron a la hacienda Cualata, Col. De allí salieron a la hacienda El Veladero, Col., en donde supieron que fuerzas callistas habían entrado a Minatitlán, Col., aprovechando la ausencia de los cruzados que guarnecían dicha plaza. Inmediatamente salieron los cristeros a esperar el regreso de los perseguidores para atacarlos; mas cuando a las 3 de la mañana del día 6, llegaron los cruzados al lugar que habían escogido para la pelea, ya el enemigo había pasado, llevando preso al señor cura don J. Guadalupe Michel y a tres acompañantes suyos, pues habían caminado a marchas forzadas, porque temían alguna emboscada de los libertadores, para quitarles sus prisioneros. El día 7 atacaron y tomaron los soldados cristeros la plaza de Cihuatlán, Jal. De los enemigos hubo cuatro muertos y dos heridos. Se recogieron seis pistolas y cuatro armas largas. De parte de los insurgentes libertadores, hubo un herido.

*Día 5. En Los Rubios, Col.* El capitán libertador Inés Castellanos, al frente de su escuadrón, puso una emboscada a los callistas que se encontraban de destacamento en dicho lugar. Les hizo tres muertos y un herido, recogiéndoles, además, dos máuseres, con doscientos cartuchos. De parte de los cristeros no hubo novedad.

*Día 6. En las cercanías de San Antonio, Col.* El mismo capitán cristero Castellanos y el teniente Eusebio González, acompañados de tres soldados, pusieron una emboscada a los soldados callistas de la hacienda San Antonio, hiriendo al capitán enemigo. Los libertadores no tuvieron novedad.

*Día 7. En Manzanillo, Col.* Fueron fusilados por las autoridades civiles callistas el señor cura de Zapotitlán, Jal., don J. Guadalupe Michel con tres compañeros: Benito Nava, Epigmenio Solano y Félix Serratos.



*Día 8. Cerca de Suchitlán, Col.* Dos soldados cristeros del escuadrón del capitán Inés Castellanos, tirotearon la retaguardia del 90 Regimiento callista, haciéndoles un muerto y recogiendo un máuser con cien cartuchos. Ellos dos sin novedad.

*El mismo día 8. En Tonila, Jal.* El capitán cristero Andrés Navarro entró con sus soldados. Recogió dos armas largas y algunas cortas.

*Día 9. En la hacienda de San Marcos, Jal.* Los capitanes cristeros Andrés Navarro y José Cervantes entraron a este lugar. Recogieron cuatro armas largas y dos mil quinientos cartuchos.

*Día 10. En la hacienda La Esperanza, Jal.* Los mismos capitanes cristeros Navarro y Cervantes entraron a este lugar, en donde se hicieron de dos armas largas y parque.

*Día 11. En las cercanías de la hacienda Quesería, Col.* El capitán cristero Andrés Navarro, con sólo tres soldados suyos, se encontró con una columna de enemigos, trabando tiroteo con ellos. De parte del capitán libertador, murió uno de sus más valientes y distinguidos cruzados, el soldado Francisco Rodríguez. De parte de los callistas, tres muertos y dos heridos.

*Día 12. En Pihuamo, Jal.* El libertador mayor Plutarco Ramírez, al frente de la 1a. fracción del 4o. Regimeinto cristero, atacó esta plaza, combatiendo dentro y fuera del pueblo, por espacio de seis horas. Hizo al enemigo quince muertos y muchos heridos. De parte de los cruzados, se lamentó la muerte del teniente Jesús Ortiz. Hubo, además, un herido.

*Día 13. En Palmillas, Col.* Los libertadores de los campamentos del Volcán, a cuyo frente iba su jefe inmediato el mayor Félix Ramírez, en unión de la escolta del general Anguiano Márquez, atacaron una columna callista que accidentalmente estaba en esta ranchería de Palmillas, Col. Después de dos horas de reñido tiroteo, tuvieron que retirarse los cristeros, en los precisos momentos en que los perseguidores pedían su rendición, por llegar fuerte

refuerzo callista de las haciendas vecinas. Las bajas del callismo fueron más de cincuenta, habiendo, entre sus muertos, varios oficiales. De parte de los cruzados, se lamentó la muerte del muy cristiano y valiente capitán 2o. Antonio Avalos, del soldado Mateo Rodríguez y de otro cristero más.

*Día 20. En Santa Cruz, Col.* El mayor Félix Ramírez, al frente de los mismos cruzados de la acción anterior, impidió el paso de una columna enemiga que iba al mando del general callista Enrique Díaz. El combate fue grandemente reñido. Dio principio al amanecer y terminó a las 9 de la noche, hora en que los cristeros se arrojaron sobre los enemigos y los rechazaron hasta la hacienda San Antonio. Se hicieron a los callistas no menos de once muertos y muchos heridos, entre ellos algunos oficiales. Se recogieron, como botín de guerra, dos rifles y seiscientos cartuchos. De parte de los cruzados, no hubo sino dos heridos.

*Día 22. En las cercanías de Cofradía de Suchitlán, Col.* El coronel José Verduzco, al frente de fracciones de los Regimientos del general Anguiano Márquez y del general Salazar, esta última comandada inmediatamente por el teniente coronel Jesús Mejía, escarmentó duramente a los enemigos, a quienes hizo cuatro prisioneros, entre ellos el jefe, el cual fue pasado por las armas. Los soldados rasos fueron puestos en libertad, después de haberles sido quitadas sus armas y dotaciones. De parte de los cristeros, murió el soldado Teófilo Aldaz y se tuvo un herido.

*Día 23. En las cercanías de la hacienda Nogueras, Col.* Los dos anteriores jefes, al frente de las mismas fuerzas cristeras, combatieron por espacio de unos veinte minutos, haciendo al enemigo quince muertos, entre ellos un oficial. Hicieron también veintitrés prisioneros, a los que se concedió inmediatamente libertad, después de recogérseles armas y parque. Avanzaron los cristeros remuda ensillada, una pistola reglamentaria con ocho cargadores, más de cuarenta máuseres y ocho mil cartuchos. De parte de los libertadores, murieron el teniente Ignacio López y los soldados Anacleto Torres y José Rodríguez. Tuvieron, además, dos heridos.



*Abril de 1929*

*Día 2. En Los Mezcales, Municipio de Colima.* Un pelotón de soldados cristeros tiroteó un camión con soldados callistas, en donde se encontraba el coronel Vicente Mendoza —militar ya retirado—, que murió en el ataque, así como dos soldados rasos.

*Día 3. En la estación ferrocarrilera de Villegas, Jal.* Los mayores Félix Ramírez, Filiberto Calvario y Plutarco Ramírez, con sus propios contingentes cristeros, en unión de la escolta del general Anguiano Márquez, en esos tiempos herido en el pequeño hospital de los libertadores, en las faldas del Volcán, atacaron al destacamento callista de ese lugar, al cual rindieron incondicionalmente, después de reñida lucha. Se recogieron veinte máuseres, una pistola reglamentaria 45 y cerca de dos mil cartuchos. Al mismo tiempo, mientras se rendía el destacamento de Villegas, hubo que pelear con los destacamentos de Tonila, La Esperanza y San Marcos, que salieron en auxilio de sus compañeros, con el propósito de atacar a los cruzados por la retaguardia. Esta resistencia estuvo a cargo inmediato del capitán 1o. Andrés Navarro. Hubo necesidad, igualmente, de repeler el refuerzo de la guarnición callista de Tonilita que fue detenido por la gente del capitán 1o. Agustín Carrillo. También, por otro flanco, se presentó el destacamento callista de Higuera, Jal., al cual se hizo huír a las primeras descargas de los cristeros. Saldo total del combate: de parte de los callistas, más de cincuenta muertos, entre ellos un capitán y un teniente. Los prisioneros rendidos en la estación de Villegas, que fueron todos los supervivientes, quedaron en completa libertad, una vez que entregaron armas y municiones. De parte de los cristeros, murieron los soldados Marcelino García, J. Beatriz Espinosa, Nicolás Jiménez y otro de nombre Antonio. Tuvieron, además, dos heridos.

*Día 4. En Coquimatlán, Col.* El teniente coronel libertador Rafael Alvarado del 2o. Regimiento cristero, atacó al destacamento de la estación ferrocarrilera de Coquimatlán, Col., de donde se retiró después de haber hecho al enemigo, ocho muertos y varios heridos. De parte de los libertadores, murió el soldado Enrique Ramos y hubo tres heridos.

*El mismo día 4. Cerca de Barreras, Jal.* El capitán cristero Magdaleno Carrillo, con un pelotón de sus soldados, escarmentó a los agraristas, a quienes hizo varias bajas. Los suyos, ilesos.

*Día 5. En las cercanías de Comala, Col.* Se rindió el capitán callista Antonio Santos Penne, en unión del teniente Juan Díaz Ordóñez y veintiún soldados rasos, ante el general cristero Andrés Salazar, haciendo entrega de cuarenta y cinco máuseres, con su correspondiente dotación de cartuchos y dos pistolas reglamentarias cal. 45.

*Día 6. En Puerta de Anzar, Jal.* El capitán libertador Magdaleno Carrillo tomó prisionero a un gobiernista a quien recogió un rifle cal. 20 y una pistola.

*Día 7. En Tonila, Jal.* Fueron muertos por traición el distinguido y leal jefe cristero capitán Andrés Navarro que comandaba el escuadrón que, en un principio, cuando comenzó el movimiento cristero, había sido el primero y más distinguido —el del cuartel de Caucentla—, tanto por haber estado establecida allí la jefatura, como por la valentía y lo granado de sus hombres. Le sucedió en su puesto de capitán J. Jesús Alonso.

*Día 9. En Puerto de las Cruces, Jal.* El capitán del 4o. Regimiento cristero Julio Velasco, al frente de sus soldados, combatió contra las perseguidores, a quienes hizo algunas bajas. De parte de los libertadores no hubo novedad.

*Día 11. En Lamadrid, Col.* El teniente coronel cristero Rafael Alvarado, con parte de los escuadrones cristeros de Cerro Grande, Col., atacó al destacamento de esta población ferrocarrilera, lo-



grando, después de duro combate, poner en fuga a los callistas, a quienes hizo diez muertos, entre ellos el jefe del destacamento y varios heridos. Se recogieron diez rifles, una pistola 45 reglamentaria y más de mil cartuchos. De parte de los cristeros hubo tres heridos. Ese mismo día y la misma gente, al pasar frente al túnel que está entre Jala y el lugar anterior, tiroteó a la guarnición allí destacamentada, haciéndole varias bajas. Ellos sin novedad.

*Día 11. En Paso de las Mulas, Jal.* El capitán cristero Enrique Mendoza, al frente de su escuadrón que operaba en la zona de El Naranjo, Jal., combatió con una columna de federales, a los que hizo algunas bajas. Ellos sin novedad.

*Días 13 y 14. En Cofradía de Juluapan, Col.* Fue atacado este cuartel por una columna de soldados callistas integrada por elementos de los batallones 13, 40 y 33, una fracción del 90 Regimiento y otra, de fuerzas regionales —"los azules"—, quienes después de dos días de duro combate, tuvieron que retirarse sin haber logrado sacar a los soldados libertadores de sus posiciones y sí sufriendo más de cien bajas, entre muertos, heridos y dispersos. De parte de los cruzados, no hubo ni siquiera una baja. La defensa cristera estuvo a cargo del mayor Candelario Cisneros y de los capitanes Joaquín Guerrero y Jesús Dueñas Rolón. Fueron avanzados al enemigo doce rifles y más de mil cartuchos.

*Día 19. En las cercanías de La Plomosa, Jal.* Los capitanes cristeros Bernardino y Miguel González, al frente de su escuadrón, dieron alcance a una columna de agraristas que dispersaron y a la que hicieron varias bajas. De parte de los cruzados, sin novedad.

*Día 26. En la Joya, Jal.* Yendo el mayor Félix Ramírez al frente de los dos escuadrones cristeros a su mando y de la escolta del general Miguel Anguiano Márquez, fue atacado por una gruesa columna del tirano Calles, con la que entabló combate que duró seis horas. Se ignora el número de bajas que sufrió el enemigo. De parte de los libertadores, sin novedad.

*Día 27. En San Antonio, Col.* Fueron sorprendidos en este lu-

gar, cuatro cristeros del campamento de El Borbollón, Jal., por la columna callista con quien habían combatido el día anterior. Los libertadores se batieron en retirada, haciendo tres bajas a los callistas. Hubo un cruzado herido.

*Día 28. En San Antonio, Col.* Escaramuza entre los libertadores cristeros del 2o. Regimiento de los volcanes y los soldados de Calles. Se hizo al enemigo un muerto. Los cruzados sin novedad.

*Día 28. A inmediaciones de la hacienda de El Parián, Col.* El teniente cristero Lino Márquez, jefe de la escolta del general Anguiano Márquez, con cuatro soldados a su mando, asaltó un camión de "azules" —voluntarios callistas— a quienes hicieron seis bajas. Los cruzados se retiraron por haber llegado otro camión de auxilio. De parte suya, un herido.

*El mismo día 28. En el cuartel de la Policía, ciudad de Colima.* Bajo la dirección personal del gobernador Laureano Cervantes y del Presidente Municipal de Colima, en aquellos días, Profesor Benjamín Ortiz, fueron cruelmente torturados y sacrificados tres soldados cristeros, entre ellos, el capitán 1o. Prudencio Dávila y el teniente Ignacio Mendoza. Estos habían sido hechos prisioneros, por la policía de Colima, en las inmediaciones de la hacienda de San Joaquín, Col. Fueron también llevadas en esa misma ocasión y a ese mismo cuartel de la policía, por el mismo Presidente Municipal, Profesor Benjamín Ortiz, algunas de las damas más distinguidas de Colima, entre ellas, la señorita Profesora M. Concepción Galindo, señorita Leonor Barreto y señorita Juanita Ochoa.

*Día 29. En Agua del Perro, municipio de San José del Carmen, Jal.* El Mayor Félix Ramírez, al frente de los escuadrones 1o. y 2o. del Regimiento cristero del volcán (2o. de la División del sur de Jalisco, Colima, Nayarit y occidente de Michoacán) pretendió interrumpir el paso a una gruesa columna de soldados callistas, lo cual no logró, porque fue atacado por la retaguardia por otro grupo de soldados federales. Se hicieron al enemigo no menos de



veinte bajas, entre ellos un artillero. De su parte, un soldado libertador muerto.

*Mayo de 1929*

*Día 1. Mesa del Caimán, Jal.* Los capitanes libertadores Diego López, Francisco Cruz e Ismael Sandoval, combatieron con fuerzas callistas de línea durante algunas horas, haciéndoles diez bajas. De parte de los cristeros, un muerto.

*El mismo día 1o. En Trapichillos, del municipio de Comala, Col.* El teniente coronel cristero Jesús Mejía, del Regimiento del general Salazar, trabó combate con una columna enemiga, haciéndole cuatro muertos y dos heridos. De parte de los libertadores, murieron el subteniente Jesús Ramírez y el soldado José Alcaraz.

*Día 2. En la ranchería El Potrero, municipio de San José del Carmen, Jal.* Los capitanes libertadores Diego López y Francisco Cruz combatieron con fuerzas enemigas de línea, a quienes hicieron muchas bajas. De su parte, sin novedad.

*Día 2. En El Borbollón, Jal.* Fue atacado este cuartel, al amanecer, por setecientos soldados enemigos de línea. La defensa estuvo a cargo del mayor Félix Ramírez, al frente de sólo veinte soldados cristeros, quienes, después de una hora de muy nutrido combate, se retiraron por habérseles agotado el parque. Los enemigos tuvieron en este ataque, más de cuarenta bajas entre muertos y heridos. Momentos después de abandonar los libertadores sus posiciones, se unió a ellos el capitán 1o. Jesús Alonso, al frente de sus cristeros, con cuyo auxilio pudieron poner, un poco más arriba, nueva línea de fuego, con la cual no tardó en trabarse fuerte tiroteo. Hubo más bajas para los callistas atacantes, quienes no tardaron en retirarse, temerosos de alguna emboscada. De parte de los cruzados, no hubo, en este día, ni una sola baja.

*Día 2. En Cihuatlán, Jal.* El coronel cristero José Verduzco,

con cien soldados libertadores a su mando, entró a esta plaza sin encontrar resistencia.

*Día 5. Sobre la vía del ferrocarril, municipio de Pihuamo, Jal.* El mayor Plutarco Ramírez, atacó con sus cristeros un tren que procedía de Guadalajara, Jal. Combatió con los soldados callistas de la escolta y con el refuerzo que llegó después, durante tres horas. Hizo a los callistas diez muertos y varios heridos. De su parte, sin novedad.

*Día 11. En el campamento cristero El Borbollón, Jal., a las faldas del volcán.* Murió cristianamente, con todos los auxilios espirituales de la Iglesia Católica, el valiente muchacho cristero capitán 1o. Inés Castellanos, jefe inmediato del 2o. escuadrón de los volcanes. Le sucedió en su puesto el teniente Eusebio González que recibió su ascenso a capitán Primero.

*Ese mismo día 11. En el campamento de la Jefatura Cristera de Colima, también a las faldas del volcán.* Llegó procedente de la ciudad de Colima, el que, desde la muerte de Tomás de la Mora, acaecida en 27 de agosto de 1927, era el jefe civil del Movimiento Regional cristero; joven lleno de amor a Cristo y a México, de los que, en años ya pasados —hacía algo más de una década— habían sido de los socios fundadores de la A. C. J. M. en Colima. No pudiendo por más tiempo permanecer en la ciudad, porque ya había sido descubierta su actuación, tuvo que dejarla y, desde ese día, unido a la escolta de la jefatura cristera de Colima, militó como distinguido jefe en las huestes de la Cruzada. Era conocido con el nombre de Juan Gómez Moreno (Virginio García Cisneros).

*Día 13. En Minatitlán, Col.* El mayor Candelario Cisneros, al mando de fuerzas cristeras de su Regimiento, tuvo contacto con el enemigo en un combate que duró media hora. De parte de los callistas, dos muertos y tres heridos. De los libertadores, dos heridos.

*Día 14. En Comala, Col.* El teniente coronel libertador Jesús



Mejía atacó a los callistas, causándoles algunas bajas. Después de algunas horas de tiroteo, se retiró ileso.

*Día 17. En Cofradía de Juluapan, Col.* Soldados libertadores del coronel José Verduzco sorprendieron a unos soldados callistas de línea, de los cuales murió uno y fue hecho prisionero el otro. Se recogieron 2 rifles con su dotación de parque.

*Día 18. En el mismo campamento de Juluapan, Col.* Nutrido combate con los enemigos callistas a quienes se hizo quince muertos y varios heridos. De las fuerzas cristeras, murieron los soldados J. Trinidad Amezcua y Agapito de Dios.

*Día 22. Principió la más dura y tremenda ofensiva* que de parte de las fuerzas de la tiranía persecutoria sufrieron las huestes de Cristo Rey en la región de Colima, o sea zonas de Cerro Grande, Volcanes y Cerro de El Naranjo. En este día, al mando del general de División Eulogio Ortiz —el hombre más temible y satánico de las filas del conglomerado callista— comenzaron a ser bombardeados nuestros campamentos. Mañana y tarde, desde el amanecer hasta el acabarse la luz del día, no cesaron los aviones militares de surcar el cielo de todos nuestros valles y montañas y de estremecerse aun los picos más altos de nuestras serranías al estallido de las bombas.

*Día 28. Campamentos de la Palmita y Juluapan, en Cerro Grande, Col.* Más de dos mil soldados de línea atacaron las posiciones cristeras. Los libertadores resistieron el ataque sin sufrir pérdidas personales. Después evacuaron sus campamentos, no sin haber hecho al enemigo gran cantidad de bajas.

*Día 29. En el Campamento cristero de El Cóbano, Cerro Grande, Col.* Bajo el mando inmediato del capitán Ignacio Cruz, del Regimiento de Salazar, se continuó resistiendo el poderoso ataque del enemigo a quien se hizo, en fuerte combate, antes de que los cristeros tuvieran que replegarse, abandonando su cuartel, una gran cantidad de muertos. Los cristeros no tuvieron ni una baja.

*El mismo día 29. En Campo Cuatro, Cerro Grande.* Bajo el mando inmediato del capitán cristero Leocadio Llerenas se hizo frente al furibundo ataque de las fuerzas enemigas, las cuales, en este encuentro, sufrieron más de ciento cincuenta bajas. Desalojados los cruzados de estas primeras posiciones, se parapetaron, algo más arriba del cerro, sobre un alto corte de la antigua vía del ferrocarril, en donde continuó encarnizada lucha. A rifle y con bombas de mano hicieron los soldados cristeros a las mismas filas enemigas de Eulogio Ortiz, nuevo y tremendo destrozo. Los nuestros, por visible y maravillosa protección divina, del todo ilesos, sin tener ni un herido.

*El mismo día 29. En Rosa Morada, Cerro Grande.* El teniente coronel Jesús Mejía hizo frente al arrollador empuje de las fuerzas de la persecución que con ingente número de soldados, artillería y aviones militares, trataban de exterminar a los cruzados.

*El mismo día 29. En el Zapote, Cerro Grande.* El mayor Vicente Contreras detuvo, durante corto tiempo, el ataque enemigo del general Eulogio Ortiz. Saldo total de este día de combate, en los diversos campamentos de Cerro Grande: de las fuerzas libertadoras, tan duramente combatidas, no hubo sino un herido. De parte de los perseguidores, más de trescientas bajas.

*Día 30.* Las fuerzas cristeras de los campamentos del oriente de Cerro Grande evacuaron sus propios cuarteles, acatando disposición del jefe del Estado Mayor del general Salazar, Alberto B. Gutiérrez, quedando todos los soldados distribuídos en grupos pequeños para mejor defenderse, siguiendo el sistema de guerrillas.

*Día 31. En Minatitlán, Col.* Fueron tomados prisioneros por las fuerzas enemigas y fusilados en el atrio del templo, el Comisario cristero del lugar señor Albino Cisneros y los jóvenes Apolonio Sánchez, Abraham B. Cisneros, Bernardino Franco, Genaro Ordóñez, Francisco López y Leodegario Ruiz.

*En este mes murieron, a manos del enemigo, en Joyitas, Col.,* el soldado cristero Francisco Salazar Zamora y, en la región del



cerro de El Naranjo, Jal., el sargento Jesús Rodríguez y J. Merced Ruiz.

*Junio de 1929*

*Día 3. En el puerto de Toxín, Jal., Cerro Grande.* Fue aprehendido y fusilado por las tropas federales invasoras, el pacífico sacerdote don Margarito Valera, que durante todo el tiempo de la persecución había permanecido en este poblado impartiendo sus auxilios espirituales a los fieles del lugar.

*Día 4. En el pueblo de Alcaraces, Col.* Un pelotón de cristeros, pertenecientes a la escolta del general Anguiano Márquez, fue sorprendido en este lugar por el enemigo, a quien se hizo dos muertos y dos heridos. De parte de los cruzados, murió el soldado José Vargas.

*El mismo día 4. En El Naranjal, Col.* El mayor Juan González, del Regimiento cristero del general Salazar, combatió con una gruesa columna de federales, a la que hizo algunas bajas. De parte de los libertadores, un muerto.

*El mismo día 4. En el campamento cristero El Borbollón, a las faldas occidentales del Volcán.* Ingentes columnas de soldados callistas de línea venidos del norte del país al mando del general de División Eulogio Ortiz, en número de cerca de cuatro mil, atacaron este cuartel a las horas del mediodía, provistos de artillería y apoyados por dos aviones de guerra, haciendo, durante toda la tarde, supremos e inútiles esfuerzos por tomar nuestras posiciones y poner en fuga a los soldados de Cristo Rey, lo cual no consiguieron. De parte de los soldados callistas de Eulogio Ortiz, en este solo día de lucha, más de doscientas bajas, entre muertos y heridos. Estos fueron conducidos, en su principal parte, a la ciudad de Colima, Col., en la noche siguiente. Entre los muertos estuvieron un coronel y varios jefes y oficiales callistas. De parte de las filas de la Cruzada de Cristo Rey, murió un valiente

chico de 16 años de edad, originario de San José del Carmen, Jal., llamado Jesús Solís. Los cristeros que defendían el campamento, eran 36 solamente.

*Día 5. En el mismo campamento de El Borbollón.* Continuó, desde el amanecer de este día, el terrible ataque de las fuerzas norteñas de Eulogio Ortiz contra los cristeros que en este campamento comandaban el mayor Félix Ramírez y el capitán Eusebio González que sin haber tomado ningún alimento se sostenían heroicamente en sus fortines. A la mitad de la mañana, se recibió un refuerzo de veinte soldados cristeros enviados por la Jefatura, llevando parque y alimentos. Reforzado y rehecho el escuadrón cristero, se lanzó sobre el enemigo, al cual logró poner en fuga hasta San José del Carmen, Jal. Se recogieron, como botín de guerra, veinte máuseres, tres pistolas reglamentarias y gran cantidad de cartuchos. En este segundo día de combate, hubo como un centenar de bajas del enemigo. De parte de los cristeros, sin novedad. Pero en la tarde de este mismo día, cuando los cruzados de El Borbollón, victoriosos y tranquilos se encontraban descansando, con la seguridad de que el enemigo había ya retrocedido, una nueva columna enemiga, procedente de Colima, al mando del general Heliodoro Charis, amparada por una gruesa niebla que cubría por completo el campo, logró penetrar al cuartel y apoderarse de él. Los cristeros, sorprendidos, no tuvieron más que batirse en retirada, sin sufrir, providencialmente, ninguna baja.

*Día 5.* El capitán cristero Leocadio Llerenas, con parte de su escuadrón, tuvo un tiroteo con los callistas.

*El mismo día 5. En Cerro Chino, Col.* Gruesas columnas de callistas atacaron estas posiciones cristeras defendidas por los libertadores que comandaba el coronel José Verduzco. El combate duró tres horas, al fin de las cuales tuvo que retirarse el enemigo llevándose muchos muertos y heridos.

*Día 6. En Piedra Imán, Jal.* El capitán cristero Gregorio Martínez combatió con tropas de línea y agraristas, a quienes hizo no



menos de quince muertos y muchos heridos, combatiendo por espacio de más de dos horas, al fin de las cuales las hizo retroceder. Los cristeros no tuvieron ninguna pérdida.

*Día 6. A inmediaciones del ex cuartel cristero de El Borbollón, en el Volcán.* El mayor Félix Ramírez, con algunos de sus soldados, hizo cinco bajas el enemigo. Los cruzados, sin novedad.

*Día 7. En el arroyo La Idea, Col., sobre el camino a Tonila, Jal.* El soldado cristero Jesús Santana de la zona de El Naranjo, Jal., tuvo un encuentro con los enemigos, a quienes hizo seis muertos y dos heridos. Entre los muertos, dos oficiales.

*El mismo día 7. Ex campamento cristero de El Borbollón, Jal.* El subteniente cristero Arcadio Ochoa, en unión de otro soldado de la escolta del general Anguiano Márquez, tirotearon las posiciones enemigas del cuartel El Borbollón en poder de los callistas, haciendo a éstos, dos muertos. Ellos lograron escapar sin novedad.

*El mismo día 7. En Suchitlán, Col.* El capitán cristero Ignacio Cruz, combatió con los enemigos, a quienes hizo algunas bajas. De su parte, sin novedad.

*Día 8. En Suchitlán, Col.* El mismo capitán cristero Ignacio Cruz volvió a combatir con las fuerzas callistas en ligero tiroteo, avanzándoles un rifle y más de doscientos cartuchos.

*Día 8. Cuartel General de la Jefatura Cristera de Colima. (Cuchilla de la Laguna Verde, a las faldas occidentales del Volcán de Fuego de Colima).* Una patrulla de exploración del destacamento callista que ocupaba el antiguo cuartel cristero de El Borbollón se encontró, sin esperarlo, frente a los fortines del cuartel general cristero del general Anguiano Márquez. Se trabó un nutrido tiroteo que duró, aproximadamente, dos horas, después de las cuales los callistas tuvieron que batirse en retirada, llevándose varios heridos. De parte de los cruzados, sin novedad.

*Días 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14. En el mismo Cuartel General*

*Cristero de Laguna Verde, a las faldas del Volcán.* Descubierto por los callistas el lugar del campamento del Cuartel General Cristero, principió contra éste dura ofensiva, estableciendo un retén permanente para impedir que los soldados cristeros pudieran proveerse aun de agua. Sin embargo, ante la necesidad imperiosa de ella, el agua no dejó de llevarse, enmedio de nutrido tiroteo, cada vez que esto sucedía. Hubo un herido de la escolta de la Jefatura, de nombre Pedro Solís, a quien una bala enemiga atravesó el pecho. El herido sanó, así como sanaron siempre todos los heridos cristeros de los campamentos del Volcán.

*Día 14. En el mismo campamento del Cuartel General Cristero.* Culminó en este día la ofensiva enemiga, la cual principió al clarear la primera luz del día. Los enemigos iban provistos de piezas de artillería: cañones y ametralladoras, auxiliados por dos aviones de guerra. Después de un desproporcionado tiroteo, los soldados cristeros se retiraron de su campamento, cuesta arriba, sin advertirlo por el momento los atacantes. No hubo, de parte de los cruzados, ni una sola baja. De los enemigos sí hubo muchas. Posesionados los soldados federales de este nuevo campamento cristero, ya no lo abandonaron, al igual que el de El Borbollón, estableciendo allí nuevo cuartel enemigo.

*Día 14. En la serranía, entre Juchitlán y San José, Jal.* El sacerdote don Luis Orozco, del clero de Colima, que había sido aprehendido en la ciudad de Autlán, Jal., un día antes, por el general callista José Ortiz, fue muerto a golpes por la soldadesca, y despeñado hacia el fondo de la barranca.

*Día 15. En El Espinal, Col.* El capitán cristero Diego López combatió con una columna enemiga a quien hizo dos muertos y tres heridos. De su parte, un soldado muerto.

*Día 16. En el ex campamento cristero de Laguna Verde.* El valiente capitán libertador Jesús Alonzo se acercó a este lugar para tirotear a los callistas, a quienes hizo tres bajas. De su parte, sin novedad.



*El mismo día 16. En las cercanías de Minatitlán, Col.* Duro, aunque breve combate, con los enemigos, de parte del mayor Candelario Cisneros. De sus soldados cristeros, dos heridos. De parte de los callistas, algunas bajas.

*Día 17. En las cercanías de la hacienda La Esperanza, Jal.* El capitán cristero Jesús Alonzo hizo al enemigo ocho bajas, recogiéndoles cuatro rifles y una pistola reglamentaria calibre 45. Los libertadores, sin novedad.

*Día 19. En Ladera Grande, en la parte más alta de la serranía al sur del cono del Volcán de Fuego de Colima.* El mismo capitán cristero Jesús Alonzo fue atacado por quinientos soldados enemigos de línea, provistos de artillería, a quienes hizo más de veinte bajas. De parte de los cristeros del capitán Alonzo, un soldado muerto.

*El mismo día 19. Sobre la playa de lava fría y piedras del cono del Volcán de Fuego de Colima.* El mismo capitán cristero J. Jesús Alonzo y sus soldados que acababan de pelear en Ladera Grande con el enemigo y habían tenido que batirse en retirada hacia el cono yermo del Volcán, sufrieron grave intoxicación por comer, acosados por el hambre y por la sed, unas frutillas venenosas que en aquellas arideces suelen darse y cuyos efectos ellos desconocían. Estando de suma gravedad, tirados entre los riscos y arenas de aquella playa, una fuerte tormenta arrolló a tres de ellos, a saber: Santiago Ursúa Rolón, Francisco Rodríguez Martínez y otro muchacho originario de la hacienda de San Marcos, Jal., de sobrenombre *La Zorra.* Los cadáveres de ellos tres fueron encontrados después del vendaval y sepultados allí mismo.

*Día 21. En el Palacio Nacional de Gobierno, ciudad de México, D. F.* Se consuman, debido a la nefasta intervención de la Casa Blanca en Washington, *los arreglos* o *modus vivendi* que se celebraron entre los señores Obispos mexicanos don Leopoldo Ruiz y Flores y don Pascual Díaz y Barreto y el gobierno masónico de Calles y Portes Gil; "arreglos" que mucho habían temido cuan-

do se preludiaban, tanto el pueblo católico que luchaba contra la tiranía, como la casi totalidad de los señores Obispos y que después deploraron con amargas lágrimas, no únicamente el pueblo católico, sino el mismo señor Arzobispo Ruiz y Flores que los había concertado y aun el augusto Romano Pontífice Pío XI.

*En Colima.* Ignorándose lo que en México sucedía, continúa en los valles y montañas la lucha contra la tiranía y continúan los callistas, con infernal saña, persiguiendo a los cruzados de Cristo.

*El mismo día 21. En la antigua ranchería El Cedillo, Col.* El teniente coronel cristero Jesús Mejía fue sorprendido en este lugar por los soldados federales, a quienes, batiéndose en retirada, hizo algunas bajas. De su parte murió el soldado J. Cruz Rodríguez.

*Día 23. En el rancho El Gringo, Jal.* Unos soldados cristeros del regimiento de la zona de Pihuamo trabaron ligero combate con un pelotón de agraristas, a quienes pusieron en fuga e hicieron tres muertos. Ellos, sin novedad.

*Día 24.* Se rindió ante el mayor Filiberto Calvario del IV Regimiento cristero un soldado federal, haciendo entrega de su rifle y cartuchos.

*Días 27 y 28. En Rancho de Los Polanco, Col.* El coronel libertador José Verduzco, jefe del Estado Mayor del general Anguiano Márquez, combatió con gruesa columna de soldados federales a quienes hizo unas cincuenta bajas y quitó tres máuseres y muchos cartuchos. De parte de los cristeros, murió Antonio Delgado.

*Día 28. En las cercanías de San José del Carmen, Jal.* El mayor Félix Ramírez, acompañado del capitán 1o. Eusebio González y de tres soldados más, combatió con más de doscientos soldados federales, a quienes hizo dos muertos y un herido. De su parte, sin novedad.

*Día 29. En Parota Herrada, Municipio de Minatitlán, Col.* Fuerzas cristeras del coronel José Verduzco combatieron en este



lugar, bajo su dirección, con fuerzas callistas de línea muy superiores en número. Después de reñido combate los cristeros tuvieron que retirarse para evitar ser cogidos en pinzas por las tropas gobiernistas. Hubo numerosas bajas de parte del enemigo. Los libertadores sin novedad.

*Julio de 1929*

*Día 4. En las altas faldas del Volcán, casi en la cima del Cerro Prieto* a donde había sido trasladado el hospital militar cristero, entre cuyos heridos estaba el general Miguel Anguiano Márquez, se reciben las primeras noticias de *los arreglos.* Con esas primeras noticias, confirmándolas plenamente, va un rollo de periódicos de la prensa capitalina, en donde no solamente se habla de los *arreglos* concertados entre los señores Obispos don Leopoldo Ruiz y Flores y don Pascual Díaz y Barreto con el gobierno portesgilista de México, sino de la orden de la suprema Jefatura Militar Cristera del licenciamiento del Ejército Nacional Libertador Cristero. Más aún, como consecuencia de ello, el licenciamiento de hecho, de muchos grupos cristeros, entre ellos, en Jalisco, el del general libertador Lauro Rocha. Ante hechos de tanta trascendencia que requerían una actuación inmediata, y no pudiendo ir personalmente el general Anguiano Márquez, por estar inválido, se ofrece a ir, para tratar con la Jefatura Militar callista de Colima, a cargo del general Heliodoro Charis, en representación de todos los libertadores colimenses, el capellán castrense cristero sacerdote don Enrique de Jesús Ochoa. Con grande temor de parte de todos los cristeros del campamento, en especial del general, el Padre Ochoa se marchó, cruzando la intrincada serranía, en la madrugada del día siguiente, que era primer viernes de julio, después de celebrada la santa Misa bajo un alto pinabete de aquel campamento.

*Día 6. En la hacienda San Joaquín, Col.* El capitán libertador Gabriel Silva y un grupo de los soldados de la escolta de la

Jefatura fue sorprendido en este lugar por la policía montada de Colima trabándose entre ambas partes fuerte escaramuza. De parte de los cruzados murieron el mismo capitán Gabriel Silva, el cabo Norberto Cortés y el soldado Manuel López, todos ellos muy valientes y esforzados. Sus cuerpos quedaron insepultos durante algunos días, no obstante que los rancheros del lugar pretendían darles sepultura.

*Día 7. En la ciudad de Colima, Col.* Fue sorprendida por la policía municipal, una comisión cristera del capitán Leocadio Llerenas, muriendo los soldados J. Jesús Rojas, Ricardo Salazar, Genaro Zamora, Francisco Verján y otro soldado de nombre Ambrosio.

*Día 8. En Cedillo, Col.* El coronel cristero Virginio García Cisneros, al frente de los soldados libertadores de la escolta del general Anguiano Márquez, sostuvo combate con el destacamento callista de Quesería, Col., por espacio de dos horas. De parte de los enemigos, unas diez bajas. De parte de los libertadores, murió el soldado Leopoldo Silva.

*Día 12. En la ciudad de Colima, en la Jefatura de Operaciones Militares del Gobierno.* Se presenta el Padre capellán de las fuerzas cristeras de Colima, Pbro. don Enrique de Jesús Ochoa. Entre él y el general Heliodoro Charis se concierta el licenciamiento de los cristeros colimenses. Se señala, como día para que se presente el primer grupo de cristeros, el día 15 de ese mismo mes.

*Día 14. En Cofradía de Juluapan, Col.* Nutrido tiroteo, durante hora y media, entre los soldados cristeros del mayor Cisneros y fuerzas enemigas. De parte del enemigo, tres bajas.

*Día 15. Cerca de Parota Herrada, Col., en Cerro Grande.* Nueva escaramuza entre las mismas fuerzas que combatieron el día 14. De parte de los gobiernistas, algunas bajas. De parte de los cristeros, igualmente sin novedad.

*Día 17. En la misma región anterior.* Las mismas fuerzas cristeras del mayor Cisneros pusieron una emboscada al enemigo en



la cual murieron cinco callistas y escaparon once heridos. De parte de los libertadores, igualmente sin novedad.

*El mismo día 17. En la misma zona de Cerro Grande, Col.* Otros dos tiroteos de poca importancia en que hubo, de parte de los cristeros, un herido. *Los combates de este día cerraron la gloriosa epopeya cristera en que un puñado de hombres, mal alimentados, con indumentaria pobrísima, en número casi siempre diez y aun cien veces inferior al enemigo, se opusieron, en nombre de Dios y proclamando la soberanía de la Realeza de Cristo, a una tiranía impía que trataba de estrangular y aniquilar en México a la Iglesia Católica. Su grito de combate fue siempre su "¡Viva Cristo Rey!" y de ahí, el mote muy glorioso de "*CRISTEROS*" con que los insurgentes del Ejército Nacional Libertador fueron llamados.*

*En la ciudad de Colima, en la Jefatura callista de Operaciones Militares. En la segunda quincena de este mes, principiando el propio día 15, uno a uno, los diversos grupos cristeros de esta región colimense, que tan gloriosamente habían luchado durante más de dos años y medio, acatando órdenes terminantes de la Jefatura Suprema del Movimiento Nacional Libertador, a cargo del general cristero don J. Jesús Degollado, entregaron sus armas, no obstante que bien se preveía que el gobierno masónico callesportesgilista no cumpliría sus promesas de garantías en favor de ellos y que sea abiertamente o a mansalva, tendrían aquellos héroes que ir cayendo a manos de los enemigos.*

SUPLEMENTO A LAS EFEMÉRIDES:

*Caídos gloriosos por la Causa de Cristo en fechas y lugares no precisados: De la A.C.J.M.:* Salvador Gutiérrez, J. Jesús Michel, Trinidad Morales, Antonio Zamora y Juan Ibáñez, este último chamaco de unos 14 años, de las Vanguardias de la A.C.J.M., de Coquimatlán, Col.

*Soldados de diversos grupos cristeros:* Pedro Ventura, José Valdivia, N. Mendoza, Gregorio Chavira, Ruperto Magallón, Elías Salazar, Eulalio Peña, J. Jesús Orozco, José Cruz, José González Pérez, Luis Peña, Ramón Peralta, Calisto Cobián, Marciano Rodríguez, Emiliano Pérez, Rafael y Antonio Delgado, Agapito López, J. Jesús Vargas, otro Antonio Delgado, Longinos Larios, Liborio Torres, Arnulfo Silva, José Torres, Liborio Romero, Gregorio Magaña, Miguel Olmos, Jesús Campos, Pablo Hernández, Jesús Herrera, José Barajas, José Fruto, Rafael Mendoza, Pedro Gutiérrez, Víctor y Rosario López, Rafael Gutiérrez, Constancio Guzmán, Jesús N., Vicente Centeno, Ignacio Heredia, Inés Negrete, Ignacio Torres Carrillo, Zenaido Cernas Rivera, Porfirio Andrade, Albino Velázquez, Nicolás Santana, J. Jesús García, Guadalupe Sosa, Antonio León, Antonio Rivera, Salvador Rodríguez, Jesús Sandoval, Luis Arias, Francisco López, Pedro López, Federico Cortés, Francisco Centeno, Francisco Prudencio, Gabriel Valencia, J. Jesús Membrilla, Gregorio Magaña Peña y otro soldado llamado por mote *el Molacache.*

*Caídos arteramente, bajo la mano enemiga, después de* los arreglos *y de las "garantías" prometidas por el gobierno callesportesgilista a los ex combatientes de la Cruzada de Cristo Rey:* teniente coronel J. Jesús Mejía; mayor Félix Ramírez; capitanes Agustín Carrillo, Enrique Mendoza, Joaquín Guerrero y Leocadio Llerenas; teniente Constantino Jorge; subtenientes Margarito García, J. Jesús Chávez y José Isabel Guzmán; sargento José Isabel Salazar; soldados: Estanislao Aceves, J. Jesús Rebolledo, Marcelino Ceballos, Ramón Moreno, Miguel Llerenas, Antonio Herrera, Jerónimo Gómez, J. Jesús Cruz, Manuel Orozco, José Blanco, José Covarrubias, Salvador Covarrubias, y otros más que de diversos modos y en diversos lugares fueron acribillados por manos enemigas, en odio a la Causa de la Realeza de Cristo que habían defendido.

Además de ellos, están los ex cristeros que más tarde, ante la persecución que sufrían de parte del gobierno calles-portesgilista



y por la nueva era de persecución que en contra de la Iglesia se desató, se levantaron nuevamente en armas, en grupos desorganizados, sin conexión con ninguna jefatura nacional y condenados, naturalmente, al exterminio. Muchos de ellos fueron de intención limpia y fue mucho lo que sufrieron. Entre estos caídos se cuentan: general Andrés Salazar, mayores Plutarco Ramírez y Vicente Contreras, capitán Domingo Máximo y soldados Manuel Partida, Anatolio Hernández, Francisco Javier Hernández, José Chávez, los hermanos Ramón e Ignacio Pérez, J. Jesús Z. Cruz. Francisco Salazar, José Salazar, Ignacio Salazar, Bernabé Reyes, Aureliano Montero, José Dolores Torres, Epigmenio Ramírez, Juan Ramírez, Brígido Contreras, Roque Zamora, Eusebio Hernández, Pablo Vázquez y otros más cuyos nombres quedaron desconocidos, escritos sólo en las páginas de luz de Dios.

# INDICE

## Sección Quinta

## NIEBLA DE INVIERNO

(Enero a abril de 1928)

I. *Días de perplejidad* ..... 5
Lluvia de invierno. Nuevos jefes ..... 5
El Gral. Anguiano Márquez sabe lo acaecido ..... 7
Antes del amanecer ..... 8
Día 3 de enero, en Colima ..... 8
Día 4 de enero ..... 9

II. *La "U", sociedad secreta* ..... 11
La primera sospecha ..... 11
El recurso a México ..... 13
El despacho del comité especial ..... 13
En el campamento del Gral. Michel ..... 14
La realidad ..... 16
La carta del Gral. Michel ..... 17
Otra carta ..... 17
El lío ..... 18
Las sociedades secretas ..... 18
Los excmos. Señores Obispos y la "U" ..... 20
El General Degollado se entera ..... 21
El control militar ..... 22
Contesta el General Degollado ..... 23
La vida religiosa en el campo ..... 23
Se escribe al Control Militar ..... 25

III. *Marquitos, coronel J. de E. M. Más sangre de mártires* ........ 27
Poder de Dios en favor de sus campeones .................... 28
Nuevo mártir, J. Trinidad Castro ......................... 28
Anastasio Zamora ......................................... 29
En Colima ................................................ 29
La denuncia .............................................. 30
El arresto ............................................... 31
Fortaleza de los mártires ................................ 31
La inmolación ............................................ 32
Triunfo póstumo .......................................... 33
De las filas enemigas .................................... 33
Combate en Comala ........................................ 34
El cuartel general de la Mesa ............................ 34

IV. *Procúrase restablecer el orden. El ataque al cuartel general* ...... 36
Victorias sobre victorias ................................ 36
Contestación del control ................................. 37
Movimientos de acomodo ................................... 38
El acuerdo de los dos jefes .............................. 39
En México, D. F. ......................................... 40
El ataque al cuartel general ............................. 40
Profanaciones indignas ................................... 41

V. *Se restablece el orden* ................................ 43
Llega el General Degollado ............................... 43
Tratando el problema ..................................... 44
El acuerdo ............................................... 46
Se da cumplimiento al acuerdo del 28 de marzo ............ 49
La reacción temida ....................................... 50
En el Cerro Chino ........................................ 51
En el campamento del General Salazar ..................... 52
El elogio de la Liga ..................................... 53
El regreso a los campamentos del Volcán .................. 53
La fiesta religiosa de Acción de gracias ................. 54
Nuevamente, el Control ................................... 54
El General Anguiano, comandante General de las fuerzas libertadoras de Colima ... 55



SECCIÓN SEXTA

## LA PRIMAVERA DEL MOVIMIENTO

(1928-mayo a diciembre)

I. *El Padre Emilio Pérez. La acción de Manzanillo* ............ 57
Después del invierno ..................................... 57
Nueva sangre Sacerdotal .................................. 57
Ataque al puerto de Manzanillo ........................... 59

II. *Graves angustias. Mensaje al Santo Padre* ................ 64
Insidia sutil ............................................ 64
El histórico documento ................................... 65
Telegrama preanunciador .................................. 68
El fundamento de la grave alarma ......................... 69

III. *El Mayor Pedro Radillo. El hospital cristero* ........... 71
Batalla de el Naranjo .................................... 71
El Mayor Pedro Radillo ................................... 71
Ante los despojos de un mártir ........................... 72
Actividades de don Francisco Indart ...................... 73
Muerte de héroe .......................................... 74
Fiesta sagrada en el Borbollón ........................... 75
La fiesta anual de los seminaristas ...................... 75
El hospital de los Volcanes .............................. 76
La fuerza de la gracia ................................... 77
Curaciones increíbles .................................... 78

IV. *Luchar, sufrir y morir por Cristo* ....................... 80
Los niños cruzados ....................................... 80
Nicolás Araiza ........................................... 80
El niño Anguiano Márquez ................................. 83
En huerta de las Haciendas ............................... 84
El teniente J. Refugio Soto .............................. 86
Los cristeros no temían a la muerte ...................... 87
Combate del "Puerto de los Encinos" ...................... 88
Muerte del General Gutiérrez ............................. 88

V. *Los cristeros del Borbollón. Heroico espíritu de sacrificio* ....... 90
El campamento de El Borbollón ............................ 90
Combate de Nogueras ...................................... 91
Solo, en medio de los enemigos ........................... 92

Trágicas aventuras de J. T. Monroy ........ 93
La vía dolorosa ........ 94
¡Salvado! ........ 95

VI. *Los niños mártires Manuel Hernández y Francisco Santillán. El joven Benedicto Romero. Dos heroínas* ........ 97
Asesinato público ........ 97
Benedicto Romero ........ 99
Manuel Hernández ........ 100
Francisco Santillán ........ 102
Entregados ........ 104
Lento martirio ........ 106
Hacia la meta ........ 108
El cortejo ........ 109
Muerte gloriosa ........ 110
Torturas morales y materiales ........ 111

VII. *Muerte del Coronel Marcos Torres. Su vida ejemplar. Algazara de los enemigos por su muerte* ........ 114
Corazón generoso. Alma santa ........ 114
La insidia hipócrita ........ 115
Innoble triunfo ........ 116
¡Pobres huérfanos! ........ 116
Combate cerca del pueblo de San Antonio ........ 117
Combate en Comala ........ 118

VIII. *Rabia anticlerical. El padre capellán en una emboscada* ........ 119
Un viaje difícil ........ 119
En la loma de la Galera ........ 120
El ataque inesperado ........ 121
Ojos abiertos... que no ven ........ 122
Liberación ........ 123

IX. *La fiesta de Cristo Rey. Consagración del ejército libertador al Sagrado Corazón de Jesús. Una batalla encarnizada* ........ 125
Combate cerrado ........ 125
La fiesta de Cristo Rey ........ 126
Nuevo combate en Comala ........ 127
Pánico de los gobiernistas ........ 130
El Jefe Cristero Víctor García ........ 131
Gloria a los héroes ........ 131

X. *Jovencita mártir. Pureza del heroísmo. Muerte gloriosa* ........ 132



Zenaida Llerenas ........ 132
La primera noche en la cárcel ........ 133
Farsa feroz ........ 133
Madre e hija reunidas, finalmente ........ 134
La agonía del lirio ........ 134
Nuevos hechos de armas ........ 135
La noche de Navidad ........ 136

## SECCIÓN SÉPTIMA

## CUANDO SE PERFILABA EL TRIUNFO

(1929, enero a abril)

I. *Don Enrique Gorostieta. Desarrollo del movimiento. Magnífica disposición del pueblo católico* ........ 137
Progreso consolador de los libertadores ........ 137
Proclama a los mexicanos ........ 138
Radiosos horizontes ........ 139
Conmovedoras y eficaces ayudas ........ 140
El arma taumaturga de la oración ........ 141
Legión de mártires ........ 142
Las brigadas femeninas ........ 143
Nobles heroínas ........ 143
...Y nobles víctimas ........ 144

II. *Nuevos mártires* ........ 146
El Padre Guadalupe Michel ........ 146
La sorpresa fatal ........ 147
Obediencia heroica ........ 147
Sor María Rosa ........ 149
Trabajos y Resignación ........ 149
El "Nunc Dimittis" ........ 150
El vuelo de un ángel ........ 150
El capitán Prudencio Dávila ........ 151
Cruel martirio ........ 152

III. *Las fuerzas libertadoras Colimenses* ........ 154
Después de dos años ........ 154
Revista magnífica ........ 154
Vida religiosa ........ 157

IV. *De victoria en victoria. Se perfila el triunfo final* .......... 158
Más victorias .......... 158
El encuentro de Palmillas .......... 158
En la barranca de Santa Cruz .......... 159
En Suchitlán, Col., y en Nogueras, Col. .......... 162
Victoria de Villegas .......... 164
Los enemigos siempre en desgracia .......... 165

V. *A las puertas del triunfo* .......... 167
El enemigo siente la derrota .......... 167
En busca de un sacerdote consejero .......... 168
Incontenible urgencia .......... 169
Las proposiciones de Calles .......... 171
A las puertas de la victoria .......... 173
La más grande y tenebrosa insidia .......... 173

VI. *La hora de las tinieblas* .......... 174
Mr. Dwight W. Morrow .......... 174
Los avisos de la prensa .......... 175
La angustia en México .......... 175
La esperanza perdida .......... 176
En la casa de don Agustín Legorreta .......... 176
Lágrimas .......... 177
Puñal por la espalda .......... 178

SECCIÓN OCTAVA

LA PRUEBA SUPREMA

(1929, mayo a julio)

I. *Ultima tentativa de la tiranía perseguidora a las Islas Marías* .......... 179
En la cárcel de Escobedo .......... 179
La cuerda de los mártires .......... 181
Cómo sufren los mártires .......... 182
A trabajos forzados .......... 183

II. *La tiranía se acentúa. Nuevas aprehensiones. Nuevos destierros. Nuevos fusilamientos* .......... 185
Ultima furia de la fiera herida .......... 185
Noche infernal .......... 186



Aún más mártires .......... 186
El Padre don Margarito Valera .......... 187
El Padre Luis Orozco .......... 188

III. *Preliminares de una gran campaña. Astucia de un perseguidor. El bombardeo* .......... 189
El General Ortiz a Colima .......... 189
Altanería y soberbia .......... 190
La insidia bien urdida .......... 191
¿Sacerdote o espía? .......... 192
El arresto .......... 193
El Padre puesto en libertad .......... 193
El panegírico que él hizo .......... 194
Valientes .......... 195
Cristianos de verdad .......... 195
La fiesta de María Auxiliadora .......... 196
El bombardeo .......... 197

IV. *El desenvolvimiento de la campaña enemiga. Confusión de los perseguidores. Nuevos sufrimientos de los Cristeros* .......... 199
La gran campaña .......... 199
En el cuartel de El Borbollón .......... 200
Treinta y siete contra más de cuatro mil .......... 201
La niebla infausta .......... 205
La resistencia suprema .......... 207
Más cerca aún que anteriormente .......... 209
Sufrimientos y angustias renovadas .......... 209
Los enfermos del hospitalito de Cristo Rey .......... 210
Los leones .......... 211
El envenenamiento y, sin embargo, salvados .......... 212

V. *La prueba gloriosa. Rectitud heroica de los cristeros. El único ideal de la cruzada* .......... 214
Los *Arreglos* .......... 214
Ingentes problemas .......... 215
Declaraciones del presidente Portes Gil .......... 215
Confesiones del Excmo. Sr. Arzobispo Ruiz y Flores .......... 216
Aun cerrado el recurso .......... 217
Licenciamiento de la Guardia Nacional .......... 217
Las condiciones que pidió el General Degollado .......... 218
El mensaje del General en Jefe .......... 219
Bajo los pinabetes de Cerro Prieto .......... 220

Extrema urgencia de arreglo ..... 220
¿Quién va? ..... 221
Don Arcadio de la Vega ..... 221
Verdadero heroísmo cristiano ..... 221
La empresa de los muchachos ..... 222
Aun el secretario de guerra ..... 222
¿La paz? ..... 223
La vuelta dolorosa ..... 224
La perfidia enemiga ..... 224
¿Todo perdido? No; ni el honor, ni la conciencia, ni los méritos . 225
Magnanimidad admirable ..... 226
El ideal cristero ..... 227
¡Salve, Colima, cuna de héroes! ..... 227

## APENDICE

Los últimos acontecimientos ..... 229
Como las hojas que el huracán arranca ..... 229
La persecución se intensifica ..... 230
Nuevos mártires. El Padre Adolfo Mota ..... 231
Y luego... los sismos ..... 233
El Santuario de Nuestra Señora de la Salud ..... 234
La cuestión escolar ..... 238
El magisterio Colimense ..... 239
El boycot escolar ..... 240
Más héroes. El indio máximo ..... 240
Los hermanos Pérez ..... 241
Las fobias del Gobernador ..... 242
Sólo dos templos en el Estado ..... 243
Una entrevista con el Gobernador ..... 243
El colmo de las fobias: ni un Sacerdote en el Estado ..... 244
La "Acción Católica" en Colima ..... 247
La burla del tirano ..... 248
El presidente Cárdenas ..... 249
Se va, por fin, el tirano ..... 249
Regresan los sacerdotes ..... 250
Miguel G. Santa Ana, el nuevo Gobernador ..... 250
J. Jesús Z. Cruz ..... 252
El período de Santa Ana. Ultimos acontecimientos ..... 252



## EFEMERIDES CRISTERAS DEL MOVIMIENTO LIBERTADOR COLIMENSE

Enero de 1927 ..... 255
Febrero de 1927 ..... 256
Marzo de 1927 ..... 257
Abril de 1927 ..... 261
Mayo de 1927 ..... 263
Junio de 1927 ..... 267
Julio de 1927 ..... 269
Agosto de 1927 ..... 272
Septiembre de 1927 ..... 273
Octubre de 1927 ..... 274
Noviembre de 1927 ..... 277
Diciembre de 1927 ..... 279
Enero de 1928 ..... 280
Febrero de 1928 ..... 282
Marzo de 1928 ..... 283
Abril de 1928 ..... 285
Mayo de 1928 ..... 286
Junio de 1928 ..... 288
Julio de 1928 ..... 290
Agosto de 1928 ..... 293
Septiembre de 1928 ..... 295
Octubre de 1928 ..... 296
Noviembre de 1928 ..... 299
Diciembre de 1928 ..... 301
Enero de 1929 ..... 305
Febrero de 1929 ..... 307
Marzo de 1929 ..... 309
Abril de 1929 ..... 313
Mayo de 1929 ..... 317
Junio de 1929 ..... 321
Julio de 1929 ..... 327
Suplemento a las efemérides: ..... 329

*Acabóse de imprimir el día 30 de octubre de 1961 en los Talleres de la Editorial Jus, S. A., Plaza de Abasolo número 14, Col. Guerrero, México 3, D. F. El tiro fue de 3,000 ejemplares en librex y 100, numerados, en biblios.*

39.—Morelos, por don Ezequiel A. Chávez .................. $ 12.00
40.—Agustín de Iturbide, Libertador de México, por don Ezequiel A. Chávez .................. „ 10.00
41.—La Guerra del 47, por Carlos Alvear Acevedo .................. „ 5.00
42.—La Segunda Intervención Americana, por Angel Lascuráin y Osio .................. „ 7.00
43.—De Cabarrús a Carranza, La Legislación Anticatólica en México, por Félix Navarrete (Cango. Jesús García Gutiérrez) .. „ 8.00
44.—Miramón, Caballero del Infortunio (2a. Edición), por Luis Islas García .................. „ 12.00
45.—El Indio Gabriel, por Severo García .................. „ 6.00
46.—La Masonería en la Historia y en las Leyes de Méjico, por Félix Navarrete (Cango. Jesús García Gutiérrez) .................. „ 12.00
47.—California, Tierra Perdida.—II .................. „ 10.00
48.—Galeana, por Carlos Alvear Acevedo .................. „ 7.00
49.—El Milagro de las Rosas, por Alfonso Junco (2a. Edición) .. „ 7.00
50.—La Constitución de 1857: Una ley que nunca rigió, por G. Gómez Arana .................. „ 4.00
51.—Poinsett, Historia de una gran intriga (2a. Edición), por José Fuentes Mares .................. „ 12.00
52.—Apuntes sobre la Colonia.—I. Problemas Sociales y Políticos, por don Ezequiel A. Chávez .................. „ 6.00
53.—Apuntes sobre la Colonia.—II. La Reeducación de Indios y Españoles, por don Ezequiel A. Chávez .................. „ 8.00
54.—Apuntes sobre la Colonia.—III. Repercusiones sobre los Tiempos Posteriores, por don Ezequiel A. Chávez .................. „ 7.00
55.—La Piqueta de la Reforma, por Francisco Santiago Cruz .... „ 10.00
56.—Las Antiguas Misiones de la Tarahumara. Parte Primera. Por Peter Masten Dunne, S. J., traducción de Manuel Ocampo, S. J. „ 8.00
57.—Las Antiguas Misiones de la Tarahumara. Parte Segunda ... „ 12.00
58.—La Evangelización de los Indios. Por don Ezequiel A. Chávez . „ 3.50
59.—Cabeza de Puente Yanqui en Tehuantepec, por Luis Castañeda Guzmán .................. „ 3.00
60.—José Vasconcelos, por William Howard Pugh .................. „ 5.00
61.—Robinson y su Aventura en México, por Eduardo Enrique Ríos „ 8.00
62.—Un Clérigo Anticlerical: el Doctor Mora, por Mario Mena .. „ 4.00
63.—La Educación en México en la Epoca Precortesiana, por don Ezequiel A. Chávez .................. „ 8.00
64.—El P. Bartolomé de Olmedo, Capellán del Ejército de Cortés, por José Castro Seoane, O. de M. .................. „ 6.00
65.—Luis Navarro Origel —el primer Cristero—, por Martín Chowell (seudónimo) .................. „ 10.00
66.—El Increíble Fray Servando, por Alfonso Junco .................. „ 10.00
67.—Los Hospitales de México y la Caridad de don Benito, por Francisco Santiago Cruz .................. „ 8.00
68.—Melchor Ocampo, por Mario Mena .................. „ 4.00
69.—Doña Eulalia, El Mestizo y otros temas, por Alfonso Trueba . „ 3.00
70.—Fray Sebastián de Aparicio, por Conrado Espinosa .................. „ 12.00
71.—Luis G. Osollo, por Rosaura Hernández Rodríguez .................. „ 4.00
72.—Tata Vasco, Un Gran Reformador del siglo XVI, por Paul L. Callens, S. J. .................. „ 8.00
73.—Santa Anna, Aurora y Ocaso de un Comediante, por José Fuentes Mares (2a. Edición) .................. „ 12.00
74.—Fray Margil de Jesús, Apóstol de América (3a. Edición), por Eduardo Enrique Ríos .................. $ 12.00

75.—Zapata, por Mario Mena .......................... „ 10.00
76.—México y los Refugiados, por Alfonso Junco ............. „ 7.00
77.—Las Artes y los Gremios en la Nueva España, por Francisco Santiago Cruz ....................................... „ 10.00
78.—Fray Junípero Serra, Civilizador de las Californias (3a. Edición), por Pablo Herrera Carrillo ...................... „ 10.00
79.—Calles, Un Destino Melancólico, por Fernando Medina Ruiz... „ 12.00
80.—El Conflicto Religioso de 1926, por Aquiles Moctezuma (seudónimo). Tomo I .......................... „ 10.00
81.—El Conflicto Religioso de 1926, por Aquiles Moctezuma (seudónimo). Tomo II ......................... „ 10.00
82.—La Verdadera Revolución Mexicana, Primera Etapa (1901 a 1913), por Alfonso Taracena ...................... „ 15.00
83.—El porqué del Partido Católico Nacional, por Francisco Banegas Galván ....................................... „ 6.00
84.—La Verdadera Revolución Mexicana, Segunda Etapa (1913 a 1914), por Alfonso Taracena ....................... „ 12.00
85.—La Verdadera Revolución Mexicana, Tercera Etapa (1914 a 1915), por Alfonso Taracena ......................... „ 12.00
86.—La Verdadera Revolución Mexicana, Cuarta Estapa (1915 a 1916), por Alfonso Taracena ....................... „ 12.00
87.—Francisco Villa. Cuando el Rencor Estalla, por Fernando Medina Ruiz ......................................... „ 12.00
88.—Porfirio Díaz, por Angel Taracena .................. „ 12.00
89.—La Verdadera Revolución Mexicana, Quinta Etapa (1916-1918), por Alfonso Taracena ........................ „ 12.00
90.—Obregón, por Mario Mena ......................... „ 12.00
91.—La Guerra de Tejas, Memorias de un Soldado, 2a. Edición, por Carlos Sánchez-Navarro ........................... „ 8.00
92.—Vida Intima del Padre Pro, por Antonio Dragon, S. J. Traducción de Rafael Martínez del Campo, S. J. 3a. Edición (corregida) .............................................. „ 15.00
93.—La Verdadera Revolución Mexicana, Sexta Etapa (1918-1920), por Alfonso Taracena ........................ „ 15.00
94.—Lázaro Cárdenas. El hombre y el mito. Por Carlos Alvear Acevedo ................................................ „ 20.00
95.—Misioneros en México, por Alberto María Carreño ....... „ 12.00
96.—La Diplomacia extraordinaria entre México y Estados Unidos (1789-1947), por Alberto María Carreño, Volumen I, Segunda Edición ........................................... „ 15.00
97.—La Diplomacia extraordinaria entre México y Estados Unidos (1789-1947), por Alberto María Carreño, Volumen II, Segunda Edición ........................................... „ 15.00
98.—El Padre Tembleque, por el Sr. Cango. don Octaviano Valdés (2a. Edición, profusamente ilustrada) ................ „ 18.00
99.—"Por Dios y por la Patria". Memorias, por Heriberto Navarrete, S. J. .......................................... „ 20.00
100.—La Verdadera Revolución Mexicana. Séptima Etapa, por Alfonso Taracena ....................................... „ 12.00
101.—Juárez Intervencionista, por Alfonso Junco ............ „ 12.00
102.—Vida del P. Francisco J. Saeta, S. J., por Eusebio F. Kino, S. J. Prólogo y Notas de Ernest J. Burrus, S. J. ........... „ 12.00
103.—Los Cristeros del Volcán de Colima, por Spectator. Tomo I „ 25.00
104.—Los Cristeros del Volcán de Colima, por Spectator. Tomo II „ 20.00

**Precio de la Colección hasta el número 104: $ 868.50**